

LEOPLÁN
MAGAZINE POPULAR ARGENTINO
5 de mayo de 1948
60
centavos en
todo el país
En este número:
GRAND HOTEL
FAMOSA NOVELA DE VICKI BAUM

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

AÑO XIV - Nº 335
5 de mayo de 1948

CORREO ARGENTINO Central B — FRANQUEO A PAGAR CUENTA 76 — TARIFA REDUCIDA CONCESIÓN 3016

ESMERALDA 116
T. A. 33 - 8063
BUENOS AIRES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº. 246.085

En este número:



ILUSTRARON ESTE NUMERO:
ARTECHE - OLIVAS - RAUL VALENCIA - MARIANO ALFONSO.

DIBUJOS E HISTORIETAS DE:
GORDON - DOMINGO VILLAFAÑE - VALENCIA - SEVILLA - GONZALEZ FOSSAT, etc.



En el próximo número:

GLORIA PARA MI

la famosa obra de **MACKINLAY KANTOR**, más conocida por el título de su versión cinematográfica:

LO MEJOR DE NUESTRA VIDA

¡UNA NOVELA EXTRAORDINARIA!

LEOPLÁN aparece el 19 del actual
60 centavos en todo el país

SU HERMANITA

Por
Walter Steward

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ALICE JUDGE, CON SU HERMANITA DE CERA.

Míster Walter Thornton, ciudadano del país de los dólares, ha resuelto artísticamente el problema de la inexpresividad y falta de personalidad de los maniquíes que, en las vidrieras de las grandes tiendas, muestran al público las últimas creaciones de la moda. Lo ha resuelto mediante sus *pin-ups*, nombre éste que designa a las *girls* del elenco de modelos de que se vale para confeccionar los maniquíes. Hoy, los propietarios de las grandes tiendas no piden un maniquí cualquiera, sino que se dirigen a Thornton con estas palabras: "Mándeme a Gloria Whalen para vestirla en casa". Esto es, que piden una reproducción exacta de la *pin-up* de ese nombre para vestirla a su placer y conveniencia. Otras veces dirán: "Ahí le enviamos un traje de baño. Mándenos vestida con él a Vicki Hazell. El año pasado fué todo un éxito". Por lo tanto, el fabricante de maniquíes le recargará el precio, pues entre sus modelos hay "estrellas" vendedoras, siendo una de ellas Vicki, otra la nombrada Gloria, quienes, junto con Rita Daigle, forman un formidable trío, capaz de imponer cualquier prenda que anuncien en la más remota vidriera de los Estados Unidos.

Su hermanita

La fabricación de los maniquíes, por supuesto, se encara con criterio moderno. Nada de formas adocenadas ni *standards*, simples perchas con aproxima-

LAS MEDIDAS MAS JUSTAS SE TOMARAN A LA MODELO DE MANIQUIES PARA QUE ESTE SEA UNA EXACTA REPRODUCCION DE SUS PROPORCIONES.

DE CERA

Pin

RITA DAIGLE, UNA DE LAS MAS AFAMADAS MODELOS, EN COMPAÑIA DE SU REPLICA.

VICKI HAZELL, ESTILIZADA E INMORTALIZADA A LA VEZ.



ciones de la figura humana. Ahora tienen personalidad, son la réplica exacta de una figura humana, tanto en el color de la piel como en la estatura y en el cabello. Por eso la simpática Rita Daigle pudo decir cierta vez a una de sus amistades, frente a una vidriera: "Le presento a usted a mi hermanita de cera". Ni más ni menos. Eso era en realidad el primoroso maniquí que estaba ante ellos, vestido con un delicioso traje de calle.

Para lograr la perfección y gracia de sus modernos maniquíes, míster Thornton tiene montada una fábrica perfecta. La modelo va pasando por sucesivas etapas de poses, hasta que su "hermanita de cera" queda concluída de acuerdo con el pedido de tal o cual tienda. Es la primera vez que se usan escultores para la fabricación de maniquíes de este tipo comercial. Los escultores, a su vez, son auxiliados por un cuerpo de técnicos y estilistas en peinados, en colorido, etc. De los talleres no debe salir un maniquí cualquiera, sino Fulana de Tal, vestida de *soirée* o en traje de baño. Y la única manera de lograrlo es valiéndose, en primer término, de la escultura.

Una derivación

El comercio de míster Thornton tuvo una derivación inesperada. Miss P, famosa hija de un archimillonario, y

COPIANDO EL PEINADO DE UNA DE LAS JOVENES MODELOS.

LA ESCULTORA LLEVA A LA ARCILLA LOS RASGOS DE LA JOVEN MODELO.

prometida de otro señor también abundante en millones, se presentó un día en su taller pidiendo que la "hicieran" con un estupendo traje de noche. Como pagaba lo que exigiesen, no hubo inconvenientes. Las visitas de miss P tornáronse frecuentes. Hoy pedía que la "hicieran" con este traje; mañana con el otro. Los gestos, las actitudes y las expresiones, asimismo, eran en todos los casos diferentes y, sobre todo, cuidadosamente escogidos por la cliente.

Pasado el tiempo, míster Thornton recibió una invitación de miss P para visitar su casa. Y cuál no sería su sorpresa al ser introducido en unos espaciosos salones, en los que halló artísticamente ubicados a todos los maniquíes de miss P que confeccionara, cada uno llevando el costosísimo modelo de traje del caso. La joven millonaria había historiado toda su actividad social de invierno. "Es mejor que tenerlos en el ropero, ¿verdad?", le dijo al fabricante. Y lo hizo pasar a una sala especial, donde la millonaria aparecía luciendo, en diversas poses, un maravilloso traje de fiesta, modelo exclusivo de un gran modisto francés. "Lo estrené en la fiesta de Morgan, dijo miss P, en la que tuve un gran éxito. Claro que debí pedir a París varias copias del traje original. Cuando vea esto la hija del rey del chocolate, se va a morir de envidia".

Mister Thornton asegura que miss P sería toda una estrella vendedora. Pero la prefiere como cliente.



RITA DAIGLE, TAN BONITA COMO PERECEDERA, CON SU REPLICA.

Asesinatos en Gazam

Cuento policial, por
Alfonso Ferrari Amores

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSRACIONES DE OLIVAS

Helen Windsow, predicadora metodista, volvía ese anochecer del jardín de infantes, adonde solía ir para hacer reparto de juguetes por cuenta de la cofradía de Gazam, un pueblecillo de los alrededores de El Cairo. Venía pensando con desaliento en su prima Bárbara, menor que ella, cuya liberalidad de conducta era la comidilla del vecindario. ¡Qué diferencia entre Helen y Bárbara! Cuando la primera se acordaba de la segunda (y podría afirmarse con seguridad, que no podía pensar en otra cosa), la expresión que acudía a su mente era: oveja descarriada. Se contaban de Bárbara las historias más escandalosas, y aunque debía suponerse razonablemente que más de la mitad eran inventadas, nadie podía negar que ella había hecho todo lo posible para que se las tuviese por verdaderas. La más reciente había tenido por escenario el recreo de "Las Cincuenta Danaides", un hermoso paraje con árboles, y con glorietas entre los árboles, iluminadas con panzudos faroles historiados, en cada uno de los cuales se reproducía en colores la cuantiosa matanza de príncipes recién casados que, según la leyenda de Egipto, corrió por cuenta de las celebradas heroínas que daban nombre al recreo. En una de esas glorietas, precisamente, según díceres, uno de los camareros se había atrevido cierta noche a ponerse de rodillas ante Bárbara, confesándole con entrecortada voz que estaba terriblemente enamorado de ella.... y la provocativa Bárbara había tenido la crueldad de recordarle que ambos eran de distinta categoría social. El camarero, entonces, iracundo, le había replicado que, en efecto, la categoría social de ella era bastante más baja que la de él, después de lo cual, y contra toda lógica previsión, Bárbara había seguido concurriendo como si tal cosa a "Las Cincuenta Danaides", sin presentar ninguna queja al propietario, continuando así en su puesto el camarero en cuestión, y aun —¡esto era el colmo!— era atendida Bárbara por él. ¿Se trataba de algún refinado des-



quite, o temía ella las iras vengativas del camarero si llegaban a despedirlo por su iniciativa? Según la virtuosa Helen, que se preciaba de conocer a fondo a su descocada prima, la razón de esa actitud obedecía al propósito de mortificar con un prolongado desprecio al aturdido mozo. Es que Bárbara era así, temeraria. De no serlo, otras cosas muy distintas se contarían de ella. Y otra vez volvió a su mente la expresión con que solía calificarla: oveja descarriada.

Reparó entonces Helen Windsow que había llegado, precisamente, al punto mismo en que el camino pasaba delante del recreo de "Las Cincuenta Danaides", y pensó que tal vez en ese momento se encontrara Bárbara en él. ¿Sola? La simple posibilidad de que alguien, uno de esos amigotes dados a la intemperancia, estuviese con su prima, hizo enrojecer a la predicadora hasta la raíz de los cabellos. Sin embargo, la curiosidad, aliada inexplicablemente a cierto prurito apostólico, la impulsó a torcer su marcha, para internarse en la umbrosa arboleda del recreo.



En la primera glorieta que halló al paso, no vió a nadie; no así en la segunda, en la que fingió no ver..., pero vió que no estaba allí su prima. Tampoco la encontró en la siguiente, y así anduvo un rato, sin desanimarse, hasta que, en el extremo mismo del parque donde ya no había otra cosa que el alambrado lindero, en el ángulo mismo del extremo, divisó la última glorieta. Le llamó la atención una excavación muy honda, mayor que las que suelen hacerse para los cimientos de los rascacielos, situada en el trayecto restante, hacia un costado del sendero, y a la que calculó, asomándose con precaución, unos quince metros de profundidad. En el fondo se vislumbraban confusamente unos montículos formados por adoquines. Contrariamente a lo usual, no había allí ningún farol indicador de peligro; pero la glorieta, allá al frente, estaba tan intensamente iluminada, que sus luces alcanzaban para alumbrar, aunque débilmente, el lugar donde en ese instante se hallaba Helen. Una pequeña zanja desembocaba en el profundo foso y, sobre ella, paralelo a una de las paredes del mismo, había un puentecillo de una sola tabla, cuyo paso estaba apenas resguardado por un endeble pasamanos de cuerda.

Avanzó Helen en dirección a la glorieta, y de nuevo solicitó su atención la extraordinaria cantidad de luz que en ella había; pronto comprobó, antes de entrar, que tal alumbrado consistía en un dispositivo circular de tubos de gas neón. En el centro de la glorieta había una mesa, y sentada a ella estaba Bárbara Windsow.

Al aparecer la tiesa figura de la predicadora en el vano de la glorieta, tuvo Bárbara un acceso de ruidosa hilaridad. Era evidente que sus carcajadas se originaban en el pronunciado contraste existente entre las ideas de la metodista y la presencia de ella en un sitio como el recreo de "Las Cincuenta Danaides".

—¡Tú, Helen, en un lugar tan peligroso!

—¡Peligroso, ya lo creo! —ratificó la recién llegada, desentendiéndose de la verdadera intención de aquella frase—. ¿Para qué han hecho ese enorme foso en mitad del sendero?

—No sé.

En ese instante apareció el camarero. Era un joven nativo de aspecto bestial, pese al simulacro de smóking que él endosaba como a propósito para sentirse incómodo; un gigantesco barbián, en fin, velludo y bracilargo, con quijadas lombrosianas. Esto último, sobre todo: el acentuado prognatismo de ese rostro torvo, enconado, remató la desazón de la impresionable Helen; aquel hombre resultaba para ella una especie de rezago de la edad de piedra, un pariente cercano del *pitecantropus*...

—A propósito —agregó Bárbara al verlo—, vamos a preguntárselo a Yosuf. ¿No lo conoces? ¿Ni de nombre? Imposible. Es el famoso camarero que me hizo una declaración de amor.

Helen miró al hombre, y se estremeció al sorprender en sus ojos un relámpago de furor. Bárbara, muy tranquila, lo interrogó.

—Dime, Yosuf. ¿Para qué hicieron esa excavación ahí fuera?

—Para instalar la maquinaria de acondicionamiento de aire del hotel, *madame*...

—¿Satisfecha? —indagó risueñamente Bárbara, volviéndose

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 112)


Para cuando llegue el frio..!
He aquí el confort que Ud. anhela en Invierno!
La almohadilla "WARM-O-HOT-" le dará 6 graduaciones de calor, regulables a su gusto, por medio del "switch" iluminado.
Pida una demostración de sus muchas características sobresalientes, en casas del ramo.
le dará el calor que Ud. prefiera..!
WARM-O-HOT
Almohadillas Caloríferas Eléctricas

CUARENTA AÑOS CON



Muy alto, delgado, con espaldas débiles de hombre de ciencia, sólida cabeza despojada de cabellera y una frente prominente sobre celestes ojos de niño: tal Wilhem Furtwängler. Contribuye a dar esa impresión de "sabio distraído" un andar ligeramente vacilante, como el de las personas aturdidas después de una dura prueba mental.

Pero este Furtwängler descripto precedentemente es, por supuesto, el que abandona el ensayo para dirigirse al hotel; el simple ser humano que vive y sufre; y no aquel que ha recibido el toque divino de las musas. Por lo contrario, cuando el ilustre músico que nos visita ocupa su sitial de director, se transfigura. Desaparece entonces todo el titubeo y surge el ser enérgico, capaz de imponerse a ciento veinte ejecutantes, de apoderarse de sus espíritus para someterlos a su propia sensibilidad, a su maravilloso sentido musical.

Como es proverbial en los grandes directores, tiene el que nos ocupa un carácter sumamente nervioso, díscolo en oportunidades y decididamente "terrible" en otras. Esa serie de reacciones, en suma, que en los actores se denomina "temperamento" y en virtud del cual se diferencian las estrellas de las partiquinas. Sin llegar al caso particular de Toscanini, de quien se comenta con mayor frecuencia sus arranques temperamentales que sus éxitos como músico, es evidente que el maestro alemán se siente molesto delante de los fotógrafos.

No resulta fácil, por tales circunstancias, reportear a quien significa, en estos momentos, la mayor expresión artística del mundo musical porteño. Una cita concertada con él –por medio de la infaltable secretaria– no es, ni remotamente, una cita obtenida. En oportunidades el maestro llega con atraso al ensayo – cinco minutos – y es inútil reclamar la validez de la cita: se encamina a su sitial cruzando rápidamente entre los músicos y delante del periodista sin mayores explicaciones; otras veces se siente nervioso y deprimido y hay que cancelar la entrevista.

Así y todo, merced a una ejemplar perseverancia, podemos entablar conversación con el célebre huésped y conocer algunos aspectos de su vida, sus aficiones y sus proyectos.

Pertenece Wilhem Furtwängler a la categoría de los músicos precoces. Su compatriota Mozart componía y ejecutaba al piano a la edad de cuatro años; él hizo lo propio a los ocho. También, como el autor de *Las bodas de Fígaro*, contó con el apoyo familiar no bien despierta la punzante vocación. Esta ejemplar conducta paterna permitió a Furtwängler acumular casi tanta experiencia musical como años de vida. Relativamene joven – nació en Berlín el 25 de enero de 1886 –, tiene una carrera esbozada en la primera infancia, seriamente encarrilada en la adolescencia – maestro de ensayos a los 18 años – y definitivamente asentada desde la juventud – director a los 22 años.

–Llevo cuarenta años con la batuta en la mano – afirma el maestro–. En 1908 dirigí por primera vez en Zürich, y desde entonces hasta ahora son pocos los lugares importantes del mundo donde no haya actuado.

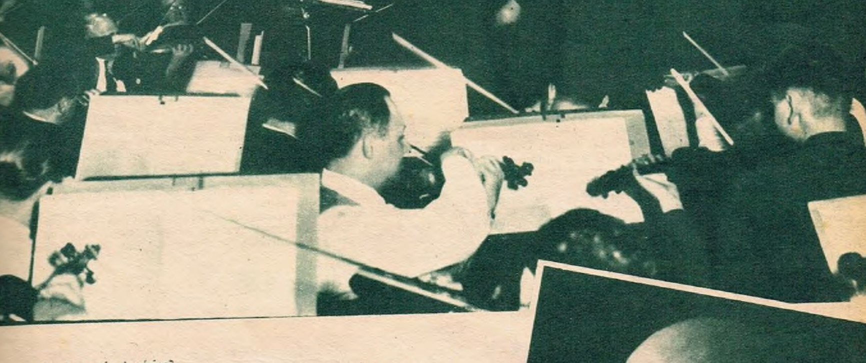
–Háganos un breve relato de su carrera. Por ser esta la primera vez que nos visita, el público desea saber el mayor número de cosas relacionadas con usted.

–Señalaré los puntos principales. Siendo todavía muy joven –corría el año 1915 – fuí elegido sucesor de Bodansky en la Opera de Manneim, ciudad del sur de Alemania, no lejana al Sarre. Más tarde crucé la frontera y trabajé en Viena, para regresar a Berlín como sucesor de Ricardo Strauss en la orquesta sinfónica de la Opera del Estado. A la muerte de Arturo Nikisch, ocupé su lugar en la orquesta filarmónica de Berlín y en la "Gewandhaus" de Leipzig, que fundó Mendelssohn. En Viena, más adelante, sucedí a Weingartner como principal director de la orquesta filarmónica de esa ciudad.

LA BATUTA

WILHEM FURTWÄNGLER, EL GRAN DIRECTOR QUE NOS VISITA, ESTA CONSIDERADO COMO UNO DE LOS MAS GRANDES DEL MUNDO EN ESTE MOMENTO

Por
Darío Quiroga
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



—¿No le atraía América?

—Muchísimo. Pero hasta el año 1927 no tuve oportunidad de ver realizados, en parte, mis deseos. Fué entonces cuando se me llamó para dirigir la orquesta filarmónica de Nueva York, lo que hice hasta 1929.

—Tenemos entendido que actuó junto a Toscanini en los festivales wagnerianos de Bayreuth.

—Sí, en efecto, tomamos parte simultáneamente en esos homenajes musicales, pero posteriormente mi excelso colega dejó de intervenir y yo ocupé solo el cargo directivo.

—¿La conclusión de la guerra trajo aparejada la reiniciación de sus viajes?

—Desde luego. Hice temporadas en Londres, en Roma, en París, en Estocolmo y en Lucerna. Agregue ahora mi permanencia en este hermoso país y los contratos que ya tengo para actuar en Roma, en Florencia y en Milán durante mayo y junio próximos.

¿Es posible conversar con un extranjero sin preguntarle su opinión sobre la Argentina? Desde luego que no.

—No he podido conocerla aún —sonríe Furtwängler—. Desde que estoy aquí sólo he hecho este camino: del Colón al hotel y desde el hotel al Colón. Pero tengo una excelente impresión de los argentinos y de sus ejecutantes. Trabajo con ellos muy a gusto. En cuanto a la música —agrega adelantándose a nuestra pregunta— espero conocerla próximamente.

—¿Y del público tiene también la misma buena opinión?

—¡Inmejorable!

No puede dudarse de la sinceridad de la respuesta. Pocos artistas han tenido un éxito semejante al suyo. Nuestro primer coliseo resulta chico los días en que Wilhem Furtwängler se coloca al frente de la orquesta para ofrecer versiones jamás oídas de la mejor música mundial. •

FURTWÄNGLER, EL GRAN DIRECTOR DE ORQUESTA

Fantasmas de entre dos siglos

RODÓ, PEREGRINO DE

EL GLORIOSO MAESTRO DE "ARIEL" TUVO EN LA POLITICA SU FATALIDAD Y A ELLA DEBIO SU VOLUNTARIO DESTIERRO Y SU MUERTE EN LA SOLEDAD

Por Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

POR ser americano era ya nuestro, de acuerdo con su apostolado, que propendía a "arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de la América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible". Por ser americano —repetimos—, era ya nuestro; pero, por ser uruguayo, lo sentíamos tan cerca, que era como si estuviese entre nosotros.

Cuando su voz se alzaba en la vecina Montevideo, se oía igualmente en Buenos Aires. Pero decimos mal, porque su voz no se alzaba, sino que era como una "música callada" que fluía de su pluma. Lo que oíamos, pues, era la dulce armonía de su prosa, cincelada en la soledad y el silencio de su gabinete de trabajo.

Como para que pudiera oírsele mejor, empezó hablando de una figura familiar en esta orilla del Plata: Rubén Darío. Antes había publicado un tomito con dos estudios intitulados: *El que vendrá* y *La novela nueva*. Pero, como obra primeriza, no traspasó los límites de un estrecho círculo. Con su estudio sobre Rubén Darío se ensancha ese círculo, proyectándose su nombre, no ya en el área continental, sino también en todo el mundo de nuestro idioma, hasta donde había llegado en aquella fecha (1899) el nuevo acento poético del bardo nicaragüense.

No más que al año siguiente publicaría su *Ariel*. Mensaje del siglo que finaba al que nacía. Breviario de americanismo hispánico. Revelación de nuestro ser espiritual. Luz encendida en la noche de la selva americana, que alumbraba a los que buscaban un camino... Quien la había encendido era un maestro y un guía. Y su luz nos orientó cuando en nuestra adolescencia, ávida de lecturas, cayó en nuestras manos aquel breviario.

En el café

Los que le conocían personalmente, nos hablaban del contraste entre su arte y su idiosincrasia; entre su prosa, cuidada hasta el extremo, y su descuido en el vestir: su sombrero polvoriento, la chaqueta irisada de manchas, el pantalón con rodilleras, mal atados —o sin atar— los cordones de sus botines... Como Antonio Machado hubiera podido exclamar:

"Ya conocéis mi torpe aliño indumentario..."

Al igual que los escritores españoles, o mejor dicho, latinos, pues se trata de algo concerniente también a los escritores franceses e italianos, frecuentaba diariamente el café, donde su espíritu encontraba solaz y descanso, donde tomaba contacto con el mundo. Alguien nos decía:

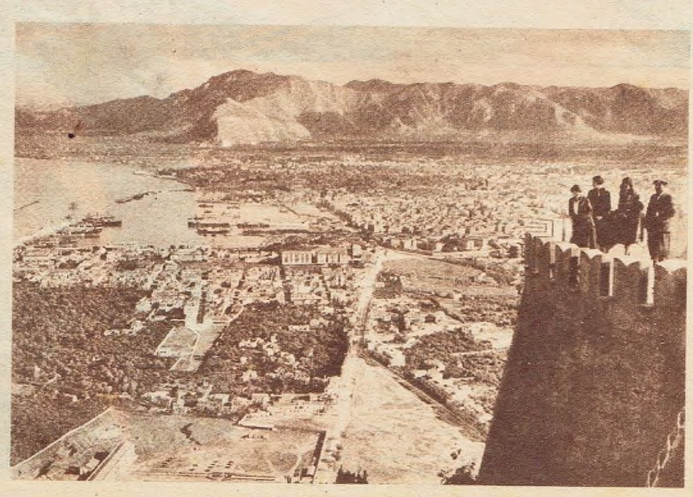
"Estarse dos horas sentado frente a una mesa, tomando café y fumando, es para él uno de los mayores placeres de la vida".



JOSE ENRIQUE RODO

También nos decían que, si bien amaba la soledad y el silencio, no desdeñaba la compañía de los amigos, entre los que podía seguir devanando el hilo de su pensamiento al arrullo de las conversaciones; hasta que la palabra ajena parecía despertar la suya, y entonces encantaba el oírle, porque su memoria prodigiosa acumulaba un caudal inagotable de anécdotas. Y era curioso que su voz, de un sonido áspero cuando empezaba a hablar, se afinaba, como un instrumento musical, adquiriendo pronto una dulzura y una sonoridad a tono con sus armoniosos conceptos.

Cuando nosotros empezamos a leerle, en vísperas de la guerra del 14, había publicado ya sus *Motivos de Proteo*, su magistral *Bolívar* y *El mirador de Próspero*, más un volumen de



PALERMO, LA BELLA CAPITAL DE SICILIA, DONDE LA MUERTE AGUARDO A RODO

LA BELLEZA

carácter polémico, titulado *Liberalismo y Jacobinismo*. Tras el idealista mensaje de *Ariel*, aprendimos las magníficas lecciones de tolerancia y de belleza de sus libros posteriores. Algunas de sus parábolas quedaban ya incorporadas a nuestro mundo espiritual, con la intensa vida de las realidades interiores. Y así, por ejemplo, cuando la realidad exterior nos hiriera con una desilusión o con un fracaso, volveríamos los ojos a aquel niño que jugaba en el jardín de su casa con una copa de cristal, en la que golpeaba acompasadamente con un junco, divirtiéndose con su improvisada música, hasta que se le ocurrió llenar la copa con la arena del sendero. ¿Recuerda el lector? Cuando el niño quiso arrancar de nuevo a la copa su fresca resonancia, se encontró con que el cristal había enmudecido. Ante el fracaso de su lira, hubo de verter una lágrima, pero la dejó en suspenso. Sus ojos húmedos se detuvieron en una flor. Se esforzó por alcanzarla y, cuando la tuvo en la mano, la colocó graciosamente en la copa de cristal, convertida en ufano búcaro, paseándola en triunfo entre las demás flores del jardín, orgulloso de su desquite.

MONTEVIDEO, CUNA DEL AUTOR DE "ARIEL"



LA VENTANA DE RODO; EN PALERMO

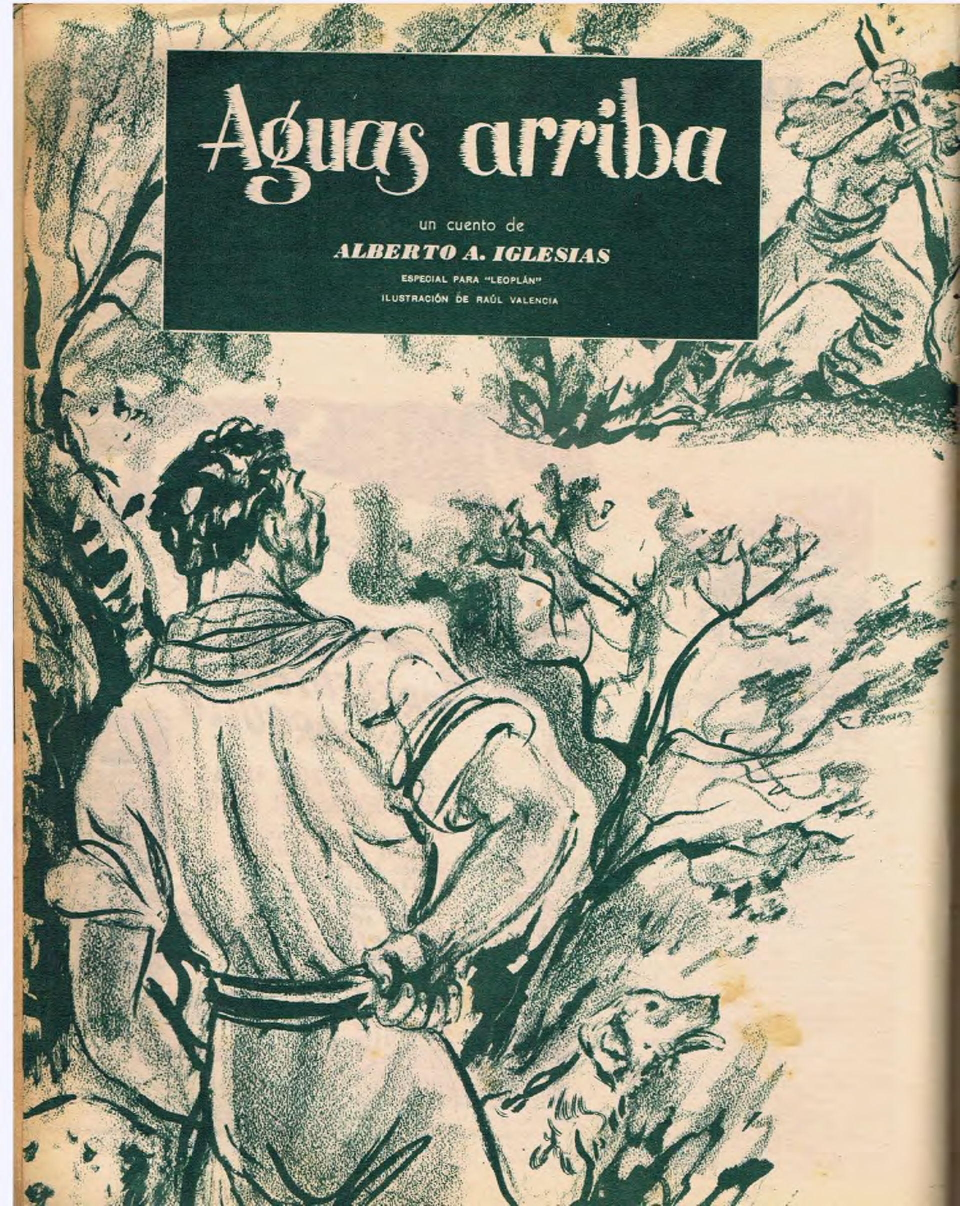
El voluntario destierro

De su elevado magisterio descendió a la política, contrariando sin duda su carácter, o más bien, traicionándolo, puesto que iba a dar en el polo opuesto a sus predilecciones.

Su lenguaje, como político, siguió siendo el del pensador, que se mueve en la serena región de las ideas y no en el turbulento campo de la lucha, como lo prueba este párrafo de uno de sus discursos, pronunciado en el ambiente violento de unas vísperas electorales: "El más seguro camino, no ya para la aprobación interior, sino para el triunfo definitivo, es el de decir la verdad sin reparar en quién sea el favorecido ocasionalmente por la verdad; y nunca habrá satisfacción más intensa que la de proclamar la razón que asiste del lado de las ideas que no se profesan, y de defender el derecho que radica en el campo donde no se milita".

Parafraseando una expresión de Goethe, podríamos decir de José Enrique Rodó:

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 111)


Aguas arriba
un cuento de
ALBERTO A. IGLESIAS
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIÓN DE RAÚL VALENCIA



HACE ya dos días que remontando el Paraná he dejado atrás el arroyo San Juan. Pleno enero; y en la espalda, en los hombros y en los brazos, el sol se ensaña conmigo. Los pobres perros sienten también el calor bárbaro. "Patrón" y "Diana" han buscado un poco de sombra debajo del asiento de la canoa. "Bigote", parado en la proa, apoyada la cabeza sobre la borda, mira con los ojos melancólicos la sombra de los árboles sobre la escarpada costa. "Cheraí" no sabe dónde echarse: se ha levantado cincuenta veces. La madera quema, toda la canoa quema.

Con golpes uniformes y cortos de los remos voy avanzando aguas arriba. El sudor me corre por las piernas, por la espalda, por la cara, y por los bigotes me llega a los labios, tibio y salado. La bombacha de loneta es como una plancha caliente en los muslos y en las rodillas. Aguas arriba. Aguas arriba. Cada golpe de remo es un corto trecho. El río corre: trae palos, raigones, árboles enteros y camalotes que parecen islas verdes. Verde en las costas, verde en el río, sol y resplandor de agua. Mi cara es un fuego, y en los ojos entrecerrados por efectos del sol que arde en llamas blancas, el calor se agolpa como en un horno. Los siento irritados de la transpiración que resbala de las cejas: a veces me penetra bien en ellos, parpadeo, me da comezón, y tengo que dejar de remar para limpiarme con el trapo que me sirve de pañuelo. En cuanto suelto los remos, la canoa retrocede.

A mis oídos llega el fuerte aliento de lucha del agua que salta entre las piedras. Miro hacia atrás: ¡Es larga la correderа!... Tiene dos restingas. El río se empenacha, brinca, brama y ruge...

Con centímetros de agua paso pegado a la costa, haciendo piruetas con la canoa entre las piedras. "Patrón", como buen cachorro, le ladra a la correderа. Atropello la primera restinga con remadas cortas y rápidas, y la paso bien. Aprovechando el remanso que se forma entre las dos restingas, hago tomar impulso a la canoa y atropello la segunda: pero es brava, y me saca fuera. Pruebo otra vez, y resoplando como un fuelle, consigo pasarla, después de estar dos largos minutos en el mismo sitio, rema y rema.

Atraco, y descanso un poco. En segundos el sudor se me seca en el pecho y en los brazos, pero en la frente y en las piernas me sigue goteando. Apurado por la sed, lleno mi jarro de agua, marrón de turbia: está caliente.

Los perros saltaron a la costa y están metidos en el río: tienen todos la boca abierta, alientan corto, y en las lenguas rojas hay espuma.

Miro hacia arriba: feo el lugar para acampar. Peñones calientes, arena caliente, costa escarpada y tacuaral reseco. Tacuara, tacuara y tacuara.

De pronto, a mis oídos, trenzado en un golpe de viento norte, llega un sonido de voces, tenso y parejo: "¡Jaup-taa! ¡Jaup! ¡Jaup-taa! ¡Jaup!..." "Un obraje", pienso. A lo mejor tienen agua fresca.

Empuño otra vez los remos. Un silbido, y en hilera, uno tras otro, saltan los perros en la canoa y sigo aguas arriba. Como es cerca de mediodía, el sol aprieta más y más.

Ya oigo cercanos los gritos. Bordeo una saliente de piedras y distingo la barranca limpia del obraje. Cuando me voy acercando, la peonada deja de trabajar y me saluda con gritos. Arriba distingo varios ranchos y pensando en el agua fresca me animo un poco y suelto mi grito de monte: "¡Buuu-iii!", y en seguida otro que no hay forma de escribirlo, con un redoble especial que siempre hace reír a la paisanada.

Casi al mismo tiempo que atraco, alguien golpea un hierro para indicar mediodía. Campana de obraje. Todos dejan de trabajar y me rodean. Preguntas y más preguntas, y ríen y gritan con mis "salidas" en guaraní.

Dos perros del obraje, escuálidos, la piel como guante sobre las costillas, han venido al encuentro de los míos, ladrando, y al llegar cerca paran la carrera, se miran, se estudian, y con cautela de ambas partes se huelen. "Patrón", siempre escandaloso, rasca la arena con las cuatro patas en rápido compás, gruñe, muestra los colmillos que apenas le apuntan, se acerca con aire de amenaza a uno de los perros, y de pronto se pone a brincar a su alrededor. El otro es perro viejo y ni se molesta en mirarlo. El segundo se le arrima a "Diana", y "Bigote" gruñe feo. "¡Diana, venga acá! ¡¡Bigote!!". Tengo que intervenir porque "Bigote" es bárbaro para la pelea y no quiero tener líos por cuestión de perros.

Como ya he pedido agua, viene un peón con una lata llena: es cristalina y fresca. A pesar de la sed loca que tengo la tomo a pequeños sorbos.

Me invitan a comer: hay arroz y "rebiro". Me voy a la popa de la canoa, y debajo de unas bolsas mojadas alzo media res de un venado que maté ayer. Se alegran las caras: carne "¡Iporá el venado, ch'amigo!", me dice un peón, que tiene la nariz cruzada de mejilla a mejilla por una ancha cicatriz.

Contentos todos, vamos barranca arriba y dos peones se han adelantado para preparar fuego.

Al rato, a la sombra de un alero, corre el "tereré" (mate cebado con agua fría). La peonada está observando mi escopeta, mi "44" mi cuchillo de monte y mientras las armas pasan de mano en mano, hay elogios y comentarios.

Terminamos de comer: la carne no estaba buena, porque apuramos el asado. De la media res, para los perros quedaron los huesos, que blanqueaban en el suelo, negras las puntas. Pero yo tengo reservados para ellos dos lindos pedazos.

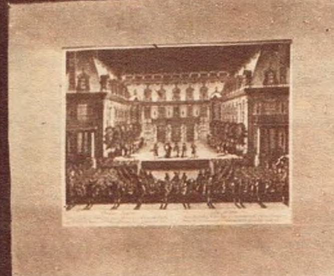
Suena el hierro, y retorna la tarea. Observo el trabajo. Al borde casi de la barranca acaba de detenerse un alzaprima que arrastra, preso a su eje con cadenas, un gigante de la selva. Después de un rato, queda el enorme tronco en el suelo, tan vencido. que hasta las cadenas le han sacado, y al paso lento y pesado de los bueyes sudorosos se aleja la alzaprima por la picada, chirriando, cantando su eje de madera en las vueltas despaciosas de las altísimas ruedas, hundidas en el profundo surco. El canto de otra que se aproxima le contesta. Están arrancándole las entrañas al monte.

Se prepara la peonada para empujar el grueso rollizo barranca abajo. Son ocho, ocho hombres hechos de cuero, hueso y nervio, ocho pedazos de bronce oscuro, ocho cuerpos sudorosos, ceñidos, que brillan al sol. Calza cada uno su larga palanca de dura madera debajo del gigante tumbado, y apoyándola en el hombro, una pierna atrás, listos para el esfuerzo se desgarra y cimbra en el aire el primer grito "¡Jaup-taa! ¡Jaup!...", el rollizo apenas d media vuelta sobre sí mismo: unos segundos para reacomodarse, se inclinan las espaldas sobre las que se descarga el sol reflejando cobr y otra vez el grito y el esfuerzo. La palanca hunde en el hombro tenso, abultado, deformado por el rudo trabajo. Poco a poco empuja el tronco hasta el borde de la barranca: último esfuerzo y se va rodando sobre la arena con sordo retumbar de cientos y cientos

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 110)

OCHO SIGLOS DE LLANTO Y



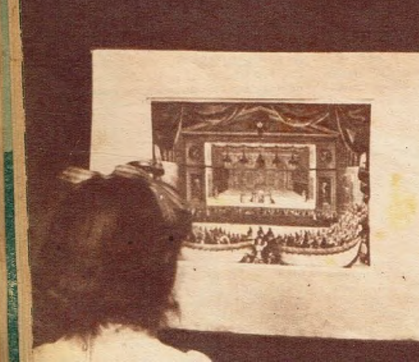


LA EXPOSICION DEL TEATRO FRANCES, QUE SE REALIZO RECIENTEMENTE, FUE UNA CABAL MANIFESTACION DEL ESPIRITU LATINO Y UNA VERDADERA HISTORIA DE SUS SENTIMIENTOS

Por

Ernesto F. Babino

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Se ha dicho hasta la saciedad del lugar común que Francia es la embajadora de la cultura, la representante del espíritu en el mundo. Casi hemos agotado de ese modo el caudal de frases hechas. Y no obstante esa misma repetición, esa insistencia, son la mejor prueba de que Francia es el testigo de todo lo grande y perdurable del espíritu humano. Nunca como hoy, en medio de una crisis de valores, ella se ha erigido, enhiesta y grácil entre las ruinas. Y es su claro mensaje el que nuevamente nos llega con esta síntesis de ocho siglos de teatro francés, que nos mostró a través de las salas de exposición.

Francia nos envió algo de su teatro, de su máscara, del disfraz de su risa y de su llanto, de la sugerencia de su plástica teatral; desde el alborear del tablado y de las representaciones sacras hasta la depurada técnica de su Comedia.

Son sus representantes, entre otros eminentes nombres, Rutebeuf, Molière, Racine y Claudel.

8 siglos de arte

Difícil, sino imposible, resumir en algunas pocas líneas la abundante y bien elegida documentación que se ha logrado reunir merced a los esfuerzos de críticos como Michel Simon, al servicio cultural de la embajada de Francia, y a la generosa y fina colaboración del Dr. Caillet

DE SONRISA



Bois. Gracias a ello el público porteño pudo contemplar y valorar, aunque un tanto de prisa, la evolución del teatro en Francia.

Nos hallamos ante una valiosa colección de documentos originales, de grabados de época, de reproducciones de escenas, de cartas autógrafas, etc. Desde el antiquísimo *Jeu d'Adam et Eve*, hasta la burla traviesa de Jean Cocteau.

Detengámonos, en la imposibilidad de una completa reseña, en algunas importantes piezas de la galería.

Encontramos, por ejemplo, algunos testimonios de la sencillez conmovedora del teatro medieval. El *Jeu d'Adam*, que se remonta al siglo XII, señala la transición del drama litúrgico al teatro medieval; la deliciosa farsa del maître Pathelin, que procede de los monólogos cómicos que reflejaban, satíricamente, la vida cotidiana, nos divierte, aún hoy, con su risotada casi insolente.

Más adelante hallamos, con la sorpresa de la eterna niñez, los títeres, los muñecos movidos por medio de cor-

(CONTINUA EN LA PAGINA 114)



TODO UN MUNDO DE MARAVILLA RESUCITO EN LA EXPOSICION DE TEATRO FRANCES: SIGLOS DE LLANTO Y DE SONRISA

Así es la vida

un cuento de

LIAM O'FLAHERTY

ILUSTRACIÓN DE ARTECHE

La madre estaba tendida sobre la espalda, con los ojos cerrados y los brazos alargados por encima de las frazadas. Sus manos se movían incesantemente. Después del penoso esfuerzo de dar a luz, estaba exhausta. Fué entonces cuando el niño lloró. Apenas oyó la débil voz, ella abrió los ojos, y apretó las frazadas con fuerza, entre sus dedos. Levantó la cabeza y miró ansiosamente a la abuela, que atendía al recién nacido sobre la chimenea.

La anciana notó la mirada desesperada de la madre, y se echó a reír.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó, dirigiéndose a dos vecinas que la ayudaban—. ¡Mírenla, tan asustada como una muchacha en su noche de bodas! ¡Como si fuera su primer hijo, y no el último!

Tomó al niño por los pies, lo levantó alto, y con la palma de la mano le pegó con fuerza en las nalgas.

—¡Y ahora, grita, en nombre de Dios, y que el diablo salga de adentro de tus huesos! —le dijo.

Ante el golpe, el niño se estremeció con violencia. Gritó otra vez, y ahora, en su voz había fuerza.

—¡Caramba! —dijo una de las vecinas—. Comprendo que la madre se sienta orgullosa de semejante hombrecito—y dando un golpecito sobre el estómago del bebé desnudo, agregó con honda convicción: —¡Nunca he visto un recién nacido tan lindo como éste!

—Sí, es un hermoso chico..., ¡que Dios lo bendiga! —comentó la otra mujer, e hizo la señal de la cruz sobre el pequeño—. ¡Qué hombre va a ser!

—Sí —afirmó la abuela—. Ya se ve que será todo un hombre.

Al oír decir que ese niño sería el último que tendría, una profunda tristeza se apoderó de la madre. Contaba cuarenta y tres, y los años habían llevado ya hebras de plata a sus cabellos. Sabía muy bien que nunca más volvería a dar la vida por el poder milagroso de Dios. Ya lo hizo catorce veces. Exceptuando la primera, en la que la embriaguez del amor era todavía muy fuerte en su sangre, dar a luz le causó pocas alegrías. La mala suerte y el hambre se multiplicaron bajo su techo al mismo tiempo que la semilla de la vida. Para un matrimonio pobre como el de su marido y ella, que sólo contaban con unos cuantos acres de tierra pedregosa, resultaba muy difícil alimentar y cuidar a tantos cuerpecitos y tantas almas.

Sin embargo, ahora, al pensar que en adelante no daría más frutos, se sentía inmensamente triste. Cerró los ojos una vez más, cruzó las manos sobre el pecho, y empezó a rezar al Altísimo, pidiendo la ayuda divina en el camino penoso que tenía delante.

* * *

Cuando el niño y la madre estuvieron ya atendidos, se permitió al padre que entrara en la pieza. Aunque tenía cerca de cincuenta años de edad, pasados en su mayor parte luchando con la tierra, estaba aún en lo mejor de la vida. Al aproximarse al recién nacido se descubrió. En homenaje a la nueva vida persignóse, y dobló una rodilla.

—Que Dios te bendiga —dijo al niño.

Luego fué hacia la cama y saludó a su esposa de la misma manera, diciéndole con dulzura:

—Gracias a Dios, todo pasó ya.

Al mirarlo, ella sonrió débilmente.

—Me alegro de que el último hijo que te doy sea un varón.

—¡Que el Señor te lo pague! —repuso él con fervor, y volvió a inclinarse ante ella.

La anciana trajo el niño a la cama, poniéndolo contra el pecho de la madre.

—¡Aquí está la joya más nueva y chiquita de la casa!

Al poner las manos alrededor del cuerpo del bebé, y sentir su corazón fuerte y flamante latiendo entre las costillas, del alma de la madre desapareció todo rastro de pena. Se le formó un nudo en la garganta, y las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó fervorosamente.

En el corral comenzó a cantar un gallo. Su voz se alzó, áspera y fuerte por encima del ruido que hacía el viento de noviembre, que se abría paso con violencia entre las nubes.

—¡Que Dios proteja a mi hijo! —pidió la madre al oír el canto del gallo.

Todos los gallos del pueblo se unieron en el canto, hasta que formaron una sola voz que saludaba el amanecer.

—¡Que Dios libre de mal al pequeño! — dijo la otra mujer.

Muy lejos, las olas rugían con fuerza al chocar contra los grandes acantilados del sur.

—Que lo libre de la enfermedad — rogaba la madre —, de la deshonra, de la desgracia, que cuide de su cuerpo y de su alma.

Poco después se permitió a los demás niños que entraran en la habitación a conocer a su nuevo hermanito. Eran siete. Cuatro de los catorce



murieron. Otros tres se marcharon en busca de medios de vida. Todos los que quedaban eran de una edad que oscilaba entre los tres y los quince años. Al ver al bebé, el asombro los hizo enmudecer. Permanecieron cerca de la cama con la boca abierta, tomados de la mano.

* * *

Entonces dejaron entrar al abuelo. El no se quedó callado. Al ver a su nieto menor comenzó a charlar alocadamente:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Todo perdura menos el hombre! ¡Ay! ¡Que la Virgen María se apiade de mí! No soy más que los restos de un hombre, y hubo un día en que fuí...

Era muy viejo. Pocos años antes, mientras dormía en el campo, en un día caluroso, el sol le hizo mal. Desde entonces era casi un inválido; apenas podía caminar. Chocheaba. Su cuerpo se encogía cada vez más. El peso de su cuerpo era el de un niño. Temblaba como una hoja.

—¡Ay! ¡Ay! —se quejaba amargamente—. Hubo un tiempo en que no le tenía miedo a ninguno, desde el este al oeste, que quisiera pelear conmigo. Yo era un hombre sin miedo ni...

La anciana se lo llevó fuera de la pieza, diciéndole:

—¡Vamos, y no aburras a la gente con tus tonterías!

—¡Ah! ¡Que Dios me ayude! —murmuró una de las vecinas—. Después de todo, ¡es bien corto el camino de la cuna a la tumba!

* * *

Cuando el bebé fué instalado en su cuna, junto al fogón de la cocina era como un rey en la casa. Toda la familia lo atendía. Era una tarea

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 110)



Miguel Angel Gómez, ante

MIGUEL Angel Gómez es poeta. Hombre de inquietudes múltiples, por ello mismo, y de múltiples ocupaciones a pesar del concepto corriente y tan falso de que el poeta es un ser que sólo sirve para componer versos a la amada y a la luna. Ha publicado tres libros de poesías: "La rosa sobre los vientos", "Amora" y "Tierra melancólica" (este último mereció un premio municipal), y fundó una revista, "Canto", en la que colaboraron algunos de los más destacados poetas jóvenes de hoy. En la actualidad, entre la fotografía, la cinematografía, la poesía, la abogacía, un puesto burocrático y su devoción por la literatura infantil, tiene bastante con qué llenar sus escasas horas de ocio.

Le sorprendemos en su estudio, a medianoche, en horas habilitadas expresamente para nosotros, y de inmediato, teniendo por testigos una "Quimera" de Pérsico, algunos productos de la vocación fotográfica de nuestro poeta, que cuelgan de las paredes, una reproducción de la "Santa María" y un barquito encerrado dentro de una botella, amén de una nutrida biblioteca, que da testimonio de los variados oficios y aficiones de su dueño —desde los boletines de "La Ley" hasta las "Odas seculares" de Lugones, pasando por una edición inglesa de "La Cenicienta" —, iniciamos el interrogatorio de práctica:

—¿Cuántos libros tiene dados a la estampa, Miguel Angel?

—He publicado ciertos libros de los que estoy cabalmente arrepentido, pero no creo que ello me invalide para opinar acerca de la poesía argentina...

—Precisamente, acerca de ella queríamos preguntarle.

—...Y así distingo la poesía de sustancia argentina y la que se escribe —o soslaya— en la Argentina. En cuanto a la primera, afirmo la grandeza de "Romances del Río Seco", de Lugones, y algunas odas de Ricardo E. Molinari. Y en el ascetismo, no pintoresco y sobreviviente al ultraísmo de otros poemas de Borges, "Llaneza", por ejemplo. Dentro de los que escriben con entera dignidad, con igual intención nacional en buen sentido, anoto a Bernárdez y a Marechal. Le advierto que no cito porque sí. Algún día seré prolijo y fundaré la razón de la preferencia y las deliberadas exclusiones. Pero todavía cuesta ser poeta en la Argentina: no se ha encontrado definitivamente el concepto seguro de la cultura nacional, lejana del remedo folklórico, ni se concuerda, por lo menos, en que el país, por definición física, rechaza lo solemne, lo vacío; aunque en eso, por desdicha, mucho se persevera. Adolfo de Obieta, valioso entre los jóvenes, fijó este punto en un artículo de "9 Artes".

—Y respecto de los jóvenes, ¿qué puede decirnos de la generación de 1940?

—El azar me hizo fundar una revista efímera. Por primera vez aparecieron en conjunto los escritores de la llamada generación de 1940, cuya existencia como tal no ha sido comprobada por hechos ni intenciones comunes. Hay valores de ex-



traordinaria dotación: unos de fino trasluz británico, como J. R. Wilcock; otros de mayor sentido americano, como Enrique Molina, para mí lo más serio entre los jóvenes. Y es merecido recordar a Alfonso Sola González, y afirmar que la poesía joven femenina, con idéntica seriedad, es

Un Congreso Balzaciano

No esta muy divulgada entre nosotros la existencia de una sociedad destinada por entero al culto del autor de la "Comedia Humana". Esa sociedad existe, sin embargo, y por cierto que su sede no puede estar más cerca de Buenos Aires. Se trata de la "Confraternidad Universal Balzaciana", fundada hace varios años en Montevideo por don Santiago Gastaldi, en cuya casa, asiento a la vez de la institución a que nos referimos, funciona asimismo un Museo Balzaciano.

A la "Confraternidad" pertenecen, en calidad de miembros adherentes, los más grandes nombres de la literatura contemporánea mundial, y la sociedad, no obstante la relativa obscuridad en que desenvuelve su existencia, no deja de trabajar activamente por la mayor gloria del gran novelista francés.

Lo prueba el hecho de haber emprendido recientemente una campaña tendiente a organizar el Primer Congreso Universal Balzaciano, con motivo de la próxima celebración del ...rio de la muerte de Balzac, que tendrá efecto en 1950.

NOTICIAS BREVES

— Se encuentra entre nosotros el abate Omer Engelbert, autor de una "Vida de San Francisco de Asís", quien se halla recorriendo esta parte de América a la búsqueda de editores para la célebre "Patrologiae cursus completus", de Migne, pues en la actualidad ningún editor europeo está en condiciones de reimprimir los 221 volúmenes in folio de los Padres de la Iglesia Latina, completados por los 166 tomos de los Padres de la Iglesia Griega. Es muy posible, por lo tanto, que ese trabajo casi gigantesco sea llevado a cabo en la Argentina.

— Con motivo del estreno de su última producción dramática, titulada "Manos sucias", Jean-Paul Sartre ha dicho recientemente en París que "el teatro no está hecho ni para la demostración ni para la solución. Se alimenta de cuestiones y de problemas. Como en Sófocles, ninguno de mis personajes tiene razón o sinrazón".

— En Mónaco serán editados nuevos relatos inéditos del escritor italiano Curzio Malaparte, cuyo libro "Kaputt" causó sensación en los últimos tiempos.

— De los 4.600.000 francos que comporta el Premio Nóbel concedido a André Gide, el fisco francés se quedará con unos 2.000.000, o sea muy poco menos de la mitad.

— "Los emigrados" se titula la novela que acaba de publicar la escritora rusa, radicada en Buenos Aires, señorita Olga Wolkonski, quien encara en esa su última producción la pintura de la existencia de los emigrados rusos después de la Revolución.

la poesía

representada por Olga Orozco. De ellos, como de Carlos Alberto Alvarez y de ambos José María—Castiñeira de Dios y Fernández Unsain—, ha de surgir un poeta, el que nos está faltando. Con otro sentido estético —cada uno de aquellos tiene raíz distinta— señalo a Obieta otra vez, a Eduardo Jonquières, de poesía más descarnada, junto a la fineza de Paine. No olvido a Barbieri, que encaró el tema nacional con imágenes de luciente serenidad. Y en este aspecto, sólo León Benarós, con acento llano y popular, profundo y hasta patético a veces, junto con Jorge Calvetti en otro estilo, demuestra preocuparse visiblemente de incorporar a sus poemas los hechos del país. Pero por desdicha sólo hay nombres, poemas sueltos, no obras que citar, aunque hay mayor esperanza en ellos, o en otros jóvenes, que en casi todo lo anterior. Eduardo Jorge Bosco ha dejado poemas que son un ejemplo en cuanto al abandono de lo suntuario, de la imagen sola, de la enumeración dislocada, y afincados en la querencia de las cosas del país. Por eso sus compañeros no habremos de lamentarlo bastante.

—Díganos algo de usted mismo, de sus proyectos, de las cosas que prepara.

—Quisiera tener tiempo, poder escribir solamente para tentar una aclaración de lo que ha pasado, en poesía, por nuestro país, desde Lugones hasta ahora. Ese es mi mayor proyecto. En cuanto a creación personal, algo tengo escrito a pesar de muchas cosas, y gracias a otras. Algún día habré de publicarlas. No tengo apuro.



Horacio Esteban Ratti, autor de "Con la rosa, la lluvia y la estrella", libro donde su autor expresa, con palabra justa y acento emocionado, su rica intimidad poética.



"El claro amor" titúlase el volumen de poesías que Alfredo Torruello ha publicado recientemente con general aceptación por parte del público y también de la crítica.

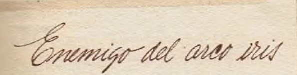
LIBROS Y PUBLICACIONES RECIBIDOS

CON LA ROSA, LA LLUVIA Y LA ESTRELLA, poemas, por HORACIO ESTEBAN RATTI. 95 págs. Bs. As.

ADIOS DESDE LA MUERTE, poemas, por AURORA VENTURINI, 86 pgs. Ediciones del Bosque. La Plata.

"REVISTA DE MATEMATICAS Y FISICA TEOLOGICAS", 193 págs. Ed. Revista de la Universidad de Tucumán.

"EL TIBURON DE QUILLA", por HORACIO ESTOL. 249 págs. Editorial Castellvi. Santa Fe.



Celebrábase un día una comida en casa del pintor inglés Haydon, a la que habían concurrido conocidas figuras de la vida artística y literaria británica.

Al finalizar la misma, el poeta Keats, uno de los asistentes, se levantó y con la copa en alto propuso el siguiente brindis:

—A la execración de la memoria de Newton.

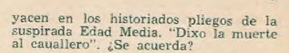
El asombro y la extrañeza fueron generales. Otro gran poeta que se hallaba presente, Wordsworth, pidió las consiguientes explicaciones al proponente antes de brindar. Keats repuso:

—Porque ha destruído la poesía del arco iris, reduciéndolo a un prisma.

Y de ese modo fué como se bebió por que la memoria del gran sabio fuese execrada.



CONFIDENCIA A INGRID



Un cuento de

ALBERTO FRANCO

ILUSTRACIÓN DE MARIANO ALFONSO

Sábado 8.

AMIGA: Si esta carta llega a sus manos, la sorprenderá que le haya escrito a usted, precisamente a usted, que está tan lejos en la distancia y también en el tiempo. Pero, qué quiere usted. Me he pasado toda la noche, toda la santa noche, revolviendo recuerdos. Encontré una tarjeta de usted. Está fechada en una ciudad y en una data lejanas. En ella me dice usted: "Apenas le conozco; es cierto. Pero no importa: para sellar una amistad basta sólo una palabra buena recogida en el viento". Yo guardo esa palabra de usted y la invoco ahora para justificarme. Pero, ¿es que acaso necesito justificación? ¿No hay algo más poderoso que mi voluntad que me impele a escribirle? Mire usted: yo debo decirle cómo ha sucedido todo, cómo aconteció esta soledad que pesa en el aire y acabará por desplomarse. Necesito decirlo. Mas, ¿por qué precisamente a usted y no a otro? No me obligue a pensarlo. No lo comprendo ni me importa. Todo este instante está lleno de usted, como el otro instante, el otro —¿me entiende?—, estaba lleno de ella. Yo creía que era muy fácil contarlo. Pasó tan levemente. Fué cosa tan imprevista, tan pequeña. Y, sin embargo, qué difícil es explicarlo ahora. Bastaría decir que ella se ha muerto. Pero no es eso. No se tiene con eso la idea de lo que fué su muerte. Llamó con los nudillos a la puerta, muy despacio, como si tuviera miedo de despertarla. Entonces sobrevino un leve parpadeo, y la vida se le escapó por una sonrisa. Eso es: por una sonrisa.

No podía ser de otro modo. Toda su vida se prodigaba así, con una sonrisa. Hay cosas grandes, enormes, que pasan y se van y no dejan huella. En cambio, es poquita cosa que esa su sonrisa ha dejado, al apagarse, la alcoba muerta de frío. Ahora va a amenecer. Debo correr todas las cortinas, porque la luz es guaranga y hace danzar los recuerdos ante mis ojos.

Si pudiera...

Lunes 10.

Así, un poquito cada día, tal vez alcance a decírselo todo. Ayer he paseado solo por las calles del puerto. Solo. No tengo amigos. Nadie me espera y yo no espero a nadie. Puedo venir a mi alcoba, alta ya la noche, y borronear cuartillas o quedarme sentado mirando el humo de mi cigarrillo. Pienso en los barcos que se van, mar arriba, mar abajo, con su carga de adioses. Ellos viven prisioneros en su libertad, atados a una cadena de puertos y de anclas. Mi vida, en cambio, es un barco que yo puedo manejar a mi antojo. No tiene prisa por llegar y puede pasarse un siglo navegando a la deriva. Aunque a veces pienso si yo no soy un esclavo de mi propia soledad; si la libertad no es nada más que una palabra bella. Quién sabe. Vivimos, y vivir es irse muriendo poco a poco. "La muerte nuestra de cada día, dánosla hoy". Es preciso repetírselo siempre. La idea de la muerte nos hace más buenos, nos identifica más con nosotros mismos. Y ésta es lección provechosa.

Vuelvo a releer lo escrito y observo la falta de coordinación, la visible incoherencia de mis frases. No puedo remediarlo. Ellas se ajustan a mis pensamientos. Debo fatalmente interrumpirme, saltar de una cosa a otra, distraerme a cada instante. Hace un momento, el ruiseñor de Stravinsky cantaba en la jaula de mi victrola. Ahora ha venido otro pájaro, se ha posado en el alféizar de mi ventana, se ha llevado en el pico un recuerdo muy dulce que tenía destinado para usted. Es octubre. Con los primeros atisbos de la primavera, los pájaros, amiga mía, se han vuelto locos.

Ella vino también en una primavera, en una primavera igual a ésta. Tenía un nombre claro como agua de cántaro. Yo ponía mis manos entre los rizos de su pelo, y mis pobres manos se bañaban en oro. Fué —¿es preciso que se lo diga?—, fué justamente cuando usted se marchaba. Usted y yo apenas si cambiamos unas pocas palabras. Sin embargo, cuando usted partió, yo estuve mirando cómo se alejaba el barco, con su bandada de pañuelos en la popa; cómo se perdía en la distancia. Y regresé más triste. Yo no sé por qué relaciono ahora estas cosas: estoy por creer que en la vida se ligan todos los acontecimientos, que todo está previsto, que todos los hechos humanos son los eslabones de una infinita cadena que ciñe al mundo, y al cabo de la cual —si tiene término— el primero y el último hombre se encontrarán tomados de la mano. Esta idea acude siempre a mi mente cuando repaso, como lo hice ahora, las vienas rondas de la muerte, que yacen en los historiados pliegos de la suspirada Edad Media. "Dixo la muerte al caualler o". ¿Se acuerda?

Lunes 10, tarde

Es menester que lo diga todo, que vuelva a revivirlo paso a paso. Usted no lo sabe y yo quiero, yo quiero que usted lo sepa. Cuando ella vino por primera vez, la recibí con recelo. Pero ella supo adentrarse en mí, acomodarse a todos los rincones, llenar todos los huecos. Lo hacía en silencio, con pasitos menudos, con mano ligera, con su invariable sonrisa. Ibamos juntos a los parques, a los paseos, a las ferias de diversiones. En los días de sol, visitábamos las casas vacías, las casas que se ofrecen al pasajero con sus carteles azules y rojos. Preferíamos las viejas mansiones, de grandes salas destartaladas, donde el eco repite nuestros pasos, donde puede oírse el rumor de las arañas que tejen su velo de novia. La noche nos sorprendía bajo las luces de la ciudad, ante las vidrieras que despiertan la codicia de los hombres, de esos pobres animales ahitos, bajo el caos de los anuncios luminosos.

Se vivía despreocupadamente, soñando un sueño demasiado dulce, jugando un juego demasiado peligroso. La vida pasaba a nuestro lado, se iba sin que lo advirtiéramos siquiera. Tenía miedo. Tenía miedo a tanta felicidad. Huí. Tal vez ella, al volverse para tomar mi sombrero, enjugó con la manga de su blusa una lágrima fugaz.

Quedé otra vez solo, otra vez en mi lírico desorden. Transcurrieron tres meses largos, llenos de lagunas de aburrimiento, de extrañas inquietudes, de inconfesables deseos. Iba sin rumbo, de un lado a otro, ajeno y enajenado. Volví a los lugares que visitábamos juntos; torné a las grandes casas vacías. Todo estaba triste, doblado de angustia. Quise buscar nuevas sensaciones en los placeres vedados, en los lugares donde la ley no escribe su letra. Visitaba el fumadero de Tchen el Lagarto, donde se juntaban, en increíble promiscuidad, hombres de todas las razas. Era curioso observar cómo esos seres, tan distintos entre sí, se comprendían y se estimaban. El vicio los unía como no hubieran conseguido unirlos las virtudes.

Seguí embriagando mis horas, pero era inútil.



Volví.

La casa estaba en silencio. La muerte había entrado y el aire olía a flores marchitas. Ella estaba pálida, muy pálida, en su cama, y las cortinas velaban la luz que quería penetrar en la habitación en raudales de vida.

Me recibió con su sonrisa más triste. La tristeza es la vejez de la sonrisa. Una gran piedad inundó mi corazón. Hacía frío. Leíamos junto a la ventana, bajo el tibio sol de invierno, bellos libros de viajes, y recorríamos postales de países lejanos. Acariciábamos proyectos de viaje, de fugas imposibles. Pero ella sabía que nada era cierto, que estaba llegando el fin. Y se apagó despacio, como había vivido. Con su última, triste y desolada sonrisa.

Martes 11

He aquí, amiga mía, cómo todo está dicho, cómo todo está consumado. ¿Comprende ahora por qué es difícil explicarlo? Sucedió tan fugazmente, que resulta inasible. Se nos escapa, como arena de mar entre los dedos.

Usted, amiga mía, es bella, y tiene en sus manos aprisionada la ternura. Su nombre, nuevo para nuestros oídos, le da ese prestigio de lo que viene de muy lejos. El ha sido el refugio de mi soledad en muchas horas vacías. Quizá sea la gratitud lo que me mueve a escribirle. Ahora que le digo todo esto, tal vez no le extrañe tanto mi carta. Recién ahora empiezo a comprenderlo. Cuando la vi a usted por primera vez, me asombraron su quietud y la serenidad de su palabra. Pensé para mí: "Se diría que nació en un país de soles muertos".

Hoy, al cabo de tanto desangrarse en las duras faenas de la vida, mi corazón la busca una vez más a usted, apenas entrevista y largamente esperada. Parecerá irreverente mi voz, levantándose sobre el recuerdo todavía caliente de una muerta; pero estoy tan deshecho que nadie se atrevería a condenarme.

A través de todos los rostros, de todas las miradas, de todos los excesos, mis deseos, mis esperanzas, mis sueños estaban puestos en usted. Es muy tarde para remediarlo. Sin embargo...

No. Es imposible; es por primera vez imposible. No debo hacerlo. Ahora mismo voy a romper esta carta en trocitos menudos, muy menudos, para que usted no sepa nunca, nunca, amiga mía, cuánto la quiero. ◆

ACTUALIDADES



"LA ARGENTINA". — A bordo del buque escuela, donde hacen su aprendizaje nuestros marinos, días antes de su partida se ofreció una recepción, a la que asistieron el presidente de la República, su esposa, el ministro de Marina y altos jefes y funcionarios.



CEREMONIA.—Durante una emotiva ceremonia, el primer magistrado de nuestro país, general Perón, colocó el pectoral con que el gobierno distinguió al obispo de Resistencia, Monseñor Nicolás de Carlo.



ANIVERSARIO. — Al cumplirse el 106º aniversario del fallecimiento de D. Alejandro M. de Aguado se ofició una misa, a la que asistieron jefes del ejército y altos funcionarios de la Nación.



AYUDA. — La fuerza aérea argentina prestó su rápida e inmediata ayuda al pueblo hermano de Colombia, mediante el envío de alimentos y medicamentos, que lo ayudarán a soportar las consecuencias de las trágicas jornadas vividas recientemente.



CONCERTISTA. Ernesto de Donhanyi, famoso pianista húngaro, que comenzó en el Teatro Colón su serie de conciertos, con gran éxito de crítica y de público.



CONVENCION.—Una vez más se reunieron en su convención habitual los vendedores de la Sociedad Anónima Coty, para convenir las diversas actividades que cumplirán durante el año.



INVITADO. — Viajó a Holanda, invitado oficialmente, el Dr. Enrique Gil. Lleva una misión encomendada por la Cámara Argentina de Comercio y pronunciará en el citado país varias conferencias.

GRAFICAS



HOMENAJE. — En memoria del doctor José María Bustillo, autor del Código de Justicia Militar, se realizó un homenaje. Durante la ceremonia disertó en nombre del Consejo Supremo de Guerra y Marina el contraalmirante Gastón Vicendeau.



AGASAJO. — El Club Amigos del Teatro agasajó recientemente, mediante una cena en sus salones, al Intendente de la ciudad de Buenos Aires, Dr. Emilio P. Siri.



BECARIA. — Alejandrina Suárez Pacheco, que mereció una de las becas otorgadas por el Superior Gobierno de la Nación, y que es la primera mujer egresada con el título de profesora superior de órgano.



ARTISTAS. — Una pareja muy agasajada en nuestras principales salas es la formada por Los Trianeros, distinguidos cultores de las danzas españolas.



ARPISTA. — Actúa ya en nuestra ciudad el famoso artista del arpa Nicanor Zabaleta, bien conocido por nuestro público, y a quien la crítica europea juzga como un gran valor contemporáneo.

Una ladrona

EN las primeras horas de la noche entraron en la comisaría cuatro personas acompañadas por un agente. Este entregó un papel, un pequeño envoltorio y dijo algunas palabras a un escribiente que estaba detrás de una mesa, pluma en ristre, y luego se retiró. El escribiente, al enterarse del contenido de la papeleta que le entregaran, dejó su asiento, y con desusada amabilidad invitó a sentarse a los recién llegados. ¡Caramba! ¡Nada menos que uno de los gerentes de "Fun y Fun", la tienda más grande de la ciudad, figuraba entre aquellos tres señores y aquella muchacha que no cesaba de llorar ni dejaba que se le viera la cara!

—Siéntense ustedes... Siéntense... Ya va a llegar el sub...

—Gracias — respondió uno de los del grupo, y tomaron todos asiento en un largo banco de madera sin respaldar, que se hallaba arrimado a la pared.

La muchacha ocupó un extremo del banco.

Media hora después llegó el subcomisario, ocupó el lugar del escribiente en la mesa, púsose éste a su lado, empuñó resueltamente la lapicera, y con media resma de papel de oficio por delante, comenzó a garrapatear en silencio.

A una señal del sub, el gerente de la casa "Fun y Fun" abandonó el banco y se aproximó a la mesa. Era un tipo alto, rubio, desteñido, que hablaba dificultosamente el castellano.

—Sí, señor... La cosa no tiene en sí misma mayor importancia — dijo —. Según me han comunicado mis empleados, esta... mujer, que estaba de vendedora, acostumbraba robar mercaderías. Hoy, a la salida, uno de los inspectores que están en la puerta, le descubrió que llevaba un par de medias de seda. Entonces ella las tiró al suelo... El inspector llamó a un superior y comprobó suficientemente el delito. Ella hizo un gran barullo, que es lo que lamento, por la seriedad de la casa. Lloró... Negó lo que estaba a la vista... Ahí están las medias... Y por fin, se echó sobre el inspector que la descubrió y le arañó la cara y las manos como una gata, verdaderamente...



un cuento de

BERNARDO GONZALEZ ARRILI

ILUSTRACIÓN DE RAÚL VALENCIA

Durante los largos intervalos que el gerente ocupaba en buscar las palabras difíciles de su vocabulario, no se oía en la sala más que el rasguño de la pluma sobre el grueso papel de oficio y alguno que otro suspiro de la muchacha.

—¿El inspector? —preguntó el subcomisario.

—No ha venido todavía —respondió el gerente—. Ha sido llevado a una botica para que le curen los arañazos.

—¿Esa es la mujer?...

—Sí, señor, ésa...

—Pase usted —ordenó el sub, con voz aguardentosa.

El gerente regresó a ocupar su sitio en el banco. La muchacha se acercó a la mesa, ahogada en sollozos.

—A ver. Sáquese el pañuelo de la cara. ¿Cómo se llama?...

La muchacha descubrió la mitad de su cara, mojada por las lágrimas. Era una rubia preciosa, no mayor de veinte años.

—¿Cómo se llama? —insistió el policía. Ella dijo un nombre y una dirección.

—¿Por qué robó usted este par de medias?

—No, señor... Yo no he robado nunca, nunca... —respondió ella, con palabras truncas, antes de asomar a sus labios.

—¡Cómo! ¿Y las medias? —interrumpió impaciente el gerente de "Fun y Fun".

—Tenga la amabilidad —le dijo el sub—; no interrumpa el interrogatorio.

Y dirigiéndose a la muchacha, agregó:

—A usted se le acusa de haber robado un par de medias, de un valor de catorce pesos en las circunstancias que acaba de exponer el señor...

—¡Miente!...

—¡Eh! ¡Así no se dice!...

—Es mentira, señor, completamente mentira, yo no he robado nunca...

—¿Y las medias?

—Yo no sé, ni las vi... A mí no pueden habérseme caído, como dicen... Es mentira, mentira...

El lloro se hizo más abundante.

—Bueno. ¿Y por qué entonces lastimó usted al inspector que la descubrió?

—Porque es un sinvergüenza, señor, un sinvergüenza...

• • •

La declaración de la muchacha no adelantó mucho más. La de los dos testigos que acompañaban al gerente coincidía en un todo con la de él. La vendedora, descubierta por un inspector, a la hora de la salida, había querido librarse del "cuerpo del delito" arrojándolo al suelo. Al comprender que la treta no le valía, se echó sobre él y le arañó la cara. Se produjo un escándalo, perjudicial para la seriedad de la casa, que presenció un centenar de personas, y eso fué todo...

Firmadas las declaraciones que llenaban cuarenta y una páginas de oficio, los tres individuos se despidieron y marcharon. Quedó, sentada en un extremo del banco de madera, la muchacha rubia, que continuaba llorando desconsoladamente.

Retirado el sub, el escribiente estuvo largo rato contemplando la figura interesante de "la ladrona" y chupando el mango de la lapicera... Era el escribiente un muchachón alto, desgarbado, con cara de bueno o de contento. Hacía unos pocos meses que estaba allí llenando pliegos de papel de oficio con su letra endemoniada, y no había tenido aún tiempo de endurecer el corazón con el espectáculo cotidiano del delito. De primera intención, todos los delincuentes eran para él inocentes víctimas de la maldad de los otros. Así le estaba pareciendo, una vez más, que era aquella muchacha rubia, ¡tan linda!, acusada del delito de robar un par de medias. La pobreza —él lo sabía— tenía la culpa de muchas cosas. Las medias —también lo sabía— constituían una verdadera obsesión para las muchachas bonitas. ¡Cómo se resigna una chica con piernas bien formadas —como parecían ser las de la rubia— a no llevarlas enfundadas en la seda transparente y brillante de un excelente par! La tentación era fuerte pasando el día entero en una tienda. Acaso la pobre estaba obligada por la necesidad a usar antipáticas medias de algodón oscuras y tupidas, que disminuían el encanto maravilloso de sus pantorrillas. Las ansiadas de seda estaban todo el día, como tentándola, delante de ella, y... naturalmente, se guardó unas en la cartera, dispuesta a lucirlas en la tarde del próximo domingo... Pero, ¡no! ¡Era

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 112)



ELEGANTE. — Angela Lansbury, una de las estrellitas que, en los últimos tiempos, más se ha destacado por la gracia de su apariencia y también por lo fresco y genuino de su belleza.

Cine

por AMELIA MONTI

ENTRE ASTERISCOS

MARLENE DIETRICH recibió una alta distinción norteamericana por su contribución de ayuda a los soldados durante la guerra. Fué la actriz que más representaciones ofreció a los combatientes pasando de un frente a otro. El director de la Academia Militar le hizo entrega de la Medalla de la Libertad que, emocionada, recibió y agradeció la estrella.

Que el más famoso pianista del mundo acepte utilizar en sus programas una obra musical escrita para el cine, constituye una nota de gran trascendencia en los círculos artísticos. Para muchos entendidos, que desprecian las composiciones tonales creadas en Hollywood, será una conmoción enterarse de que ARTURO RUBINSTEIN hará figurar en su repertorio el "Concierto en Mi Menor", de Leit Stevens, escrito originariamente para "Mi corazón te guía".

ETHEL BARRYMORE, una de las primeras damas del teatro estadounidense, desdeñó la pantalla durante largos años. Pero un vigoroso papel terminó por seducirla y los resultados le produjeron tan auténtica satisfacción, que desde entonces se convirtió en un elemento activo de la pantalla platinada.

UN ACTOR MULTIPLE

Pocos personajes más difíciles de interpretar que el Goyo Ríos, el protagonista de "El Tambor de Tacuarí", que encarna Juan Carlos Barbieri. En las escenas en que interviene ha debido andar a caballo, sostener un serio combate a sable, redoblar en el tambor, bailar el clásico minuet y un sabroso malambo; recibir bofetadas y latigazos; arrojarse al río desde una barcaza y ganar la playa a nado. Pese a todo, Juan Carlos Barbieri afirma que aun le gusta filmar y que es así como comprende él la labor del actor que procura identificarse con su personaje cinematográfico.

ANGULOS Y ENFOQUES



Está en vías de ser estrenada — en fecha muy próxima— la nueva producción de Lumiton, titulada: "Una atrevida aventura", que reúne por primera vez en la pantalla a Susana Freyre y Roberto Escalada. Ambos fueron dirigidos por Carlos Hugo Christensen.



Ha dado comienzo en las galerías de E.F.A. el rodaje de "Romance sin palabras", que dirige Leopoldo Torres Ríos. El mencionado film, que se desarrolla sobre un tema de la escritora Adela Beltrán, será animado por Miguel Faust Rocha, Carmen Valdés, Lidia Denis, Elina Colomer, Alejandro Maximino, Darío Garzay y José Comellas.



En un gran decorado, que reproduce fielmente la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, y que ocupó íntegramente una galería de los estudios que Emelco posee en Martínez, se filmaron las escenas culminantes y finales de "La novia de la Marina", producción de Ricardo Núñez, que realiza la citada empresa, con Susana Freyre, Ignacio de Soroa, Alberto Bello, José Luis Rodrigo, Manolo Díaz, Nelly Duggan, Teresita Pintos, etc.

Todo es trabajo en los estudios de Munro, donde se halla muy avanzado el rodaje de la nueva producción Lumiton: "La muerte camina en la lluvia", film de categoría en el que el director Carlos Hugo Christensen aborda por primera vez un género de temas no muy común entre nosotros.

Comenzó a rodarse ya la tercera producción del año de Interamericana, que lleva adelante su plan de 1948. Olinda Bozán es la protagonista de esta novedad y comparte los honores estelares con Fernando Cortés, el actor-director.

Artistas Argentinos Asociados nos informa que ha reanudado su actuación ante la cámara don Enrique Muiño, quien encarna — juntamente con Angel Magaña — uno de los principales papeles de "La calle grita". La película relata un asunto original de Carlos Alberto Orlando, ejerciendo la dirección Lucas Demare.

SUGESTIVA. — "So evil my love" titúlase en inglés la película a la que corresponde esta escena, donde al lado de Ray Milland muéstrase en todo su atractivo Ann Todd.

EL REALISMO Y EL NATURALISMO



Por
NICETO ALCALA ZAMORA

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

La inclinación al realismo aparece de antiguo en las letras españolas, no como tendencia deliberada y pasajera, y sí como propensión espontánea y permanente, cual si ese afán de reflejar fielmente la vida fuese compensación y pedestal necesarios para sentir impulsos, atracciones y hasta quimeras, de índole muy distinta y aun opuesta. Casi puede afirmarse que ese rasgo, con sus caracteres de racial más todavía que de literario o nacional, aparece ya mostrado cuando no existía ni podía existir el idioma; porque dentro del clasicismo antiguo, si algunos se aproximan a Marcial en desvergüenza, o a ratos lo aventajan, ninguno lo iguala ni lo supera en la fuerza de su realismo absoluto. Desde los primeros balbuceos del habla, en la infancia misma de la literatura, son realistas y sencillas las comparaciones poéticas de Berceo, como lo es el poema del Cid, no sólo en la parte de cabal coincidencia histórica, sino además en la de inspiración legendaria, dándole ese tono de verosimilitud impresionante, que no rebaja su calidad, inconfundible y superior respecto de una mera crónica rimada. Dentro de la literatura hay que incluir el precoz y ya ingente monumento de Las Partidas; y dentro de ellas, a pesar de no ser el campo más adecuado para el cultivo del realismo, éste asoma sin rebozo en crudezas ingenuas, que acaban dando cierto aire de ingenuidad cruda al código, no sólo cuando castiga vicios mirados como delitos, sino cuando resuelve complicados problemas de familia, o se refiere nada menos que a la propia dinastía. La tradición mantenida en los siglos posteriores, y afirmada desde la poesía a la ley, está destinada a imperar en la novela; y con dominio absoluto de ésta aparece en la portada de la época de oro, precediéndola en "La Celestina", o sea en el "libro a la verdad divi– si encubriera más lo huma"; según la sentencia gráfica y definitiva, formulada por la crítica cervantina desde la altura, en cuyo ambiente muere ya la envidia. Ese imperio del realismo sobre el dilatado campo de la novela fué afirmándose con el desenvolvimiento de ésta, sin timideces dentro de la picaresca, con mayor decoro en "Las Ejemplares" y en el propio "Quijote", donde para el vuelo soberano del ideal la realidad es contraste, que casi parece ley.

La fuerza de tal tradición realista había de ser obstáculo, en vez de facilidad, para el auge dentro de España de la moda naturalista triunfante más allá de los Pirineos. Naturalmente, la victoria y aun la lucha eran imposibles dentro del teatro, donde la representación naturalista hubiera significado osadía inadmisible en las situaciones, y además con doble daño pesadez insoportable en el diálogo. Pero también dentro de la novela, que parecía el campo fácilmente conquistable, el realismo español, como más arraigado, fuerte y verdadero, se impuso vencedor, resistiendo para ello sin miedo; e incluso sus coincidencias o semejanzas superficiales, en cuanto a licencias o atrevimientos, sirvieron para inmunizar, despojando de novedad y aliciente bajo ese aspecto a la nueva escuela. El público, y por intuición acorde los autores, coincidieron en preferir la impresión rápida y penetrante a la explicación lenta y abrumadora. Aun para lo atrevido o escabroso sirvió más presentar la vida como es que complacerse, con delectación morosa, en la rebusca comentada y explicada de la invención artificiosa.

La excepción más singular y destacada, como triunfo relativo del naturalismo, fué la señora Pardo Bazán, condesa al cabo de igual nombre, trocado de apellido en título. Mujer al fin, aunque su estilo superase con enorme ventaja y diferencias cualitativas al de las literatas de tertulias y poetisas de salón, encontró dos estímulos que atrajeron su preferencia. Por un lado no pudo ser insensible en el orden literario, como en nada lo son las mujeres, al prestigio de la moda; y por otra parte halló sin duda en su afiliación dentro de la nueva escuela un permiso de jerarquía literaria para abordar temas, situaciones, comentarios y diálogos que su sexo y el criterio de su ambiente social hacían de admisión difícil. Sin embargo, si como es de suponer creyó eso último, se equivocó en el fondo, porque a la misma o muy parecida libertad podía llegar continuando la tradición añeja, ella que procedía del tradicionalismo político y social. Sus grandes dotes de escritora liberaron al estilo del tono plúmbeo difícilmente evitable, pero con todo su inclinación amortiguó, si es que no del todo frustró, cualidades que en sí llevaba. Gallega auténtica, de la propia Galicia, y sagaz observadora, sacrificó el gracejo y el ingenio humoristas, que como una emanación del suelo o efluvio de la atmósfera, se extiende por el noroeste español o portugués de la península, y que con encarnaciones y caracteres distintos ha ido apareciendo (por no citar otros muchos casos) en la poesía serena de Campoamor; en la candente de Curros Enríquez; en la más combativa aún de Guerra Junqueiro; en las novelas audaces y algo exóticas de Eça de Queiroz; en las zumbonas y levemente sentimentales de Castello Branco o de Palacio Valdés; y hasta dentro de la oratoria magnífica y barroca en los donaires de Vázquez Mella. De ese modo aminoró o perdió la insigne escritora un don





CURROS ENRIQUEZ

VICENTE BLASCO IBAÑEZ, EN OCASION DE SU VISITA A NUESTRA CIUDAD. (Foto Archivo Gráfico de la Nación.)

EN ESPAÑA

o rasgo de remoto origen celta, que más allá de España deja asomar sus misteriosas pero innegables reminiscencias en las novelas de Wells, en las comedias de Bernard Shaw, y aun en los discursos de Lloyd George o de Arístides Briand.

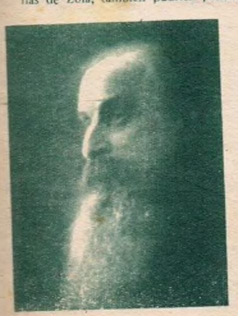
En posesión de su relativo triunfo, mucho más personal que de la escuela o tendencia, la señora Pardo Bazán sintió el temor de aparecer aislada en las alturas de su talla literaria, o rodeada tan sólo por un círculo de segundones; y quiso presentar ensanchado el de los adeptos de más categoría, jactándose con júbilo y orgullo de incluir entre los mismos a Pereda. Se equivocaba por ofuscación ilusa en tal creencia. Pereda, castizo y tradicional desde el lenguaje a las ideas, fué ante todo eso, y por lo mismo un gran costumbrista: un pintor de paisajes, de usos y de caracteres que a él lo envolvían, de cuyo espíritu estaba imbuído, en cuyo interior, que para él no era recóndito, penetraba fácilmente. El presentó embellecida, por pulcro lenguaje y cuidado estilo, la vida que le circundaba, y que era a la vez la prolongación y el aire respirado en la suya propia.

Más dudoso, o por lo menos más engañoso, fué el caso de Blasco Ibáñez, con personalidad sobrada para no necesitar inspiración ajena, pero capaz por lo mismo de sentir y practicar la emulación ante los éxitos de cualquier origen o rumbo. Sin duda en algunas de sus novelas existen influencias clarísimas de Zola: en las dedicadas a la guerra, como "Mare nostrum" y "Los cuatro jinetes del Apocalipsis", de los evangelios laicos del escritor francés; y en "La bodega" y "El intruso" más que en "Sangre y arena", de la otra serie "zolesca" de las ciudades "París", "Lourdes", "Roma". Pero Blasco Ibáñez, aun cuando se inclinara satisfecho hacia atrevimientos ocasionales, que no eran la substancia de sus obras, obedeció a muchas influencias, y en definitiva a su propio impulso, capaz de cambiar de dirección a su antojo. Si en obras como las aludidas hay remotos parecidos con algunas de Zola, también pudiera pensarse que


EÇA DE QUEIROZ


CAMILO CASTELLO BRANCO


JOSE MARIA DE PEREDA


GUERRA JUNQUEIRO


ARMANDO PALACIO VALDES

en "Sónnica la cortesana", al evocar la lejana vida de Sagunto asaltado por Cartago, no dejó de fijar su espíritu en la admirable "Salambó", de Flaubert. Cuando no se dejaba influir por nadie, e incluso cuando quería marchar por las sendas de otros, Blasco Ibáñez era ante todo un pintor con palabras: menos dibujante que Pereda, y mucho más colorista por la luminosidad levantina, que a través de los ojos había penetrado en el fondo de su alma, enamorándola. Por lo mismo, lo mejor de su obra, o sea lo más espontáneo, es lo valenciano, y después lo más próximo a esto, como por ejemplo lo balear.

Durante algunos años el sarampión naturalista prendió en escritores jóvenes, que pronto se oscurecieron, o se apartaron de la influencia exótica. Quizá entre ellos, el mejor dotado y el más convencido, apto y apasionado para seguir el camino, fué José Zahonero, figura interesante, con herencia de trazos románticos en su persona, aunque con inequívoca filiación naturalista en sus escritos. Los emprendió con entusiasmo, y los



EMILIA PARDO BAZAN

abandonó con oculto pesar, tras su conversión en todos los órdenes, con renuncia de cualquier atrevimiento, ya de política social, ya de ética literaria. Vivió muchos años silencioso, es decir, con pluma ociosa, paseando por el salón de conferencias del Congreso la amarga, inquieta y sarcástica expresión de tristeza, en que se juntaban desengaños de la vida, y una mezcla de pesar y nostalgia al evocar calladamente sus antiguas rebeldías. Era alentador para las modestias que empezabán, e iconoclasta ante las fatuidades consagradas por la injusticia. Aun lo recuerdo, rompiendo su silencio para discutir nerviosamente, o levantándose al llegar alguno de los prelados que formaban parte de las Cortes monárquicas, para besar el anillo con rapidez de salto, que en nada se parecía a la inclinación ceremoniosa, sin aproximarse tampoco a la unción eclesiástica.

Del naturalismo español durante el siglo XIX quedará muy poco definitivo, más bien curioso como tema de estudio que triunfante como esfuerzo vencedor. En España fué una moda pasajera, vencida inevitablemente por la tradición inconmovible y gloriosa del realismo, el cual, por si necesitara refuerzo en la lucha, recibió la adhesión de las dos figuras más grandes de nuestra novela contemporánea: en la perfección castiza y clásica del estilo, la de Valera, y en el conjunto integral de su magna producción, la de Pérez Galdós. ◈

ACLARACION

por IANIRO



—¡No, no, no!... ¡Qué Premio Nóbel ni que ocho cuartos!... La ambición de mi vida fué jugar en River Plate...

Viento, Nieve y Sol

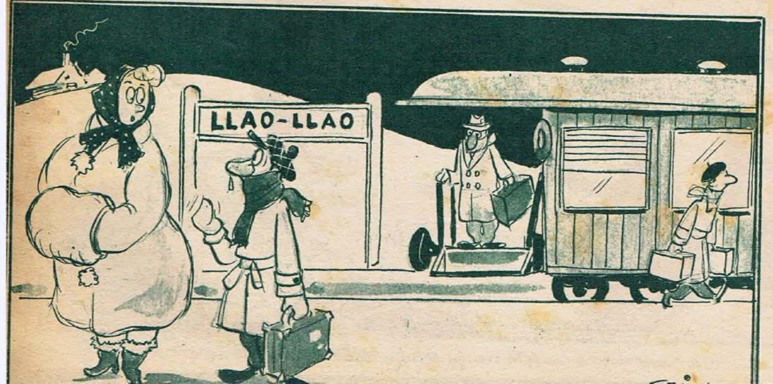
por SEVILLA



—¿Quién soy?



—¡No te quedés parado ahí arriba! ¡Subí! ¡Subí!



—¡Pero, querida! Para venir aquí, bien nos podríamos haber quedado en nuestra fábrica de hielo


—¡No lo dejes escapar! Acuérdate de que me prometiste un tapado.
—¡Apártese! ¡Una avalancha!
—¡Otra vez te olvidaste el hielo para el whisky!
—Venda el San Bernardo y haga como yo: cómprese un burro ¡Yo sé lo que le digo!

El Cometa

I

N 188..., quizás se recuerde todavía, el cielo de Francia e adornó con un pequeño cometa. Los periódicos anunciaron on bombos y platillos la aparición del fenómeno, y en la villa e Vanne-sur-Meuse, en donde staba entonces de guarnición el de cazadores, se celebró como una felicidad pública aquella iversión diaria, semejante al iego de la lotería casera. Desraciadamente, aquel año el invierno, que había transcurrido a heladas, estaba terminando en edio de cataratas. Pesadas nues, alternativamente color ceiza o color de arena, se deshaan en torrentes, que se desploaban sin tregua, ensuciando el avimento de las calles y anendo en la misma podredume lúgubre el final de marzo y nacimiento de abril. De suer que era una desolación, y gente, consternada, chasquea en su esperanza de ver plaar la cola del cometa sobre campanarios, acusaba de irriite injusticia a Dios Nuestro ñor, Soberano Creador y Due de todas las cosas.

En aquel tiempo una mañana, cia las ocho, el sargento jefe caballería fué como de cosmbre a presentar el informe coronel. Este acababa de desunar. Así lo atestiguaba el ón vacío sobre un rincón de chimenea, en el que se veían, delicadas hendiduras color rrón, semejantes a finos enes, las huellas del chocolate un momento antes. Derribasobre un diván de reps, bala nuca la rudeza de un almoión de crin, se tostaba los slos en la llama de la chime, las piernas en alto y las sue de sus botas en la esfera del oj. Estaba tocado con el ke vestido con una chaqueta muletón blanco, en cuyo ojal oseta de oficial de la Legión Honor parecía una cereza achurrada; y mientras con mano se escarbaba los dientes, con la otra desmenuzaba maquinalmente puñados de tabaco que iba sacando de un cacharro japonés con lágrimas de oro sobre fondo negro.

Lampérière, que había terminado la lectura del informe, detallaba los castigos:

—*Agostini, jinete de 2a. clase..., dos días de calabozo por el sargento Tuvache, por haberse presentado en la revista sin tirantes.*

—*Brout, alumno trompeta, cuatro días de arresto por el ayudante Flick, por haber tocado diana con un pasacalle.*

—*Popirol, jinete de 2a. clase, cuatro días de calabozo por el sargento de caballería Pié, por haber presentado armas al obispo imitando el graznido del cuervo.*

Por el hueco de las cortinas abiertas sobre la tristeza chorreante de los campos cultivados, el coronel Merrays miraba caer el aguacero. Sin conmoverse, dejando desplomarse una larga cascada de tabaco en el cacharro japonés, dijo:

—Quince días de prisión y siete de celda.

—Bien, mi coronel.

Frente al nombre de Popirol, el sargento jefe de caballería trazó una cruz con lápiz y repuso con voz vibrante:

—*Peticiones de permiso:*

El cabo Jenni, del tercer pelotón, solicita un permiso de cuatro días, con destino a Roubaix.

El ayudante de cantina Joussiaume solicita un permiso de ocho días con destino a Bourg-en-Bresse. (Recuerda que no ha disfrutado ningún permiso desde su ingreso en el cuerpo).

Boutique, jinete de 2a. clase, solicita un permiso de cuarenta y ocho horas, con destino a París.

Lévy, jinete de 2a. clase, solicita un permiso de cuarenta y ocho horas con destino a París.

El maestro de armas Magimel solicita del coronel permisos de noche a favor de los jinetes Gru, Sinoquet, La Guillaumette, Ledrap, Limdier y Bergeric, merecidos por su asiduidad a la sala de armas.

El coronel aprobó con la cabeza, mientras se hundía en la boca la mitad de una mano dedicada a la caza de migas de pan. De pronto, como el suboficial cerrara el cuaderno de las disposiciones, pasando cuidadosamente sobre cada página un papel secante,

—¡Ah! —exclamó—, dígame...

—¿Mi coronel?

—Los periódicos de la localidad anuncian que hay un cometa.

Lampérière, sorprendido, respondió:

—Sí, mi coronel, efectivamente.

El señor de Merrays prosiguió:

—¡Pues bien!... He pensado que quizás sería mi deber en esta ocasión dar a los hombres... ¡Oh! Desde luego sin ninguna pretensión... (Se esbozó una sonrisa bajo sus bigotes, al tiempo que hacía con la mano un gesto discreto, que dió en seguida a las cosas sus justas proporciones), un cursillo de cosmografía, tratando de la naturaleza de los cometas, de su marcha a través del espacio, de su periodicidad, *et cætera et cætera*. Creo conveniente que los hombres no vivan como bestias en la ignorancia de las cosas más elementales. ¿No es esa su opinión?

El sargento jefe no vaciló.

—Absolutamente, mi coronel.

Dijo aquello con una gravedad lenta, como el hombre que ha penetrado la sabiduría de los designios verdaderamente superiores. Había mojado su lápiz y abriendo el cuaderno escribió de prisa bajo el dictado del coronel:

—*Mañana a las once, ante las cuadras, el coronel explicará un curso de cosmografía...*

—Añada usted: *familiar* —dijo el señor de Merrays, que acababa de encender un cigarrillo y lanzaba por la nariz un doble chorro de humo azul... —, *con relación al cometa*. ¿Está usted?

—Sí, mi coronel.

—Escriba: *En caso de mal tiempo...*

...mal tiempo...

—*...el curso tendrá lugar...*

—*...tendrá lugar...*

—*...en la sala de gimnasia.*

—*...gimnasia.*

—Nada más.

Lampérière saludó. Cerró sobre su dolman, constelado de una triple hilera de botones, su pesado abrigo azul y salió. Afuera seguía lloviendo copiosamente, con súbitos golpes de borrasca que se arremolinaban bajo la esclavina del soldado, levantándola y haciendo batir sus alas por momentos a cada lado de su rostro.

II

ORDEN DEL DIA

Con idéntico movimiento automático los hombres esbozaron el saludo militar, la mano levantada a la altura del gorro de cuartel y luego vuelta a dejarla caer a un tiempo en la misma línea.

—*El coronel...*

Allí estaban los cuatro escuadrones en traje de cuadra, bajo la lluvia que poco a poco les iba calando los hombros; una cochina lluvia persistente, fina, que rayaba de imperceptibles líneas el fondo sombrío de los ventanales abiertos. Aprisionado por las largas blusas de hilo crudo, estrechamente apiñadas en círculo a su alrededor, el sargento jefe de caballería Lampérière dió lectura en alta voz a la orden del día. Era un hombre pequeñito, con poca paciencia, y cuya demasiado fácil irritabilidad había



Por

Jorge Courteline

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE RAÚL VALENCIA

hecho llegar a la exasperación, poniéndole verdaderamente fuera de sí, aquel diluvio tenaz.

—*Todos los permisos solicitados en el informe han sido concedidos. Mañana a las nueve, en las cámaras: teoría. A la una, revista de detalles por el señor oficial de semana. El castigo del jinete Pôpirol ha sido elevado de cuatro días de calabozo a quince días de prisión y siete de celda...*

Por momentos se interrumpía, lanzando una ojeada al espacio, como interrogando al cielo si se iba a ver pronto el fin de tal inclemencia.

—*...A las once, delante de las cuadras, el coronel explicará, a propósito del cometa, un cursillo familiar de cosmografía...*

A la palabra *cosmografía*, los jinetes, atolondrados, cambiaron ojeadas inquietas. Algunos esbozaron un gesto de saludo. La lluvia redoblaba. Cáda nueva gota que caía sobre el cuaderno de disposiciones, se transformaba en una amplia estela violácea. Bruscamente, al sargento jefe le pareció que ya tenía bastante. Cerró el cuaderno, se lo puso bajo el brazo y farfullando, con la prisa de terminar, lanzó a plena voz este anuncio imprevisto, que no aminoró en lo más mínimo la estupefacción de los oyentes:

—En caso de lluvia, el cometa tendrá lugar en la sala de gimnasia.



ROMPE-CABEZAS

Un negro quiere ir al mercado de Timbuktu con una pantera, una cabra y un haz de maíz; tiene que cruzar un río que no tiene puente; sólo hay una soga tendida entre dos palmeras. ¿Qué hace el negro?

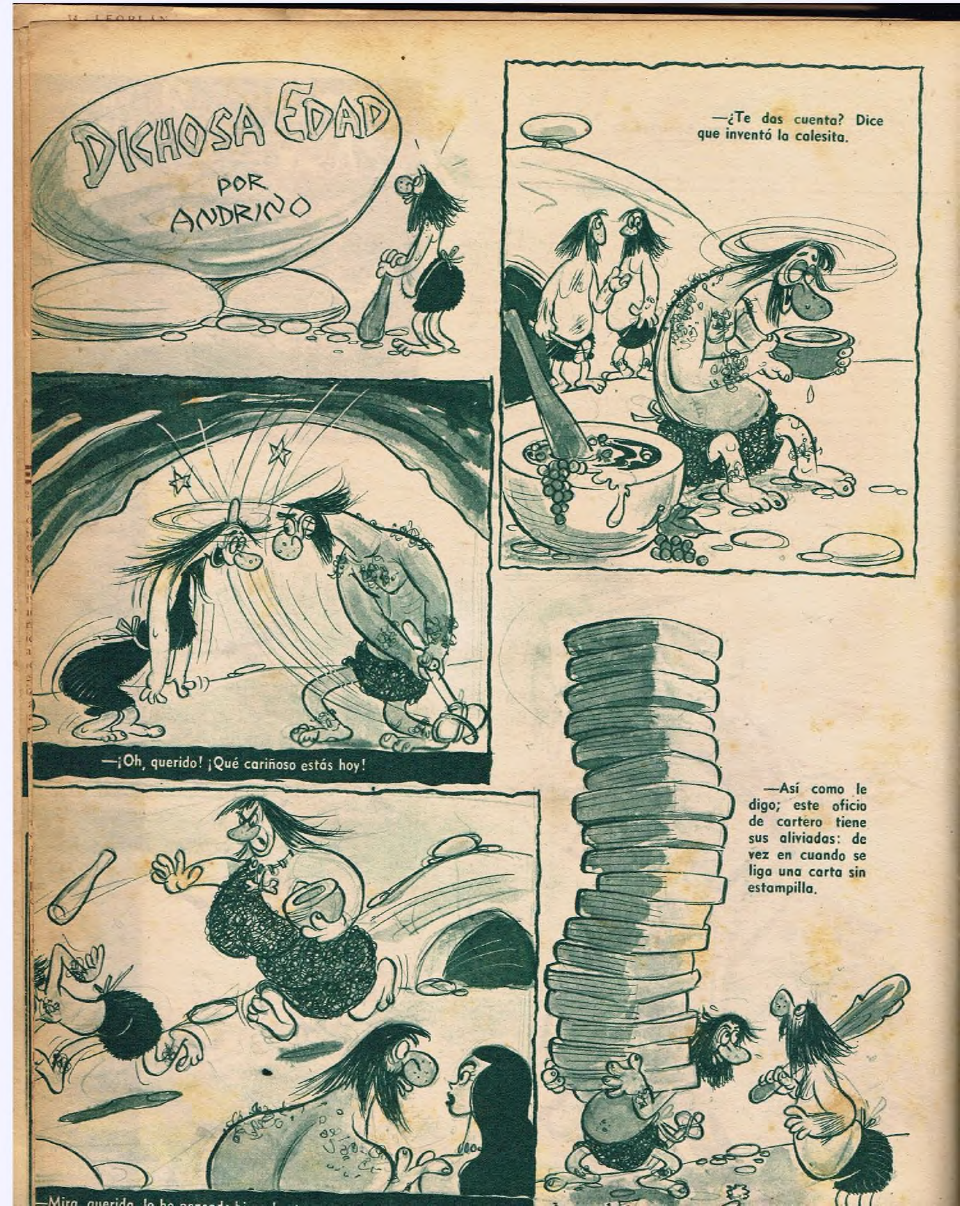
Primero ata la pantera a la palmera y cruza con el maíz, pero se da cuenta de que no puede dejar solos a los dos animales.

Vuelve pensando cómo puede cruzar sin que la pantera se coma a la cabra y la cabra el maíz.



SOLUCION:

1. — Habiendo pensado mucho, cruza la cabra al lado opuesto, volviendo solo.
2. — Después cruzó con el maíz.
3. — De vuelta trajo la cabra.
4. — Volvió a cruzar con la pantera, dejándola con el maíz.
5. — Volvió a buscar a la cabra.
6. — Al fin pudieron pasar todos sin peligro.


DICHOSA EDAD
POR ANDRINO
—¿Te das cuenta? Dice que inventó la calesita.
—¡Oh, querido! ¡Qué cariñoso estás hoy!
—Así como le digo; este oficio de cartero tiene sus aliviadas: de vez en cuando se liga una carta sin estampilla.
—Mira, querido, lo he

Aire de familia

NOTA IMPORTANTE: Toda semejanza o similitud que tengan estas fotos con gentes conocidas es completamente casual. Nuestros personajes son absolutamente imaginarios.

RAZON DE PESO

Maestra. — ¡Pero, Pochito! ¿Puede saberse por qué tienes la manía de escribir tu nombre tan arriba de la página?

Alumno. — Es que mi papá siempre dice que hay que mantener bien alto el nombre de la familia.

SABIA LO QUE DECIA

Un vivo entra en un bar. Llama al mozo y dice:

—Déme una cerveza antes del lío.

El mozo sirve lo pedido. A los pocos minutos el parroquiano lo llama otra vez y vuelve a pedirle:

—Tráigame otra cerveza antes del lío.

Pasado otro rato, el extraño cliente hace el mismo pedido anterior:

—Sírvame otra cerveza antes del lío.

Lo de "antes del lío" termina por picar la curiosidad del mozo, que se atreve a preguntar:

—Pero, dígame, ¿qué significa eso de "antes del lío"?

—Pero si está clarísimo...

—¿Sí? ¿Pero qué lío es ése?

—Hombre, pues el que se va a producir cuando tenga que pagar y usted se entere de que no tengo dinero...

INGENUIDAD

Un provinciano que visita la capital es presentado a los familiares del amigo en cuya casa se alojará:

—Mi esposa, mi hijo Juan, mi suegra, mi cuñado, Eduardito...

—¿Y el tío no está? — pregunta entonces el provinciano con curiosidad.

—¿El tío? ¿Cuál? — dícele el dueño de la casa.

—Pues el del cuento... Ese del que con tanta frecuencia hablan los periódicos de aquí...

ENTRE ELLAS

—Pero, Pocha, ¿luego de haber gastado tu familia tanto dinero en darte una buena educación vas a casarte con un mal educado?

—Precisamente... Tengo mucha educación para mi sola...

PINCELITO PURAPOSE — *DE ACTUALIDAD* — **POR DOMINGO VILLAFAÑE**



PROBLEMA RESUELTO

Por GORDON



—Como propietario de este cine debo comunicarles que a raíz de un desperfecto en la cámara proyectora, para poder ver el final de la película tendrán que hacerlo de a uno por vez y en la forma que lo hace este señor.



Leoplán

publicará en su **PROXIMO NUMERO**, mediante auténtico esfuerzo editorial,

GLORIA PARA MI

la celebrada obra de **MACKINLAY KANTOR**, que fué adaptada a la pantalla norteamericana con el título de

"LO MEJOR DE NUESTRA VIDA"

Lea, pues, en las páginas de

Leoplán

la obra que dió origen a una de las películas más extraordinarias de los últimos tiempos, y que fué interpretada por **FREDRIC MARCH, MYRNA LOY, DANA ANDREWS, TERESA WRIGHT, HAROLD RUSSELL** y un selecto grupo de intérpretes.

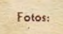
¡RECUERDELO!

LEOPLÁN

aparece el 19

DEL ACTUAL





Fotos:
Gentileza R K O


SENF
OTTERNSCHLAG
KRINGELEIN
GRUSINSKAIA
BARÓN GAIGERN
PREYSING
LLAMITA II

GRAND HOTEL

la famosa novela de

VICKI BAUM

TAPA DE ARTECHE

El portero presentaba un aspecto algo descompuesto cuando salió del locutorio número 7; buscó su gorra, que había dejado sobre un radiador de la sala de Teléfonos.

—¿Qué era ello? —preguntó el telefonista, sentado delante del cuadro, con los auriculares puestos y las clavijas rojas y verdes entre los dedos.

—Pues nada, que de pronto se llevaron a mi mujer a la Clínica y no sé qué podrá ser, pero sin duda la cosa ya está muy cerca, aunque bien sabe Dios que yo no lo esperaba tan pronto —dijo el portero.

El telefonista, que estaba atendiendo una comunicación, sólo escuchaba a medias.

—¡Bah!... Tranquilícese usted, señor Senf —dijo sin dejar de meter sus clavijas—, porque si la cosa marcha bien, mañana ya tendrá usted a su niño.

—En fin, muchas gracias por haberme llamado aquí al teléfono, porque en la portería no puede uno tratar a gritos sus asuntos personales. El servicio es el servicio.

—Claro, claro. Y en cuanto nazca el bebé ya le avisaré —dijo el empleado distraídamente y siempre con las comunicaciones entre manos.

El portero recogió la gorra y alejóse de puntillas, inconscientemente, como si anduviese por la habitación en que su esposa estaba acostada, esperando la criatura; al atravesar el corredor que se extendía a lo largo de las salas de correspondencia y de lectura, que estaban silenciosas en la penumbra, suspiró profundamente pasándose la mano por el cabello. Entonces advirtió con sorpresa que tenía toda la cabeza mojada; pero no quiso entretenerse en lavársela. En suma, la marcha del hotel no podía detenerse porque el portero Senf fuera a ser padre. Desde el ala del edificio recién construída, y a lo largo de los muros cubiertos de espejos, la música sincopada del salón de té llegaba alegre y saltarina. Los asados de la cena emanaban un suave tufillo a manteca; pero todo estaba aún desierto y sin ruido detrás de las puertas del gran comedor. En el saloncito blanco, el servidor Mattoni preparaba su "buffet" frío. Con las rodillas cansadísimas, paróse un instante en la puerta, considerando con aire soñador los globos multicolores que brillaban a través de los bloques de cristal. Fuera, en el corredor, un operario, arrodillado en el suelo, estaba arreglando la instalación de electricidad. Desde que se habían puesto los grandes reflectores de la fachada eran frecuentes estos molestos accidentes, que originaba la distribución de luz, demasiado débil para esa sobrecarga. El portero hizo un esfuerzo sobre sí mismo y dirigióse hacia su puesto. Había confiado el cuidado de la portería a Jorgito. Jorgito era un empleado meritorio al que su padre, dueño de un importante grupo de hoteles, había puesto a servir gratuitamente para iniciarlo paso a paso en el oficio. Senf atravesó rápidamente el *hall*, lleno de público y de animación a esa hora. Los acordes del *jazz* del salón de té cruzábanse allí con la lánguida música de los violines del jardín de invierno, mientras que el chorro de agua iluminado susurraba al gotear en la pila de falso cristal de Venecia, las copas se entrechocaban en las mesas y crujían las sillas de mimbre. El ruido más ligero que se fundía en esta armonía era el suave frú-frú producido por los abrigos y vestidos de seda de las señoras. El fresco de marzo penetraba a pequeñas bocanadas por el tambor de la puerta giratoria cada vez que el sirviente hacía entrar o salir a los clientes.

—*All right* —dijo Jorgito cuando el portero Senf alcanzó con su última zancada la portería, en la que se metió como en un refugio—. El correo de las siete está aquí. El 68 ha escandalizado porque no aparecía el chofer. Esa señora es algo histérica, ¿verdad?

—El 68 es la Grusinskaia —dijo el portero, mientras empezaba a clasificar el correo—.



GRETA GARBO Y JONH BARRYMORE, EN UN MOMENTO DE LA GRAN PELICULA QUÉ FUE GRAND HOTEL Y DONDE FUERAN ACOMPAÑADOS POR UN NUCLEO EXCEPCIONAL DE ACTORES, ENTRE LOS QUE SE ENCONTRABAN JOAN CRAWFORD, LIONEL BARRYMORE, WALLACE BEERY, LEWIS STONE Y JEAN HERSHOLT.

(Fotos gentileza de Metro Goldwyn Mayer)

Es la bailarina, y ya estamos acostumbrados a ella desde hace dieciocho años. Todas las noches, antes de ir al teatro, se pone muy nerviosa y nos aburre a todos.

En el *hall*, un señor flaco y larguirucho, cuyas piernas estaban como anquilosadas, levantóse de su butaca, dirigiéndose con la cabeza baja hacia la cabina del portero.

—¿Hay cartas para mí? —preguntó.

El portero revisó el casillero número 218.

—Lo siento mucho, doctor, pero no tiene usted nada.

A continuación el larguirucho señor se puso otra vez en marcha, y dió un rodeo para llegar hasta su butaca, en la que se dejó caer con las piernas rígidas para contemplar el *hall* con una mirada distraída y el rostro sin expresión. Por lo demás, no tenía más que media cara, un perfil fino y agudo, que terminaba en una oreja admirablemente bien dibujada, bajo los grises cabellos de la sien. Pero a esta cara le faltaba la otra mitad, que sólo estaba formada por una mezcla informe de defectos, remendada y zurcida, y en la que un ojo de cristal brillaba entre los costurones y cicatrices. "Un recuerdo de Flandes", como solía decirse a sí mismo el doctor Otternschlag refiriéndose a su cara cuando monologaba... Permaneció sentado un buen rato examinando los capiteles de yeso dorado de las columnas de mármol, que conocía ya de memoria, y luego, cuando hubo contemplado suficientemente el *hall*, que poco a poco iba vaciándose por ser la hora de los teatros, volvió a levantarse y con su paso de muñeco de "guignol" se dirigió hacia la portería, en la que Senf, arrancado a los cuidados de su vida privada, había reanudado sus ocupaciones profesionales.

—¿No ha preguntado nadie por mí? —se informó el doctor Otternschlag.

—Nadie, señor doctor.

—¿No hay ningún telegrama? —volvió a preguntar al cabo de un momento.

Senf tuvo la amabilidad de volver a mirar a casilla número 218, aunque de sobra supiese que no había nada.

—No, hoy no, doctor —dijo; y agregó luego afablemente—: Si el señor quiere ir esta noche al teatro, me queda un palco para la Grusinskaia, en el teatro del Oeste.

—¿La Grusinskaia? No, no —dijo el doctor Otternschlag.

Quedó un momento inmóvil, y luego, al atravesar el vestíbulo y dar vuelta al *hall*, volvió a sentarse en su butaca, pensando: "¡Bah!, la Grusinskaia no llena ya el teatro; como no me interesa nada, no quiero verla..."

Y arrellanóse bien en su butaca.

—Y que no es cargante el buen señor —dijo el portero a Jorgito—. Siempre con la misma pregunta: que si tiene carta, que si tiene telegrama, y hace ya diez años que viene al hotel, pasando largas temporadas, sin que jamás le haya escrito nadie ni nadie haya preguntado por él tampoco... Y el espantajo, terco que terco, esperando siempre.

—¿Quién espera? —preguntó por allí cerca Rhona, el jefe de recepción, metiendo su cabeza rojiza por encima de la mampara de cristal.

Pero el portero tardó un poco en responder, porque en ese preciso momento le pareció que oía chillar a su mujer..., y se escuchaba en lo más profundo de sí mismo. Pero al momento, dejando a un lado sus preocupaciones particulares, volvió a las otras profesionales, pues tuvo que ayudar a Jorgito a informar en español al mejicano del número 77 sobre una combinación de trenes algo complicada.

El "botones" número 24, con la cara roja como un langostino y el pelo muy pegado con agua, salió del ascensor gritando:

—El señor barón Gaigern pide su chofer

Rhona hizo un gesto de reproche y apaciguamiento con la mano, como un director de orquesta. El portero transmitió por teléfono la orden al chofer, mientras Jorge miraba con los ojos llenos de inquieta espera. Por el aire expandióse un perfume a alhucema y a cigarrillos caros, e inmediatamente después atravesó el *hall* un hombre al que siguieron curiosamente las miradas. Las butacas y sillas de mimbre se animaban y la señorita de cera sonreía dentro de su quiosco de periódicos. El hombre también sonreía, aunque sin razón aparente alguna y sólo porque parecía sentirse satisfecho de su persona. Era muy alto y corpulento, estaba admirablemente bien vestido y tenía la flexible prestancia de un felino o de un campeón de tenis Sobre el smoking llevaba puesto, no un abrigo de etiqueta, sino un sobretodo azul oscuro, y esta incorrección en la vestimenta daba a toda su persona una nota de grato y elegante descuido. Dió un golpecito cariñoso en el pelo fijado al agua del "botones" número 24 y estirando luego, sin mirar, un brazo por encima de la mesilla del portero, recibió un puñado de cartas que se metió en el bolsillo, al mismo tiempo que sacaba sus guantes de piel de reno. Después, con la cabeza, hizo un gesto amistoso al jefe de recepción. Encasquetóse su sombrero de fieltro oscuro y, sacando del bolsillo una cigarrera, se puso un cigarrillo entre los labios, sin encenderlo. Pero inmediatamente descubrióse para dejar paso a dos señoras que se encaminaban hacia la puerta giratoria. Era la Grusinskaia, delgada y menudita, arrebujada hasta los ojos entre sus pieles y seguida de una persona insignificante, que llevaba las maletas. Cuando el avisador de coche hubo instalado a las dos señoras en el auto, encendió el cigarrillo, volvió a meter las manos en los bolsillos para sacar la propina y dársela al mozo número 11, que maniobraba la puerta giratoria, y que desapareció gozoso entre los cristales móviles.

Cuando este caballero, este personaje, este encantador barón Gaigern salió del *hall*, todo quedó repentinamente en silencio, oyéndose el chorro de agua iluminado caer con un murmullo fresco y dulce en la pila de cristal de Venecia. Efectivamente, el *hall* ya estaba vacío; había cesado el *jazz-band* del salón de té, la orquesta del comedor no había empezado a tocar todavía y estaba en un descanso el "Trío Vienés" del jardín de invierno. Este silencio sólo se entrecortaba por las ruidosas y continuas llamadas de los autos, que en el bullicio de la ciudad pasaban por delante del hotel. Sin embargo, era tan completa la calma en el *hall*, que parecía como si el barón se hubiera llevado consigo la música, el ruido y el rumor de la gente.

Jorgito hizo una seña hacia la puerta giratoria y dijo:

—Este sí que es un tipo gracioso.

En cuanto al portero, encogióse de hombros como buen conocedor del mundo.

—No sabemos qué clase de tipo será. Hay algo en él... que me escama. No sé por qué; pero me parece demasiado gran señor. Y luego, esos aires principescos, esas magníficas propinas..., que recuerdan el cine; pocos son los que aun viajan con semejante aparato..., excepto los caballeros de industria. En fin, yo, en el puesto de Pilzheim, abriría bien los ojos.

Rhona, el jefe de recepción, que siempre estaba al acecho, volvió a sacar la cabeza por encima de los cristales. Bajo sus escasos cabellos rojos brillaba la piel de su cráneo.

—No hay que murmurar así, Senf —le dijo—. Gaigern es un hombre de bien; yo lo conozco; se educó con mi hermano en Feldkirch; no hay, pues, que darle el alerta a Pilzheim.

(Pilzheim era el "detective" del hotel).

Senf se inclinó, callándose respetuosamente. Cuando Rhona lo afirmaba era porque lo sabía. Era este conde Rhona, uno de los Rhona de Silesia, un antiguo oficial, un "as". Senf volvió a inclinarse, mientras que Rhona, con su perfil de galgo, desaparecía, volviendo a recobrar su estado de sombra detrás de la opaca pared de cristal.

El doctor Otternschlag, allá abajo en su rincón, habíase incorporado mientras el barón permaneció en el *hall;* pero ya volvía a encogerse de nuevo sobre sí mismo, más sombrío que antes. Tropezó distraídamente con el codo en la copa de coñac que tenía en el velador, vertiéndola. Sus manos flacas, amarillentas por el tabaco, colgaban entre sus rodillas separadas y pesaban como si tuvieran guantes de plomo. Por entre sus alargados zapatos de charol veía la alfombra del *hall*, que cubría todas las escaleras, corredores y pasillos del "Grand Hotel". Ya estaba aburrido de aquel eterno dibujo de pámpanos y piñas amarillas y verdes entre hojarasca más oscura, todo ello sobre un fondo rojo. Todo estaba tan muerto: la hora estaba muerta, el *hall* estaba muerto. La gente había salido para sus negocios, sus placeres, sus vicios, dejándolo allí solo y abandonado en su butaca. Sin embargo, en este gran vacío, vióse de pronto a la encargada del guardarropa que con un peine estaba alisándose su clara cabellera de mujer ya vieja. El portero salió de su cuarto y corrió presuroso hacia el cuadro telefónico. Algo le debía haber ocurrido a este portero. El doctor Otternschlag en vano buscaba su copa de coñac. "Qué, ¿me voy a acostar?", se preguntaba, y un ligero carmín le tiñó las mejillas y desapareció como si se hubiera descubierto un secreto a sí mismo. "Sí", se contestó sin moverse, porque hasta para eso era muy indolente. Levantó su índice amarillento y Rhona, que le vió desde el otro extremo del *hall*, mandó inmediatamente a un mozo.

—Cigarrillos, periódicos —dijo inmóvil.

El mozo precipitóse hacia la señorita cataléptica (Rhona reprobaba con los ojos esa petulancia juvenil) y Otternschlag tomó los periódicos que le había elegido el muchacho. Pagó Otternschlag, pero puso el dinero sobre la mesita y no en la mano del mozo, porque solía guardar siempre una respetuosa distancia entre él y los demás, aunque sin que él mismo se diese cuenta de ello. Hasta llegó a dibujar una sonrisa con la media boca que le quedaba intacta al desplegar los periódicos y comenzar a leer. Siempre esperaba algo que no llegaba nunca, como tampoco recibía cartas, ni telegramas, ni mensajes. Estaba terriblemente solo, vacío y apartado de la vida, y hasta tal punto que él mismo se lo confesaba en voz alta: "Es espantoso —solía decir algunas veces, parándose sobre la alfombra roja y asustándose de su soledad—, es espantoso; no hay vida, ninguna vida para mí. ¿Dónde se esconde, pues? No hay nada, no sucede nada. ¡Qué aburrimiento! Todo está viejo, muerto. ¡Qué horror!" En torno suyo no había más que espejismos. Todo lo que tocaba desmoronábase en polvo. El mundo no era más que materia deleznable, impalpable e inconsciente. Se caía de la nada en la nada y en el fondo no había más que tinieblas. Este pobre doctor Otternschlag vive en la más espantosa soledad cuando el Universo está poblado por sus semejantes.

En los periódicos no encontró nada que pudiera interesarle, ni un tifón, ni un terremoto, ni una guerra entre blancos y negros. Incendios, crímenes, batallas políticas. Nada. Los periódicos le aburrían soberanamente, le eran tan indiferentes que los dejó desprenderse de su mano amarillenta por el tabaco, cayendo sobre el tapiz rojo de las piñas.

—Nada, no pasa absolutamente nada —se dijo a media voz.

Había tenido en otros tiempos una gatita persa llamada "Gurbé"; pero se le había escapado detrás de un vulgar gatazo de buhar-

...illa, y ahora tenía que dialogar consigo mismo.

Mientras se dirigía bordeando hacia la portería para pedir la llave de su cuarto, la puerta giratoria hizo aparecer a un tipo realmente extraño.

—¡Eso es! Ya está aquí otra vez ese hombre —dijo el portero a Jorgito, mirando fijamente al nuevo personaje, que avanzaba con la mirada severa de un sargento primero.

Este personaje desentonaba completamente en el *hall* del "Grand Hotel". Llevaba un sombrero nuevo y redondo de fieltro, barato, que le estaba un poco grande y que gracias a las grandes orejas despegadas del individuo no se colaba hasta los ojos. El rostro era amarillento y la nariz fina se compensaba con un gran bigote de ese corte marcial que suelen lucir los presidentes de las sociedades de recreo. Estaba vestido con un traje gris verdoso, raído y lamentablemente pasado de moda, y calzado con unas botas excesivamente grandes para él, que no era muy alto; un pantalón demasiado corto dejaba ver los elásticos de las cañas. Las manos, con guantes de hilo gris, apretaban el asa de una maleta que parecía demasiado pesada para él y que sujetaba de un modo muy particular, apretándola con las dos manos contra el estómago; además, debajo del brazo llevaba un mugriento paquete envuelto en papel de estraza. Era, en fin, de una cursilería apabullante y todo el conjunto tenía un aspecto grotesco, mísero y sumamente extenuado. El número 24 acudió presuroso a cogerle la maleta, sin que el hombre se decidiera a soltarla. Unicamente delante del cuarto del portero fué donde depositó su impedimenta de imitación cuero, y recuperando aliento hizo una especie de ridícula genuflexión al portero, diciéndole con voz clara y agradable:

—Mi nombre es Kringelein y ya estuve aquí dos veces. Vengo, pues, la tercera, a ver si...

—Pregunte aquí al lado, haga el favor; pero temo que no haya nada libre —dijo el portero, señalando a Rhona con un ademán correcto—. El señor espera hace dos días a que se desocupe alguna habitación —le explicó al otro por encima de los cristales.

Rhona, que no había necesitado mirar para comprenderlo perfectamente, hizo como que buscaba en el registro de entrada del hotel y expresó:

—Lo siento muchísimo, pero por el momento todo está ocupado...

—Siempre pasa igual. Y ¿dónde voy a alojarme entonces? —preguntó el personaje, algo amoscado.

—Mire a ver en los alrededores de la estación, en la Friedrichstrasse; allí hay muchos hoteles...

—No, gracias; esos no los quiero —repuso el recién llegado sacando vivamente su pañuelo del bolsillo y limpiándose el sudor de la frente—. Ya estuve algunas horas en uno de ellos y no me gustan los hoteles de esa clase. Quiero alojarme en uno elegante.

Al ir a recoger un paraguas mojado que llevaba debajo del brazo izquierdo, escurriósele el paquete grasiento que sujetaba con el derecho, y, cayendo a tierra, se abrió, esparciendo su contenido por la alfombra; unas cuantas tostadas con manteca, secas ya por el calor del cuerpo. El conde Rhona contuvo la risa, mientras Jorgito, a su vez, volvíase a mirar el casillero de las llaves. En cuanto al 17, recogió correctísimo las tostadas, que el hombre se metió en el bolsillo con manos temblorosas. Quitóse luego el sombrero, poniéndolo sobre la mesilla delante de Rhona. Tenía nuestro héroe la frente alta y arrugada y las sienes hundidas y azuladas. Unos ojos de un azul muy claro bizqueaban ligeramente detrás de unos lentes que daban la impresión de que iban a caerse de un momento a otro por sujetarse mal en la estrecha nariz.

—Quisiera vivir aquí; alguna vez quedará algo libre, me figuro; haga, pues, el favor de inscribirme para el primer cuarto que se desocupe. Esta es la tercera vez que vengo ya, lo cual no es muy agradable, como usted comprenderá. Por otra parte, no creo que el hotel esté completo todo el año.

Rhona encogióse significativamente de hombros. Siguió un corto silencio, en el [illegible] ...ondo oírse la música del comedor y el *jazz-band*, que tocaba ya en el pabellón [illegible] ...rillo. Las personas que había en el *hall* se quedaron mirando con extrañeza al [illegible] individuo, haciendo los sabrosos comentarios del caso entre risas y burlas.

—¿Conoce usted al director general señor Preysing? Se aloja también en este hotel siempre que viene a Berlín; debe usted recordarle. Pues bien, yo también quiero parar aquí, pues me espera algo muy interesante: una conferencia importantísima con el señor Preysing. El mismo me dijo que me hospedara aquí, después de recomendarme mucho el hotel, y naturalmente, quiero fiarme de lo que él me aconseja. De modo que ya lo sabe usted: soy un recomendado del señor director general; dígame ahora, ¿cuándo habrá habitación para mí?

—¿Preysing? ¿El director general Preysing? —preguntó Rhona a Senf al otro lado de la vidriera.

—De Fredersdorf, de La Algodonera de Sajonia, S. A. Yo también soy de Fredersdorf —dijo el individuo.

—Sí; ahora recuerdo —dijo el portero—. El señor Preysing ya estuvo aquí un par de veces.

—Creo que tiene encargada una habitación para mañana o pasado —apuntó Jorgito oficiosamente.

—Entonces haga el favor de volver mañana, cuando esté aquí el señor, que llegará esta noche —dijo Rhona después de hojear sus li-

Estadística:

7.864.914 MUJERES

En la República Argentina había en el momento de efectuarse el IV Censo General de la Nación, 7.864.914 mujeres, de las cuales se calcula que alrededor de 5 millones son compradoras y consumidoras de perfumes, cosméticos y artículos para la belleza.

Por otra parte, se ha comprobado, que cada día disminuye el número de mujeres engañadas por personas inescrupulosas que desprestigian los productos de tocador que ellas solicitan en algunos comercios del ramo. Esta disminución se debe a la firmeza y decisión con que ellas [illegible]sisten para que se les entregue el producto solicitado, sin [illegible] crédito al desprestigio que se pretende hacer, vaya saber co[illegible] qué finalidad.

Vd. también, amable lectora debe protegerse exigiendo el producto de su agrado, así dentro de muy poco tiempo podremos decir que ya no hay más mujeres engañadas entre los 5 millones de compradoras del país.

Es una colaboración que le pide la Campaña Pro-Comercio Leal.



JOHN BARRYMORE, EN SU PAPEL DE GAIGERN, CON LIONEL BARRYMORE EN KRINGELEIN, EL HOMBRE QUE QUERIA GOZAR ALGO DE LA VIDA.

bros, donde, efectivamente, estaba apuntado el encargo.

Esta noticia pareció sorprender desagradablemente al viajero.

—¿Conque llega esta noche? —exclamó en tono angustioso y bizqueando con más fuerza que hasta entonces—. Llega esta noche y ya tiene su habitación esperándole. ¿Y por qué el director general la tiene y yo no? No me parece justo y no paso por ello. Pues sí, que está apuntado, dice usted. ¡Vaya un argumento! Yo también lo estoy y es la tercera vez que tengo que venir y traer mi pesado equipaje. Comprenderá que es una broma algo molesta con el tiempo que está de llover y más llover, y con todos los ómnibus atestados, tener que tomarme estos trajines con mi mala salud. ¿Y cuánto va a durar esto? Vaya una manera de servir al público. ¿No es éste el mejor hotel de Berlín? Pues entonces yo quiero alojarme en él. ¿O es acaso que se me prohibe la entrada?

El individuo los miraba a todos uno por uno.

—Estoy cansado, extenuadísimo —dijo luego, y, en efecto, veíase que lo estaba, como se veía también los grandes y ridículos esfuerzos que hacía sin cesar por expresarse correctamente con palabras rebuscadas.

De pronto el doctor Otternschlag, que durante todo este diálogo había permanecido acodado sobre la mesa de la portería con la llave de su habitación en la mano, mezclóse en la conversación.

—Si le es tan urgente al señor tener en seguida habitación, puede disponer de la mía —dijo al portero—. A mí me es igual un cuarto que otro. Que le suban, pues, su equipaje y yo me iré a otro lado. Así como así tengo siempre los baúles hechos. Este señor viene muy cansado y se siente algo enfermo —agregó luego, rechazando una intervención del conde Rhona, que con manos activas y elocuentes trataba ya de disuadirle.

—Por Dios, señor doctor —dijo Rhona vivamente—, no es cosa de que se sacrifique usted. Ya veremos de arreglarlo sin eso. ¿Quiere usted registrar su nombre en el libro de entradas? Tenga la pluma... así... Muchas gracias... Cuarto número 216 —dijo Rhona al portero, que entregó la llave al mozo número 11, mientras que el individuo, tomando la estilográfica que se le ofrecía, inscribía su nombre en el registro con una letra muy cursiva:

"Otto Kringelein, contador en Fredesdorf (Sajonia). Nacido en esa ciudad, el 14 de julio de 1882".

—Ya está —dijo respirando satisfecho y volviéndose a mirar hacia el *hall* con sus ojos bizcos muy abiertos.

* * *

Ya estaba, pues, allí plantado en el *hall* del "Grand Hotel", el contador Otto Kringelein, natural de Fredersdorf, con domicilio en Fredersdorf; allí estaba ya dentro de su raído gabán, devorándolo todo a un tiempo, con sus ojos a través de los cristales de los lentes. Estaba abrumado con un cansancio muy particular, como el de un corredor que llega a tocar con su pecho la cinta blanca de la meta; pero veía las columnas de mármol con adornos de yeso, el surtidor iluminado, las butacas. Veía señores de frac, señores de smoking, señores elegantes, mundanos. Señoras con los brazos desnudos, con vestidos refulgentes y llenos de joyas y pieles; señoras extraordinariamente bellas y ataviadas con un arte exquisito. Oía la música a lo lejos y respiraba los efluvios del café, de los cigarrillos, de los perfumes, el olor a espárragos del comedor y de las flores que allí, sobre una mesa, estaban a la venta. Pero lo que más le impresionaba era aquel mullido tapiz que sentía bajo sus botas lustradas. Un mozo pasó como un relámpago con una bandeja de copitas bajas y chatas con coñac, sólo hasta menos de la mitad y un trocito de hielo... "¿Y por qué —pensaba Kringelein—, en el mejor hotel de Berlín, no llenarán las copas hasta arriba?"

Los cuartos 216 y 218 eran los peores del hotel; en el segundo habitaba el doctor Otternschlag, en su calidad de estable de pocos recursos, pero sobre todo porque era demasiado indiferente para pedir otra habitación mejor. El número 216 formaba un ángulo recto con el 218 y ambas habitaciones estaban enclavadas entre el ascensor de la servidumbre, cerca de la escalera de servicio Nº 4 y la sala de baños del tercer piso. La cañería de agua silbaba y borbotaba en las paredes.

Kringelein atravesó un largo corredor bordeado de cestas, jarrones, aplicaciones de bronce y bodegones, hasta llegar a otras regiones más tristes del hotel, metiéndose desilusionado en la habitación que le abrió una camarera ya entrada en años y sin ningún atractivo personal.

—Número 216 —dijo el camarero. Y dejando la maleta sobre la mesa del cuarto, esperó la propina; pero tuvo que marcharse sin ella, silencioso y mohino.

Kringelein sentóse en el borde de la cama y empezó a examinar la habitación.

Era larga y estrecha, con una sola ventana. Olía allí a tabaco ordinario y a la humedad de los armarios, sobre los que habían pasado un paño mojado para lavarles la cara. La alfombra era delgada y muy raída. Los muebles —Kringelein los tocó— eran de nogal con brillo. También en Fredersdorf los había así. Un retrato de Bismarck colgaba a la cabecera de la cama y Kringelein, al verlo, meneó poco convencido la cabeza, porque él también tenía otro igual en su casa. Esperaba vagamente otra cosa, otros grabados mejores sobre las camas del "Grand Hotel", grabados ricos, en colores y que salieran de lo corriente. Kringelein dirigióse a la ventana y se puso a mirar al exterior. Abajo estaba todo perfectamente iluminado; la marquesina del jardín de invierno se alzaba por encima de la terraza y un muro desnudo y muy largo extendíase enfrente. Salía de allí un olor a cocina, exhalaciones tibias que asqueaban. Kringelein sintió náuseas, apoyándose sobre el mármol del lavabo. "Decididamente, no me encuentro bien", pensó con tristeza.

Volvió a sentarse sobre el estropeado edredón y su malestar fué creciendo por momentos. "No me quedaré aquí —pensó— de ninguna manera; no quiero seguir en este hotel, pues para esto no he hecho el viaje hasta aquí. Realmente no valía la pena de haber hecho todo eso para alcanzar estos resultados, y no me avengo a empezar de este modo ni tengo tiempo que perder con habitaciones semejantes. No hay duda de que me han tomado el pelo, y seguramente habrá otras habitaciones mejores en el hotel. Preysing no admitiría esto, seguramente, sino que protestaría; ya lo creo". Sí que iba él a pasar porque le dieran esta porquería; en seguida. "Nada, que no puedo seguir aquí". Kringelein puso fin a sus reflexiones. Luego, recogiéndose en sí mismo, para lo que necesitó algunos minutos, tomó de pronto una resolución y llamando a la camarera empezó a quejarse en tono violento de la habitación.

Si se considera que era la primera vez en su vida que Kringelein se atrevía a gritar, hay que reconocer que la cosa no le salió mal del todo. La camarera, con su blanco delantal, completamente asustada, fué a buscar a una compañera honorífica sin delantal; el mozo dejóse ver a lo lejos y el otro criado del piso, que mecía sobre la palma de la mano una bandeja con fiambres, se paró delante del número 216 para escuchar. Llamaron a Rhona al teléfono, el cual rogó a Kringelein que se dirigiera a una antecámara, a la que llegó el

director del hotel, uno de los cuatro directores. Allí Kringelein se obstinó, tanto como una mula, en exigir una habitación bonita, lujosa, cara y que fuera, por lo menos, como la de Preysing. Parecía considerar el nombre de Preysing como una palabra mágica. Aun no se había sacado el abrigo y con sus manos trémulas apretaba dentro de sus bolsillos las tostadas de Fredersdorf, viejas ya y desmigadas; bizqueaba y pedía una habitación que costase cara; se encontraba mal, muy fatigado. De algún tiempo a esta parte cualquier cosa le hacía llorar, aunque por razones particulares referentes a su salud. Ya estaba dispuesto a marcharse del hotel, cuando de pronto se encontró con la sorpresa de que le daban el número 70, un salón con alcoba y cuarto de baño que costaba cincuenta marcos diarios. Al oír el precio cerró un poco los ojos diciendo:

—Está bien. Y tiene baño, ¿verdad? ¿Es decir, que me puedo bañar a cualquier hora, siempre que me dé la gana?

El conde Rhona, imperturbable, contestó que sí, y Kringelein tuvo que hacer su segunda mudanza.

La habitación número 70 estaba bien, porque tenía muebles de caoba, espejos movibles, sillas tapizadas de seda, un escritorio tallado y cortinas de encaje; en la pared colgaban unos bodegones con faisanes; sobre la cama extendíase un edredón de seda cuya superficie tocó Kringelein tres veces seguidas con alguna incredulidad, recreándose en aquel tacto suave y templado. Sobre el *bureau* alzábase una imponente escribanía de bronce: un águila con sus grandes alas desplegadas, bajo las cuales se cobijaban dos tinteros vacíos.

Al otro lado de la ventana caía una fresca lluvia de marzo; el aire estaba saturado de esencia, los autos atronaban; enfrente, un anuncio luminoso formado por letras rojas, azules y blancas, galopaba a lo largo de una fachada, y tan pronto como se apagaba por una punta volvía a encenderse por la otra; Kringelein estuvo mirando aquello unos cuantos minutos. Abajo bullían los paraguas negros y las claras pantorrillas de las mujeres, los autobuses amarillos y los arcos voltaicos. Hasta había un árbol que extendía sus ramas no muy lejos del hotel, unas ramas muy diferentes de las de los árboles de Fredersdorf, porque tenían como un islote de tierra en medio del asfalto, y alrededor de un cinturón, un enrejado, como si ese árbol berlinés necesitara protección contra la ciudad. Kringelein, rodeado de tantas cosas extrañas y maravillosas, sintió cierta simpatía por este árbol. Después quedóse un momento perplejo y sin saber qué hacer delante de la bañera, cuyo mecanismo niquelado desconocía; pero, en fin, de pronto encontró el secreto y, dando salida al agua caliente, mojóse las manos.

Se desnudó con una sensación algo penosa al descubrir su cuerpo débil y macilento a la claridad de aquellos azulejos de porcelana. Pero finalmente se metió en el agua, permaneciendo en ella más de un cuarto de hora, sin que le doliera nada, sin sentir aquellos dolores que le torturaban durante semanas enteras y que ahora desaparecían bruscamente. Y, por otra parte, ¿no se había decidido a que no volviera a dolerle nada en lo sucesivo?

Hacia las diez de la noche vemos a Kringelein deambular por el *hall*, bien vestido, con una americana larga, con un cuello almidonado, muy alto, y una corbata negra de nudo hecho. En este momento no estaba nada cansado; por el contrario, una agitación y una impaciencia febril se habían apoderado de él. "Ahora va a empezar", pensó repentinamente, y sus delgados hombros temblaban como las patas de un perro nervioso. Compró una flor y se la puso en el ojal; luego, deslizándose deliciosamente sobre el tapiz rojo, dirigióse hacia la portería para quejarse de que no había tinta en su cuarto. Un "botones" le condujo inmediatamente al salón de correspondencia; pero apenas se encontró Kringelein delante de todos aquellos pupitres vacíos, bajo la luz suavizada por pantallas verdes, perdió por completo el aplomo y sacando la mano del bolsillo de su pantalón ofrecía un aspecto bien triste y sombrío. Luego, con un gesto habitual en él, antes de sentarse, metióse bien los puños blancos en las mangas de su americana, y con su escritura cursiva y perfilada de contador empezó a escribir:

"A la Dirección del Personal de la Algodonera de Sajonia, S. A., de Fredersdorf.

"Muy señores míos y de todo mi respeto: El que suscribe se toma la libertad de informarles que, según resulta del certificado médico que acompaña (anexo A), se halla en la imposibilidad de desempeñar su empleo durante un período de tiempo que provisionalmente puede fijarse en cuatro semanas. En cuanto al sueldo mensual de marzo, que ha vencido el 31 del pasado, el que suscribe ruega a ustedes lo hagan efectivo a la señora doña Ana Kringelein, Banhnfstrasse, 4, conforme al poder (anexo B). Si no fuera posible al firmante reanudar su trabajo al terminar este plazo de cuatro semanas, les avisaría a ustedes oportunamente. De ustedes affmo. y respetuosamente s. s. —OTTO KRINGELEIN."

"A la señora doña Ana Kringelein, Fredersdorf (Sajonia), Banhnfstrasse, 4.

"Querida Ana —escribió en seguida Kringelein, dando a la letra A una amplitud en los rasgos que verdaderamente conmovía—: Te comunico por la presente que el resultado del reconocimiento del doctor Zalmman no ha sido favorable. Tendré que marchar de aquí directamente a un establecimiento médico, siendo estos gastos por cuenta de la Caja de Inválidos, y sólo me falta llenar algunos requisitos. Mientras tanto, estoy viviendo aquí muy barato por la recomendación del señor director general. D. .ro de algunos días te daré nuevos detalles, pues todavía tendrán que sacarme otra radiografía hasta el diagnóstico definitivo. Te abraza tu —OTTO."

"Al señor Kampmann, notario, Fredersdorf, en Saxe; Villa Rosenfeim, Mauerstrasse.

"Mi querido amigo y compañero de capilla—escribió Kringelein en tercer lugar con su letra muy clara, torciendo ligeramente la punta de la pluma—: Te sorprenderá recibir esta larga carta mía fechada en Berlín; pero tengo que comunicarte importantes cambios en mi vida, confiando en tu talento y en tu discreción profesional. Por desgracia, me cuesta mucho expresarme por escrito; pero espero que, dada tu cultura general y el conocimiento que tienes del mundo, interpretarás perfectamente mi carta. Ya sabes que no he llegado a restablecerme por completo de la operación que me hicieron el verano pasado, y que yo no he tenido nunca mucha confianza en nuestro hospital ni en nuestro médico. Esta es la razón de haber aprovechado la herencia de mi padre para venir aquí a que me digan en qué punto estoy de mi enfermedad. Pero, ¡ay!, querido amigo, me queda poco tiempo de vida en la opinión del profesor que me ha reconocido."

Kringelein permaneció con la pluma en el aire un instante y olvidó poner un punto al final de la frase. Su bigote, su hermoso y mayestático bigote presidencial, temblaba ligeramente; sin embargo, continuó con entusiasmo su carta:

"Claro es que una noticia así despierta y revuelve en uno todos los pensamientos, y así he pasado muchas noches sin dormir y sumido en mis reflexiones. He determinado, pues, no volver a Fredersdorf, sino gozar un poco de la vida durante esas semanas que voy a estar en el mundo, porque me parece muy duro no haber disfrutado nunca de nada y tener que morirme a los cuarenta y seis años. Haber sufrido siempre y disputando de continuo en la fábrica con Preysing y en casa con mi esposa. Como comprenderás, es muy injusto que tenga que desaparecer del mundo sin haber sentido jamás una verdadera alegría; no puedo, desgraciadamente, mi querido amigo y compañero de capilla, encontrar los términos adecuados y precisos para expresarme convenientemente. Sin embargo, te diré que mi testamento, que hice este verano antes de que me operaran, sigue siendo válido, aunque la situación haya cambiado. En efecto, he hecho que me giren aquí la totalidad de mis economías y he tomado también un préstamo bastante considerable sobre mi póliza del seguro de vida; en fin, traje conmigo en especie los tres mil quinientos marcos heredados de mi padre. Con este dinero podré vivir como un hombre rico durante algunas semanas y esto es precisamente lo que pretendo. ¿Por qué hemos de consentir a los Preysing que ellos solos disfruten de la vida y hemos de seguir siendo nosotros los eternos pobretes que no piensan más que en economizar y guardar para mañana? He tomado, pues, en total, ocho mil cuatrocientos marcos para mí y que Ana herede luego lo que quede de ellos, porque creo que no le debo mucho más: bastante me ha envenenado ya la vida con sus constantes disgustos, y ni siquiera ha valido para darme un hijo. Te tendré al corriente de mis gastos y de mi salud; pero te ruego guardes estas confidencias mías bajo secreto profesional. Berlín es una magnífica ciudad, que se ha desarrollado extraordinariamente para aquel que lleve muchos años sin verla. Me propongo también visitar París, ya que conozco bien el francés, por haberlo practicado en mi correspondencia. Como ves, mi cabeza funciona bien y me encuentro algo mejor que hace tiempo. Te abraza tu fiel moribundo,

OTTO KRINGELEIN.

P. D. — Limítate a decir al Comité de la Capilla que he tenido que ingresar en un sanatorio de empleados."

Kringelein revisó lentamente estas tres cartas, cuyos borradores le habían costado dos noches de vigilia, y no quedó completamente satisfecho, pues le pareció que algo muy esencial en la carta al notario se había dejado en el tintero; pero no pudo descubrir qué. Por torpe y adocenado que fuera Kringelein, no tenía un pelo de tonto: era un idealista con ciertas tendencias a la cultura; por ejemplo, se llamaba a sí mismo "el moribundo", porque lo había leído en un libro de la biblioteca que le había costado algún trabajo desentrañar y que había rumiado luego durante sus profundas pláticas con el notario. Kringelein venía haciendo desde su nacimiento la vida normal del perfecto e insignificante burgués, la vida insípida, llana y rutinaria, pueril y sin interés que llevan los empleadillos de una ciudad pequeña. Se había casado joven, sin grandes entusiasmos, con la señorita Ana Sauerkatz, hija del tendero de comestibles Sauerkatz, una mujercita que le parecía muy linda desde que se hicieron novios hasta que se casaron, pero que poco después le pareció fea, antipática, avara y ocupada continuamente en las cosas más ruines y mezquinas, a las que trataba de darles importancia. Kringelein estaba a sueldo fijo, pero tenía quinquenios, que iban mejorando poco a poco su situación, y, como su salud distaba mucho de ser buena, su mujer y su familia habían impuesto en la casa desde el primer día la más severa economía para lograr un problemático "ahorro para la vejez". Por esto le negaron el piano que había estado deseando toda su vida y por esto, cuando aumentaron el impuesto de los perros, le obligaron a que vendiera su fiel "Zipfel". Llevaba siempre arañazos en la piel del cuello, en su piel delicada de anémico, por el continuo roce de los gastados cuellos de sus camisas. A veces el bueno de Kringelein sentía que algo le faltaba en la vida; pero sin descu-

ber nunca qué. Otras veces, en la Capilla, cuando su voz de tenor, alta y dulce, sobresalía con su trémolo por encima de las otras, empezaba a temblar ligeramente, con una emoción llena de embriaguez, como si echara a volar lejos de sí mismo. De tiempo en tiempo, por la noche, paseaba por la calzada hacia Mickenau, alejándose de las calles, y franqueaba el húmedo foso que bordea la carretera, encaminando sus pasos por la senda entre dos campos. Un ligero murmullo deslizábase entre los tallos, y sin saber por qué el paseante se regocijaba con la caricia que las espinas le hacían en las manos. Más tarde, en el hospital, bajo la influencia del narcótico, había sentido también la impresión de algo extraño y bueno, pero en seguida se había olvidado de ello. El contable Otto Kringelein no se diferenciaba de la mayor parte de los hombres más que por detalles insignificantes. Pero estos detalles insignificantes —acaso en complicidad con los venenos perturbadores que su cuerpo destilada— habían traído aquí al moribundo, al hotel más caro de Berlín, donde había escrito esas cartas, en las que anunciaba su espeluznante propósito concebido por motivos tan fútiles...

Kringelein levantóse, algo vacilante, y, cuando con los tres sobres en la mano atravesaba el salón de lectura, se encontró al doctor Otternschlag, que se dirigió hacia él con deseos de interrogarle, y como mostraba precisamente su media cara destrozada, Kringelein recibió una impresión bastante desagradable.

—¿Le han instalado a usted por fin? —le preguntó perezosamente; estaba de smoking y se miraba complacido las punteras de sus zapatos de charol.

—Sí, ya lo creo; perfectamente —respondió Kringelein cortado—. Gracias, le debo a usted mil gracias, porque ha sido muy amable conmigo.

—¿Amable yo?. ¡No señor! ¡Ah, sí! ¿Dice usted por la habitación? Ya, ya. Hace tiempo que quería dejarla, pero no tenía ganas de mudarme. En el fondo, este hotel no es más que una jaula. Y si usted hubiera tomado mi habitación, pues a estas horas estaría yo en un coche del expreso de Milán o en cualquier otro tren y no me hubiera aburrido. En fin, que las cosas siempre son lo mismo y en marzo hace un tiempo horrible en todo el mundo; poco importa, pues, estar aquí o allí, y, después de todo, lo mismo me da seguir en el hotel.

—¿El señor, por lo visto, está viajando constantemente? —preguntó Kringelein con timidez, pues presentía en cada habitante de este hotel un potentado financiero o un gran señor de la nobleza—. Y ahora, permita usted que me presente; Kringelein —dijo modestamente, con una reverencia muy elegante—. ¿El señor conoce entonces el mundo entero?...

Otternschlag hizo un gesto con "el recuerdo de Flandes".

—Así, así —dijo—. Conozco todo aquello que se tiene costumbre de haber visto, las carreteras que todo el mundo conoce, las Indias y algunos lugares más allá.

Luego sonrió débilmente, viendo la inmensa avidez que sus palabras despertaban en los ojos azules y bizcos de Kringelein, detrás de los lentes.

—Yo también me propongo viajar —dijo Kringelein—. Nuestro director general, Preysing, por ejemplo, todos los años emprende un largo viaje; no hace mucho que estuvo en Saint-Moritz, y el año pasado, por Pascua, fué a Capri con toda su familia. Yo me imagino que todo eso debe ser maravilloso...

—¿Tiene usted familia? —preguntó el doctor Otternschlag mientras doblaba el periódico.

Kringelein lo pensó cinco segundos antes de contestar.

—No.

—No —repitió Otternschlag, y en su boca esta palabra tomaba un carácter irrevocable.

—Quisiera empezar por París —dijo Kringelein—. Dicen que París es muy hermoso.

El doctor Otternschlag, que hacía unos instantes parecía interesarse por la vida, estaba ahora a punto de dormirse. Muchas veces al día tenía estos estados de laxitud, de los que no lograba deshacerse más que por un remedio secreto y tóxico.

—Espere usted hasta el mes de marzo si quiere ir a París —murmuró, y Kringelein repuso rápidamente:

—No dispongo de tanto tiempo...

Y de pronto el doctor Otternschlag lo dejó plantado con la palabra en la boca.

—Voy a mi cuarto; quiero acostarme un poco —dijo dirigiéndose más a sí mismo que a Kringelein, que quedaba abandonado en el salón de lectura con sus tres cartas en la mano.

El periódico que Otternschlag había hojeado y que cayó al suelo estaba todo emborronado con monigotes, y cada uno llevaba debajo una gran cruz. Ligeramente desilusionado, Kringelein salió del salón de lectura, pisando la mullida alfombra; tenía el semblante desconcertado. Dirigióse hacia el comedor, desde donde subía, atravesando todos los muros del "Grand Hotel", una música atenuada, pero que se distinguía muy bien, y que era tan pronto lánguida como agitada.

* * *

El telón cayó golpeando el piso del escenario con el ruido sordo de una masa de hierro. La Grusinskaia, que sólo hacía un instante giraba ligera como una flor entre las bailarinas, arrastróse jadeante detrás del primer bastidor. Mareada, atontada, tuvo que asirse con su mano trémula del musculoso brazo de un tramoyista, y, como si estuviera herida,

hizo grandes esfuerzos para recobrar alientos. El sudor le corría a lo largo de los hundidos surcos bajo sus ojos. El ruido de los aplausos, débil al principio, como el de una lejana lluvia, fué acercándose y creciendo rápidamente al levantarse de nuevo el telón. Más allá, detrás de una caja, un maquinista daba vueltas al manubrio del torno, levantando el telón poco a poco a fuerza de riñones. La Grusinskaia reanudó luego su labor, con su sonrisa estereotipada, como una careta de cartón, avanzando hasta las candilejas para saludar.

Gaigern, que se había aburrido espantosamente, dió tres palmadas ligeras por pura amabilidad y cortesía, deslizándose luego entre las filas de butacas, hacia una de las puertas de la salida, que el público, impaciente, llenaba ya. En las butacas de orquesta y arriba, en las galerías, algunos incondicionales gritaban entusiasmados y aplaudían obstinadamente; y más hacia atrás, los espectadores apretujábanse para ganar cuanto antes los guardarropas. A los ojos de la Grusinskaia, en escena, esa ola de pecheras blancas, de espaldas negras y de abrigos abrochados que se precipitaban en una misma dirección, tomaba la apariencia de una huída, de una pequeña alarma. La bailarina sonreía echando hacia atrás la cabeza por un movimiento de su cuello flexible como un tallo y dando saltitos hacia derecha e izquierda, al mismo tiempo que saludaba con los brazos extendidos hacia el público, dispuesto a marcharse. El telón bajó y volvió a subir. El cuerpo de baile, perfectamente disciplinado, seguía inmóvil y fijo en sus puestos.

—Telón, telón arriba —gritaba agitadamente Pimenoff, el maestro de baile, que era el encargado de reglamentar los éxitos.

Tardó algún tiempo en subir; el hombre del torno hacía grandes esfuerzos. Parte del público de butacas, que estaba ya cerca de las puertas, se detuvo un momento todavía, aplaudiendo con una vaga sonrisa. La Grusinskaia señaló con un gesto de su mano a las señoritas del cuerpo de baile, ninfas vestidas de muselina que se agrupaban en torno de ella; con todas las apariencias de la modestia, rehusaba esos aplausos desperdigados para cedérselos a aquellas insignificantes jovencitas. Algunas personas que ya se habían puesto sus abrigos se quedaron paradas cerca de las puertas, asistiendo con semblante curioso y divertido a esas últimas llamadas a escena. Abajo, en el foso de la orquesta, Witte, el viejo director alemán, con suplicantes gestos pedía obediencia a los músicos, que ya enfundaban sus instrumentos.

—Que nadie se mueva de su sitio —murmuró angustiado: él mismo estaba temblando y el sudor le bañaba la frente—. Todo el mundo quieto: hagan el favor, señores. Quizá tengamos que repetir el "Vals de la Primavera".

—No hay cuidado —dijo un fagot—; hoy no hay propina... ¿No le dije?

En efecto, los aplausos declinaban por momentos. Sin embargo, la Grusinskaia aun tuvo tiempo de ver la bocaza negra y abierta del músico, que se reía allí abajo en el foso hasta que el telón puso su muro por medio. De pronto cesaron los aplausos y siguió un silencio, sorprendente por lo rápido. En esa gran calma de ahora oíase el menudo paso de las bailarinas por el escenario, de aquellas mujercitas vestidas de tarlatana que hacían crujir levemente el tablado con sus zapatitos de seda.

—Qué, ¿podemos marcharnos ya? —preguntó en francés Lucila Lafite, primera bailarina, dirigiéndose a la Grusinskaia, que volvía hacia ella su espalda agitada, enjalbegada de blanco.

—Sí, marchaos, marchaos todos al demonio —respondió en ruso la Grusinskaia.

De buena gana hubiera gritado, pero fué más bien un sollozo lo que salió de su garganta. Las jovencitas vestidas de tarlatana, amedrentadas, corrieron hacia la puerta. Se apagaron las luces de la batería y durante algunos segundos la Grusinskaia quedóse sola en el escenario, tiritando en aquella claridad de día nublado, que la reducida iluminación de los ensayos hacía aún más gris y monótona.

De pronto oyóse como el crujido de una rama o el pataleo de un caballo; no era posible engañarse; allá abajo, en la sala desierta, una sola persona aplaudía. La cosa no tenía nada de particular; era Meyerheim, el empresario, que con la audacia de la desesperación trataba de salvar la representación. En medio de un entusiasmo desmedido, aplaudía con todas sus fuerzas, golpeando una contra otra sus ahuecadas y sonoras manos, mientras dirigía iracundas miradas a la galería, que la claque, negligente de sus deberes, había abandonado demasiado pronto. El primero que oyó estas palmadas sueltas fué el barón Gaigern, por lo que volvió a entrar en la sala por curiosidad y dispuesto a tomar parte en la broma. Quitóse, pues, rápidamente los guantes y empezó a aplaudir frenéticamente, y es más: cuando algunos individuos de la claque y dos o tres curiosos volvieron del guardarropa, empezó a patear furiosamente como un estudiante. Algunos bromistas se sumaron a la algazara. Siguió una llamada a escena muy gentil y graciosa, impuesta por unas sesenta personas que aplaudían y pedían con insistencia a la Grusinskaia.

—Telón, telón —gritaba Pimenoff con voz potente.

La Grusinskaia bailaba como una histérica de un lado a otro del escenario.

—¡Miguel! ¿Dónde está Miguel? Que venga en seguida —exclamaba riendo, las pestañas cubiertas de pasta azul y llenas de sudor y lágrimas.



EL AZAR LOS UNIO Y UNA PASION TAN DOLOROSA COMO INFAUSTA.

Witte empujó al bailarín hacia la escena y la Grusinskaia, sin mirarle, lo tomó de la mano, tan mojada, por cierto, que apenas pudo sujetarla; luego, desde el centro del escenario, ante la escotilla del apuntador, saludaron varias veces con la bella armonía de los cuerpos habituados al trabajo de conjunto. Mas apenas cayó el telón cuando la Grusinskaia, dando rienda suelta a su irritación, armó una trifulca.

—Has metido la pata y por tu culpa se estropeó todo. Has vacilado en el tercer arabesco. ¿Cómo es posible que con Pimenoff me hubiera ocurrido una cosa así?...

—Compasión, ¿yo? Pero Gru —murmuró Miguel con su cómico acento báltico y con una desesperada entonación.

Witte lo condujo rápidamente hasta detrás de la tercera caja y poniéndole la mano en la boca dijo:

—Por los clavos de Cristo..., no la contradigas... Déjala... —murmuró.

La Grusinskaia recogió sola los aplausos, aprovechando las bajadas del telón para seguir despotricando a su gusto, echando sobre todos las más espantosas maldiciones y llamándolos marranos, perros, asquerosa pandilla de bergantes. Miguel era un borracho y Pimenoff otra cosa peor; amenazaba con licenciar al cuerpo de baile, que ya había salido de escena, y a Witte, el director de orquesta, con suicidarse por las faltas de medida cometidas. No obstante, el corazón le saltaba en el pecho como un pájaro cansado y perdido, y las lágrimas corrían a lo largo de su sonrisa de cera y colorete. Pero el jefe de los tramoyistas fué el encargado de poner fin a esta escena bajando una pesada palanca; la sala quedó a oscuras apenas se dió tiempo a un mozo para extender unas fundas grises sobre las filas de butacas. El telón quedó echado y el hombre del manubrio cesó en su tarea.

—¿Cuántas llamadas, Susita? —preguntó la Grusinskaia a una mujer de edad que estaba entre bastidores para echarle sobre los hombros un abrigo—. ¿Siete? Yo he contado ocho. ¿Cree usted que siete nada más? Tampoco está mal, ¿verdad?, y siempre es un éxito, ¿no?

Tuvo que escuchar luego con impaciencia las protestas de Susita, para quien aquello había sido un éxito enorme, casi igual al de Bruselas tres años antes. ¿No se acordaba ya la señora? La señora se acordaba.

"No, no ha sido como en Bruselas", pensó ceñudamente y muerta de fatiga.

Estiró sus miembros húmedos de sudor; estaba sentada, y, como un boxeador acostado en su rincón después de un "round" agotador, se dejaba secar y friccionar por Susita. El cuarto era un rincón triste, demasiado caliente, sucio y estrecho; olía a vestidos viejos, a pastas agrias de tocador, a pomadas, a humedad. Quizá la Grusinskaia estaba devorada por el ardiente malestar que le había dejado la representación de aquella noche. No había sido un gran éxito, no, ni muchísimo menos.

¿Y qué gentes crueles e incomprensibles eran las que empezaban a escatimar ese gran éxito a la Grusinskaia?

Nadie sabía la edad de esa mujer. Algunos viejos señores rusos, aristócratas emigrados, que vivían en habitaciones amuebladas en Wulmersdorf, pretendían conocer a la Grusinskaia desde hacía cuarenta años; pero esto era seguramente una exageración.

Sin embargo, se podían calcular veinte años de fama internacional y otros años de éxitos y gloria que representan un tiempo infinito. A veces le decía al viejo Witte, su amigo y compañero desde los comienzos de su carrera:

—Witte, soy una criatura condenada a arrastrar siempre durante su vida una carga enorme, demasiado pesada para mis fuerzas.

Y Witte le contestaba gravemente:

—No dejéis que nadie lo advierta, por favor, Elisabeta Alexandrovna; que nadie lo vea; no habléis jamás de pesantez. Tenéis la misión, permitidme que os lo diga, de ser la ligereza personificada. El mundo entero se ha hecho pesado; pero vos no: debéis seguir siendo ligera como una pluma, para que no se produzca una catástrofe mundial. No engordéis, por Dios.

La Grusinskaia no había cambiado; pesaba las mismas noventa y seis libras desde los dieciocho años, y ésta era principalmente la razón de sus éxitos y aptitudes. Su compañero, que estaba acostumbrado a esa ligereza, no podía bailar con ninguna otra. Su nuca, su cuerpo, que parecía totalmente articulado, el óvalo delicioso de su rostro, no habían perdido nada con los años. Sus brazos se movían como gráciles alas. Su sonrisa, que se abría bajo los párpados alargados, era por sí sola una obra maestra. Toda la fuerza de la Grusinskaia no consistía más que en esto: parecerse siempre a sí misma, sin darse cuenta de que esto era, precisamente, lo que empezaba a aburrir a los públicos.

Quizá este mismo mundo de sus admiradores la hubiera querido tal como ella era en realidad y como aparecía en este momento, sentada en su "camerino": una pobre mujer nada joven ya, delicada, agotada, de ojos cansados y carita demacrada. Cuando la Grusinskaia no tenía éxito —lo que solía ocurrir de vez en cuando— se arrugaba toda y de pronto tornábase viejísima. En el fondo del cuarto, Susita se lamentaba a media voz en francés, de pie delante del lavabo gris empotrado en el muro. La tubería del agua caliente funcionaba mal. Por fin hubo manera de preparar las compresas calientes para el rostro de la Grusinskaia, que se entregó a las manipulaciones de rigor mientras Susita le quitaba las perlas del cuello, esas perlas célebres en el mundo entero, inverosímilmente bellas y que provenían de la época del Gran Duque.

—Puede usted guardar las perlas, ya hoy no me las voy a poner —dijo la Grusinskaia.

—¿La señora no se va a poner las perlas? La señora debía embellecerse para el banquete...

—No, no, basta. Arrégleme usted y póngame bella sin perlas, Susita —dijo la bailarina, y con cara compungida se entregó a las manos de su fantástica doncella, a sus esencias y potingues.

Tenía que asistir a una cena ofrecida en su honor por el Club de la Escena, y por eso se hizo maquillar en esta ocasión con sumo esmero. Fuera, en el corredor de los "camerinos" de las artistas, Witte iba y venía como un centinela, montando su guardia pacientemente, mientras arañaba la caja de su reloj, que, conforme a la antigua moda, llevaba en el bolsillo del chaleco. En el rostro envejecido del músico dibujábanse la preocupación y el disgusto. Poco después, el maestro de baile, Pimenoff, vino a unírsele y luego llegó también Miguel con las pestañas brillantes de vaselina y fuertemente empolvado.

—¿Vamos a esperar a la Gru o nos marchamos luego todos juntos? —preguntó alegremente.

—Yo te aconsejaría que tomaras el portante, querido mío —dijo Witte—, aun cuando no hubieras ya vacilado cien veces para hacerlo.

—Pero si yo no he vacilado, Pimenoff. ¿He vacilado yo? —exclamó casi llorando.

Pimenoff encogióse de hombros. El también era un hombre de edad; tenía una gran nariz característica y sentía una predilección muy marcada por las corbatas plastrones como en tiempos de Eduardo VII. Ya no bailaba; únicamente dirigía los ensayos y preparaba las distracciones para la Grusinskaia; una coreografía clásica y difícil, llena de pájaros, de flores y de alegorías bailadas sobre las puntas.

—Ve a acostarte y que no te vea hoy la Gru. Lucila se ha marchado también —agregó prudentemente.

Miguel, cuyo rostro joven revelaba indignación, llamó a la puerta del cuarto.

—Buenas noches, señora —exclamó—; no la acompaño a usted. ¿A qué hora va a ser mañana el ensayo?

—Sí, sí, tienes que acompañarnos; no hay más remedio, porque eres tú el que tiene que sentarse a mi lado en la mesa —dijo la Grusinskaia desde dentro—. No me disgustes corazón mío. Del ensayo ya hablaremos; espérame, que dentro de un momento estoy lista.

—Naturalmente... Como que ya ha echado fuera de sí la borrachera a fuerza de lágrimas —murmuró Witte con gestos de condenado.

—¡Oh, las lágrimas, las dulces lágrimas! —murmuró Pimenoff, con la barbilla metida en el cuello de su abrigo.

—No deseo yo a mi peor enemigo que baile un "pas de deux" con Gru. Misericordia, querido —agregó Miguel con su tan cómico acento germanobáltico.

En el "camerino", a la cruda luz reflejada por el espejo, la Grusinskaia perfumaba los lóbulos de sus orejas dándose golpecitos con un algodón empapado en la esencia. "Miguel debe venir también —pensaba—; siempre estoy rodeada de viejos: Pimenoff, Lucila, Susita". De pronto se puso a odiar rabiosamente el sombrerillo viejo y raído que Susita, en el fondo del "camerino", se estaba poniendo sobre sus cabellos grises. Con un movimiento algo brusco rechazó su ayuda y salió al corredor llevando al brazo el abrigo de noche, negro y oro, guarnecido de armiño. Luego presentó sus espaldas a Miguel para que se lo pusiera. Lo hizo como acostumbraba siempre: con una gran delicadeza femenina. Era una pequeña ceremonia de reconciliación..., y quizá alguna otra cosa más; era, por parte de la Grusinskaia, como un tenue y secreto ruego de comunión con ese joven.

Ahora estaba resplandeciente, hermosa, sorprendente y ágil como una flor.

—Elisabeta es encantadora —dijo Witte, haciendo una reverencia de otros siglos.

Había tomado la costumbre de expresarse en un estilo complicado: primeramente para ocultar su amor hacia ella, de la que estaba enamorado desde su juventud, y luego, porque tenía que traducir sus frases del alemán tan pronto al ruso como al francés. La Grusinskaia pasaba también constantemente de una lengua a la otra, del "tú" ruso al "usted" francés e inglés; pero conocía también el alemán, siéndole familiares, asimismo, todas las groserías y amabilidades más corrientes. Por eso no siempre podía seguirse fácilmente su charla. Al subir al auto preguntó:

—¿Crees tú, Witte, que son las perlas las que tienen la culpa?

—¿Cómo, las perlas? —preguntó Witte asombrado.

—¡Dios mío!, ¿cómo es posible, las perlas? —preguntó también Pimenoff.

—Sí, sí, las perlas, estas perlas, que me traen la negra —dijo ella con una insistencia infantil.

Witte golpeaba uno contra otro sus guantes de piel brillante, a la moda antigua.

—Pero, querida... —dijo desconcertado.

—¿Cómo? —dijo Pimenoff—. Toda tu vida te han dado suerte esas perlas; han sido tu mascota, tu talismán, y no podías bailar sin ellas, y ahora de pronto te van a traer la negra. ¡Qué original eres, Gru!

—Sí, sí; me dan la suerte negra; lo veo —dijo Gru con tal terquedad que se dibujó una arruga entre sus cejas, reforzadas a lápiz—. No puedo

el Gran Duque Sergio me trajeron la buena suerte; pero luego lo asesinaron..., lagarto, lagarto, lagarto. Después me disloqué el tobillo en Londres el año pasado, vino el déficit en Niza, y todo lo demás... Te digo que la negra. No me las pondré más para bailar, lo digo desde ahora.

—¿Que no te las pondrás más?... Pero, querida, queridísima Gru, es imposible que bailéis sin las perlas; toda la vida habéis creído que no podríais bailar sin ellas, y ahora, de pronto...

—Sí... —dijo la Grusinskaia—, sólo era una superstición.

Witte echóse a reír.

—Lisa —exclamó—, palomita, querida mía, ¡qué criatura es usted!

—No me comprendes. Me comprendes muy mal, Witte. Las perlas ya no sientan bien y no es preciso que me las ponga. Antaño era diferente; había que ponerse alhajas, en Petrogrado, en París, en Viena, porque una bailarina tenía que poseer joyas y lucirlas. Pero ahora... ¿quién lleva perlas verdaderas hoy? Yo, que soy mujer, tengo más olfato para estas cosas y las siento mejor que usted... ¿Te has dormido, Miguel? Dime, por lo menos, lo que opinas.

Miguel, sin un sólo movimiento de su gracioso cuerpo, dijo en su francés rebuscado:

—Puesto que quiere usted saberlo, señora, le diré que debía dárselas a los niños pobres, a los inválidos, invirtiéndolas en cualquier obra benéfica, señora...

—¿Pero qué dices? ¿Las perlas? ¿Dar yo las perlas? —exclamó la Grusinskaia en ruso, de tal modo que parecía cantar la palabra "pesertvovatj".

—Ya hemos llegado —dijo Pimenoff, mientras el auto frenaba bruscamente.

—Adelante, siempre adelante —ordenó la Grusinskaia—. Seamos hermosos y estemos alegres.

Abrióse la puerta cochera, y Witte, que subía la escalera detrás de la bailarina, declaró:

—El único defecto que tiene Elisabeta Alexandrovna es que adora el imperativo categórico.

La Grusinskaia sonreía y se puso radiante como una lámpara de la que pronto se hubiera sacado más mecha; y así, luminosa y sonriente, hizo su entrada en el club, donde treinta señores metidos en otros tantos fracs la estaban esperando.

* * *

El barón Gaigern fué el último en dejar de aplaudir; pero tan pronto se convenció de que ya no se levantaba más el telón, salió del teatro con la cara seria del hombre que lleva mucha prisa. Había dejado de llover y numerosas luces blancas y amarillas se reflejaban en el asfalto mojado de la Kantstrasse; el tranvía deslizábase entre las casas; los agentes regulaban el tránsito de los autos; los sin trabajo acercaban sus harapos a los abrigos de pieles para abrir las puertas de los coches. En medio del barullo, Gaigern atravesó la calle y, con peligro de su vida, infringió el reglamento de la circulación, entrando rápidamente en la oscura Fasahenstrasse, donde estaba estacionado su coche. El chofer fumaba un cigarrillo.

—¿Qué hay? —le preguntó Gaigern.

—Ha vuelto a cambiar de chofer —dijo el interrogado—. Esta vez es un inglés; lo trajo de Niza, donde lo dejó su arruinado señor. He almorzado con él, pero no se le saca una palabra del cuerpo.

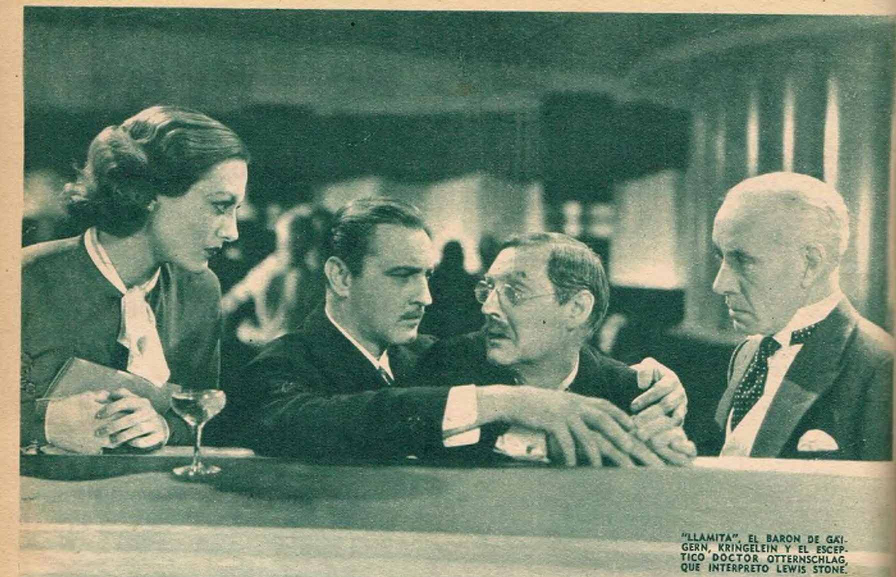
—¿Cuántas veces te habré dicho que te quites el cigarrillo de la boca para hablar conmigo? —dijo Gaigern a media voz.

—Está bien —exclamó el chofer tirándolo—. Acaba de llevarla al teatro y luego la dejará en el Club de la Escena; está allí mismo enfrente; pero no sabe a qué hora tendrá que ir a recogerla.

—No lo sabe —repitió Gaigern distraídamente, golpeando con los guantes la palma de su mano—. En fin, está bien; yo me marcho a dar una vuelta por allá abajo. Tú llevas el coche al teatro y me esperas allí.

Con el mismo aspecto de seriedad de un hombre ocupado, Gaigern volvió a pasar por delante del teatro. Aquellos lugares estaban ahora tristes y solitarios; el gran anuncio luminoso habíase apagado y los letreros carecían de movimiento. Gaigern se deslizó entre un grupo de desocupados, fijando los ojos en la puerta vidriera; la luz ardía detrás de los esmerilados cristales de esa puerta, por la que tenía que salir la Grusinskaia. Los primeros en salir fueron los bomberos, siguiéndoles luego los tramoyistas de anchas espaldas y sendas pipas entre los dientes. Poco después la puerta dió paso a algunos grupos de bailarinas, mujercitas con abrigos de pieles baratos, criaturas insignificantes, en medio de una algarabía de palabras francesas, rusas e inglesas, Gaigern las siguió sonriente con los ojos, pues reconocía a algunas de ellas por haberlas visto en Niza y en París. Cuando se reía, su labio superior se quedaba algo corto, como en algunos niños; esto era encantador y gustaba a las mujeres.

—¡Dios mío!, qué pesado se está poniendo esto hoy —pensaba impaciente, mientras el patio volvía a quedar en silencio. Transcurrió cerca de un cuarto de hora, hasta que el chofer del coche de la Grusinskaia empezó a removerse como un perro que sueña y puso el motor en marcha. Gaigern, que conocía esta señal, metióse profundamente en la sombra del muro y así, al aparecer por fin la Grusinskaia, se había hecho invisible.



"LLAMITA", EL BARON DE GAIGERN, KRINGELEIN Y EL ESCEPTICO DOCTOR OTTERNSCHLAG, QUE INTERPRETO LEWIS STONE.

—Espéreme aquí, Susita —dijo, volviéndose hacia la puerta—. Berkley vendrá en seguida a llevarla al hotel.

La bailarina estaba envuelta hasta las orejas en una capa de seda sumamente vistosa, negra y oro, guarnecida de armiño, asemejándose por completo en su belleza a las fotografías que de ella publicaban las revistas ilustradas del mundo entero. Gaigern, desde la sombra en que se ocultaba, no le sacaba el ojo, y en el momento de poner ella su zapato de tisú de plata sobre el estribo, se entreabrió el cuello de armiño y entonces pudo ver aquél el cuello de la bailarina, ese cuello célebre, largo, blanco, semejante al tallo de una flor, y que aparecía esa noche especialmente desnudo. Grande fué la satisfacción de Gaigern, que aspiraba el aire entre sus dientes apretados. No había deseado nada más que ver ese cuello desnudo...

Tan pronto como partió el auto, Susita se presentó en el patio solitario y desierto, seguida del portero, que cerró con llave la puerta de entrada de los artistas. Susita siempre tenía el semblante de una copia vieja y amarillenta de su ama; llevaba los vestidos viejos, los sombreros usados de la Grusinskaia que habían pasado ya de moda. Aquella noche, que arrastraba los pies atravesando el patio, iba vestida con una larga falda acampanada y un abrigo desteñido y adornado con un cuello escotado. En cada mano llevaba una bolsa; en la izquierda, una valija chata y bastante grande, y en la derecha, un pequeño maletín de charol negro. Caminaba lentamente, con un paso algo embarazado, hasta la verja que separaba el patio del teatro de la calle, y una vez que se encontró ya en la acera, dió algunos pasos arriba y abajo, a la viva luz de los arcos voltaicos. Ideas completamente descabelladas atravesaron durante algunos segundos el pensamiento de Gaigern, que seguía en su rincón, los músculos en tensión, como pronto para acometer o salir huyendo. Pero nada de esto tuvo que hacer, porque el maldito Berkley, haciendo un viraje de maestro, detuvo el coche delante de Susita, que se metió prontamente dentro. En la iglesia de la Conmemoración daban las once y media y Gaigern, que por unos momentos se le había olvidado respirar, abrió la boca absorbiendo el aire que necesitaba. Luego silbó y su pequeño auto estuvo allí al momento.

—Pronto, pronto, al hotel; síguela —le ordenó el chofer.

—Pero, entonces, ¿es que va a dar el golpe hoy mismo? —preguntó el chofer, otra vez con el cigarrillo entre los labios.

—Hay que esperar —respondió Gaigern.

—¿Otra vez estar en acecho con el auto toda la noche? ¿No se va a dormir entonces? —dijo el chofer.

Gaigern señaló con el dedo el coche gris, que doblaba delante de ellos la tortuga luminosa del puente Hitzgi.

—Pásalo —se limitó a decir, y el chofer apretó el acelerador; por allí, cerca del puente, no se veía ninguna guardia. La vida nocturna de Berlín bullía en las calles bajo un cielo rojo, sin estrellas, en la claridad de aquella noche primaveral.

El chofer seguía haciendo sus reflexiones:

—Esto es un asco; esta historia está dando más molestias que lo que vale, para acabar en una plancha colosal.

—Quien no se arriesga no pasa la mar —respondió jovialmente Gaigern, quedándosele algo corto el labio superior—. Si la cosa no te conviene, te doy la cuenta y hasta más ver.

—Lo que digo es por su bien —repuso el chofer.

—Sí, como yo te lo digo a ti también por el tuyo —exclamó el barón.

Luego ambos guardaron silencio hasta el hotel.

—Colócate cerca de la entrada número 6 —dijo Gaigern saltando del coche.

Al meterse en la puerta giratoria que ponía en comunicación el pequeño *foyer* de la entrada con el *hall*, dióse de manos a boca con un personaje bufo; era Kringelein, que se le atravesaba en la entrada porque se había metido al revés. Gaigern empujó la puerta con un gesto impaciente e hizo girar el tambor con su contenido.

—La puerta gira en este sentido —dijo el barón.

—Gracias, muchas gracias —respondió Kringelein, que había querido salir, pero que se hallaba otra vez empujando hacia dentro.

Gaigern corrió a buscar su llave en la portería y, metiéndose en el ascensor, dijo al manco al llegar al primer piso que le esperara un momento, porque iba a volver en seguida. Encaminóse rápidamente a lo largo del corredor hasta el número 69, que era el de su habitación; entró, pues, en ella y, echando sobre la cama su sombrero y su abrigo, tomó de un florero una linda rama de orquídeas y, corriendo siempre, salió otra vez al pasillo.

—Haga el favor de decir al manco que ya no necesito el ascensor —dijo a una camarera, que, muerta de sueño, se arrastraba delante de la fila de puertas.

La camarera transmitió el recado al manco, que bajó gruñendo en el ascensor. Susita ya estaba abajo con sus maletas para meterse allí. Esto era precisamente lo que Gaigern había esperado y había combinado.

Al llegar Susita delante del cuarto número 68, que ocupaba la Grusinskaia, percibió detrás de una palmera a un muchacho muy

bello, con cara tímida y suplicante, y que le pareció haber visto ya alguna vez.

—Buenas noches, señorita; tenga la amabilidad de escucharme un momento —dijo en un francés encantador, pero algo afectado—. Una palabra... ¿La señora no está en su cuarto?

—Lo ignoro, caballero —respondió Susita, que estaba bien aleccionada.

—Perdone usted la indiscreción..., pero es que quisiera dejar esta flor en el cuarto de la señora. ¡Siento tanta admiración por ella! Hoy mismo la vi en el teatro; no falto a ninguno de sus bailes, y como he leído que le encantan estas orquídeas... ¿Es verdad que le gustan?

—Ya lo creo, muchísimo —dijo Susita—. Se enloquece por ellas; tanto es así que en nuestras estufas de Tremezzo las estamos cultivando.

—Muy bien, entonces tenga esta ramita, y me hará el favor de ponerla en el cuarto de su señora, ¿verdad?

—Hoy hemos recibido una cantidad enorme de flores. El embajador de Francia envió una canasta magnífica —dijo Susita, amargada aún por el éxito tan discutible de la noche pasada.

Miraba con simpatía a aquel agradable y tímido mozo, pero no podía agarrar la rama por tener ambas manos ocupadas, y hasta encontraba dificultades para pasarse la llave a la mano derecha para abrir la puerta del 68. Gaigern, viendo su apuro, se acercó vivamente:

—Permítame usted —le dijo haciendo ademán de sostenerle las dos maletas.

Susita soltó la grande, pero retuvo el saquito de mano con un movimiento instintivo de protesta.

"Ya sé dónde están las famosas perlas", se dijo Gaigern, aunque tuvo buen cuidado de disimularlo.

Abrió, pues, la doble puerta, y con paso entre discreto y respetuoso franqueó el umbral de la habitación que la Grusinskaia ocupaba en el hotel.

El cuarto era vulgar y la instalación como la de todos los otros, de una relativa elegancia. Hacía allí fresco y en la atmósfera flotaban efluvios de perfumes tenues y selectos y el olor que desprendía una corona de flores; la puerta del pequeño balcón estaba abierta de par en par. El lecho no tenía colgaduras; a los pies veíanse unas chinelas algo raídas ya y desgastadas por las suelas; las zapatillas de una mujer acostumbrada a dormir sola. Gaigern, que se había parado en el umbral, sintió una lástima furtiva, tierna y dulce por aquellas zapatillas tan vulgares colocadas junto a la cama de una mujer hermosa y célebre. Con un ademán de súplica alargaba la rama de orquídeas hacia la doncella de la bailarina. Susita dejó el saquito de mano sobre el cristal del tocador, entre los tres espejos, y al fin agarró las flores.

—Muchas gracias, caballero. ¿No llevan su tarjeta?

—¡Qué ocurrencia! No, no soy tan indiscreto —y miró detenidamente a Susita, cuyo rostro marfileño, cubierto de arrugas, recordaba singularmente el de su ama.

—¿Está usted fatigada? —le preguntó—. Claro, su señora se recogerá tarde. ¿Tiene que esperarla?

—¡Oh, no! Mi señora es muy buena y me dice todas las noches: "Acuéstate, Susita, que no te necesito"; pero a pesar de todo siempre le hago falta; la esperaré; nunca vuelve después de las dos, pues empieza a trabajar todas las mañanas a las nueve. ¡Y qué trabajo, Dios mío! Si viera usted... Sí, sí, la señora es muy buena...

—Debe ser un ángel —dijo Gaigern lleno de respeto.

Y mientras lo decía se hacía su composición de lugar: "De modo que no hay más que un cuarto de baño sin ventana entre el 68 y el 69". Al recorrer con los ojos la habitación vió que Susita bostezaba profundamente.

—Buenas noches, señorita, y un millón de gracias —dijo modestamente, sonriendo, y desapareció.

Susita echó el cerrojo a las puertas detrás de él, puso las orquídeas en el jarro de agua y, sentándose luego en una butaca, se puso a esperar, encogidita y hecha un ovillo, como un paquetito trémulo.

❦ ❦ ❦

Hasta la una de la mañana no empiezan a verse los pares de calzado en el corredor, delante de las habitaciones del Grand Hotel. Todo el mundo está fuera para gustar los encantos nocturnos de la gran urbe, de su tumulto, de su bullicio y de su claridad eléctrica. La camarera que hace el servicio de noche bosteza acurrucada en un rincón del corredor, y en cada piso puede verse una doncella virtuosa y ajada, muerta de cansancio. El equipo de los "boys" se releva a las diez; pero los recién llegados tienen también bajo sus gorras de plato, picarescamente ladeadas, los ojos brillantes de fiebre, como ocurre a todos los chicos que se acuestan tarde. El manco de humor endiablado, encargado del ascensor, ha sido relevado a medianoche por otro manco de genio igualmente malo; también Senf, el portero, ha entregado su servicio al portero nocturno, y sin pensar en que se va a molestar inútilmente, vuelve a la clínica castañeteándole los dientes de agitación y zozobra. Allí le recibe la hermana tornera con poca amabilidad, diciéndole que se vuelva tranquilo a su casa, porque podrán pasar cuarenta y ocho horas antes de la llegada del niño. Pero estos son asuntos particulares del señor Senf, con los que nada tiene que ver el hotel.

Este ahora está lleno de alegre bullicio; la alegría se desborda por todas partes. En el pabellón amarillo se baila sin descanso; el mostrador de Mattoni ha sufrido ya grandes acometividades y el mozo negro, con la sonrisa de sus ojos y dientes muy blancos, cada vez más atareado, corta grandes lonchas de jamón frío, y echa marrasquino en las ensaladas de frutas congeladas. Los ventiladores zumban y arrojan un aire viciado a los patios del hotel. En el comedor del entresuelo, que es donde comen los choferes, se reúnen éstos para despellejar a sus amos, descontentos siempre de no poder beber mientras dura el servicio. Los viajeros llegados de todos los rincones de Alemania, es decir, los clientes provincianos del hotel, se asombran y casi escandalizan, allí sentados en el *hall*, al contemplar a sus compañeros los berlineses, unos señores con el sombrero echado muy atrás, que hablan a gritos gesticulando mucho, y unas señoras pintadas a conciencia. Rhona, al que acaban de dar una fricción en la peluquería, atraviesa el *hall* pensando: "No es muy selecta que digamos la clientela de noche del hotel, pero, ¡qué remedio!, esta gentecilla es la que da dinero".

Kringelein aterrizó en el bar del hotel poco antes de la una. Estaba muy cansado y se sentó junto a una mesita, poniéndose a mirar en torno suyo con los ojos bizcos cargados de sueño. El pobre estaba muerto de fatiga, pero no quería acostarse. Por otra parte, le parecía estar durmiendo ya. Todo lo veía confuso, como en un sueño febril de su cerebro: el ruido, el murmullo de la gente, las voces, la música, todo tan cerca de él y al mismo tiempo tan lejos que le parecía una alucinación. Aquellas vibraciones de la vida del hotel le sumían en un estado de ánimo maravilloso, como si estuviera embriagado sin haber bebido. Pero su mísero cerebro de contable, acostumbrado a echar cuentas toda su vida, tenía que calcular bien.

Así, por ejemplo, una ración de caviar cuesta nueve marcos, y a Kringelein le parece que el caviar no acaba de convencerle; si por lo menos no supiera a sardinas después de ser tan caro. Un sudor frío le acometió al ver que le acercaban la carretilla de las entradas, bajo las miradas malignas de tres camareros que le observaban con cara de burla. Había tenido que dejar el cubierto — veintidós marcos con propina — porque su estómago enfermo lo rechazaba. El borgoña era un vino pastoso y agrio que venía acostado en una especie de cochecito de niño, como si fuera un bebé. ¡Qué caprichos más raros tenía la gente rica! Como Kringelein no tenía un pelo de tonto, y estaba siempre pronto a aprender lo que ignoraba, demasiado comprendía que para aquel comedor estaba muy mal vestido y que estaba haciendo el ridículo más espantoso al servirse torpemente de los diferentes cubiertos que tenía delante. En toda la noche no le había pasado un maldito temblor nervioso, y las últimas horas vinieron a serle aún más angustiosas con el continuo pensar en las propinas, con sus lamentables equivocaciones de puerta y con las mil pequeñeces y contrariedades que le atormentaban. Sin embargo, también había tenido sus momentos felices y maravillosos esa primera noche de hombre rico en un hotel encopetado: las vidrieras, por ejemplo. En Berlín se dejan encendidos los escaparates hasta muy tarde, y en ellos pueden contemplarse amontonadas las riquezas del mundo entero. "Todo esto me lo puedo comprar si quiero...", y este pensamiento era bastante por su novedad para embriagar la mente enfebrecida de Kringelein. O bien, por ejemplo, Kringelein va a un cine — en Berlín están abiertos desde la nueve y media — y saca una entrada a palco. También en Fredersdorf iba él al cine. Le vino a la memoria la película de Saint-Moritz, una de las últimas que había visto. ¡Oh, qué mundo aquél, inconcebiblemente maravilloso! De pronto, allí, en el rincón del bar, se decide a ir a Saint-Moritz. "Esos lagos y esos valles no se han hecho solamente para los Preysing — se dice —. Yo también puedo disfrutar de ellos..." Y su corazón salta de alegría ante este pensamiento, que le obsesiona. Una dulce, amarga y triunfante libertad se apodera de aquellos que saben van a morir pronto. Pero Kringelein no sabe definir lo que por momentos le oprime hasta el punto de tener que suspirar profundamente para recobrar aliento...

— ¿Me permite usted...? — dijo el doctor Otternschlang sacándole de sus lóbregos pensamientos y deslizando sus rodillas huesudas bajo la mesita que ocupaba Kringelein —. No hay un solo sitio vacío en este maldito bar. No puede estar peor organizado... "Louisiana-Flip" — dijo luego al camarero, poniendo sus flacos dedos sobre la mesa, entre él y Kringelein, dedos que parecían por lo fríos y pesados diez varillas de metal.

—Encantado — dijo Kringelein con distinción, realmente encantado de volverlo a encontrar —. Ha sido usted tan amable conmigo que no lo olvido; créame que es para mí un motivo de eterno agradecimiento...

Otternschlag, a quien después de un número incalculable de años de vivir solo en el mundo nadie le había dicho que era amable, y que llevaba ya diez sin hablar con un alma viviente veinte palabras seguidas, sintió un ligero desdén no exento de cierta complacencia al oír los testimonios de gratitud del señor de Fredersdorf.

—Bien, bien; pues, entonces, a su salud... — brindó apurando de un trago su "Flip".

Kringelein, por su parte, había pedido una bebida absurda, y como no se atrevía a beberla, se contentaba con mojar los labios de vez en cuando en el líquido de color cobrizo en su cubilete de níquel.

—Hay algo en la animación y movimiento de este hotel que marea y desconcierta un poco al principio — dijo tímidamente.

— ¡Hum! — respondió el doctor Otternschlag —. Al principio sí, pero pronto se acostumbra uno a esta vida, que luego ya no varía nada... Camarero, otro "Louisiana-Flip".

—Las cosas son muy diferentes en la realidad de cómo uno se las ha imaginado — dijo Kringelein, a quien su cocktail hacía fantasear —. Claro que hoy también en las provincias se vive dentro del mundo; se lee la prensa, se va al cine, se ve todo en las revistas ilustradas; pero, no obstante, la realidad es muy diferente.

Entre el run-run de las voces, el choque de la cristalería y el sordo zumbido de los ventiladores llegaron hasta Kringelein las alegres risas de las mujeres, que formaban animados grupos en el fondo del bar.

—Esas no son propiamente mujeres de bar. ¿No le parece?

Otternschlag volvió hacia él la mitad sana de su perfil.

—Les falta cierta femineidad. ¿No es eso? No, no son las legítimas cabareteras, porque estamos en un establecimiento serio y respetable al que todas las mujeres vienen acompañadas por caballeros. No son, pues, verdaderas mujeres de bar, como señoras propiamente dichas. ¿Viene usted acaso en plan de aventuras?

— ¡Oh, no, gracias; nada de eso! Porque si hubiera querido, ya he encontrado una, sí, una señora joven, hace un rato, que quería bailar conmigo.

— ¿Es posible? ¿Usted ha encontrado eso? Pero ¿dónde? — preguntó el doctor Otternschlag, riendo con su desdichada media boca.

—Pues es muy sencillo; en un cabaret que está muy cerca de la Postdamer Platz — dijo Kringelein tratando de imitar el tono cortado, de elegante hastío de la vida de que Otternschlag le daba ejemplo —. Le digo a usted que aquello es una preciosidad: un alumbrado maravilloso — buscó otro término más expresivo, pero renunció a él —, un alumbrado maravilloso... Fuentecitas con juegos de luces de todos colores en constante movimiento. Es caro, porque, naturalmente, hay que consumir champaña y cobran veinticinco marcos la botella. Desgraciadamente, yo resisto poco la bebida, no me encuentro bien del todo, y usted comprenderá que...

— ¡Qué va a decirme! Lo comprendo perfectamente. Cuando a un hombre le quedan los cuellos anchos dos centímetros, no tiene que contarme más.

— ¿Es usted médico? — preguntó Kringelein muy asustado, metiéndose inconscientemente dos dedos entre la tela y la piel; y, en efecto, le estaba muy ancho.

—Lo he sido. Yo fuí todo lo que se puede ser. Enviado al suroeste africano como médico del gobierno. Un clima asqueroso. Hecho prisionero el 14 de septiembre. Campo de prisioneros en Nairrri (África Oriental Inglesa). Aquello es espantoso. Repatriado luego bajo mi palabra de honor de no empuñar las armas. Seguí hasta el final toda esa porquería, sirviendo como médico. Luego una granada me llevó media cara. Plagado después de bacilos de difteria hasta 1920. Dos años de cama. En fin, ya está bien, ¿no? Punto final. Lo he sido todo; pero, ¿a quién puede importarle?

Aterrado, Kringelein contemplaba con sus ojillos bizcos aquella ruina de hombre, cuyos dedos rígidos e inanimados descansaban sobre la mesa. Llenaba el bar una especie de ruido musical, en medio del cual adivinábase un charleston cuyas notas salían del pabellón amarillo. Muy poco había comprendido Kringelein del relato telegráfico de Otternschlag, pero lo bastante para que una agüilla picante se le subiera a los ojos. Desde su operación, que no había servido de nada, se echaba a llorar ridículamente por la cosa más nimia.

— ¿Y no tiene usted a nadie que... quiero decir... entonces está usted completamente solo? — preguntó indiscretamente, y por primera vez sorprendió a Otternschlag el timbre alto y agradable de la voz de su interlocutor, una voz varonil, insinuante y sugestiva.

Extendió sus dedos helados sobre la mesa y los retiró en seguida. Kringelein miraba pensativamente las numerosas cicatrices y costurones del rostro de Otternschlag. Luego volcóse de pronto y empezó a franquearse, diciendo poco más o menos: que él también estaba solo, completamente solo, por haber roto los lazos, los diferentes vínculos... — seguía buscando palabras escogidas y sonoras —, y que era la primera vez que venía a Berlín; cuando se ha pasado toda la vida en Fredersdorf, se llega a la capital mareado, aturdido, idiota... aunque no tanto que no se diera cuenta en seguida de su propia estupidez; él conocía muy poco la vida, pero quería descubrir al fin la verdadera gran vida y solamente movido por ese deseo había venido.

—Pero — continuó Kringelein —, ¿dónde está esa gran vida? Yo todavía no pude hallarla. Estuve en el casino, ahora estoy aquí sentado en el hotel más caro de Berlín; pero no es esto; yo siempre creí que la verdadera gran vida, la que merece este nombre, debe ser otra cosa muy distinta y que hay que ir a buscarla a otra parte. No sé..., cuando no se está iniciado... comprenderá usted que...

—Perfectamente. Pero ¿cómo se imagina usted esa vida? — respondió el doctor Otternschlag —. La verdad está siempre en otra parte. Cuando somos jóvenes pensamos: "Con los años será mejor nuestra vida"; y luego, cuando llegan esos años, decimos: "¡Qué buena era la vida por aquel entonces!" Cuando se está aquí se piensa que la verdadera vida está allá

en las Indias, en América; y cuando se está allí, esa vida ha vuelto a escabullirse para plantarse aquí, donde nos está esperando tranquilamente, aquí mismo, de donde habíamos huído.

Era la primera vez que Kringelein oía pronunciar a su amigo algunas frases incoherentes, que no dejaron de impresionarle, aun cuando no las creyera.

—No le creo —dijo con modestia.

—Pues créame, porque es así: uno se figura todo mucho más alto de lo que es en realidad. Y se comprende. Usted ha llegado de ese rincón de su provincia con ideas completamente falsas y equivocadas de las cosas, y ha pensando: "¡Oh, el Grand Hotel, el hotel más caro de Berlín, tiene que ser una maravilla!"; y es, en suma, una gran farsa, como la vida toda. Sí, señor Kringelein, la vida no es más que eso, una gran farsa llena de humo. Se viene a ella, se para un momento y se la deja. Todos somos transeúntes, ¿comprende usted?, que la atravesamos rápidamente. ¿No es así? ¿Qué hace usted, qué hacemos todos en un hotel, en el más lujoso que pueda usted soñar? Comer, dormir, deambular, flirtear un poco, alguno que otro negocio, bailar otro poco..., ¿no es eso? Bien, pues, ¿qué hace usted en la vida más que eso? Cien puertas que dan a un corredor y nadie sabe nada de su vecino. No bien se ha marchado usted, llega otro viajero y se acuesta en su cama. No hay más. Y si no, siéntese algunos ratos en el *hall* y observe con atención lo que pasa a su alrededor. Allí los verá a todos como ficciones, sin fisonomía propia, como muertos, sin que ellos lo sepan siquiera. ¡Valiente pamplina es esa de los grandes hoteles! ¡El Grand Hotel, Bella Vista! Mentira, pura mentira todo, créame. En fin, lo esencial es hacer como yo, que tengo siempre mis maletas preparadas...

Kringelein se quedó muy pensativo, hasta que le pareció haber comprendido la peroración de Otternschlag.

—Sí, es verdad —dijo, asintiendo, pero apoyó con fuerza la última palabra, y Otternschlag, que se había quedado un poco traspuesto, se despertó.

—¿Quiere usted algo de mí, que le enseñe la vida, introduciéndole y guiándole en ella? Me parece excelente su determinación, y en todo caso cuente incondicionalmente conmigo, señor Kringelein.

—No quisiera molestarle —repuso el contador, triste y respetuoso.

Luego quedóse pensativo. Llevaba embotelladas una porción de frases elegantes, pero no se acordaba de ninguna. Desde que se alojaba en el Grand Hotel estaba como gallina en corral ajeno. Hablaba el alemán, su propio idioma, como una lengua extraña que hubiera aprendido en libros y periódicos, tal era su afectación y amaneramiento.

—Ha sido usted tan excesivamente amable —dijo—. Yo creía que..., pero usted lo ve todo evidentemente de otro modo, bajo ese prisma, más acostumbrado a todo, mientras que para mí, todo es nuevo y sorprendente..., ¡claro!, y por eso me impaciento... Tendrá que perdonarme...

Otternschlag observó atentamente al contador, y hasta su ojo de cristal bajo el párpado cosido parecía mirar. Vió su flaco cuerpo que bailaba dentro de un trajecillo de lana, de corte ramplón, que empezaba ya a raerse; vió dibujarse bajo aquel bigote conquistador de presidente de un círculo deportivo las líneas tristes y ávidas de sus labios descoloridos; vió su cuello descarnado que se escapaba por el otro de la camisa, ancho y rosado; sus manos vulgares de escribiente, de uñas descuidadas, y las botas negras de becerro y elásticos cuyas puntas se torcían ligeramente hacia adentro, allí debajo de las mesitas, sobre el grueso y mullido tapiz, y por último vió también los ojos de Kringelein, unos ojos humanos, azules, detrás de unos lentes de contador y en los cuales se leía una inmensa plegaria: la espera, el deslumbramiento, la curiosidad..., la sed de vida del que siente cercana la muerte.

Bien porque nuestro contador transmitiera algún calor al frío pasmarote de Otternschlag, o bien, simplemente, porque se aburriera, el caso es que le dijo:

—Sí, desde luego, usted tiene razón al decir que para mí todo ha pasado y que estoy cansado y harto de todo. Así es realmente. Pero, ¿cree usted buenamente que va a encontrar novedades? Siente usted apetitos, ¿verdad? Quiero decir en lo moral. Pero, vamos a ver, ¿qué es lo que se imagina? El paraíso corriente de los hombres: champaña, mujeres, carreras, el juego, la bebida... ¡vaya, vaya! Y la primera noche cae usted en una de esas casas y en seguida tropieza con una aventura, ¿no es eso? —preguntó Otternschlag impasible.

—Sí, muy rápidamente. Una señora estaba empeñada en bailar conmigo; una señora joven y muy bella. Acaso no fuera completamente..., quiero decir una de esas "flores de la gran ciudad". Pero, en cambio, era muy elegante y, sobre todo, muy bien educada.

—Conque bien educada también, ¿eh? ¡Vaya, vaya! ¿Y de la aventura, qué? —murmuró Otternschlag.

—Pues nada, que como no sé bailar..., cosa que debería saber, porque, por lo visto, es muy importante... —dijo Kringelein, al que su cocktail le hacía febrilmente atrevido y triste a la vez.

—Sí, es muy importante, mucho, no lo sabe usted bien —repuso el doctor Otternschlag con una entonación extraordinariamente animada—. Hay que saber bailar y practicar ese estrecho contacto mientras se gira vertiginosamente a compás con la pareja. ¿No es eso? Nunca se debe decir que no a una señora que quiere bailar. Por lo tanto, es necesario aprenderlo. ¡Oh, qué razón tiene usted, señor Kringelein! Apréndalo tan pronto como pueda para que nunca tenga que decir no a una señora, señor Kringelein..., porque aquel que vive fuera de la vida pasional es un hombre muerto... ¡Mozo, cóbrese!

Después de esta inesperada conclusión, Kringelein pagó también y se levantó desconcertado. Detrás de las espaldas esqueléticas del doctor Otternschlag, ajustada por un estrecho smoking, salió del bar y, dirigiéndose hacia el portero, tomó posesión de su llave.

—¿Hay cartas para mí? —preguntó al portero de noche; parecía haberse olvidado repentinamente de Kringelein.

—No —dijo el portero sin comprobarlo siquiera.

Una dama pasó a su lado; un tenue perfume agridulce se desprendió de su escotado abrigo de seda, con bordados de oro. Kringelein miró descaradamente a la señora, con admiración rayana en impertinencia. Tenía los cabellos negros y lisos, sujetos por una diadema; los párpados alargados eran de un azul oscuro y unas grandes sombras muy oscuras también se dibujaban bajo los ojos. Las sienes, las mejillas y la barbilla eran de un blanco marfileño, veteado por el azul de las venas; la boca carminosa, casi púrpura, era de un dibujo exageradamente arqueado, reforzado por dos curvas que subían rodeándose hacia las alas de la nariz. Llevaba el pelo partido en dos bandas aplanadas que le bajaban muy por debajo de las mejillas, y en el lugar donde esas bandas se unían en la piel veíase extendida una sombra de un ligero color de ocre puesto allí con un arte exquisito. La dama parecía muy alta, aunque su estatura no pasaba de ser mediana, debiéndose esta impresión —hasta el mismo Kringelein se daba cuenta de ello— a las proporciones armonio-

sas de su cuerpo y a la ligereza de su marcha. La acompañaba un vejete que llevaba en la mano un sombrero de copa y que tenía toda la apariencia de un músico.

—¿Podrías estar mañana en el teatro a las ocho y media, querido? —preguntó la dama al tiempo de pasar junto a Kringelein—. Quisiera trabajar media horita antes del ensayo.

Kringelein, que en su vida había visto nunca nada tan artístico como esta señora, sintió una profunda admiración y, tirando de la manga a Otternschlag, le dijo a media voz:

—¿Quién es esa mujer?

—Pero, hombre, ¿no la conoce usted? Es la Grusinskaia —dijo Otternschlag impaciente, dirigiéndose hacia el ascensor.

Kringelein quedóse plantado en medio del *hall*. "¡La Grusinskaia, cuerpo de Dios, la Grusinskaia!" —pensó, porque la fama de esta artista era tan grande que hasta había llegado a Fredersdorf—. ¿De modo que existe realmente? Y la he visto como es, y no solamente los periódicos hablan de ella, sino que acabo de verla con mis ojos. Se codea uno con ella, se la roza al pasar, todo el *hall* conserva su perfume cuando lo atraviesa. Tengo que escribírselo a Kampmann". Inmediatamente se puso en movimiento para volver a ver a la bailarina y contemplarla con atención. En ese momento, una pequeña ceremonia de cortesía tenía lugar delante del ascensor. Un hombre sumamente apuesto y bien parecido, un buen mozo lleno de elegancia y distinción, se quedó deliberadamente dos pasos atrás para dejar libre la puerta del ascensor, colocándose detrás de la Grusinskaia con un ademán desenvuelto y respetuoso a la vez.

Otternschlag, que estaba solo y plantado del otro lado, hizo un gesto muy raro exclamando para sí: "Sir Walter Releigh". Kringelein, por el contrario, estaba tan lanzado, que, pasando delante de Otternschlag, precipitóse el ascensor detrás de las anchas espaldas de aquel joven tan bien educado. De tal suerte, que su bienhechor se quedó solo atrás, porque no podían subir en el ascensor más de cuatro personas a la vez; ya iban bastante estrechos unos contra otros en aquella pequeña cárcel de cristales y maderas. El apuesto joven habíase metido materialmente en un rincón.

—¡Ah!, ¿conque usted también en Berlín, barón? —le preguntó Witte, el viejo director de orquesta.

Y el barón Gaigern respondió:

—Efectivamente, aquí estoy también.

Kringelein escuchaba respetuosamente este diálogo entre gentes distinguidas. El manco giró la manivela y el ascensor se detuvo en el primer piso. Sobre el tapiz rojo se encaminaron hacia sus habitaciones. Abría la marcha la Grusinskaia y luego seguía Witte, el barón y por último Otto Kringelein. Abriéronse las puertas de los cuartos 68, 69 y 70. Eran las dos de la mañana y un viejo reloj de péndulo colgado en un recodo del corredor daba la hora sin apresurarse. La música del pabellón amarillo llegaba muy vagamente, pero se oía tocar la marcha final.

La Grusinskaia se paró un momento entre las dos puertas de su habitación.

—Buenas noches, querido —dijo a Witte en alemán, en cuya lengua le hablaba cuando estaba de buen humor—, y muchas gracias por esta noche. La cosa ha ido bien y no puedo quejarme. Ocho llamadas... ¿No han sido ocho? Y a propósito, ¿quién es ese joven? Me parece que lo hemos visto ya en alguna parte. ¿No habrá sido en Niza?

—Sí, sí, precisamente, Lissa; en Niza es donde lo hemos visto. Un día se me presentó y luego hemos jugado algunas veces al bridge; parece sentir una admiración profunda por Elisabeta.

—¡Ay, ya! —dijo simplemente la Grusinskaia sacando de debajo de su abrigo una mano y acariciando la manga de Witte, con el pensamiento en otra parte—. Estamos listos; buenas noches, querido. Pero oye, ese barón es el hombre más hermoso que yo vi en mi vida... —agregó en ruso. No hubiera hablado más fríamente de un objeto expuesto en un escaparate para ser vendido en pública subasta...

Kringelein, que se había demorado delante de su puerta, haciéndose el remolón, escuchaba ávidamente y como sediento de aprender esos acentos de una lengua extranjera. Tenía la sensación confusa de que el mundo era más grande y más excitante y, sobre todo, muy distinto de lo que él se figuraba en su pueblo.

Después, se cerraron las puertas. Corriéronse los pestillos detrás de cada doble puerta y cada individuo se quedó solo en su cuarto en compañía de sus secretos.

Ni el más pequeño resplandor de vida mundana brilla entre ocho y diez de la mañana en los salones del "Grand Hotel". Ni una luz que arda, ni una música que suene, ni una mujer que se haga visible..., a menos que se trate de una criada de delantal azul que barre el *hall* con aserrín mojado; pero, en todo caso, Rhona no la tiene por tal. Ya está de nuevo en su puesto este famoso conde Rhona, tranquilo, asiduo, recién afeitado y asomándole discretamente por el bolsillo de la americana una puntita del pañuelo de seda. Le parece ser más bien de un hotel de segundo orden eso de ponerse a hacer la limpieza en presencia de los clientes; eso no debe hacerse. Por lo demás, los clientes no se preocupan de ello, porque todos los que se encuentran por la mañana en el "Grand Hotel" son señores serios, trabajadores, gentes activas, de negocios. Allí sentados en el *hall* hacen sus círculos y, hablando todas las lenguas del mundo, venden papeles, algodón, aceite de máquina al por mayor, patentes de invención, películas cinematográficas y terrenos; venden planos, ideas, su energía, su cerebro y su vida. Desayunan copiosamente y la sala de desayunos se puebla con el humo de los cigarrillos. Las mesas están llenas de periódicos, todas las cabinas telefónicas se ven ocupadas y asediadas. El portero Senf no espera recibir noticias de la clínica antes de la una de la tarde. En el corredor del quinto piso, inmediatamente después del lavadero, se pasa revista a los mozos antes de empezar su servicio.

Tomando como modelo al director general Preysing, de la Algodonera de Sajonia, S. A., y considerándole como el tipo medio de los hombres de negocios, podemos ver inmediatamente lo que todos los individuos de su categoría hacen, poco más o menos, en el "Grand Hotel", entre las ocho y diez de la mañana.

Este director general Preysing —un mocetón muy pesado y corpulento en demasía— había llegado al hotel a una hora intempestiva: a las seis y veinte de la mañana, porque en aquel malaventurado Fredersdorf solamente se paraban los trenes cortos. Preysing llegó, pues, al hotel molido y derrengado por el viaje, y allí supo con gran disgusto interior que el cuarto que le reservaban era uno de los más caros: piso primero con salón y baño, número 71, setenta y cinco marcos. Preysing era un hombre económico y por eso no llevaba su coche a Berlín, para ahorrarse el hospedaje del chofer. Pero como de todos modos le cobraban tan caras esas habitaciones, el baño comprendido, empezó por sentarse en la bañera largo rato con cierta satisfacción —semejante a la de otro viajero del hotel que venía también desde Fredersdorf, el señor Kringelein—. Luego se tumbó un rato en la cama, pero sin poder deshacerse de la impresión de insomnio y frío de toda una noche pasada en el tren. Volvió, pues, a levantarse, abrió su equipaje con una exagerada me-

ticulosidad y empezó a colgar las prendas de las perchas portátiles que traía en su equipaje. El calzado, cada montón de ropa blanca, cada prenda, cada objeto, lo colocaba en una bolsa de tela, limpia, con sus iniciales, "K. P.", bordadas en cadeneta de algodón rojo.

Al mismo tiempo que se hacía el nudo de la corbata, profundamente abstraído de todo, Preysing miraba a la calle, ahogada todavía en la niebla de la mañana. Era muy temprano, y la luz poco clara; las barredoras mecánicas cepillaban atravesando la niebla matinal. Preysing miraba a la calle, pero no distinguía nada. El día se preparaba muy duro para él y tenía que recogerse en sus pensamientos y hacerse el ánimo a la idea de que tendría que trabajar mucho. Llamó al criado y le dió el calzado para que lo limpiase. La habitación estaba ya llena y saturada de un olor inconfundible e indefinible de los rápidos viajes de negocios: olor a cuero de las maletas, a odol, a agua de Colonia, trementina, humo de cigarrillos. Con los gestos meticulosos, lentos, y precisos que le caracterizaban, Preysing tomó su cartera y contó el dinero. En el departamento interior había un grueso fajo de billetes de mil marcos, por si acaso, porque en el mismo curso de la discusión el dinero contante y sonante podía tener su utilidad. Preysing, mojándose los dedos, empezó a contar su dinero con el gesto de un hombre salido de la nada y que había hecho una fortuna. Después guardóse la cartera, y por exceso de precaución cerró con un imperdible el bolsillo interior de su chaqueta de lanilla gris. Calzado con sus zapatillas de viaje de cuero rojo, paseábase por la habitación preparando mentalmente la conversación que iba a sostener con los delegados de los géneros de punto de Chemnitz. Buscó un cenicero y, como no lo encontrara, se disgustó de tener que echar la ceniza de su cigarro en el tintero, que era otra águila de bronce igual a la que había encantado al señor Kringelein, en el número 70. Durante algunos momentos el director general tocó el tambor con los dedos sobre las alas desplegadas del águila; luego el criado le trajo los zapatos limpios, de manera que Preysing pudo salir de la habitación a las ocho menos diez, dirigiéndose en seguida a la peluquería. Aun cuando estaba preocupado, su aspecto al ponerse a desayunar no podía ser más tranquilo y alegre, con la cara recién afeitada que reflejaba salud y buen humor. A las ocho y media, como estaba convenido, llegó Rothenburger.

—Buenos días, Rothenburger —dijo Preysing tendiéndole los dos dedos con que sujetaba su cigarrillo.

—Buenos días, Preysing —le contestó Rothenburger echándose el sombrero hacia atrás mientras se sentaba y desplegaba sobre la mesa su gran cartera de hombre de negocios—. ¿Usted también ha vuelto por aquí?

—Sí, sí —dijo Preysing—, y ¡cuánto me alegro de verle! ¿Qué va usted a tomar? ¿Té, coñac, huevos con jamón?

—Tomaré una copa de coñac. ¿Cómo están en su casa? La señora y las niñas, ¿están todos bien?

—Bien, gracias; claro está que le hemos agradecido mucho su felicitación por nuestras bodas de plata...

—Ya lo creo, no faltaba más. ¿Y cuál ha sido la actitud de la Sociedad en estas circunstancias?

—¡Dios mío! ¿Qué tiene que ver en este caso? He aportado el viejo coche a mis negocios y en su puesto he recibido otro nuevo.

—Sí, sí, "el Estado soy yo", "la Sociedad soy yo", puede decir un Preysing. ¿Y cómo está su señor padre político?

—Está bien, muchas gracias: todavía se fuma sus buenos cigarros habanos.

—¡Dios mío! ¡El tiempo que hace que le



LA GRUSINSKAIA, CON DE GAIGERN, EN UNA PATETICA ESCENA DE GRAND HOTEL.

conozco! Cuando pienso que empezó a trabajar con seis telares Jacquard en un local de mala muerte..., y ahora... Es fantástico.

—Sí, el negocio ha tomado muchos vuelos —dijo Preysing acentuando estas palabras.

Una vez que todas estas fórmulas de cortesía y amabilidades fueron liquidadas, los dos señores se recogieron un momento para entrar en el asunto que les interesaba.

—Ayer hubo mucha agitación en la Bolsa, ¿verdad? —preguntó Preysing.

—¿Dice usted agitación? Pues se queda corto. Aquello era un verdadero manicomio, porque después de las alzas de las acciones Begas, la gente está como borracha y todos creen poder hacer grandes especulaciones sin estar cubiertos. Pero ayer fué la bancarrota; no le digo a usted más que bajaron un treinta, un cuarenta por ciento. Hay muchas víctimas que lo ignoran todavía. Todos los que se han inmovilizado con este papel... ¿Tiene usted Begas...?

—Las tuve, pero me retiré a tiempo —dijo Preysing mintiendo descaradamente, porque la mentira es muy corriente en los negocios; y Rothenburger lo sabía perfectamente.

—¡Bah! No le importe a usted; pronto volverán a subir —dijo en tono consolador..., y exactamente como si el no de Preysing hubiera sido un sí—. Por lo demás, ¿de qué podrá uno ya fiarse si quiebra una Banca como la de Kuesel y Düsseldorf? Una casa tan fuerte. Su Sajonia se halla también entre los acreedores, ¿no es cierto?

—¿Nosotros? De ninguna manera. ¿Quién se lo ha dicho a usted?

—¡Ah!, ¿no? Pues yo creí que sí; se oyen tantas cosas. Pero si usted no pierde nada con la quiebra Kuesel, no me explico entonces por qué las Algodoneras Sajonia han bajado tanto.

—Precisamente es lo que yo también estoy pensando y lo ignoro igualmente. El veintiocho por ciento no es un grano de anís. Otros valores de la misma firma se han mantenido firmes y eso que son peores que los nuestros.

—Sí, los géneros de punto de Chemnitz se han mantenido —contestó Rothenburger sin ambages.

Preysing lo miró; unos anillos de humo azulados flotaban en el aire entre los rostros de estos dos hombres de negocios.

—En fin, mejor sería que hablara usted en alemán —dijo Preysing al cabo de un momento.

—Es usted el que debe hacerlo, Preysing, porque yo no tengo secretos. Usted me dió la orden de comprar Algodoneras Sajonia y yo las compré en las mejores condiciones. Bien. Luego hicimos subir el cambio, muy convenientemente, por cierto, al ciento ochenta y cuatro; la cosa no podía ser mejor, pero circuló el rumor de que había usted celebrado un importante contrato con Inglaterra y subió la cotización; corrió luego otro rumor de que iba usted a fusionarse con los productos de punto de Chemnitz y subieron igualmente las acciones. Pero de pronto Chemnitz lanza al mercado todas las acciones Sajonia y, naturalmente, bajan mucho más de lo que era de esperar lógicamente. La Bolsa carece siempre de lógica, y es como una mujer histérica, puedo asegurárselo a usted, Preysing, porque hace cuarenta años que estoy casado con ella. Usted ha perdido dinero en la quiebra de Kuesel. El contrato con Inglaterra se lo ha llevado la trampa; la cosa tiene arreglo, pero, de todos modos, una pérdida del veintiocho por ciento en un solo día es demasiado y tiene alguna gravedad.

—Ciertamente. ¿Pero qué significa todo eso? —preguntó Preysing, y de su cigarro puro cayó un gran cono de ceniza en el café, que se había enfriado.

—Pues eso significa que los géneros de punto de Chemnitz flaquean cada vez más, y usted lo sabe tan bien como yo. Ahora llega aquí aprisa y corriendo para ver lo que se puede salvar de ellos. Pero ¿qué quiere que yo le aconseje en este caso? Usted no puede obligar al público de Chemnitz a que lo quieran. Si Chemnitz lanza al mercado todos los títulos que posee de la empresa de usted, es como si dijera: "No los queremos, porque la Algodonera Sajonia ya no nos interesa". Sólo queda ahora ver qué es lo que se puede salvar de esta enojosa situación. ¿Quiere usted seguir comprando sus propias acciones? Porque ahora puede usted adquirirlas a un precio ventajoso.

Preysing no contestó en seguida, sino que se tomó algún tiempo para reflexionar, lo cual suponía para él un gran esfuerzo. Era una buena persona, este director general, correcto, íntegro, de moral limpia. Pero no era ningún genio desde el punto de vista de los negocios, porque carecía de fantasía, de talento persuasivo, de médula. Cada vez que por su cargo tenía que adoptar resoluciones definitivas perdía pie como en una pista de patinar, y cuando decía algo contrario a la verdad le faltaba fuerza de persuasión. En cuestión de negocios, sólo lograba, pues, mentiras de poca monta y sin ningún alcance. La cosa más pequeña le hacía tartamudear y pequeñas gotas de sudor corrían bajo su bigote sobre el labio superior.

—En definitiva, si los de Chemnitz no quieren la fusión, que ellos se la compongan; al fin y al cabo nos necesitan más que nosotros a ellos. Si no hubieran adquirido ese nuevo procedimiento de tinte, la cosa no nos interesaría lo más mínimo —dijo por fin, creyendo haber encontrado una respuesta bastante hábil.

Rothenburger levantó sus diez dedazos en el aire y los dejó caer sobre la mesita del desayuno, junto al cacharro de cristal de la miel.

Preysing siguió todavía algún tiempo en la sala de los desayunos. Tenía un humor de perros, le zumbaban los oídos, y una sensación opresiva le molestaba. Durante el último año había sufrido algunos reveses y esta historia de ahora amenazaba también con ponerse fea. No era cosa sencilla detener a Chemnitz, que quería renunciar a la fusión, y allá abajo, en su casa, estaba el viejo sentado en su sillón de ruedas, y, en su inconsciencia senil, experimentaba una alegría maligna cada vez que su yerno fracasaba. Las negociaciones con los ferrocarriles del Estado, referentes al expreso, no habían dado resultado alguno. En las mismas narices de su competidora la Sajonia, la Sociedad de los géneros de punto de Chemnitz había adquirido el nuevo procedimiento de tinte, gracias al cual se podían dar los productos más baratos y con tonos de color que solamente las clases caras habían tolerado hasta entonces. Hacía ya meses que su gran contrato con Inglaterra venía desenvolviéndose con interminables discusiones; ya por dos veces Preysing había ido a Mánchester, y a su regreso parecía que las negociaciones volvían a marchar peor. En suma, que había que considerarlas casi como rotas.

—¡Puah! —dijo Preysing, que distraídamente se había bebido un sorbo de su café frío, mezclado con la ceniza del cigarro.

Se levantó; le dolía la espalda por su largo viaje en el tren carreta; bostezaba convulsivamente y sus ojos se ponían tiernos y mojados. Melancólicamente y necesitado de algún consuelo, dirigióse hacia los teléfonos, pidiendo comunicación urgente con el número 48, Fredersdorf.

El 48 de Fredersdorf no era el teléfono de la fábrica, sino de la villa de Preysing. No tardó en conectarse la comunicación y entonces, apoyando cómodamente sus codos sobre la tabla del pupitre, sintió alguna tranquilidad al hablar con su mujer.

—Buenos días, Mulle —dijo—. ¿Duermes todavía, Mulle? ¿Estás acostada?

—¡Qué cosas tienes! —respondió en el teléfono una voz lejana, pero entera y blanda; una voz que el director general quería con gran fidelidad—. ¿No sabes que son las nueve y media? Ya he desayunado y regado mis flores. ¿Y tú, qué haces?

—*All right!* —contestó Preysing quizá demasiado alegremente—. Voy a celebrar una entrevista con Zinnowitz, ahora, en seguida. ¿Tenéis sol ahí?

—Sí —contestó en el teléfono la voz con un ligero acento sajón, familiar y evocador de la tierra natal—, hace un tiempo hermoso. Todos los azafranes azules se han abierto durante la noche.

A través del teléfono, Preysing los veía, así como la habitación, con sus muebles de junco, el gorro de la cafetera, de tejido de punto, la mesa puesta con las pequeñas cubiertas que tapaban las hueveras. Veía también a Mulle en peinador azul y zapatillas con la regadera en la mano para regar sus plantas.

—¿Sabes que no estoy aquí a gusto, Mulle? Me faltas tú. Hubieras debido acompañarme.

—¿De veras? —contestó la voz en el teléfono, halagada, sonriendo también en correspondencia con la amable sonrisa de Preysing.

—Sí, estoy tan acostumbrado contigo... Pero, oye, antes de que se me olvide; me he dejado olvidada la navaja de afeitar y tengo que ponerme todos los días en manos del barbero.

—Ya lo he visto, sí —contestó Mulle en el teléfono—. La dejaste en el cuarto de baño. Cómprate otra. Las encontrarás muy baratas en los bazares; te saldrá más económico que si te afeitan, y te será más agradable hacerlo tú mismo.

—Sí, tienes razón —dijo Preysing, agradecido—. ¿Dónde están los chicos? Diles que quiero saludarlos.

El teléfono gruñó algunas palabras incomprensibles hacia el fondo de la habitación y luego oyóse claramente una voz que decía:

—Buenos días, papá.

—Buenos días, Pepsine —exclamó Preysing alegremente—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Bien. ¿Está ahí Babe también?

Sí. Babe estaba allí también y con su juvenil voz de diecisiete primaveras preguntó a su padre cómo estaba, si el tiempo era hermoso y si papaíto les traería algo de Berlín. Los azafranes se habían abierto y Mulle no le dejaba jugar tenis, y eso que hacía bastante calor. Luego Mulle acercóse al aparato a decir algunas palabras; después se unió Pepsine y por último el teléfono gritó y cantó con aquellas tres voces a un tiempo, hasta que la señorita de la Central tomó cartas en el asunto y Preysing tuvo que cortar el diálogo familiar. Un momento todavía siguió en el locutorio sintiendo como... —no hubiera podido expresarlo— el anhelo de tener entre sus manos algo de aquel sol y de los azafranes azules en el templado alféizar de una ventana.

Al salir del locutorio sintióse muy consolado. Pretendían algunos que el director general era un monomaniaco del amor familiar y no se engañaban. Hizo pedir una segunda comunicación para negociar con su Banca, la cual fué algo agitado, porque se trataba de obtener una caución de cuarenta mil. Durante estos diez penosos minutos que el director general pasó en la cabina número 4, Kringelein bajaba la escalera disfrutando a cada paso de la alfombra roja, sobre la que había aprendido ya a caminar de una manera distinguida, dirigiéndose a la portería. Ahora también llevaba una flor en el ojal, la misma de la noche anterior, que había dejado metida en un vaso de agua del tocador y que estaba rela-

le parecía a Kringelein el complemento indispensable de su elegancia.

—El caballero por quien preguntaba usted ayer acaba de llegar —dijo el portero.

—¿Qué caballero? —preguntó Kringelein, admirado.

El portero miró el libro de entradas.

—El señor Preysing, de Fredersdorf, director general —dijo mirando a Kringelein y escrutándole su insignificante figurilla de contable.

La respiración de Kringelein fué tan profunda que pareció que suspiraba.

—¡Ah!, sí, es cierto. Está bien, gracias. ¿Y dónde está? —preguntó palideciéndole los labios.

—Debe estar en la sala de desayunos.

Kringelein alejóse de la portería muy angustiado, las piernas casi arqueadas; iba preparando mentalmente sus saludos al director: "Buenos días, señor Preysing, ¿cómo encuentra usted el desayuno? Sí, ya ve, yo también estoy en el "Grand Hotel". ¿Tiene usted algún inconveniente en ello o cree usted que nos está prohibido a nosotros? ¡Oh, no, señor; también nosotros podemos vivir como nos dé la gana!" Todo esto lo pensaba, pero no lo decía.

"¡Bah! —pensó luego—. ¡Qué tonto soy en preocuparme! ¿Me va a comer acaso? No puede hacerme nada." Y volvió a sentir otra vez la misma indefinible sensación de libertad que en el bosque de Mikenau junto a las frambuesas. Con grandes ánimos y preparado a todo, entró en el comedor con la desenvoltura y familiaridad que iba adquiriendo ya para circular por estos elegantes locales. Buscó a Preysing. Era absolutamente necesario hablarle; tenía que arreglar una cuenta con él, ya que solamente por esto había venido él al "Grand Hotel". Kringelein tuvo que recorrer los pasillos, asomar la cabeza al salón de correspondencia y al salón de lectura; inspeccionó también el quiosco de periódicos y hasta se atrevió a preguntar al mozo número 14 si no había visto al señor Preysing. En todas partes le decían que no. Entonces Kringelein, completamente acalorado y el ánimo lleno de propósitos fantásticos, llegó al umbral de una habitación que no conocía todavía.

—Dispense usted —dijo al telefonista—. ¿Conoce usted al señor Preysing, de Fredersdorf?

El empleado, que tenía la boca llena de números, no pudo contestar; pero hizo con la cabeza un gesto afirmativo y otro con la mano. Kringelein se puso rojo y luego pálido; porque en ese mismo momento Preysing, pensativo, salía de la cabina número 4.

Y entonces ocurrió lo siguiente: Kringelein encogióse; las vértebras de su cuello se dislocaron, o poco menos; la cabeza le cayó sobre el pecho; sus piernas se extendieron, las puntas de sus pies giraron hacia adentro, el cuello de su americana le subió sobre la nuca, sus rodillas se separaron y su pantalón empezó a flotar alrededor de sus escuálidas piernas. En un segundo, el rico y distinguido señor Kringelein se había transformado en un tenedor de libros, ruin y miserable; un ser subalterno era, y no otra cosa, que parecía haber olvidado completamente que no le quedaban más que algunas semanas de vida y que solamente por eso estaba en una postura muy gallarda, frente al señor Preysing, que tenía que luchar todavía largos años contra las vicisitudes de la vida. Separóse, pues, a un lado el tenedor de libros, arrimándose bien a la puerta de la cabina número 2, y allí murmuró con cara de circunstancias y del mismo modo que hacía en la fábrica:

—Muy buenos días tenga usted, señor director general.

—Buenos días —dijo Preysing pasando sin mirarle siquiera.

Kringelein siguió un minuto clavado allí contra el muro, avergonzado, tragando su amarga saliva; todos sus dolores habían reaparecido bruscamente, torturando y atenaceando su pobre estómago de moribundo.

Entretanto, Preysing seguía su camino hacia el *hall*, donde ya estaba esperándole Zinnowitz, el afamado jurista en materias comerciales.

* * *

Desde las dos se encontraban sentados e inclinados sobre sus papelotes, en un tranquilo rincón del jardín de invierno, relativamente desierto hasta mediodía, el doctor Zinnowitz y el director general Preysing. La cartera de documentos de Preysing estaba completamente vacía y el cenicero lleno de colillas; como siempre que llevaba a cabo difíciles negociaciones comerciales, un ligero sudor mojaba las palmas de sus manos. El doctor Zinnowitz era un hombrecillo de algunos años ya, con cara de mago chino; antes de hablar tosió ligeramente para aclararse la voz, como si fuera a informar ante un Tribunal, y poniendo luego solemnemente una mano sobre el montón de papeles, dijo:

—Resumiendo, mi querido Preysing: nos vamos a presentar a la conferencia de mañana en condiciones muy desfavorables. Nuestras acciones no valen gran cosa, tanto que, desde el punto de vista de la Bolsa... —y diciendo esto golpeaba con el dedo sobre la lista de cotizaciones de la "Gaceta de Berlín de Miry", en la que se indicaba una nueva baja de siete enteros para las acciones Sajonia—. Nuestras acciones no valen gran cosa y yo creo que hemos elegido mal el momento para esa importante reunión. Usted también lo sabe; si los de Chemnitz dicen mañana que no, la sesión está perdida. Las conversaciones no podrán reanudarse luego, y me temo mucho que, en las presentes circunstancias, digan que no. Claro que no lo aseguro; pero es posible y hasta probable.

Preysing lo escuchaba con impaciencia. Estaba nervioso. Le irritaban las frases pedantes



LA FATALIDAD USO DE INSTRUMENTO A PREYSING (WALLACE BEERY) Y MERCED A EL DESAPARECIO DE SU VIDA EL GRAN AMOR DE LA GRUSINSKAIA

y rebuscadas del jurista, porque Zinnowitz tenía la costumbre de hablar como si estuviera siempre en una Asamblea general.

—Entonces, ¿habrá que tocar a retirada? —preguntó Preysing.

—No; es imposible retirarse ahora sin producir la peor impresión —observó Zinnowitz. —Queda todavía por saber si podrá ganarse o perderse algo con una prórroga. Hay probabilidades...

—¿Y qué probabilidades son ésas? —preguntó Preysing, que no podía quitarse la estúpida costumbre de preguntar lo que sabía perfectamente.

—Usted las conoce tan bien como yo —dijo el doctor Zinnowitz, y su respuesta equivalía a un reproche—. Se trata ahora, como siempre, de saber cómo van las conversaciones con los ingleses, y a mi juicio el punto más esencial en este asunto es la firma Burleigh y Son, de Manchester.

—No es que vayan mal, precisamente, las negociaciones con Burleigh... —dijo Preysing con alguna vacilación.

—Pero tampoco precisamente bien, por lo que deduzco —replicó vivamente el abogado.

Preysing hizo ademán de asir su cartera, retiró la mano, la volvió a extender, se quitó el cigarro de la boca, cuyo extremo estaba mordisqueado, y ya, a la tercera tentativa, tomó una carpeta azul donde estaban clasificadas las cartas y las copias.

—Esta es la correspondencia mantenida con Manchester —dijo rápidamente tendiéndole el cartapacio a Zinnowitz; pero arrepintiéndose en seguida, sus manos volvieron a mojarse en un sudor frío.

Luego, con un tono familiar y de súplica, agregó:

—Por supuesto que le enseño a usted todo esto a título rigurosamente confidencial.

Por toda respuesta, Zinnowitz le echó una mirada por encima de los papeles y Preysing guardó también silencio. Desde el comedor grande, donde estaban arreglando las mesas, llegaba ya algún ruido mezclado con el olor a carne asada. Preysing empezaba a sentir hambre, e instintivamente se acordó de Mulle, allá en su hogar, y de los niños, que estarían ya sentados a la mesa.

—Claro que sí... —dijo el doctor Zinnowitz dejando las cartas sobre la mesa y mirando a Preysing entre pensativo y distraído.

Después de algunos minutos de silencio, Zinnowitz prosiguió su peroración:

—Volvamos al punto de partida. Por el momento continúan las negociaciones con Burleigh y Son, y por lo tanto tenemos todavía en nuestro poder esa carta de triunfo para ejercer presión sobre Chemnitz. Pero puede ocurrir que, si aplazamos la conferencia y Burleigh abandona el negocio, lo cual es muy de presumir en vista de su última carta del 27 de febrero, se nos escape ese triunfo y entonces habremos perdido terreno. Hoy por hoy estamos sentados "entre" dos sillas, en la-

gar de estarlo "sobre" ellas.

De pronto, la frente de Preysing cubrióse de carmín, una oleada de sangre corrió por su piel, ligeramente arrugada, y sus venas se hincharon. Algunas veces se sentía acometido por esos accesos de ira.

—Toda esta conversación es música celestial; lo que necesitamos obtener es la fusión —dijo casi gritando, y pegó un gran puñetazo sobre la mesa.

El doctor Zinnowitz tardó algunos momentos en contestar.

—Pero es que, aunque la fusión no llegara a hacerse, no creo yo que por eso quebrará la Sociedad Sajonia —dijo.

—No, seguramente que no; no se trata de quiebra —dijo Preysing—. Pero entonces tendríamos que reducir nuestra explotación y despedir los obreros de la fábrica; tendríamos...; pero, ¡bah! ¿para qué hablar más de ello? Es preciso que logre el triunfo y lo lograré, y esto también por razones de orden interno. Hay que establecer autoridad en el mecanismo interno, ¿me comprende usted? Porque, al fin y al cabo, toda la creación de la fábrica es obra mía, organizada por mí y entonces querrían retirarme el beneficio moral. El dueño está muy viejo y mi cuñado no me conviene por ningún concepto; se lo digo a usted francamente; usted conoce a ese joven, y yo no lo quiero. Ha traído de Lyón unas costumbres que no me gustan para mi negocio. No soy partidario del "bluff", no me gustan estos "bluffistas"; yo trato mis operaciones sobre una base sólida, sin hacer castillos en el aire. Por el momento, aquí estoy para dar mi opinión...

Vivamente interesado, el doctor Zinnowitz consideraba al director general, que en el calor de la discusión estaba diciendo más de lo que debiera.

—En estas cosas se le conoce a usted como el modelo de un hombre de negocios correcto —observó cortésmente, pero con un asomo de reproche en su entonación.

Preysing cortó por lo sano y, tomando la carpeta azul, la metió en la cartera con mano agitada.

—Estamos, pues, de acuerdo —dijo Zinnowitz—. La conferencia tendrá lugar mañana, y como veamos la menor posibilidad, apresuraremos la firma del contrato preliminar. Ahora, que si yo pudiera saber... Oiga usted —dijo después de haber reflexionado en silencio durante un minuto—. Si pudiera usted confiarme algunas de esas cartas. Las más prometedoras, ¿comprende usted?, las que se recibieron al principio de las negociaciones. Yo veré esta misma tarde a Schweimann y Gerstenkorn. Lo que no puede perjudicar si se... Claro que yo no enseñaré todas las cartas, sino solamente algunas...

—Imposible —dijo Preysing—. Nos hemos comprometido con la firma Burleigh y Son a guardar la más absoluta discreción.

Zinnowitz se contentó con sonreír.

—Esta es la eterna canción —observó—. Pero, en fin, haga como le parezca, puesto que es usted quien tiene la responsabilidad. Si pudiéramos consolidar hábilmente las conversaciones con Manchester, podríamos esperarlo todo; pues es la única manera de conducir a buen fin este negocio mal dirigido, y habría que deslizar algunas cartas entre las manos de Schweimann, así como por casualidad; claro que eligiéndolas, algunas copias; pero, en fin, haga como le parezca, ya que usted es el responsable.

—No, no me gusta, es incorrecto. Las negociaciones con Chemnitz han empezado mucho antes de las conversaciones con Burleigh, y entre Gerstenkorn y nosotros no se ha hablado nunca una palabra; pero de pronto todo empieza a girar sobre este punto. Si los de Chemnitz no quieren aceptarnos más que como un accesorio del negocio inglés..., cosa que me temo mucho... ¿Y por qué hemos de mostrar nuestra correspondencia, después de todo? No, eso no lo haré.

"Tienes los alcances de un pollino", pensó el doctor Zinnowitz cerrando su cartera, cuya cerradura hizo un pequeño ruido.

—Está bien —dijo luego, mordiéndose los labios, y se levantó.

Pero de pronto Preysing cambió de opinión.

—¿Tiene usted alguien que pueda copiar alguna de las cartas? Yo podría, en definitiva, hacerle algunas copias; pero no quiero deshacerme de los originales —dijo rápidamente en alta voz, como si tuviera que cubrir la voz de alguien—. Tiene que ser una persona digna de confianza y muy discreta, porque tendré también que dictar algunas cosas que necesito para la conferencia. Las mecanógrafas del hotel no me sirven; siempre me parece que van a contar al portero todos los secretos del negocio.

—Desgraciadamente, ninguno de mis empleados tiene tiempo —dijo Zinnowitz fríamente y algo sorprendido—. Tenemos pendientes algunos grandes trabajos y hace ya algunas semanas que mi personal tiene que trabajar horas extraordinarias. Pero, ahora que me acuerdo, espere usted..., se le puede enviar a usted a "Llamita"; sí, "Llamita" es la que usted necesita; voy a telefonearle.

—¿A quién? —preguntó Preysing, al cual este diminutivo le había impresionado desagradablemente.

—A "Llamita", "Llama II". La hermana de "Llama I", que ya conoce usted y que hace veinte años me trabaja. "Llama II" también viene algunas veces a ayudarnos cuando el trabajo nos agobia. Me ha acompañado también en algunos viajes, siempre que "Llama I" estaba indispuesta; es una muchacha muy activa e inteligente; yo necesitaría esas copias antes de las cinco. Por lo demás, me conduciré de una manera completamente oficiosa y esta noche voy a cenar con esos señores de Chemnitz. "Llamita" puede llevarme las copias directamente a mi gabinete. Voy a telefonear en seguida a "Llama I", para que me envíe a su hermana.

El doctor Zinnowitz y el director general Preysing, con sus grandes carteras muy viejas debajo del brazo, salieron del jardín de invierno, atravesaron el corredor y pasando delante de la cabina del portero, entraron en el "hall", donde muchos señores parecidos, provistos de carteras semejantes, conversaban sobre temas análogos.

Al atravesar hacia los teléfonos, Preysing oyó que le llamaban. El mozo número 18 venía corriendo por los corredores y con su voz infantil, clara y mal impuesta todavía, gritaba a intervalos regulares:

—Señor director Preysing, de Fredersdorf; señor director Preysing.

—Aquí estoy —gritó éste, y tendiendo la mano recibió un telegrama y dijo: —Con permiso.

Abrió el despacho, y mientras lo leía sintió helársele la raíz del pelo, hasta el punto de que, maquinalmente, se puso su sombrero hongo.

El telegrama decía así:

"Negociaciones con Burleigh y Son, rotas definitivamente —. Brohesemann."

"Esto ya no sirve de nada y es inútil que me mande usted esa señorita, porque ya no me hace falta. No hay que pensar en Manchester", iba diciéndose Preysing a medida que caminaba hacia los teléfonos. Había metido el telegrama en el bolsillo de su abrigo, apretándolo convulsivamente entre los dedos. Esto ya no sirve absolutamente para nada; ya no necesito hacer copias", pensó haciendo el firme propósito de decirlo; pero no lo dijo. Lo que hizo fué toser ligeramente, porque tenía todavía la garganta irritada de su viaje en el tren, la noche anterior.

—Por fin tenemos buen tiempo —dijo.

—Estamos a fines de marzo —respondió Zinnowitz, que no era ya un hombre de negocios, sino otra vez un particular, que iba recreándose en la contemplación de las medias de seda de las mujeres.

—La cabina número 2 va a quedar libre al momento —anunció el telefonista.

Preysing se apoyó junto a la puerta tapizada, y, a través del ventanillo de cristales, dirigió maquinalmente una mirada hacia una ancha espalda que había en el interior del cuarto. Zinnowitz dijo algo que él no comprendió. Una violenta rabia se le subió de pronto a la cabeza contra el imbécil de Brohesemann, que enviaba semejantes telegramas en el crí-

ico momento en que era precisa toda la energía para una negociación tan difícil. Es probable que el viejo estuviera detrás de ese telegrama, aquella estantigua, con su maldad y alegría ofensiva y maligna, de viejo chocho: "Te has embarrancado, ¿eh? Pues sal como puedas del atolladero". El director general tenía los nervios fatigados por su noche de insomnio, mareada la cabeza por las preocupaciones, la conciencia limpia, en medio de cosas poco claras y de turbias complicaciones, y por todo esto sentía ganas de llorar. Trató, pues, de coordinar sus ideas, que se arremolinaban y huían de su cerebro. El doctor Zinnowitz, a su lado, hablaba, con el tono de un conocedor exaltado, de una nueva revista en la que todo era de plata. La puerta de la cabina contra la que se había apoyado en busca de sostén golpeó contra sus espaldas y se abrió luego con fuerza, pero sin violencia, dando paso a un hombre alto, extraordinariamente apuesto y de aspecto amable, que traía puesto un gabán azul. En lugar de protestar, este hombre se disculpó con algunas palabras corteses. Preysing, con la imaginación ausente, le miró cara a cara, haciéndole buena impresión el desconocido; éste también murmuró algunas palabras de excusa. Zinnowitz estaba ya en la cabina telefónica y llamaba a "Llama II", "Llamita", una muchacha muy inteligente, encargada de copiar las cartas que ahora ya no iban a tener ninguna utilidad. Preysing sentía claramente que había que poner fin a esta comedia, pero no lograba encontrar la dosis de energía necesaria.

—Ya está arreglado todo — dijo el doctor Zinnowitz saliendo de la cabina —. "Llamita" llegará a las tres. Aquí en el hotel hay bastantes máquinas de escribir; así podré tener las cartas a las cinco. Todavía antes de comer le hablaré por teléfono antes de la conferencia y ya verá usted cómo logramos al fin dar este golpe de mano. Hasta luego y buen apetito.

—Buen apetito — contestó Preysing dirigiéndose hacia los cristales giratorios y relucientes de la puerta, que empujaban al abogado hacia la calle.

Fuera brillaba el sol, y un hombrecillo mísero y andrajoso vendía violetas; allí, en la calle, nadie se ocupaba de fusiones ni de contratos difíciles. Preysing sacó la mano derecha del bolsillo de su abrigo y con la izquierda se apoderó del telegrama, que había apretado convulsivamente en la otra hasta que el doctor Zinnowitz desapareció en un taxi. Después, dirigiéndose hacia una mesa del "hall", estiró cuidadosamente el papel, lo volvió a doblar y lo metió en el bolsillo interior de su impecable americana gris.

* * *

A las tres y cinco el timbre del teléfono despertó a Preysing de su pequeña siesta. Levantóse de la "chaise-longue". Se había quitado los zapatos, el cuello y la americana, y sentía ya ese abandono y sabor amargo que suelen suceder a los cortos sueños dormidos en la habitación de un hotel. El teléfono seguía sonando con impaciencia. El portero anunció que una señora esperaba en el "hall" al señor director.

—Dígale usted a esa señora que suba — dijo Preysing comenzando a vestirse rápidamente.

Pero en la forma más cortés le pusieron por teléfono dificultades inesperadas. El hotel regíase por principios y reglas muy severas sobre el particular; Rhona, el jefe de recepción, en persona, se lo comunicó así a Preysing, al mismo tiempo que le presentaba sus excusas con la sonrisa dolorida, pero embustera, de un hombre de mundo. No se permitía la visita de las señoras en las habitaciones, y él sentía mucho no poder hacer una excepción a esa regla.

—Pero, ¡qué diantre! Si no es la visita de una señora. Esa señorita es mi secretaria y tengo que trabajar con ella. Usted mismo lo reconocerá en seguida — dijo Preysing impaciente.

La sonrisa del jefe de recepción subió de punto. Le rogaba ya al señor director que hiciera el favor de ir con esa señora a la sala de correspondencia, especialmente reservada para esos casos. Pero Preysing cortó de pronto y colgó con brutalidad el auricular, porque era ésta una contrariedad muy odiosa que venía a alterar sus costumbres. Después lavóse las manos, se enjuagó la boca, luchó con el cuello y la corbata y por fin bajó precipitadamente al "hall". Allí estaba sentada "Llamita", la señorita "Llamita II", la hermana de la señorita "Llama I", y es imposible que hubiera en el mundo dos hermanas más diferentes. Preysing se acordaba remotamente de "Llama I", como de una persona muy tranquila, de cabellos incoloros, con un manguito de lustrina en el brazo derecho y otro de papel en el izquierdo, y que escogía en la antesala del doctor Zinnowitz las visitas indeseables. "Llama II", "Llamita", por el contrario, que no tenía nada de esa rígida pureza, habíase sentado a sus anchas en una mecedora, como si estuviera en su casa, jugueteando con sus zapatos de color marrón, que frotaba uno contra otro; su aspecto era muy alegre y juguetón; tendría unos veinte años.

—El doctor Zinnowitz me envía para las copias y yo soy esa "Llamita" que le ha anunciado a usted — dijo sin cumplidos.

En el centro de la boca habíase plantado un círculo rojo con el mayor descuido y frescura y únicamente por seguir la moda. Al levantarse se vió que era más alta que el director general; tenía las piernas largas y llevaba un cinturón de cuero muy apretado, que le hacía muy delgada la cintura; por lo demás, estaba admirablemente formada de pies a cabeza. Preysing sintióse furioso contra Zinnowitz, que lo ponía en estos estúpidos compromisos. Ya comprendía los escrúpulos del jefe de recepción. La muchacha se había perfumado de una manera escandalosa. Le dieron ganas de mandarla a su casa.

—Espero que nos daremos prisa — dijo "Llamita", con voz grave y algo ronca.

—¿De modo que es usted la hermana de la señorita "Llama"? A ella ya la conozco yo — dijo con una entonación más bien grosera que sorprendida.

"Llama II" adelantó ligeramente el labio inferior, y con un soplo se subió un rizo que le colgaba sobre la frente, bajo un gorrito de fieltro. Ese tenue ricillo dorado levantóse y volvió a caer otra vez lentamente en su sitio. Preysing, que había decidido no mirarlo, no tuvo otro remedio que verlo.

—No somos más que medio hermanas — dijo "Llamita" —, porque yo he nacido de la segunda mujer de mi padre; pero nos llevamos muy bien.

—¡Ah! — dijo Preysing mirándola con ojos turbios.

Ahora tendría que copiar cartas que ya no tenían ningún sentido y que no iban a servir para nada. Hacía ya meses que había construído y combinado esa alianza con Burleigh y Son, y ahora no podía prescindir de ella tan rápidamente; le era materialmente imposible borrar este negocio de entre sus preocupaciones, pasándole una esponja por encima. "Definitivamente rotas. — Brohesemann". Definitivamente. Habría que dictar también una carta para Brohesemann, muy aguda, y otra al viejo también, relativa a sus cuarenta mil. Si mañana Chemnitz se echaba atrás, ese dinero destinado a sostener la cotización sería un dinero tirado por la ventana.

—Adelante, pues. Vamos a la sala de correspondencia — dijo Preysing seriamente preocupado, precediéndola por el corredor.

"Llamita", sumamente regocijada, reíase del mechón de pelos tiesos que tenía en la nuca el director.

A lo lejos oíanse ya las máquinas de escribir, como el ruido atenuado de una ametralladora, y sonaba el timbre a intervalos regulares. Al abrir Preysing la puerta, una nube de humo de tabaco escapó, semejante a una enorme serpiente azul.

En el interior de la sala un señor daba grandes paseos, las manos cruzadas a la espalda, el sombrero en la nuca, dictando en un inglés americanizado. Era el gerente de una Sociedad cinematográfica; echó una rápida ojeada de conocedor a la muchacha y siguió dictando.

—Eso no; de ninguna manera — dijo Preysing cerrando la puerta violentamente —. Quiero el cuarto para mí solo. ¡Las eternas majaderías de este hotel!

Volvieron a salir al corredor; pero ahora él iba detrás de "Llamita". Iba furioso; pero, en medio de su cólera, el balanceo de las caderas de la muchacha le hacía hormiguear ligeramente la sangre. Llegados al "hall", los hombres miraron también a la muchacha, porque, como mujer, era un "bocatto di cardinale"; no era posible dudarlo. A Preysing le molestaba bastante atravesar el "hall" junto a una criatura tan vistosa y llamativa; dejóla, pues, allí plantada y fué a tratar con Rhona si no podría él disponer exclusivamente del cuarto de las máquinas de escribir. "Llamita", insensible por completo a las miradas masculinas que la asaeteaban — ¡Dios sabe si estaba acostumbrada a ellas! —, principió a empolvarse la nariz aunque sin gran cuidado, y luego, allí en medio del "hall", con un gesto de descoco, sacó una cigarrera del bolsillo de su abrigo y encendió un cigarrillo. Preysing acercóse a ella como a una mata de ortigas.

—Tenemos que esperar diez minutos más aun — le dijo.

—Bueno — dijo "Llamita" —; pero después habrá que despachar pronto, porque a las cinco tengo que estar en casa de Zinnowitz.

—¿Tan puntual es usted? — preguntó Preysing sin ninguna amabilidad.

—Naturalmente — respondió "Llamita" con una sonrisa llena de astucia que le acortó la nariz como a un niño, e hizo rodar sus ojos castaños, claros hacia el ángulo de sus párpados.

—Entonces, siéntese, y mientras espera hágase servir lo que desee... Camarero — dijo rudamente —, sírvale algo a la señorita — y desapareció.

—Un melocotón melba — pidió "Llamita" levantando alegremente la cabeza.

De nuevo trató de sacarse de un soplo los mechones rebeldes, pero sin conseguirlo. Construida con la nobleza de un "pura sangre", era también por naturaleza torpe como un perrillo.

El barón Gaigern, que llevaba algún tiempo zanganeando por el "hall", la miraba de lejos con una admiración mal disimulada. Después de un momento acercóse a ella y, saludándola, le dijo a media voz:

—¿Me permite usted, señorita, que me siente a su lado? ¿Pero es posible que no me reconozca usted? Y eso que hemos bailado juntos en Baden-Baden.

—¡Vamos, hombre! Cállese. Si yo no estuve nunca en Baden-Baden — dijo "Llamita" mirándole de pies a cabeza.

—¡Ah, señorita! Pues entonces perdóneme; ahora veo que me he equivocado, me he confundido — dijo el barón con sinceridad aparente que hizo reír a la muchacha.

—A mí no se me engaña con esas pamplinas tan viejas — dijo ella francamente, y Gaigern echóse a reír también.

—Bueno; pero ahora va en serio. ¿Quiere usted que me siente a su lado? ¿Sí? Tiene usted mucha razón; no se puede confundir con ninguna otra joven; no es posible que ninguna mujer se le parezca. ¿Está usted alojada aquí? ¿Viene a bailar al té de las cinco? Le ruego que me lo diga, porque quisiera bailar con usted. ¿Bailaremos?

El barón puso las manos sobre la mesa donde ya estaban las de "Llamita", y así no quedó entre ellas más que un estrechísimo espacio de aire, que no tardó en empezar a vibrar. Miráronse estos dos seres jóvenes y encantadores y se comprendieron en seguida.

—¡Dios mío! Va usted a un tren que... — dijo "Llamita", encantada.

Y Gaigern, encantado también, le respondió:

—Me lo permite usted, ¿verdad? ¿Vendrá al té de las cinco?

—No puedo, tengo que hacer. Pero por las tardes estoy libre.

—¡Oh, por las tardes soy yo el qué no puedo! Entonces, mañana, ¿no?, o pasado mañana a las cinco. Aquí, en el pabellón amarillo, ¿quiere usted?

"Llamita" rebañaba concienzudamente su helado con la cucharilla, guardando un silencio obstinado, porque, después de todo, ¿qué iba a decirse, si se hacían allí las amistades con la misma facilidad que se enciende un cigarrillo?... Se le daban luego unas cuantas pitadas, aplastábase el fuego de la colilla con el pie, y a otra cosa.

—¿Y cómo se llama usted? — dijo Gaigern, rompiendo el silencio.

—"Llamita" — contestó ella vivamente.

En este mismo instante Preysing acercóse a la mesa con aire de dueño. Gaigern levantóse en seguida y, saludando correctamente, se retiró con discreción a un lado.

—Ya podemos empezar — dijo Preysing, contrariado.

"Llamita" tendió a Gaigern su mano enguantada; Preysing presenciaba la escena con manifiestas pruebas de mal humor. Reconocía al joven del locutorio telefónico y volvía a ver ahora ese rostro con perfecta claridad, con el dibujo de todos sus poros y de sus rasgos más finos.

—¿Quién es ése? — preguntó volviéndose hacia "Llamita" mientras caminaba a su lado.

—Es un amigo mío.

—¡Vaya, vaya! Por lo visto, usted tiene muchos amigos.

—Así, así; hay que hacerse desear un poco, y además, no siempre tengo tiempo.

Por razones mal definidas, esta respuesta le satisfizo.

—¿Tiene usted alguna colocación estable? — preguntó.

—Por ahora no; pero la estoy buscando y espero encontrar algo. Siempre se me ha presentado alguna cosa — dijo "Llamita" filosóficamente —. Lo que sí me gustaría sería filmar películas; pero es tan difícil conseguirlo. Si por lo menos pudiera meter la cabeza, ya me encargaría yo de desenvolverme; ahora, que, como le digo, es muy difícil que le den a una un papel.

Luego, con una expresión preocupada y graciosa, miró a Preysing en los ojos. En este momento parecía un gatito, y toda la gracia felina parecía concentrarse en su rostro y pasar por sus rasgos. Preysing, que estaba muy lejos de observarlo, abrió la puerta del cuarto de las máquinas de escribir, al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Y por qué ha de ser precisamente el "cine"? Todas las muchachas tenéis la misma manía — y en este "todas" incluía a su hija Babe, que a los quince años soñaba ya con el "cine".

—¡Qué sé yo! Es una idea mía; pero no me hago ilusiones, por más que todos me dicen que soy fotogénica — dijo "Llamita" sacándose el abrigo —. ¿Va a ser taquigrafía o directamente a la máquina?

—Sí, a la máquina, haga el favor — dijo Preysing.

El director ya estaba algo más despierto y de mejor humor, pues había conseguido alejar de su imaginación el fracaso de Manchester, y cuando sacó de su cartera las primeras cartas de su correspondencia — las primeras cartas prometedoras — sintió una impresión muy agradable. "Llamita" seguía hablando de sus asuntos particulares.

—Por otra parte, con bastante frecuencia me retratan para los periódicos y las revistas, y también he posado para los avisos de un jabón. Esto es muy fácil de conseguir, porque va corriendo la voz entre los fotógrafos. Ha de saber usted que tengo un desnudo precioso; ¡pero lo pagan tan miserablemente!, a diez marcos por sesión. ¿Y vale la pena estar una hora enfriándose? ¡Oh, no! Lo que sí quisiera es que ahora, en el buen tiempo, me llevara alguno a viajar como secretaria. El año pasado estuve con un señor en Florencia, un profesor que estaba escribiendo un libro. Era un hombre encantador. Pero, en fin, ya volverá a presentarse alguna otra cosa este año — dijo preparando su máquina.

Era notorio que "Llamita" tenía sus preocupaciones, pero que no debían pesarle en el ánimo mucho más que el ricito que se soplaba de tiempo en tiempo. En cuanto a Preysing, con su manera de concebir las cosas, no llegaba a comprender que una muchacha pudiera hablar de un modo tan positivo de la belleza de su desnudo, e iba a hacer una observación relativa a los negocios; pero de pronto se puso a mirar las manos de "Llamita", que metían el papel en la máquina, y le dijo:

—¡Qué morenas tiene usted las manos! ¿Dónde toma tanto sol?

"Llamita" se las miró y, remangándose bastante la manga de la blusa, dijo seriamente, mirando su piel, en efecto, bastante tostada:

—Esto es de la nieve; allá en el Voralberg, donde practicaba el ski. Un amigo me llevó con él y lo pasamos bien; ¡si me hubiese visto a mi regreso. Bueno, ¿empezamos?

Atravesando el aire, cargado por una densa atmósfera de humo de tabaco, Preysing dirigióse hasta el rincón más lejano de la sala y empezó a dictar:

—Primero la fecha... ¿La ha puesto usted, señorita? Señor Brohesemann. Muy señor mío: ¿Está? Con referencia a su telegrama de esta mañana, debo informarle que...

"Llamita" seguía escribiendo con la mano derecha y con la izquierda se quitó el gorrito, que parecía molestarle.

La sala daba a una oscura chimenea de ventilación; las lámparas del despacho ardían bajo sus verdes pantallas. En medio de su dictado comercial, Preysing no pudo menos que pensar en su viejo baúl, un cofre de álamo, muy usado, que había en el vestíbulo de su casa en Fredersdorf.

Pero fué solamente a la noche siguiente cuando volvió a acordarse de ello, al despertar después de haber soñado con "Llamita". Los cabellos de la muchacha tenían el color y el brillo del álamo viejo, así como sus reflejos de claridad y de sombra. Está viendo ya perfectamente definida esta cabellera delante de él, mientras, acostado en su cama, respira el aire seco del hotel y el resplandor de los anuncios luminosos pasa rápidamente por detrás de las cortinas echadas. La cartera, colocada sobre la mesa de la oscura habitación, le está atacando los nervios, por lo cual vuelve a levantarse para meterla en la valija; luego se enjuaga de nuevo con odol y vuelve a lavarse las manos. Este cuarto lo pone nervioso porque es muy caro e incómodo. El grifo del cuarto de baño gotea ligeramente, y este ruido monótono adormece lentamente a Preysing. Procura sacudirse ese sopor para poner en hora su despertador de viaje. Se le ha olvidado comprar la máquina de afeitar y tiene que madrugar para no esperar mucho en la peluquería. Se duerme a continuación y no tarda en soñar con la mecanógrafa y sus cabellos de color de álamo. Vuelve a despertarse y a ver los anuncios luminosos, que serpentean a lo largo de las cortinas. En el lecho desconocido, la noche se le hace amarga y odiosa. Tiene un miedo cerval a la entrevista con Schweimann y Gertenskorn, y el corazón le late violentamente. Después de haberse desentendido de la correspondencia con los ingleses, experimenta un sentimiento de pesadez y no logra quitarse una obsesión extraña que le hace mirarse las palmas de las manos como si las tuviera sucias. Por último, cuando ya está casi dormido, el señor del número 69 deja caer delante de su puerta un par de zapatos... despreocupado como si la vida no fuera más que un pasatiempo.

Kringelein, en el cuarto número 70, oyó también este ruido, que le despertó. Había soñado con la Grusinskaia, que se le había aparecido en su casa, en el despacho donde pagaba los salarios, presentándole facturas sin pagar. Y Kringelein se palpa los bolsillos, este contador que tiene un miedo loco de encontrarse las puertas cerradas y que quiere agarrarse a la vida por una punta antes de morir. Siente una inmensa sed de placeres ardientes; pero es muy endeble. Estos días su cuerpo debilitado se ha hecho algo más razonable. Empieza a odiar su enfermedad, olvidando que gracias a ella salió de su pueblo, porque si no seguiría allí. Ha comprado un específico: "el bálsamo de vida de Hump", y lleno de esperanzas bebe un trago de aquella pócima, que sabe a canela, y que le hace sentirse mejor por el momento.

Luego extiende sus dedos helados ante sus ojos en la oscuridad, poniéndose a calcular. Y es bien triste que esos dedos tengan ya tendencia a morir mientras duermen. Los números bailan en la habitación, hasta que tiene que prender la luz y sacudirse por completo; porque, desgraciadamente, el señor Kringelein, en su nueva vida de rico, no puede curarse de los hábitos de su vida pobre: cuentas y más cuentas. Las cifras siguen en su cabeza su loca marcha sin tregua ni descanso, colocándose unas debajo de otras para sumarse y restarse automáticamente sin su intervención. Kringelein tiene un cuadernito de hule que ha traído de Fredersdorf, y se pasa las horas muertas sentado a la mesa con ese cuaderno en las manos, porque allí es donde registra sus gastos, los gastos estrafalarios de un hombre que está empezando a gozar de la vida y que en dos días derrocha el sueldo de un mes. Algunos momentos siente vértigo y le parece que las paredes con su tapicería de tulipanes van a caer sobre él, aplastándole. Otras veces, sentado sobre el borde de su cama, se pone a pensar en su muerte cercana, aterrado,

los ojos bizcos de angustia y frías las orejas; pero, a pesar de todo, no llega a formarse una idea de cómo será, aunque espera que no se ha de diferenciar mucho del sueño anestésico. Llegado a este punto de sus pensamientos, empieza a temblar; sí, Kringelein tiembla ante la muerte, aunque no puede figurársela.

Hay mucho insomnio detrás de las puertas cerradas de un hotel dormido. El doctor Otternschlag, que está recogido en su cuarto a esa hora, deja una jeringuilla sobre el lavabo y se acuesta para remontarse hacia las vaporosas regiones de la morfina. En cuanto a Witte, el director de orquesta que se aloja en el ala izquierda del hotel, en el 221, no consigue conciliar el sueño... ¡Duermen tan poco las personas de edad! Su habitación hace juego con la del doctor Otternschlag, porque también detrás de la pared se oye el gorgoteo del agua y el ruido sordo del ascensor, que sube y baja; la habitación que tiene es casi una habitación de servicio. Está sentado en el vano de la ventana y tiene la frente abombada de músico pegado contra el cristal, contemplando la fachada de enfrente. A las ocho y media de la mañana hay un ensayo del baile, y allí está, sentado al piano, tocando siempre la misma marcha para acompañar las flexiones de las bailarinas, siempre el mismo vals, la mazurka y el cake-walk. "Debía haberme separado de Elisabeta a su debido tiempo —piensa—; pero ya no es posible, porque la pobre está muy vieja y no se la puede abandonar. Es preciso aguantar uno contra otro para el poco tiempo que nos queda de vida".

Elisabeta Alexandrovna Grusinskaia tampoco puede dormir. Siente correr el tiempo a través de la noche, rápidamente y sin tregua, mientras en las tinieblas del cuarto percibe tristemente el tic-tac de dos relojes, uno de bronce sobre la mesa del despacho y el otro, de pulsera, sobre la mesilla de noche; los dos marcan los mismos segundos y, sin embargo, el tic-tac del uno es más rápido que el del otro. Al oír este ruido palpita su corazón. La Grusinskaia enciende la luz, se levanta, mete sus pies en las zapatillas viejas y va a mirarse al espejo. El tiempo está también en el espejo más que en parte alguna. Y está en las críticas, en las odiosas descortesías de la Prensa, en el éxito de las extravagantes danzas dislocadas, tan en boga, en el déficit de la "tournée", en los débiles aplausos, en las frases groseras del director Meierheim, en fin, en todo; el tiempo está en todas partes. Los años pasados bailando están encerrados en los tobillos cansados de la bailarina y en la falta de respiración que la oprime cuando da las treinta y dos vueltas clásicas, y en su sangre, que la edad crítica porque atraviesa actualmente lanza por su cuello arriba hasta sus mejillas en oleadas calientes. Hace calor en la estancia, aunque está abierto el balcón; afuera, las bocinas de los autos escandalizan sin cesar. La Grusinskaia saca sus perlas del saquito de mano, dos puñados de perlas frescas, y se las pasa por la cara; pero es inútil, porque los párpados siguen calientes y doloridos del colorete y de la ardiente luz de las candilejas; la devoran sus pensamientos mientras los dos relojes siguen galopando como caballos; debajo de la barbilla, la Grusinskaia lleva, a modo de barboquejo, una ancha cinta de goma; sus manos y sus labios están cubiertos por una espesa capa de crema. Al pasar por delante del espejo se ve tan fea que apaga inmediatamente la luz. Luego, en la oscuridad, se traga un sello de veronal y rompe a llorar con lágrimas rabiosas de mujer inconsolable y apasionada. Después, poco a poco se queda dormida.

Fuera se oye el ascensor; alguno que se retira a su cuarto, acaso sea el joven de Niza. La Grusinskaia le arrastra consigo en su sueño pesado de veronal, arrastra al señor del número 69, que es el hombre más bello que ha visto en su vida.

❦ ❦ ❦

Al entrar esa persona en su habitación silba débilmente, pero sin que ese ruido tenga nada de molesto; es un silbido alegre y agradable. Una vez dentro, empieza su tarea; se pone su pijama, cálzase unas elegantes zapatillas de cuero azul y se desliza luego más silenciosamente aún por el corredor; aquella figura que tiene algo de gato montés y de muchacho bonito.

Cuando atraviesa el *hall* es como si en una habitación fría se abriera de pronto una ventana para que el sol entrara a raudales. Baila sorprendentemente, con moderación y elegancia. Siempre tiene algunas flores en su habitación, porque le gusta mucho aspirar su perfume. Sigue a las mujeres por la calle con el paso corto, menudo y saltarín de un boxeador; a algunas se contenta con mirarlas, para su propio recreo; a otras les habla o bien las acompaña para encerrarlas, o bien se las lleva a un hotel de segundo orden. Y cuando, más tarde, refrescado ya y con un falso aspecto de apóstol entra por la mañana en el *hall* del "Grand Hotel" —ese *hall* tan distinguido e irreprochable en cuanto a la moral— y pide su llave al portero, éste no puede menos de sonreírse maliciosamente. Algunas veces llega borracho, pero siempre tan amable, que nadie puede tomárselo a mal. Por la mañana el vecino del cuarto de abajo tiene que pasar un rato desagradable, porque es la hora en que arriba tiene lugar un entrenamiento y se oye el ruido acompasado del cuerpo, que golpea sordamente el piso. Gasta unos lacitos de corbata muy coquetones y vaporosos y chalecos muy escotados. Sus ternos anchos adáptanse a los músculos del cuerpo como la piel se adhiere a los huesos de los perros de caza. No es raro verle irse en su pequeño cuatro asientos y no volver en dos días. Se pasa las horas muertas visitando las agencias de automóviles, examinando coches, metiendo la cabeza bajo las capotas para ver los motores, respirando la nafta y el metal caliente, golpeando las cubiertas y acariciando el cuero de la carrocería azul, rojo, beige.... Compra a los vendedores ambulantes correas para calzado, encendedores, pastillas para el calzado, cajas de fósforos. De pronto le acomete un ansia loca de ver caballos, se levanta a las seis de la mañana, toma el autobús para Tattersall, aspira con delicia el aire lleno de aserrín, de olor a cuero y arneses, de barro y de sudor, hace amistad con algún caballo, sube trotando hasta el Tiergarten, en medio de la niebla matinal, completamente gris, tendida sobre los árboles, en los que aparecen ya los primeros brotes de marzo, hasta que, calmados sus nervios por este paseo a caballo, vuelve al hotel. Algunas veces lo han visto en el patio, detrás de la escalera de servicio, de pie allí junto a una alcantarilla, mirando a lo alto, hacia el quinto piso, donde, bajo un cielo incoloro, está fijada la antena. Podría sospecharse que estaría mirando a una de las camareras, la única bonita del hotel, la única de quien se puede sacar partido y que, por cierto, está ya despedida. Dentro del hotel tiene infinidad de amistades, sacando a todo el mundo de apuros con pequeños servicios, amables y oportunos: a los que no tienen estampillas, a los que hay que orientar para un viaje en avión, a las señoras ancianas, ayudándolas a subir al auto, o bien hace el número cuatro para jugar al bridge, y conoce perfectamente la lista de vinos del hotel. En el índice derecho lleva una sortija de sello de lapislázuli con las armas de los Gaigern: un halcón planeando por encima de las olas. Por la noche, cuando se acuesta, entabla diálogos con su almohada en dialecto bávaro: "Hola, rica, buenas noches. ¡Qué buena eres y qué blandita! ¡Cuánto te quiero! ¡Qué bien te portas conmigo!" Y en seguida se duerme sin molestar nunca a sus vecinos con ronquidos ni gargarismos, ni con tirar con fuerza los zapatos al suelo.

Su chofer cuenta abajo, en la sala del comedor de los criados, que el barón es un tipo bastante agradable, pero algo tonto. Sin embargo, por muy barón Gaigern que sea, él también habita detrás de dobles puertas y tiene sus secretos y móviles escondidos...

—Y fuera de eso, ¿nada nuevo? —dice a su chofer.

El barón está sentado, desnudo el torso, en medio de la alfombra de su habitación, dándose masaje en los muslos. Su cuerpo es maravilloso: un pecho de boxeador, acaso abombado en exceso; su piel es de un moreno claro en las espaldas y las piernas.

—Si no sabes nada más que eso...

—Pues yo creo que es bastante —responde el chofer tumbado sobre la *chaise-longue*, forrada de una imitación de Kelim; tiene el cigarrillo pegado a su labio inferior—. Si creen que van a estar siempre esperando en Amsterdam, a que la cosa se haga... Schalhorn ha pedido ya cinco mil, pero eso no puede seguir indefinidamente. Ya hace un mes que Emmy está en Springe cruzada de brazos esperando que se la ocupe. En París hemos fracasado, en Niza también, y si ahora no [illegible] este golpe y Schalhorn sigue con sus exigencias de dinero, no sé qué va a ser de nosotros.

—¿Pero es que acaso es Schalhorn el jefe? —preguntó el barón con calma mientras se echaba agua de Colonia en las palmas de las manos.

—Un jefe debe tener iniciativa para que nunca falte tarea a la banda; es lo único que te puedo decir —refunfuña el chofer.

—Se debe trabajar, sí; pero en el momento oportuno. Tu sistema de operar no me conviene, como tampoco el de Schalhorn, y por eso tenéis siempre algún percance. Conmigo no sucede nunca eso y Schalhorn ha recibido siempre su parte. Si Emmy está nerviosa y aburrida en Springe, tendré que deshacerme de ella; ya se lo dije la última vez. Si es que no puede permanecer tranquilamente sentada en su tienda de antigüedades artísticas y dejar que Moehl copie con calma las monturas antiguas de las alhajas...

—Nos reímos poco de las monturas antiguas; trae primero las perlas, que ya habrá tiempo para lo demás. Por supuesto que todo esto no son más que ideas tuyas. No te [illegible] que la cosa, al principio, no se anunciara interesante, porque las perlas valen quinientos mil marcos, y deduciendo dos meses de gastos aún quedaría bastante. También será [illegible] fácil salir de ellas montándolas a la antigua de acuerdo. Moehl, encerrado en Springe, está copiando con toda exactitud las alhajas de tu abuela; pero Emmy y Schalhorn empiezan a gruñir impacientes; no te fíes mucho por [illegible] acaso, sobre todo de esa mujer, porque si llega a hartarse es muy capaz de jugarte una mala pasada. ¿Qué decides, pues? ¿Cuándo va a dejar de divertirse el señor barón para empezar de nuevo a trabajar en serio?

—Tienes apetito, ¿no? Te has gastado [illegible] los veintidós mil marcos de Niza y te aburres ahora porque estás sin un cobre —dijo el barón, siempre con amabilidad relativa; se había puesto unos calcetines de seda negra y unas ligas blancas y los zapatos de baile.

—Pues bien, para que lo sepas de una vez, estamos ya de ti hasta la coronilla —le dijo el chofer por encima de la mesa—; además [illegible] no eres de los nuestros y no puedes hacer nada en serio, ¿comprendes? No eres de la madera que hace falta y nunca llegarás a nada, ¿te enteras? Lo mismo nos da que te juegues el dinero o que apuestes en las carreras o que engatuses a alguna cotorrona vieja y le saques veintidós mil marcos, o que trates ahora de dar ese golpe del collar de quinientos mil; el hecho es que te ríes de todo y no te ocupas de nada serio. Para ser jefe hay que obrar [illegible]

mo modo, y si tú no cambias de paso ya te haremos cambiar nosotros. No lo dudes.

—Échate —dijo amablemente Gaigern separando con un pequeño movimiento de jiu-jitsu la mano amenazadora del chofer—. No te necesito para tomar mis resoluciones. Tú ocúpate de la coartada. Esta noche a las doce y dieciocho puedes salir con las perlas para Springe y estar aquí de vuelta mañana a las ocho y dieciséis. Iré a buscarte a las nueve; espérame listo; luego invitaremos a alguien y nos iremos a dar una vuelta con el coche. Pero si mañana, al surgir el escándalo, pestañeas siquiera, te haré detener. Te he preguntado hace un momento si no ocurría nada nuevo.

El chofer volvió a guardarse en el bolsillo la mano, en la que los dedos del barón habían dejado señalados unos círculos rojos alrededor de la muñeca. Parecía que no quería contestar, pero al fin dijo:

—Ahora todas las mañanas, a las seis y media, sale para el teatro; se ha vuelto muy nerviosa —gruñó el chofer, domado contra su voluntad—. Esta noche, después de la función, habrá una cena de despedida en casa del embajador de Francia; pero no durará más de dos horas. Mañana a las once se marcha a Praga, donde estará dos días, y luego irá a Viena. Pero quisiera saber cómo te las vas a arreglar para quitarle las perlas hoy mismo en el tiempo que media entre la presentación y la cena, para que la cosa no tenga tropiezos. Claro que ese rincón oscuro del patio es muy a propósito para el caso —continuó en tono algo gruñón todavía, pero sin atreverse a mirar de frente al barón, que durante este tiempo se estaba transformando en un correcto señor vestido de smoking.

—Ya no lleva nunca sus perlas, sino que las deja simplemente en el hotel —repuso Gaigern anudándose su corbata negra—. Ella misma se lo ha contado a un reportero idiota y la prensa lo ha publicado.

—Pero, ¿es posible que esa mujer sea tan descuidada? ¿De modo que ni siquiera las ha depositado en la caja del hotel? ¿Y basta con entrar en su cuarto para tomarlas?

—Así es, y ahora te agradecería que me dejaras solo —dijo cortésmente a su camarada, que lo miraba con la boca abierta, tanto que el otro le veía perfectamente la garganta, de un rojo oscuro, y los huecos negros de dos muelas.

De pronto sintió una furiosa cólera contra ese canalla con el que se había relacionado, y los músculos de su nuca se contrajeron violentamente.

—Ahora, lárgate —agregó simplemente— y ten el coche a las ocho, delante de la entrada principal.

El chofer miró a Gaigern con aire sumiso y marchóse sin desembuchar todo lo que tenía dentro.

—El señor del número 70 es inofensivo —murmuró a pesar de todo por vía de información final, y con un gesto de lacayo hasta llegó a recoger el pijama azul que rodaba por el suelo.

Luego agregó:

—Es un tipo que acaba de cobrar una cuantiosa herencia y no sabe en qué derrocharla.

Pero el barón no le escuchaba y el chofer, supersticiosamente, paróse entre las dos puertas y escupió por tres veces detrás de sí antes de salir.

Un poco antes de las ocho de la noche volvemos a encontrar al barón en el *hall*, de smoking y con impermeable, muy alegre y campechano, hasta el punto de que el mismo Pilzheim, el "detective", sospecha fundadamente que ese encantador Apolo procura por todos los medios prepararse una coartada. En el *hall*, el doctor Otternschlag está tomando café con Kringelein, y abrumado de fatiga espera con su amigo a que llegue la hora de ir al teatro a ver bailar a la Grusinskaia. Levanta uno de sus dedos rígidos y señala con él hacia el barón.

—Mire usted, Kringelein. Como ese tipo deberíamos ser todos —dijo burlonamente, devorado por la envidia.

El barón desliza un marco en la mano del mozo número 18 diciéndole:

—Póngame a los pies de su novia.

Y luego se acerca al cuarto del portero.

Senf, que le ve llegar con un aire lleno de celo, tiene el semblante descompuesto, pues ya es la tercera noche que tiene que ocultar las preocupaciones personales que le inspira el estado de su mujer, que sigue hospitalizada en la clínica sin poder dar a luz.

—Me ha sacado usted el billete para el teatro, ¿verdad? Aquí tiene los quince marcos. Bueno —dijo al portero—, si preguntara alguien por mí le dice usted que estoy en el Deutsche Theater y que después iré al Club del Oeste.

Sale, y donde se dirige es a casa del conde Rhona.

Al atravesar el *hall* todas las miradas le siguen con manifiesta simpatía. Gaigern sube



a su coche y sale en persecución de su coartada.

A las diez y media telefonea al hotel desde el Club del Oeste:

—Aquí, el barón Gaigern. ¿Ha preguntado alguien por mí? Estoy en el Club del Oeste y no volveré al hotel hasta las dos de la mañana o quizá algo más tarde. Mi chofer puede acostarse.

Al mismo tiempo que esta voz, por teléfono, creaba una coartada elegante y trivial, Gaigern en persona se adhería materialmente contra la fachada del "Grand Hotel" entre dos bloques de piedra artificial, y aunque su postura no fuera muy elegante que digamos, le llenaba, sin embargo, de esa encendida alegría del cazador, del luchador o del alpinista. Para acometer su arriesgada empresa se había dejado atolondradamente su pijama azul obscuro. Tenía los pies calzados con ligeros zapatos con suelas de cuero cromado, y por encima de ellos se había endosado unos gruesos calcetines de lana que conservaba de sus deportes de invierno, para que sus pisadas no dejaran huellas comprometedoras. Gaigern, que había salido por la ventana de su cuarto, tomó el camino del de la bailarina; no había recorrido todavía siete metros y ya se encontraba a mitad del camino. Los bloques de piedra artificial del "Grand Hotel" eran una imitación de las almohadillas del Palacio Pitti, de un aspecto pomposo y decorativo. ¡Con tal de que no se desmoronaran! Gaigern iba posando con todo cuidado y precaución las plantas de los pies en los entrantes de la crestería. Había tomado también la precaución de enguantarse las manos, medida perfectamente inútil, porque pronto empezaron los guantes a estorbarle seriamente mientras se arrastraba como un reptil a lo largo de la fachada y a la altura de un segundo piso. Algunos trozos de yeso y mortero desprendidos de la pared cayeron ruidosamente sobre el reborde de cinc de una ventana.

—¡Maldición! —exclamó aterrado, con la garganta seca, mientras regulaba su respiración como un motorista sobre la pista encenizada.

Pero volvió a hacer presa en la fachada, y columpiándose un momento con peligro de su vida sobre el dedo gordo del pie, logró adelantar la otra pierna cincuenta centímetros más. Era presa de una profunda agitación, y si silbaba era porque trataba de engañarse a sí mismo dándose la apariencia de una sangre fría que estaba muy lejos de sentir. En este momento tan crítico en lo último que pensaba era en las perlas que estaban en juego. En efecto, no hubiera sido difícil apoderarse de ellas por cualquier otro medio: un puñetazo en la cabeza de Susita sobre su cursi y raído sombrerito cuando regresaba del teatro con el saquito de mano, o bien un asalto nocturno a la Grusinskaia, o, en definitiva..., cuatro pasos por el corredor, una ganzúa y un aire inocente y sorprendido si le descubrían en una habitación que no era la suya.

"Cada uno debe obrar conforme a su naturaleza", había tratado de explicar Gaigern a sus gentes, a aquella pequeña "troupe" de bergantes que dirigía desde hacía ya dos años y medio a trueque siempre de que se le sublevaran. "Yo no cazo a lazo ni subo a las montañas en funicular —les decía—, y lo que no puedo procurar con mis propias manos lo dejo en su sitio; no trato de poseerlo y disfrutarlo".

Como se comprenderá, estos discursos creaban un continuo desacuerdo entre él y los de su banda. La palabra "valor" no les era familiar, aunque todos ellos tuvieran una parte suficiente de ello. Emmy había dicho un día en Springe, razonando claramente bajo sus obscuros cabellos y tratando de explicar la conducta de Gaigern: "Todo lo convierte en deporte". Su intimidad con Gaigern era grande y acaso tuviera razón. En todo caso, en ese momento, a las diez y media, Gaigern, en plan de escalar la fachada del "Grand Hotel", tenía toda la apariencia de un "sportsman", de un turista, de un alpinista en una chimenea difícil o de un jefe de expedición que fuera a dar un golpe de mano en un paraje solitario y peligroso.

La parte peligrosa era la zona de los entrantes de la fachada, detrás de la cual estaba el cuarto de baño de la Grusinskaia. En ese lugar la fantasía del arquitecto había trazado una superficie completamente lisa y unida, sin siquiera un alféizar de ventana; el cuarto de baño abríase hacia dentro y daba precisamente al mismo patio en el que un día habían visto al barón mirar a lo alto, hacia las antenas... Pero una vez pasados esos dos metros cincuenta e inmediatamente después de la superficie unida, empezaban ya las delgadas barras de los herrajes del balcón del número 68.

Jadeando ligeramente y tan pronto silbando como jurando, Gaigern detúvose sobre la última saliente que le ofrecía un punto de apoyo, antes de acometer el espinoso paso de la superficie lisa, que no tenía más remedio que franquear. Sentía un violento temblor en los músculos de las piernas y en las articulaciones de los pies; la ardiente vibración nerviosa y las pulsaciones agitadas de su enorme esfuerzo. No obstante, las cosas marchaban a satisfacción y todo se cumplía exactamente

y tal como él había previsto y calculado cincuenta veces.

Por el lado de la calle, de esa calle que bullía debajo de él, Gaigern estaba a cubierto por completo de las miradas de los transeúntes por los grandes reflectores que el hotel había instalado recientemente en sus fachadas. No había, pues, peligro de que nadie intentara mirar a los balcones so pena de cegarse en la viva luz de los enormes focos. Era, pues, completamente imposible percibir una figurilla humana vestida de azul obscuro que caminaba entre la sombra, protegida por aquellos fuertes chorros de luz. Gaigern conocía este truco por haberlo visto practicar a un prestidigitador en un salón de varietés; este ilusionista hacía dirigir sobre el público un deslumbramiento parecido mediante unos proyectores, mientras delante de una cortina de terciopelo obscuro, se entregaba a sus fantásticas manipulaciones, serrando a las mujeres por la cintura o haciendo bailar a los esqueletos en el aire.

Gaigern descansó detrás del segundo reflector y miró a la calle. Desde el punto que ocupaba veía las cosas de un modo extraño, y aquel pedacito de mundo debajo de él parecía dislocado y achatado. El mundo hundiase en las profundidades con un aspecto peligroso y hostil. Inclinó la cabeza hacia adelante —el tiempo nada más que dura un relámpago— y miró debajo de sí, conteniendo la respiración y hasta el parpadeo; no sentía el menor vértigo; solamente en el pulso, debajo de los guantes, le corría por la piel ese hormigueo dulce y excitante que conocen bien los alpinistas. La torre redonda de Ried —en el castillo de los Gaigern—, en otros tiempos, era más alta. En Feldkirch, cuando saltaba el muro por la noche, tenía que deslizarse a lo largo del pararrayos. Los "Tre Cime", en los Dolomitas, tampoco eran un grano de anís. Los dos metros cincuenta que había hasta el balcón no eran fáciles de franquear; pero había cosas más difíciles. Gaigern no miraba ya hacia abajo, sino un poco hacia arriba. Enfrente, a la altura del tejado, brillaba un letrero luminoso: unas bombillas eléctricas parpadeaban formando la espuma de una desbordante copa de champán. Gaigern movió sus dedos en los guantes; los tenía mojados; sin duda le sangraban. Ensayó su respiración; todo marchaba bien otra vez. Juntó, pues, sus fuerzas, encogióse y, dando un salto, se lanzó al vacío. Silbóle el aire en las orejas; pero ya estaba colgado de las barras del balcón, cuyas vivas aristas le cortaban los dedos. Durante un segundo le latió el corazón con violencia y se dejó columpiar suavemente; pero en seguida se restableció, franqueó el enrejado y pudo soltar las manos. Ahora ya estaba en el balcón, delante de la puerta abierta del cuarto de la Grusinskaia.

—Al fin —dijo satisfecho, y permaneció acostado en el mismo sitio que ocupaba sobre las baldosas del balcón, respirando profundamente.

Oyó a bastante distancia por encima de él el zumbido de un aeroplano y, en efecto, vió pasar la débil claridad redonda de la carlinga a mucha altura sobre sus ojos, muy abiertos, y entre las nubes rojizas de la gran ciudad. Un ruido violento y confuso subía de la calle... Durante algunos momentos Gaigern permaneció muerto de fatiga y medio inconsciente; por debajo de él las bocinas de los autos tocaban pidiendo paso. La Liga de los Filántropos celebraba una fiesta en su saloncito, y numerosos abrigos de noche, semejantes a escarabajos de oro, hormigueaban al salir de los coches, subían tres escalones y desaparecían luego por la entrada número 2.

"¡Dios mío! Daría ahora cualquier cosa por un cigarrillo", pensó Gaigern, nervioso; pero era una locura tal cosa. Mientras seguía tumbado en el balcón, quitóse el guante derecho y empezó a chuparse la herida que se había hecho en el dedo índice, porque no podía proseguir su tarea con las manos ensangrentadas. Saboreó rabiosamente el gusto ligeramente metálico de la sangre, mientras sus espaldas mojadas sentían el agradable fresco de las piedras del balcón. Por los intersticios del enrejado púsose a medir las distancias y a calcular las dificultades que iba a ofrecerle el regreso. Había traído una cuerda consigo. Tendría que empezar por atarse al balcón y ganar el otro extremo mediante un balanceo de péndulo.

—¡Que sea enhorabuena! —se dijo con el tono deferente que empleaba cuando era oficial.

Volvió a ponerse sus guantes como para una visita de cumplido, y levantándose penetró en el cuarto de la Grusinskaia. En aquella habitación obscura oyó el tic-tac de dos relojes, uno de ellos casi dos veces más rápido que el otro. Había allí un olor raro, a entierro y horno crematorio. El letrero luminoso de enfrente proyectaba sobre el piso un triángulo amarillento que llegaba hasta el borde del tapiz. Gaigern sacó su linterna de bolsillo, y con cautela paseó el haz luminoso por la habitación. Llevaba en la memoria el plano y moblaje, gracias al breve diálogo que había sostenido con Susita en el mismo umbral de aquel mismo cuarto. Está dispuesto a descubrir las maletas dondequiera que estén, a forzar las maletas, saltar las cerraduras de los armarios y a descifrar los enigmas de las cerraduras con secreto. Pero de pronto, cuando al seguir el pequeño óvalo luminoso de su lámpara se vió reflejado en el gran espejo de la consola, sintió una sorpresa casi cómica.

En efecto, sobre la mesita del tocador estaba el saquito de mano, a la buena de Dios y sin protección alguna. El tenue rayo de luz jugaba inocentemente sobre la superficie del cuero. "Tengamos calma", pensó Gaigern dominándose. Lo primero que hizo fué meterse su mano derecha ensangrentada en el bolsillo como si se tratara de un objeto; era preciso tenerla allí, quieta y presa, no fuera a estropearlo todo dejando huellas de sangre. Luego metió la lámpara en la boca y con la mano izquierda, enguantada, asió cautelosamente el saquito de mano. Allí estaba por fin el codiciado objeto, y ahora podía tocar con sus dedos el cuero brillante. Levantó el maletín y sintió que no estaba vacío. Dejó la linterna, la apagó y quedóse un momento pensativo. Había en la habitación un olor sofocante a entierro. En la obscuridad Gaigern echóse a reír cuando se dió cuenta de ello.

"Laureles, laureles", pensaba al acordarse de la entonación de Susita cuando le dijo: "La señora recibe muchos laureles. El embajador de Francia nos ha enviado una gran canasta llena de laureles".

Se arrodilló delante del armario de luna —el "parquet" crujía ahora con la malicia de una persona —y en la oscuridad tomó el maletín con la mano izquierda. "No, no —pensó soltándolo de pronto—. Los objetos de esta clase traen la mala sombra consigo. Carteras, valijas, portamonedas, todos esos artículos son nefastos; tienen una tendencia a no dejarse quemar, a flotar sobre la superficie de los ríos, a ser encontrados en las alcantarillas por los obreros, para ser luego llevados como piezas de convicción poco simpáticas a las mesas de los Tribunales. Y, por otra parte, un maletín, que vendrá a pesar unas cuatro libras, no es nada cómodo de llevar entre los dientes cuando hay que franquear dos metros cincuenta de fachada completamente lisa". Gaigern, pues, retirando su mano, se puso a reflexionar. Volvió a dar luz a su linterna y examinó detenidamente las dos cerraduras de la valija. Sabe Dios con cuántos secretos no habría dejado allí encerrado su tesoro la Grusinskaia. En seguida, por vía de ensayo, Gaigern preparó algunas herramientas, con las que hizo saltar la pequeña placa de latón de la cerradura.

Esta se abrió bruscamente.

El saco de mano ni siquiera estaba cerrado con llave. Gaigern estaba tan lejos de sospecharlo siquiera, que al oír ese pequeño ruido seco se asustó. "¡Vaya, vaya, qué rica eres! —se dijo dos o tres veces—. ¡Qué linda, qué bien te abres!" Levantó la tapa y abrió los departamentos; en efecto, las perlas de la Grusinskaia estaban allí dentro.

Después de todo, no abultaban mucho; a lo sumo, un montoncito de bolitas resplandecientes que podía mirar de cerca, y esto no se parecía nada a las leyendas que corrían por el mundo y que se contaban de este regalo que el amor de un Gran Duque, asesinado luego, había colgado al cuello de una bailarina. Una hebilla muy linda, una cadena de perlas de mediano grosor; pero muy iguales; tres sortijas, y un par de pendientes con dos perlas inverosímilmente grandes y redondas; todo esto descansaba perezosamente sobre el mullido lecho de terciopelo, mientras la luz de la linterna de bolsillo despertaba los fulgores dormidos de las alhajas. Luego, tomando grandes precauciones y con su mano derecha enguantada, Gaigern las sacó de los estuches y se las metió en el bolsillo. Después, durante unos momentos, pensó si lo más corto y cómodo para volver a su habitación no sería atravesar simplemente el corredor.

"Acaso estas mujeres hayan dejado también abiertas las puertas de la habitación", pensó.

Pero no; la puerta estaba cerrada. En el corredor oíase a intervalos regulares subir el ascensor, y el pequeño crujido de la puerta de hierro al cerrarse, ya que la habitación 68 caía casi enfrente. En la obscuridad, Gaigern sentóse algunos minutos en un sillón, reuniendo sus fuerzas para el trayecto de vuelta. Sentíase acometido por un irresistible deseo de fumar, pero no se atrevía a hacerlo por miedo a que el humo lo delatara. Era prudente y cauteloso en demasía.

"Vamos al asunto — se dijo —; vamos pronto; no nos durmamos, adelante". Se prodigaba nombres amistosos, se decía palabras afectuosas, mostrándose cariñoso consigo mismo, elogiando o reprochando a los miembros de su cuerpo.

—Cochino — le decía a su dedo herido, que sangraba —, cochino, ¿no me vas a dejar en paz?

Se daba palmadas en los muslos como se acaricia a un caballo:

—¡Bravas bestias, bravas bestias! — decía —. ¡A ver si os portáis bien!

Dejando luego el olor a laureles del número 68, asomóse al balcón y allí aspiró el aire. Pero apenas había asomado la cabeza entre las cortinas, que bailaban ligeramente, cuando advirtió una novedad desagradable y tuvo que pasar algunos segundos antes de darse cuenta de lo que era: que su cara y su cuerpo estaban ahora bañados por una claridad que no había antes; vió los reflejos de la seda sobre las mangas de su pijama e instintivamente metióse en seguida en la obscuridad de la habitación como un animal que se refugia en la sombra de la selva después de haber olfateado al borde de un claro. Está allí jadeante y alerta oyendo con perfecta claridad el tic-tac de los dos relojes, y más lejos, perdidas en la gran ciudad, las once campanadas del reloj de una torre de iglesia. Las fachadas de las casas, al otro lado de la calle, tan pronto se iluminaban como se obscurecían y parecía como si la luz se gozara en hacer esos guiños y habilidades.

—¡Maldito! — gruñó Gaigern volviendo al balcón; esta vez con aire impaciente de dueño y señor, como si estuviera en su cuarto, en el número 69.

Los reflectores habíanse apagado y otra vez fracasaban las nuevas instalaciones de luz en el hotel. En el saloncito de fiestas de la Liga de los Filántropos tampoco tenían luz, y en el sótano los electricistas trabajaban intensamente, pero sin encontrar nada en los empal-

mos ni conmutadores, ni en los cuadros. Abajo, en la calle, grupos de curiosos se habían parado a contemplar entre chistes y bromas la fachada del hotel, en la que los cuatro reflectores se encendían y apagaban sucesivamente. Un guardia habíase unido a los grupos, y los choferes se enfurecían porque no encontraban libre la calle. El letrero luminoso de enfrente seguía luciente, haciendo brillar en la noche marcas de vinos espumosos, y poniendo de su parte todo lo posible por iluminar la fachada del hotel, de manera que se viera claramente su superficie. Emprender ahora el camino de vuelta, franqueando los siete metros de esa fachada que volvía a la vida, era un disparate y no había que pensar en ello. "Estoy lucido; si quiero salir de aquí no me queda otro recurso que forzar la puerta", se dijo Gaigern.

Empuñó, pues, sus herramientas y su linterna y, con las precauciones que eran de rigor, anduvo urgando en la cerradura del cuarto número 68, pero sin conseguir nada. Un peinador que estaba colgado al lado de la puerta se animó de pronto y cayó, rozándole la cara con su tibieza sedosa. Sintió tal terror que las arterias de su cuello empezaron a latir con violencia. Fuera, en el corredor, había gente; oíanse pasos, tosían, el ascensor hacía oír el ruido de su arranque y subía, bajaba, volvía a subir y a bajar; una camarera que pasó corriendo dijo algo a gritos y otra le contestó a gritos también. Gaigern diose por vencido y, separándose de la fiel cerradura, volvió de nuevo al balcón. A tres metros por debajo, los dos montadores cabalgaban sobre la marquesina, sosteniendo los alambres con los dientes y despertando el regocijo y admiración de la calle.

Gaigern sintióse acometido por un acceso de loca temeridad y, sacando la cabeza por encima de la barandilla, gritó:

—¿Qué pasa con la luz?

—Un corto circuito — dijo un electricista.

—¿Y va a durar mucho? —preguntó Gaigern.

Los obreros, abajo, que eran dos, se encogieron de hombros.

"¡Idiotas!", pensó maquinalmente Gaigern; la petulancia y pedantería de aquellos dos insolentes, sentados en los cristales de la marquesina, le irritaban profundamente. "¡Bah, dentro de diez minutos habrán acabado", se dijo. Y después de mirarlos unos momentos, volvió a entrar en el cuarto.

De pronto sintió como la amenaza de un peligro; pero este sentimiento no duró más que un segundo y disipóse en seguida al ver sus zapatos cubiertos por los calcetines de lana, que no podían dejar ninguna huella perceptible.

"Con tal que no me duerma", pensó, y para animarse metió la mano en sus bolsillos y sacó las perlas, que el contacto de su cuerpo había calentado. Se quitó los guantes para darse el gusto de tocar aquellas bolitas lisas que valían tanto dinero. Sus dedos se gozaban de ello. Al mismo tiempo pensó que el chofer perdería irremisiblemente el tren de Springe y que habría que volver a organizarlo todo de nuevo; porque las cosas luchaban con lo imprevisto. Las perlas que no estaban encerradas, no le habían causado ninguna dificultad; pero, en cambio, el pequeño escalón se ponía muy serio a última hora. En medio de sus combinaciones para salir del atolladero, un pensamiento repentino le hizo sonreír: "Pero ¿qué mujer es ésta? — pensó —. ¿Qué clase de mujer es ésta que deja rodando sus perlas en el cuarto de un hotel? Debe ser desordenada y descuidada como una gitana, o ¡quién sabe!, puede que tenga un gran corazón."

Sin embargo, el cansancio empezaba a invadirlo. En la obscuridad dirigióse hacia la puerta, levantó el peinador y empezó a olerlo con curiosidad. Un perfume desconocido, agridulce y casi imperceptible se desprendía de la tela; pero esos efluvios nada tenían de la mujer vestida de muselina en las noches de baile, que tantas veces había aburrido a Gaigern. Por lo demás, él le deseaba todo el bien posible, porque no le era nada antipática. Tomó negligentemente el peinador; pero cometió la imprudencia de dejar las diez huellas digitales sobre la seda, y con el aire de un desocupado volvió perezosamente al balcón: abajo, los dos obreros continuaban la persecución de su corto circuito. "Sí que voy a divertirme", se dijo Gaigern; y en espera de los acontecimientos, permaneció entre la cortina de seda y el transparente de encaje, de centinela y en acecho como un soldado en su garita.

* * *

A través de sus lentes, Kringelein miraba el escenario, donde se desarrollaban muchas cosas inquietantes y que a él le parecían demasiado rápidas; de buena gana hubiera mirado más despacio y a sus anchas a una de las coristas, una morenita de la segunda fila que no hacía más que reírse; pero no se le presentó ocasión, porque en el "ballet" de la Grusinskaia nadie se daba instante de reposo y todos aquellos cuerpos saltaban y volaban como mariposas sin tregua ni descanso. De tiempo en tiempo, las bailarinas alineábanse a ambos lados del escenario y con sus manecitas se recogían el borde de la falda y dejaban pasar a la Grusinskaia.

Esta, con el rostro y los brazos de un blanco de cera, llegaba girando sobre la punta de un pie, tan firme y segura sobre las tablas del escenario que parecía atornillada. Luego acababa por borrársele la fisonomía, porque en el fuego del baile convertíase en una especie de peón blanco, rayado de plata, y mucho antes de que terminara el baile, Kringelein se mareaba siempre un poco.

—¡Es fantástico, es maravilloso, es sorprendente! ¡Qué agilidad en las piernas! ¡Esta mujer es única! ¡Lo deja a uno tonto! — y sentía una admiración asombrosa.

—¿Tanto le gusta a usted? — le preguntó el doctor Otternschlag en tono aburrido. Allí sentado en su palco, volvía hacia el escenario la mitad ametrallada de su cara, que ofrecía un espantoso aspecto a la clara luz de los reflectores.

Este, "realmente" era una cuestión inquietante para Kringelein, porque, de hecho, nada era real desde que se había mudado al número 70. Todo tenía un gusto de ensueño y de fiebre, todo marchaba demasiado de prisa, todo era impalpable, sin que pudiera hastiarse de nada. Como le había pedido tantas veces a Otternschlag que le instruyera y acompañara a todas partes, éste había pasado con él toda la mañana corriendo la ciudad.

—¿Está ya contento? ¿Es feliz ahora? ¿Se va reconciliando usted con la vida? — le preguntaba Otternschlag de vez en cuando.

Y Kringelein contestaba categórico y sumiso:

—Sí, por cierto.

Esta noche había muy poca gente en el teatro y, aunque era la quinta representación de la Grusinskaia, la sala estaba casi vacía. El patio, donde se veía alguno que otro espectador diseminado, parecía como destrozado y comido por la polilla. En el entresuelo sentíase el frío y malestar en medio de tantas localidades desocupadas. A excepción del proscenio reservado a petición de Otternschlag — Kringelein quería en lo sucesivo ocupar siempre las mejores localidades: en el cine la última fila, en el teatro las butacas de orquesta y en los "ballets" las butacas de entresuelo —, a excepción de ese palco, que había costado cuarenta marcos, y del empresario Meierheim, todo lo demás estaba vacío. Meierheim esa noche se había economizado la claque, que era como ahorrarse el chocolate del loro, porque el déficit ya era bastante cuantioso. Antes del entreacto se oyeron algunos aplausos, por lo que Pimenoff se apresuró a mandar que subieran el telón; la Grusinskaia se adelantó hacia la batería, lanzando sus sonrisas a una sala muda, porque los aplausos morían apenas nacidos; la gente salía apresuradamente hacia el "buffett". Algo se extinguía también en el rostro de la Grusinskaia allá arriba, en el tablado desde donde saludaba y daba las gracias al público, que abandonaba ya la sala, mientras bajo el sudor y el colorete se enfriaba por momentos el rostro de la bailarina. Witte soltó su batuta y subió al escenario. Allí estaba Pimenoff con cara de entierro, en tanto que los tramoyistas transportaban de un lado a otro los útiles de la escena, tropezándole sin querer en la espalda de su raído "frac", que él, muy ufano, se ponía todas las noches, como si el Gran Duque Sergio fuera a llamarlo a su palco cuando menos se lo esperase. Miguel, con una pequeña piel de leopardo colgada del hombro izquierdo y con las piernas desnudas y empolvadas, esperaba humildemente junto al inspector. Todos temblaban ante la cólera de la Grusinskaia, temblaban ligeramente con las rodillas y las manos, los hombros y los dientes.

—Perdone usted, señora — exclamó débilmente Miguel —. *Perdonnez-moi, Madame.* Yo tengo la culpa...

Pero la bailarina, que avanzaba la mirada distraída por el escenario, entre los ruidos y nubes de polvo, arrastrando su chal viejo de

lana, se paró de pronto junto a él y se puso a mirarle tan dulcemente que todos se pusieron pálidos.

—¿Tú? ¡Oh, no, querido mío! — le dijo muy bajito —. Tú no tienes la culpa de nada — y tuvo que afirmar su voz aun agitada y jadeante por las últimas vueltas de su baile —. Has bailado muy bien, como yo y como todos. Y no hay más que pedir.

Luego, separándose rápidamente, alejóse hacia el fondo del escenario, llevándose entre los labios las últimas palabras, que sonaron allá en la oscuridad. Witte no se atrevió a seguirla. La Grusinskaia se sentó sobre una pequeña gradería de madera dorada que estaba allí en un rincón, permaneciendo así todo el tiempo que duró la mutación de la escena. Primero puso sus manos sobre el "maillot" de seda color carne, tocándose la pantorrilla derecha y rehaciéndose luego maquinalmente los lazos de sus zapatos, hasta que por último se puso a acariciar las piernas cansadas y algo sucias, enfundadas en la malla de seda; pensativa y con alguna compasión en el gesto se pasaba las manos suavemente como si estuviera acariciando a algún animalito doméstico. De pronto la subió a su cuello en busca de las perlas, que en ese instante echaba mucho de menos, porque ¡cuántas veces, para calmar sus nervios, las había pasado entre sus dedos como las cuentas de un rosario! "¿Qué más, qué más quieren? — pensaba en lo más recóndito de sí misma —. Mejor no podré ya bailar nunca; ni cuando era joven lo hice mejor en Petrogrado, ni en París, ni en América. ¡Qué tontísima era yo entonces y qué poco trabajaba! Pero ahora es distinto; ahora sí que sé bailar. ¿Y qué más me podéis pedir? ¿Qué más puedo yo dar ya de mí? ¿Queréis que me deshaga de las perlas, que las regale? Bueno, por mi parte... Pero, en fin, dejadme todos; quiero estar sola, me siento muy cansada".

—Miguel — musitó al ver pasar rápidamente y reconocer una sombra por detrás de una bambalina.

—¿Qué se ofrece a la señora? — preguntó Miguel, respetuoso y asustado.

Se había cambiado de traje y llevaba ya un jubón de terciopelo obscuro y un arco y unas flechas en las manos, porque en cuanto se alzara el telón, después de aquel descanso, tenía que bailar la "Danza del Arquero".

—¿Cómo es que no se prepara usted ya, Gru? — preguntó a la bailarina haciendo grandes esfuerzos por que su voz no sonara demasiado compasiva, al verla allí tan desmadejada e insignificante.

Ocho largos timbrazos sonaron casi al mismo tiempo en diferentes lugares del escenario.

—Estoy cansada, Miguel — dijo al bailarín —, y quisiera marcharme ya a casa y que baile mis números Lucila; al público le tiene eso sin cuidado y no protestará del cambio.

Miguel se asustó de tal modo que todos sus músculos se estiraron. Sentada como estaba la Grusinskaia en el escalón más bajo de la gradería de madera dorada, tenía muy cerca de sus ojos las rodillas de Miguel, pudiendo observar perfectamente ese movimiento convulsivo de los músculos flexores, y esa palpitación involuntaria de aquel cuerpo que tan bien conocía le procuró algún consuelo.

Miguel, cuya palidez le salía a flor de piel a través de pastas y pomadas, repuso:

—¡Qué disparate!

El miedo que sentía lo hacía descortés. Pero la Grusinskaia se sonrió ligeramente y, tocando con un dedo la pierna desnuda de Miguel, le dijo:

—¿Cuántas veces quieres que te repita que no debes bailar nunca sin "maillott"? Con las piernas desnudas no tendrás nunca tanta prestancia ni resultará tu baile tan fogoso. Tenlo siempre presente. ¡Bolchevique!

Después dejó reposar su mano unos segundos sobre aquella carne tan tierna y sedosa de veinte años, bajo la cual jugaban los músculos, y sin que este tenue contacto conmoviera lo más mínimo al bailarín.

Avisaron los timbres por tercera vez y en el escenario, detrás del telón de boca con su templete pintado, los zapatos de las impacientes bailarinas repiqueteaban sobre el tablado. Por el pasillo delante del "camerino" corría Susita angustiada como una gallina perseguida, porque "Madame" seguía allí sentada con la mayor calma del mundo, sin ir a vestirse. Witte, en la tarima, ya delante de su atril levantó su batuta y empezó a dirigir la orquesta.

—¡Qué porquería de orquesta! — exclamó Otternschlag a punto de hastiarse ya de su papel de mentor afable y condescendiente en aquella noche de "ballet" espantosamente aburrida.

Pero esta vez Kringelein no se dejó convencer. Para él la música era un continuo encanto y gozaba con ella. Tenía en el estómago una sensación de pesadez y de frescura al mismo tiempo, como si albergara en las vísceras una bola de metal, hecho que era para el médico un síntoma grave. Pero a él no le molestaba lo más mínimo; la cosa quedaba reducida a ese malestar en el que se está esperando un dolor que no llega a producirse. Esto era todo y con tal insignificancia el pobre caminaba derecho hacia la muerte. La música cantaba y le daba algún consuelo con sus pianísimos en las flautas y el trémolo de los altos. Kringelein se saturó, pues, de armonía y, mecido por los acordes de la música, flotó en medio de un paisaje de color azul lunar en el que un templete se alzaba al borde de un mar pintado.

Entretanto la representación seguía su programa. Miguel se presentó vestido de arquero, con las pantorrillas blancas como harina y con un pequeño corpiño marrón. Con su esbelto cuerpo de efebo atravesó el escenario de un salto, se recogió con la elasticidad de un muelle y se le vió un momento en el aire, como si se sostuviera colgado de alambres. Se adivinaba por sus movimientos alegóricos que quería tirar a un pájaro, a una paloma posada sobre el pequeño templete. Llenó luego el escenario de saltos y piruetas que parecían un castillo de fuegos artificiales, desapareciendo por fin en persecución de su flecha por el bastidor de la derecha.

Aplausos y en la orquesta "pizzicatto". Aparece la Grusinskaia, que por fin se ha decidido en una prisa loca a endosarse el traje de la paloma herida; una gota muy grande de sangre bermeja pende de su corsé de seda. La bailarina está fatigadísima; pero se conserva ligera, muy ligera, y se desliza hacia su muerte conmovedora con pequeños aleteos y temblores en los brazos. Por tres veces se reincorpora, pero no logra reanudar su vuelo. Por último, su largo cuello, tan delicado, se dobla y rompe, apoya la cabeza sobre sus rodillas; ya está muerta. ¡Pobre paloma atravesada por una flecha, con una gran herida en el corazón, sobre el que lanza el reflector un rayo de luz azulada!

Telón y aplausos, bastante nutridos, si se tiene en cuenta el corto número de espectadores que hay en la sala.

Ha concluído todo. La Grusinskaia permanece todavía algunos minutos acostada, ligera como una pluma, muerta en su baile, con las manos, los brazos y las sienes hundidos en el polvo de las tablas. Por primera vez en su vida ocurre que no se repite este baile. "He hecho todo lo posible — piensa —, y ya es bastante".

—Paso para el cambio de decorado — grita el jefe de los tramoyistas.

La Grusinskaia quisiera no tener que levantarse y seguir allí acostada en medio de la escena y dormirse para siempre lejos de todo. Llega por fin Miguel y la ayuda a levantarse.

—*Spassibo* (gracias) — dijo en ruso, y, erguida ya, se dirige hacia los "camerinos" de las señoras.

Miguel atraviesa el bastidor de la izquierda y va a prepararse para el *pas de deux*.

La Grusinskaia, al llegar delante de su "camerino" abrió la puerta con el pie y avanzando dejóse caer sobre una silla delante del espejo, mirándose la seda de sus zapatos, empolvada, ligeramente raída. Tenía los pies cansados, cansadísimos, pesados, viejos, fatigados, más que fatigados del baile. Bajo la luz cruda de la lámpara que daba en el espejo, se acercaba el viejo rostro ajado y macilento de Susita con el vestido que había de ponerse la bailarina para el *pas de deux*.

—No — murmuró secamente la Grusinskaia —, no me encuentro bien. No puedo más. Déjame, dejadme todos y marchaos ya — agregó; de buena gana hubiera pegado a Susita, hubiera abofeteado su cara inquieta y avejada, porque le descubría de repente un parecido indefinible con la suya propia —. ¡Lárgate con viento fresco! — le ordenó imperiosamente, y Susita desapareció. La bailarina siguió aún sentada unos minutos, presa del mayor abatimiento, y de pronto se quitó los zapatos de seda. "Ya es bastante — pensaba —, ya es bastante".

En "maillot", con el mismo vestido de la paloma, la Grusinskaia empezó a preparar su singular evasión. Había tirado lejos sus zapatos de baile y se había calzado otros; luego, envolviéndose en su viejo chal, con la garganta amarga y apretada por el disgusto, salió del teatro. Susita, que volvía del bar con un vaso de vino de Oporto, encontró el "camerino" desierto y silencioso. Un papel escrito fijado en una esquina del espejo decía: "No puedo más. Que Lucila baile por mí". Susita apoderóse del papel y, tropezando, cayó sobre la bandeja. Durante seis minutos el teatro se vió alborotado, hasta que volvió a levantarse el telón y siguió la representación, como todas las noches, con los bailes nacionales rusos, el *pas de deux* y la bacanal. Pimenoff y Witte dirigían la velada como dos viejos generales cuyo rey se ha fugado y que tienen que cubrir la retirada después de una derrota. Pero mientras en el escenario flotaban los vaporosos velos de las bacantes, que sin dejar de bailar iban volcando sobre las tablas los cestos atestados de rosas de papel; mientras Miguel hacía sus piruetas y cabriolas de fauno y Susita, en contaduría, se volvía loca telefoneando al chofer inglés Berckley; durante ese tiempo la Grusinskaia, con paso vacilante, ciega y desalentada, huía por la Tauentzienstrasse.

Berlín estaba lleno de claridad, de ruido y animación, mostrando curioso y burlón esa cara gesticulante y descompuesta de una alegría rayana en locura. Berlín era una ciudad cruel, y al atravesar la calle para buscar el otro andén, menos concurrido, la Grusinskaia llenaba la ciudad de maldiciones. Un estremecimiento helado la sacudía, a pesar de que en esa noche de marzo el aire estaba saturado de tibia humedad y el viejo chal de lana la abrigaba. La bailarina profería palabras breves, sollozadas más bien que habladas y que se le quedaban atravesadas en la garganta, haciéndole daño. Creía llorar, pero no era así. Bajo los párpados cubiertos de sombras azules, sus ojos se irritaban cada vez más, se secaban por momentos. "Nunca más — pensaba —, nunca más; ya es bastante. Se acabó, nunca más". Marchaba con paso vacilante, como perseguida por esa idea, y andaba sin ninguna gracia, con el cuerpo desmayado e inclinándose a cada paso que daba como una vieja. La luz blanca de una tienda de flores brilló de pronto a sus pies; paróse un momento y miró. Había allí en el escaparate unos grandes jarrones llenos de ramas de magnolias, de cactos y unos búcaros labrados donde estaban las orquídeas metidas en agua. ¿Era esto un consuelo? No, nada de eso; la dulce belleza de aquellas flores no le procuraba ninguno. La Grusinskaia tenía frío en las manos, y al sentirlo empezó a buscar

llos de su raído gabán, aunque aun no tuviera sentido común, porque desde hacía ocho años no se los ponía nunca más que en el escenario, para defenderse de las corrientes de aire que atraviesan todos los teatros del mundo. Evocó las bóvedas, las puertas de hierro bajo las lámparas para caso de incendio, las tablas del escenario, que formaban un suave declive delante de sus pies. "Nunca más, nunca más —pensó—; nunca más". La capa vieja era larga y cubría su vestido, estorbándola para andar; así que tuvo que recogérsela cuando se separó del escaparate de las flores para ganar las calles laterales, menos animadas. Al pasar entrevió un Buda con las manos de bronce dorado, que descansaba tranquilamente en una vitrina y que parecía querer apaciguarle el dolor del derrumbamiento en su vida. "No bailar nunca más, nunca más, nunca más". Llamaba en su socorro, pero su garganta no emitía más que sollozos.

—Sergio, Gabriel, Gastón!...

Gritaba los nombres de sus amantes; llamaba también a su hija Anastasia, y a Pompom, su nieto que vivía en París y al que no había visto nunca; pero seguía sola y nadie venía a consolarla.

De pronto se detuvo espantada. "¿Pero qué es lo que he hecho? —pensó—. Me he escapado del teatro. ¡Qué tontería más grande! Es imposible; tengo que volver". Un reloj de torre dió las once, lenta, gravemente; pero ella oyó perfectamente esas campanadas y pudo contarlas. La Grusinskaia sacó las manos de los bolsillos de su abrigo y las dejó caer hacia adelante con algo de agonía de la paloma herida en ese movimiento.

"Demasiado tarde", parecían decir las manos. La representación debía estar próxima a su fin. La Grusinskaia levantó la cabeza, fijándose en la calle que había tomado en su huída; ignoraba dónde se hallaba. Sobre un pequeño pórtico alumbrado por luces azules y amarillas se leía un letrero: "Bar Ruso". La bailarina atravesó la calle, plantóse delante de la puerta y se quedó embobada como un chico, pensando. "Bar Ruso"... ¿Y si entrara? Me reconocerían inmediatamente. Esos músicos, con sus blusas rojas, tocarán el vals de la Grusinskaia y la cosa resultará interesante..."

"No, no debe ser nada interesante —corrigió rápido su pensamiento en medio de una tristeza mortal—. No puedo entrar en este sitio. ¡Bonito aspecto tengo! Es muy posible que nadie me conozca tal como estoy ahora, y si me reconocen..., tanto peor para mí."

Mandó parar a un "taxi" desvencijado que pasaba y le ordenó que la llevara al hotel.

❦ ❦ ❦

Gaigern seguía allí como un centinela entre la cortina y el transparente del cuarto 68, esperando que los hombres de la blusa azul terminaran su trabajo en la fachada. Pero no lo terminaban. Iban de un lado para otro deslizándose sobre los rebordes de las ventanas del primer piso, manipulando con alambres y pequeñas pinzas y lanzando muchos "¡Oh!" y muchos "¡Ah!" con verdadero entusiasmo...; pero los reflectores seguían tan apagados como antes. En cambio, toda la fachada del hotel estaba ya mucho más alumbrada por los arcos voltaicos, por la luz de las cinco entradas y por el letrero luminoso, al otro lado de la calle. Haría unos veinte minutos que Gaigern estaba esperando allí, cuando la puerta del número 68 se abrió y, encendiéndose la luz, apareció la Grusinskaia en la cruda claridad de la habitación.

Para Gaigern el asunto se había estropeado por completo, la empresa había abortado; como una helada hoja de acero el terror le bajó verticalmente a lo largo de las costillas hasta el estómago. "¡Maldita mujer! ¿Qué tendrá que hacer en el hotel a las once y veinte? ¿De qué podrá uno fiarse entonces si no puede contarse con certeza lo que va a durar una representación teatral? Ya está aquí la suerte negra"; pensó Gaigern con los dientes apretados; esa mala suerte que tanto le preocupaba, en este negocio, con todas sus malditas complicaciones. Le parecía que se había metido de cabeza en un lazo muy incómodo, lleno de amenazas. Gaigern se propuso permanecer tranquilo y contento. Las perlas que llevaba en sus bolsillos habían adquirido la temperatura del cuerpo; él las tomaba con sus dedos, entre los que se escurrían. Durante un momento le pareció una locura, un imposible, que ese puñado de bolitas redondas y nacaradas pudieran valer una fortuna. Cuatro meses de acecho, siete metros de distancia con peligro evidente de muerte, y, una vez venci-

do este riesgo, otro nuevo; siempre un peligro detrás de otro. Y su vida no era otra cosa que una cadena de peligros, como no era otra cosa que una sarta de perlas la vida de la bailarina. A pesar de su situación, tan comprometida, Gaigern sacudió la cabeza sonriendo. Por lo demás, se puso en guardia, y, volviéndose prudentemente de cara a la habitación, detrás del transparente de encaje, esperó.

La Grusinskaia permaneció primero cerca de un minuto de pie en medio de la habitación, bajo los prismas de cristal de la araña, y su cara pareció expresar la sorpresa, como si se hubiera extraviado. Dejó que su chal de lana cayera al suelo por su propio peso a lo largo de sus brazos colgantes, y pisándolo, dirigióse hacia el teléfono portátil. Pasaron algunos minutos antes de que la pusieran en comunicación con el teatro del Oeste y otros más todavía para que llegara Pimenoff al aparato; sin embargo, un cansancio mortal aniquilaba a la bailarina hasta la impaciencia.

—*Allo*. Pimenoff... Sí, soy yo, Gru. Estoy en el hotel. Tienes que perdonarme. Sí, me he sentido mal repentinamente. El corazón, ¿sabes? No podía respirar bien; lo mismo que en Schvninge. No, ahora estoy mejor. Ya sé que le he puesto a usted en un grave apuro. ¿Qué tal ha salido Lucila del paso? ¿Cómo? ¿Entonces no ha estado mal, ¿Y el público? ¿Qué dices? No, no me preocupo; si ha habido escándalo, puedes decírmelo. Si no lo ha habido, mejor. Todo muy tranquilo. Y de aplausos ¿qué? ¿Pocos? ¿Dices que otro programa? Bueno, ya hablaremos de ello. No, voy a acostarme. No, de ninguna manera; no quiero médicos, ni a Witte tampoco; no, no y no; no quiero a nadie, ni a Susita tampoco; no quiero más que tranquilidad. Haga el favor de ir a la Embajada de Francia y disculparme. Gracias. Adiós, Pimenoff, buenas noches. Adiós, querido. ¡Ah, oye! Recuerdos a Witte y a Miguel. Sí, recuerdos a todos. No, no os preocupéis por mí. Mañana estaré bien. Adiós.

Colgó el auricular del gancho y después, allí sola en su habitación, de pie, pensativa, repitió en voz baja:

—Buenas noches, querido.

"¿De modo que es el corazón el que la ha puesto mala? —pensó Gaigern, que había seguido con mucha dificultad, pero con gran atención, ese rápido diálogo en francés—. Claro, por eso vuelve a esta hora tan intempestiva; y, por cierto, que no tiene muy buena cara; en fin, ya veremos. Ahora se acostará y yo esperaré una ocasión favorable para tomar el portante. Lo esencial es no perder la calma".

Retrocedió cautelosamente hasta el reborde del balcón y miró hacia abajo. Los dos idiotas de blusa azul seguían allí sentados, charlando tranquilamente. Habían encendido dos linternitas sordas y, por las trazas, se preparaban a trabajar horas extraordinarias durante toda la noche. El deseo de Gaigern de fumarse un cigarrillo iba tomando caracteres agudos y enfermizos. Abrió la boca de par en par y bostezó aspirando el aire húmedo con efluvios de esencia. Dentro, en la habitación, de vez en cuando, la Grusinskaia se acercaba al espejo de la consola, sobre cuyo tablero descansaba el saquito de mano vacío (el pecho de Gaigern estallaba bajo los latidos de su corazón); pero echó a un lado el maletín sin abrirlo y, encendiendo la lámpara sobre el espejo central, asió con las dos manos el marco de la luna y, alzándose sobre las plantas de los pies, se acercó tanto que parecía meterse en él. Luego se puso a examinar la cara con una atención escrutadora, ávida, angustiosa.

"¡Qué animales más curiosos son las mujeres! —pensó Gaigern para sí detrás de la cortina—. ¡Qué extraños animales! ¿Qué verá en ese espejo que le hace poner tan mala cara?" En todo caso, él veía a una mujer bella, indiscutiblemente bella, a pesar del colorete que le chorreaba por las mejillas. La nuca, sobre todo, doblemente reflejada por la luna azogada, era de una suavidad y flexibilidad incomparables.

La Grusinskaia se miraba fijamente el rostro como hubiera mirado el de una enemiga; sin piedad ninguna veía allí la marca de los años, las arrugas, la carne fláccida y macilenta, las fatigas y los tormentos; las sienes se hundían, las comisuras de los labios se aflojaban y caían, los párpados, bajo el azul de la pintura, estaban arrugados como papel de seda. De pronto, un nuevo temblor vino a sacudirla, más violento que el que poco antes había sentido en la calle; trató, sin consegui-

lo, de contener el temblor de sus labios. Atravesó corriendo la habitación, apagó apresuradamente la fría luz de la araña y encendió la lámpara, pero esto no le dió ningún calor. Con movimientos impacientes se desnudó, arrojando el vestido al suelo, y con el busto desnudo, cubierto por el "maillot" hasta las caderas, se dirigió hacia el radiador, apoyando en él su pecho sin pensar en nada; no buscaba más que calor. "Ya basta —pensaba—, ya basta, nunca más; se acabó, ya basta". En todas las lenguas murmuraba entre sus dientes, castañeteantes, palabras que expresaban su resolución inquebrantable de no volver a bailar. Después entró en el cuarto de baño y se desnudó por completo; puso las manos bajo el chorro del agua caliente, que dejó correr sobre sus muñecas hasta no poder resistir el calor. Cogió luego un cepillo y frotóse la espalda. Pero de pronto, disgustada y caprichosa, lo tiró todo por medio, y volvió, tiritando de frío, a hablar por teléfono. Sus labios estaban tan convulsos que tardó algún tiempo en poder articular lo que quería.

—Mándeme un té —dijo— muy cargado y con mucho azúcar.

Volvió al espejo, desnuda, y volvió a mirarse con hosca seriedad. Sin embargo, su cuerpo era de una belleza irreprochable y única. Era el cuerpo de una discípula de baile de dieciséis años, que una vida de trabajo, de disciplina y de abstinencia hubiera conservado intacto. De improviso, el odio mortal que la Grusinskaia sentía por sí misma se transformó en ternura; se acarició el brillo atenuado de los hombros, extendiendo la caricia hasta las caderas. Bajó la cabeza hasta las rodillas, estrechas y duras como hierro, y las besó como si fueran unos niños queridos y enfermitos.

—*Biednaia Malenkaia* —murmuraba.

Eran nombres afectuosos, acariciadores, de otros tiempos. *Biednaia Malenkaia*, que quería decir: "Pobrecilla mía, pequeñita mía".

La fisonomía de Gaigern, escondida entre las cortinas, expresaba, sin que él se diera cuenta, respeto y compasión. Cierto es que le turbaba lo que estaba viendo, porque, aunque conocía bien a las mujeres, no las había visto nunca con un cuerpo tan gracioso, perfecto y esplendoroso; pero eso, después de todo, no era más que una cosa secundaria, porque lo que realmente le llenaba de una tierna y dulce emoción, haciéndole hervir la sangre hasta las orejas, era ver aquella mujer delante de su espejo, trémula y sin defensa, agitada y lastimosa hasta la desesperación. Por eso dejó de manosear las perlas en sus bolsillos y sacó las manos. Sentía en ellas y en sus brazos un ardiente deseo de recoger aquella mujercita solitaria para llevársela y consolarla, para reconfortarla calentándola por compasión y poner fin a aquellos horribles temblores y a sus murmullos febriles...

El mozo del piso llamó a la doble puerta y la bailarina, envolviéndose en su peinador —ese mismo peinador que había asustado poco antes a Gaigern en la obscuridad—, calzóse sus chinelas. El criado adelantó discretamente desde fuera la bandeja del té por la abertura de la puerta, que la Grusinskaia cerró en seguida. "Ya está", pensó, y llenando la taza de té, le echó azúcar y fué a la mesilla de noche a buscar la caja de veronal. Después se metió en la boca un comprimido, bebió un sorbo de té y otro comprimido. Se levantó y empezó a pasearse por la habitación aceleradamente, como si huyera, de una pared a otra, cuatro metros a un lado, cuatro a otro.

"¿Y para qué sirve esto? —pensaba—. ¿Por qué vivir? ¿Qué puedo esperar? ¿Qué saco de todos estos tormentos? ¡Oh, qué fatigada estoy! Nadie lo sabe. Yo me había prometido retirarme a tiempo. Pues bien, ya es la ocasión. ¿Voy a esperar a que me silben? Ya es tiempo. ¡*Malenkaia*... pobrecilla! Gru no saldrá mañana para Viena, Gru renuncia a partir, Gru duerme; nadie sabe el frío que da la celebridad. No tengo a nadie a mi lado, ni un alma viviente. Todos viven de mí; pero nadie ha vivido para mí, nadie, ¡ni un solo ser! No conozco más que a orgullosos y timoratos. Siempre he estado sola. ¡Oh!, ¿y quién va a acordarse luego de una Grusinskaia que ya no bailará más? *Consummatum est*. No, no quiero yo pasearme por Montecarlo, arrugada y vieja, como esas otras estantiguas célebres... "¡Ah, si me viera de nuevo como cuando el Gran Duque Sergio estaba aún en el mundo!" No, no quiero nada de esos consuelos estúpidos. ¿Y dónde ir si no a Tremezzo? Allí me refugiaré para cultivar mis orquídeas, criar dos pavos reales y sufrir estrecheces de dinero, sola, completamente sola, en plena vida burguesa, hasta mi muerte. No hay más remedio. De todos modos hay que morir. Nijinsky está en un manicomio esperando la muerte. ¡Pobre Nijinsky! ¡Pobre Gru! No espero más, ya es tiempo. Ahora mismo, ahora mismo, ahora mismo".

De pronto se quedó parada escuchando, como si oyera hablar; zumbaba ya en sus oídos el murmullo adormecedor del veronal y sentía ya la indiferencia que provocaba la droga misteriosa. "Querido Gastón, ¡qué bueno fuiste para mí antaño! ¡Qué joven eras y cuánto tiempo ha pasado después! Ahora ya eres ministro y estás mustio, con tu hermosa barba y tu calva. ¡Adiós, Gastón, adiós para siempre! ¿Verdad que hay un medio muy sencillo para no envejecer?"

La Grusinskaia sirvióse otra taza de té haciendo algunos gestos tristes y doloridos como si se representara a sí misma una pequeña comedia; dentro de su angustia y su fúnebre resolución, había cierta energía y gracia. Con brusco ademán cogió el tubo de veronal y de un golpe echó todo el contenido en la taza, esperando luego a que se deshicieran los comprimidos; pero como la cosa tardara algo, empezó a mover impaciente con la cucharilla el fondo de la taza. Después, levantándose, fué a mirarse otra vez al espejo, y maquinalmente se empolvó la cara, que cubría un sudor frío. Sus labios no temblaban ya, sino que sonreían como en escena. Escondió el rostro en las manos murmurando:

—¡Dios, Dios, Dios!...

Ella también olía ya el olor a funeral que se desprendía de las canastas de flores marchitas y que llenaba el ambiente. Se arrastró como paralizada hasta la mesa donde estaba el servicio de té, del que saboreó una cucharadita. El veronal lo había puesto espantosamente amargo, por lo que sacó del azucarero más terrones con las pinzas y, echándolos en el té, esperó a que se deshicieran. La cosa duró un minuto, quizá algo más. En el silencio, los dos relojes corrían su marcha desenfrenada.

La Grusinskaia se levantó, dirigiéndose hacia la puerta del balcón. Respiraba con dificultad, necesitaba ver el cielo; pero al separar el transparente de encaje, se encontró frente a una sombra.

—Señora, le ruego a usted que no se asuste —dijo Gaigern inclinándose.

El primer movimiento de la Grusinskaia no fué de espanto, sino de pudor. Se apretó más estrechamente su kimono contra el cuerpo y se puso a observar a Gaigern mientras reflexionaba en silencio: "¿Pero qué es esto? —pensaba como en un sueño—. ¿No habré vivido ya en mi vida un momento semejante?" Acaso se sintiera ligeramente consolada por este aplazamiento que se interponía entre ella y la taza con veronal. Cerca de un minuto permaneció así, delante de Gaigern, mirándole, sin hablar nada. Sus cejas estrechas y contraídas se juntaron por encima de la nariz; los labios continuaban temblándole, mientras dejaban una respiración rápida y anhelante.

Gaigern, por su parte, reprimía el chasquido de sus dientes. Nunca se había visto en tan grave peligro como en ese instante, porque en tales ocasiones había preparado y ejecutado todos sus golpes, de los que llevaba dados tres o cuatro, con tanto esmero y prudencia, que jamás había caído sobre él la más pequeña sospecha. Y aquí estaba ahora, con quinientos mil marcos de perlas en los bolsillos, cazado en una habitación que no era la suya y separado de la cárcel solamente por una bagatela: la perita blanca de celuloide del timbre y, al lado, una chapa con un letrero esmaltado en la que se invitaba a llamar dos veces para el mozo del piso...

Una cólera rabiosa y loca apoderóse de él; pero no la dejó estallar, y pudo contenerla hasta que volvió a encontrar su energía y calma. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no aplastar a aquella mujer, porque se asemejaba a una gran locomotora a toda presión y pronta a arrollarlo todo. Por el momento, se contentó, pues, con inclinarse respetuosamente. Hubiera podido intentar una huída desesperada por el balcón, o asesinar a la Grusinskaia, o amenazarla para que no gritara. Sin embargo, amable por naturaleza y por instinto, mantúvose alejado de la violencia y del crimen, contentándose con saludarla cortésmente, con un ademán espontáneo y lleno de una perfecta distinción.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —preguntó la bailarina en alemán y en tono casi cortés.

—Señora, perdóneme usted que me haya metido en su habitación, y es realmente espantoso que me encuentre en ella, porque ha regresado usted más pronto que de costumbre y ésa es la desgracia. En cuanto a explicarle por qué estoy aquí, no sé qué decirle.

La Grusinskaia retrocedió algunos pasos por la habitación, sin sacarle los ojos de encima mientras encendía la luz del techo. Es muy posible que al encontrar allí, en su cuarto, a un hombre feo, y mal peinado, hubiese llamado en su socorro por el balcón; pero como se encontraba delante del hombre más hermoso que había visto en su vida, y se acordaba ahora de su impresión pasada, entre los recuerdos brumosos del veronal, no tuvo miedo alguno; es más, hasta sentía alguna confianza en Gaigern.

—Pero, ¿qué buscaba usted aquí? —preguntó ella en francés, pasando involuntariamente a esta lengua.

—Nada, el gusto de sentarme aquí, de estar en su habitación —contestó Gaigern con dulzura.

Suspiraba profundamente. Lo esencial era embaucar a esa mujer, y Gaigern lo comprendía y cifraba en ello algunas esperanzas. El calzado de ladrón que llevaba puesto le comprometía, y con un rápido y diestro movimiento, pudo sacarlo sin que ella lo advirtiera.

La Grusinskaia movía la cabeza.

—¿En mi habitación? Pero, ¡Dios mío!, ¿por qué? ¿Qué quiere usted hacer en ella? —preguntó con su vocecita de pájaro, alta y bien timbrada, y en su fisonomía reflejóse algo así como la expectativa de algo que iba a sorprenderla.

Gaigern, siempre de pie junto al balcón, respondió:

—Señora, le voy a decir la verdad. No es la primera vez que vengo a su habitación; porque estuve ya otras, con bastante frecuencia, aquí sentado, mientras usted bailaba en el teatro. He respirado el aire de su habitación, rindiendo así un pequeño homenaje a mi admiración; perdóneme usted.

El té saturado de veronal se enfriaba. La Grusinskaia sonrió ligeramente; pero, súbitamente, preguntó con severidad, reprimiendo la sonrisa:

—¿Quién le ha dejado entrar? ¿Fué Susita? Vamos, dígame usted cómo ha entrado.

Gaigern aventuró el gran golpe efectista, y, señalando con la mano hacia la calle, dijo:

—He entrado por ahí, desde mi balcón.

Otra vez la Grusinskaia volvió a sentirse como en sueños, invadida por la sensación de haber vivido ya otra aventura semejante. En una de las residencias veraniegas del sur de

Rusia, en Abas-Tuman, donde el Gran Duque Sergio solía llevarla, alguien, un joven, un oficialito, escondióse una noche en su cuarto. Esta aventura podía costarle la vida, y, efectivamente, poco después murió de un extraño accidente de caza. De esto hacía ya lo menos treinta años. Mientras la Grusinskaia salía al balcón mirando hacia donde señalaba la mano de Gaigern —esa mano que se extendía vagamente hacia el vacío—, surgió súbitamente el pasado delante de ella con todos sus detalles. Veía el rostro del joven oficial, que se llamaba Pavel Jerilinkov. Acordábase de sus ojos y de sus besos. Ahora sentía frío, aunque muy atenuado por el calor que irradiaba de aquel hombre, cerca de ella, en el balcón. Echó una mirada furtiva a los pocos metros de fachada que separaban aquel balcón del otro más próximo.

—¡Qué peligroso es...! —dijo distraídamente, pensando más en Jerilinkov que en el momento presente.

—¡Bah! No lo es tanto —repuso Gaigern.

—Hace frío. Cierre la puerta —dijo la Grusinskaia sin transición, y, pasando rápidamente delante de él, entró en el cuarto.

Gaigern obedeció, y cerrando la puerta, corrió las dos cortinas y esperó con los brazos colgando.

El poseía también algún talento escénico, por requerirlo así su oficio, y era preciso representar una farsa, a vida o muerte.

La Grusinskaia inclinóse, y, recogiendo del suelo el traje de escena que había tirado, lo llevó al cuarto de baño. La gota de sangre, aquel cristal rojo tallado, centelleaba. En este momento sintió un dolor vivo y lacerante. El baile no se había repetido y el público se había quedado tan fresco al ver que otra bailarina bailaba en su puesto. Público cruel. ¡Oh, qué ciudad más cruel era Berlín! ¡Qué soledad tan cruel! Había pasado por todos estos dolores y ya volvían a angustiarle el pecho. Por algunos instantes se olvidó por completo del intruso, que se parecía a Jerilinkov; pero pronto tuvo que ocuparse de él, y, acercándose mucho, tan cerca que sentía el calor de su cuerpo, le preguntó sin mirarlo:

—¿Por qué hace usted esas cosas? ¿Por qué corre esos peligros? ¿Por qué se sienta secretamente en mi cuarto? ¿Qué quiere usted de mí?

Gaigern intentó un ataque y se dispuso al salto.

—Usted lo sabe ya; porque la amo —dijo con voz acariciadora. Y guardó silencio, esperando el efecto de sus palabras.

La Grusinskaia, con la boca entreabierta, se bebía esas amables palabras pronunciadas en francés. Entraban en ella como un bálsamo, tanto que llegaron a quitarle sus estremecimientos. ¡Pobrecita! ¡Cuántos años hacía ya que nadie le había hablado así! Su vida pasó por su imaginación como un expreso vacío. Los ensayos, el trabajo, los contratos, los coches-camas, los cuartos de hotel, el trajín, un trajín espantoso, y siempre trabajo y ensayo. Exitos, fracasos, críticas, interviús, recepciones oficiales, disputas con los directores. Tres horas de trabajo ella sola, cuatro horas de ensayos de conjunto, cuatro horas de representación, y así un día y otro día. El viejo Pimenoff, el viejo Witte y la vieja Susita, y nadie más, ni un alma viviente que le hubiera dado nunca el menor calor. Ponía las manos sobre los radiadores de hoteles extranjeros, y esto era todo. Y, precisamente, cuando todo había pasado, en el mismo instante en que llegaba el insondable fin de la vida, alguien se le ponía delante en su mismo cuarto pronunciando aquellas palabras desaparecidas hacía ya largos años de su vida.

La Grusinskaia se desplomó moralmente. Sintió un dolor atroz, que sólo se tradujo en dos lágrimas, en las que se fundía la tensión nerviosa de toda aquella noche.

Gaigern observaba el desarrollo de la crisis, que no dejaba de conmoverle. "¡Pobre bestia humana! —pensaba—. ¡Pobre mujer! Está llorando. ¡La cosa no deja de ser idiota!"

Pero la situación mejoró sensiblemente cuando la Grusinskaia derramó esas dos primeras lágrimas tan dolorosas. Siguió un río de lágrimas calientes y consoladoras, como lluvia estival, hasta que por fin se arrojó sobre su lecho sollozando una retahila de palabras rusas entre sus manos, con las que se apretaba la boca. Al contemplarla Gaigern en ese estado, el ladrón de hoteles que había estado a punto de aplastarla, se transformó en un hombre, en un hombre bravo, generoso y sencillo que no podía ver llorar a una mujer sin acudir a socorrerla. Había perdido el miedo por completo y lo que aun contraía su corazón, haciéndole palpitar, era únicamente la compasión. Se acercó, pues, al lecho, y poniéndose de codos sobre aquel cuerpo sacudido por el llanto, allí inclinado sobre la Grusinskaia, empezó a susurrarle entre sus sollozos palabras de consuelo. Lo que le dijo no tenía nada de particular, y hubiera empleado las mismas palabras para consolar a cualquier otro ser que sufriera algún dolor.

—¡Pobre mujer! ¡Pobre mujercita! ¡Pobre pequeña Grusinskaia que llora! El llorar consuela, ¿verdad? Pues llora, llora, pobre nenita afligida. ¿Te han hecho daño? ¿Han sido malos contigo? ¿Quieres que me quede aquí a tu lado? ¿Tienes miedo y lloras por eso? ¡Oh, tontita mía!...

Retiró de la cama uno de sus brazos, y sacando las manos que la Grusinskaia apretaba contra su boca, se las besó. Estaban cubiertas de lágrimas; tenía también el rostro todo negro de las lágrimas mezcladas con el "rimmel" de los ojos, tanto que Gaingern no pudo contener su sonrisa, y, aun cuando la Grusinskaia continuara llorando, pudo observarlo.

Gaigern se había separado del lecho y metido en el cuarto de baño, del que salió en seguida con una esponja y una toalla para limpiarle la cara con mucho mimo y cuidado. La Grusinskaia continuaba tumbada, pero en calma ya, porque había llorado todas sus lágrimas y parecía complacida por aquellos cuidados que se le prestaban.

Gaigern sentóse a su lado sobre el borde de la cama y le dijo sonriente:

—¿Estás mejor ahora?

Ella murmuró algo incomprensible.

—Dilo en alemán —pidió él.

—¡Oh!... ¡Tú..., tú sí que eres un hombre! —murmuró la bailarina.

Esta palabra la conmovió, dando en su corazón con fuerza, como una pelota de tenis, y casi, casi le hizo daño. Las mujeres con que solía él tratar no prodigaban mucho las palabras de cariño. Porque para ellas no era más que "rico", o "nenito", o "negro mío". Oía el eco despertado en su alma, que le rememoraba algo de su infancia, algo de una esfera en que ya no vivía. Arrojó, pues, lejos d esí ese recuerdo fugaz. "Si por lo menos tuviera un cigarrillo", pensó tristemente.

Durante algunos instantes la Grusinskaia le había mirado en los ojos con una expresión vaga, de gran asombro y casi dichosa. Sentóse en la cama y con los largos dedos de sus pies enganchó las chinelas, que se le habían caído; de pronto se transformaba otra vez en una gran señora.

—Ta, ta, ta —dijo—. ¡Qué sentimentalismo más ridículo! La Grusinskaia llorando. ¿Pero es posible? ¡Vengan, vengan a verla llorar al cabo de los años mil! El señor me ha asustado mucho y es la causa de esta penosa escena.

Le hablaba en tercera persona para tenerlo a distancia y borrar el tutéo espontáneo de antes, pero ya aquel hombre estaba demasiado cerca de ella para poderlo llamar de usted. Gaigern guardaba silencio.

—Es espantoso cómo el teatro le gasta a una los nervios — prosiguió ella en alemán, creyendo que no la había comprendido —. ¡Oh, la disciplina! ¡Qué estrecha y qué cargante! ¡Cuánto nos fatiga la disciplina! Porque nos obliga a hacer siempre lo que no quisiéramos, es decir, lo que no tenemos ganas de hacer. ¿Puede uno imaginárselo? Es un cansancio extremado sujetarse así a una severa disciplina.

—No dirá usted eso por mí, ¿verdad? Porque yo hago siempre lo que me da la gana — dijo Gaigern.

La bailarina levantó una mano y dijo alegremente, ya que le volvía el buen humor:

—¡Ah, no, no, señor! No lo digo por usted, que tiene ganas de ir al cuarto de una señora y se mete dentro; que tiene ganas de escalar los balcones, a pesar del peligro, y los escala. ¿De qué más, pues, tiene ganas el señor?

—Las tengo, y muy grandes, de fumar — respondió Gaigern con franqueza.

Y la Grusinskaia, que esperaba otra cosa, encontró no obstante esta respuesta cortés y respetuosa. Dirigióse, pues, hacia el secreter y ofreció a Gaigern su cigarrera pequeña y coquetona. Tal como estaba allí la bailarina, de pie, con su kimono chino, algo desgastado, pero auténtico, y con sus zapatillas algo deslucidas también, presentaba todo el encanto frágil como un cristal con el que venía recorriendo el mundo desde hacía veinte años.

—Fumemos, pues, la pipa de la paz — dijo levantando hacia Gaigern sus grandes párpados arrugados —, para despedirnos luego.

Gaigern se tragaba ávidamente el humo, lle-

nándose la nariz y los bronquios, más tranquilo ya, aunque su posición fuera todavía bastante crítica. En efecto, un hecho cierto y seguro era que no podía marcharse con las perlas en los bolsillos, porque si lo hacía, tendría que huir esa misma noche, y al día siguiente, muy temprano..., la Policía corriendo implacable detrás de él. Esto, naturalmente, no encajaba dentro del plan de su vida. Había, pues, que quedarse a todo trance, hasta poder reintegrar las perlas a su estuche mediante un hábil truco de prestidigitación.

La Grusinskaia habíase instalado delante del espejo y estaba empolvándose el semblante serio y tranquilo. Trazó algunas rayas sobre su piel, la maquilló ligeramente y con todo se embelleció. Gaigern acercóse a ella, e interponiendo su aventajado cuerpo entre el saquito de mano vacío y la mujer, le lanzó por encima de la espalda una melosa mirada de seductor.

—¿De qué se ríe? — preguntó ella.

—Porque estoy viendo en el espejo la mujer más hermosa con que he tropezado en el mundo, y está triste esta mujer, está semidesvestida... No, no quiero seguir; me vuelvo loco. No sabía yo que fuera tan peligroso ponerse a mirar en una habitación que no es la de uno y en la que una mujer se desviste.

En efecto, mientras Gaigern hilvanaba estas frases galantes, veía reflejada en el espejo la imagen de la bailarina, tal como la había visto poco antes, y sentía la admiración y la emoción pasadas.

La Grusinskaia le escuchaba atentamente. "¡Qué fría me he vuelto!", pensaba llena de tristeza, porque ninguna fibra vibraba en ella al oír esas palabras encendidas. Sentía la honda vergüenza de las mujeres que no tienen temperamento. Luego, con un movimiento lleno de estudiada gracia, volvió su esbelto cuello hacia Gaigern y éste, asiéndole los pequeños y redondos hombros con sus cálidas y expertas manos, la besó en la espalda, entre los omoplatos.

Ese beso, iniciado sin grandes entusiasmos entre dos cuerpos desconocidos, fué de larga duración. Penetró en la medula de ella como una aguja fina y caliente y empezó a latir su corazón. Su corazón enfriado, empezaba a vibrar; cerraba los ojos, la mujer temblaba. Pero Gaigern temblaba también al separarse de ella e incorporarse, y una vena azul se señaló sobre su frente. De pronto sintió a la Grusinskaia que se le metía dentro y ocupaba todo su cuerpo; su piel, su perfume amargo y su temblor lleno de deseos, que despertaba lentamente. "¡Demonios!", pensó él bruscamente; tenía las manos como hambrientas y las extendió.

—Creo que es hora de marcharnos — dijo débilmente la Grusinskaia dirigiéndose a la imagen de Gaigern en el espejo —. La llave está puesta.

En efecto, allí estaba en la cerradura aquella maldita llave y ya podía marcharse él cuando quisiera; pero no sentía el menor deseo de hacerlo..., por diversas razones.

—No — dijo, y aquel hombre tan alto se hizo de pronto autoritario, junto a aquella mujercita trémula y vibrante como la cuerda de un violín —. No me marcharé. Tú lo sabes muy bien que no me iré. ¿Puedes creer seriamente que voy a dejarte aquí sola en estas circunstancias?... ¿A ti..., en compañía de una taza de té cargada de veronal? ¿Te figuras que no sé lo que estás tramando? Se acabó, me quedo contigo.

—Se acabó, se acabó, se acabó; pero si lo que quiero es estar sola...

Gaigern dirigióse rápidamente hacia ella y, aferrándole las dos muñecas, las apretó contra su pecho.

—No — repuso vivamente —, no es verdad, no quieres estar sola; al contrario, te da un miedo horrible la soledad; yo sé muy bien que tienes miedo, porque te conozco y es inútil que finjas; tu teatro es de cristal y veo muy bien a través de sus paredes. Hace un momento estabas desesperada, y si me marcho ahora lo estarás aún más. Dime que me quede contigo, dímelo — exclamó sacudiéndole las manos.

Ella se inquietaba; casi le hacía daño, sobre todo acordándose de que Jerilinkov le había suplicado, mientras que éste no; éste se imponía y mandaba. Débil y consolada, puso su cabeza sobre el pecho de Gaigern, cubierto por el pijama de seda azul.

—Bueno, quédate algunos minutos — murmuró débilmente.

Gaigern miraba por encima del pelo de la Grusinskaia, respirando agitadamente. El espasmo del terror empezaba a dibujarse; como en un "film", pasó rápidamente sobre sus ojos un torbellino de imágenes: la Grusinskaia muerta en su lecho, una fuerte dosis de veronal en la sangre; él huyendo por los tejados, el sumario en Springer, la cárcel (no tenía ninguna idea del aspecto interior de una cárcel, pero la vió claramente en su imaginación); vió también a su madre, y aunque muerta ya, volvía a morirse otra vez. Cuando volvió a la realidad del momento presente en aquel cuarto número 68, el temor y el peligro que había corrido se cambiaron súbitamente en embriaguez. Tomó entre sus brazos a la Grusinskaia y la depositó suavemente en el lecho, como a un niño.

—Quédate un momento — le decía al oído con voz que se había hecho más baja.

Hacía mucho tiempo que la Grusinskaia no había sentido su cuerpo; pero lo sentía ya. Durante muchos años su instinto de mujer había dormido en ella; pero al fin despertaba. Un cielo negro, lleno de cánticos, empezó a girar sobre su cabeza, y ella se precipitó en aquel torbellino de pasión...

La taza de té, sobre la mesa del cuarto, temblaba ligeramente cada vez que un auto pasaba por la calle. En aquel líquido envenenado, la luz blanca de la araña se reflejaba; luego solamente se vió el resplandor rojo del portátil de la mesita de noche, y por fin sólo quedó la claridad errante y fugaz de los avisos luminosos que se filtraban a través de las cortinas. Dos relojes proseguían la marcha de las horas; en el corredor rechinaba el ascensor... En la lejanía, un reloj de torre dió la una entre bocinazos de los automóviles y diez minutos más tarde los reflectores volvieron a encenderse en la fachada.

—¿Duermes?

—No.

—¿Estás a gusto?

—Sí.

—Estás con los ojos abiertos en este momento. ¡A que es verdad! Siento tus pestañas en mi brazo cuando parpadeas. ¡Qué extraño es que un hombre tenga las pestañas como un chico!... ¿Estás contento?

—No he sido nunca tan dichoso como ahora.

—¿Qué dices?

—Que nunca fuí tan feliz con ninguna mujer como contigo...

—Dímelo, dímelo otra vez, repítemelo.

—No, no, no, nunca fuí tan dichoso... — murmura Gaigern junto al brazo de la bailarina entre bocinazos de los automóviles y diez la verdad, porque se siente infinitamente consolado y agradecido.

Entre tantas aventuras amorosas, nunca había sentido esta felicidad. Experimentaba una sensación sin nombre, que no podía llamarse amor: la vuelta al hogar después de una larga nostalgia.

—Es lástima... — murmuraba junto a la Grusinskaia; luego levantó ligeramente la cabeza, haciéndose un nido en aquel rinconcito, un hogar cómodo y caliente en el que reinaba un perfume maternal y campestre —. Por este perfume te reconocería en seguida en cualquier parte del mundo que estuvieses, aunque me tapasen los ojos — dijo olfateando.

—Pero, dime, ¿de qué es esa lástima que dices? Dímelo y deja ahora ese perfume... Tiene el nombre de una florecilla que crece en los campos; neviada..., no sé cómo se dirá en alemán; quizá sea el tomillo; me lo hacen en París. Pero, en fin, dime, ¿qué es eso de la lástima?

—Que empezamos siempre con la mujer que menos nos conviene. Que hace uno el idiota mil noches seguidas creyendo que el dejo del amor ha de tener ese sabor soso y frío, penoso como una náusea. Esa es la lástima que te decía, que la primera mujer con la que tropecé no hayas sido tú.

—Calla, calla, niño mimado — murmuró la Grusinskaia metiendo sus labios golosos entre la cabellera de Gaigern, en aquellos mechones espesos y brillantes.

Gaigern paseaba las yemas de sus dedos por los torneados brazos de ella.

—Me admira lo ligera que eres, tan incorpórea, como una pluma, como un poco de espuma de champán en una copa — dijo con tierna admiración.

—Sí, no tengo más remedio que serlo — contestó la bailarina seriamente.

—Quisiera verte ahora. ¿Quieres que encienda la luz?

—No, no — exclama la Grusinskaia separándose de pronto.

El entonces comprende que ha asustado un poco a esta mujer, cuya edad nadie conoce con exactitud. Y de nuevo vuelve a compadecerse de ella, sintiendo una profunda piedad. Luego se acerca; vuelven a estar acostados uno junto a otro, y se quedan pensativos. En el techo se refleja la luz de la calle, en un haz estrecho y afilado como una espada, penetrando también en la habitación por las rendijas que dejan las cortinas. Cada vez que pasa un auto por la calle, una sombra fugitiva se desliza rápidamente por el reflejo del techo.

"Las perlas — piensa Gaigern — se las ha llevado la trampa por el momento; si tengo suerte y la cosa se presenta bien, podré volver a ponerlas en sus estuches mientras ella duerme. Menuda batahola va a armar mi gente cuando me vean volver sin ellas, y siempre que el chofer no haga alguna bestialidad y se emborrache esta noche el animal, estropeándolo todo. Este negocio está perdido por completo. ¡Qué mala suerte! ¿De dónde vamos a sacar ahora el dinero? ¡Dios sabe! Quizá podamos aligerárselo a ese tío provinciano, recién heredado; a ese viejo que se pasa las noches quejándose ahí al lado, en el cuarto 70. Pero, ¡bah!, son pequeñeces; no hay que pensar en ello; acaso acabe por pedirle las perlas lisa y llanamente o se lo cuente todo mañana por la mañana, y si me conduzco diestramente no será ella con seguridad la que me haga detener; esa mujercilla tan ligera y atolondrada que deja sus perlas en cualquier lado. ¡Qué mujer más rara!... Ahora ya la conozco bien. Después de todo, ¿qué le importan sus perlas? Como ha acabado con todo, nada le importa... y, sobre todo, si yo no hubiera venido, no estaría ella ya en el mundo, y, entonces, ¿para qué las querría? Bien me las podía regalar, ya que es tan buena... ¡Oh, como buena, sí que lo es!"...

La Grusinskaia, por su parte, piensa: "El tren de Praga sale a las once y veinte. Con tal de que todo marche bien..., porque todo lo he dejado abandonado; hoy no he hecho nada, y mañana todo estará revuelto. Pimenoff es demasiado débil para la "troupe", y las chicas le toman el pelo, se le suben bailando a las narices. Pero hay una cosa cierta: que despedirán a todo el que pierda el tren de mañana. Si Pimenoff no se ha ocupado esta tarde de las decoraciones, no podrán embalarse mañana. Los tramoyistas tendrían que haber hecho horas extraordinarias esta noche. Seguramente, de lo que yo no he dispuesto, no se habrá hecho nada; el descuento de Meierheim... Pero, ¡Dios mío!, ¿cómo he podido marcharme así, abandonándolo todo? Porque Witte si no se le vigilara, no haría nada de provecho. No tengo más remedio que

ocuparme de todo, y esta noche no he estado allí. No es chica la catástrofe que se avecina; ya hace tiempo que Lucila está cada vez más insolente e insubordinándome a todo el mundo. ¿No le parece a usted que no son bastante grandes las letras con que la anuncian en los carteles y que no le hacen nunca el reclamo que debieran? Pero vosotros no servís para nada y hay que conduciros a latigazos. Me habéis hecho mala, infatuada de mí misma y cansada. ¡Dios mío, qué cansada estaba ayer! ¡Qué poco faltó para que os vierais sin la Grusinskaia, y entonces sí que hubierais comprendido la falta que os hago! Pero ya no estoy fatigada y podría levantarme ahora mismo y bailar todo el programa o un repertorio nuevo, una danza nueva. Diré a Pimenoff que me prepare alguna novedad: la danza de la angustia. ¡Oh!, sí, ahora la podría bailar, tres vueltas sobre las puntas para empezar..., o bien otra cosa diferente, sin nada de puntas... Pero el caso es que estoy viva —piensa luego emocionada—. Vivo y bailaré otras danzas que me darán más éxitos. Vosotros hace más de diez años que casi me dejáis perecer de hambre. Parece mentira que un muchacho loco que se mete en mi cuarto por el balcón pueda haberme inyectado tanta energía, un chiquillo adorable que recién conoce el amor..."

La Grusinskaia sube el embozo y tapa a Gaigern como a un niñito, y él le dirige palabras de agradecimiento, sintiéndose pequeño y desgraciado junto a aquella carne tibia y amparadora. Sus cuerpos han tomado ya una grande y mutua confianza, pero sus pensamientos siguen sin conocerse, pasan y se entrecruzan, extraños en la noche. En todos los lechos del mundo ocurre lo mismo: que se acuestan en ellos parejas tan cerca y tan lejos uno de otro.

Fué ella la primera que quiso buscar en aquella alma incógnita, y por eso, asiéndole entre sus manos la cabeza, como un fruto grande y pesado que hubiera recogido al sol, le dijo muy bajito al oído:

—Todavía no sé cómo te llamas, amiguito.

—Me llaman Félix, pero mi verdadero nombre es Félix Amadeo Benvenuto, barón de Gaigern. Tú tienes que llamarme de otro modo, con algún nombre diferente que pronuncien tus labios para mí solo.

La Grusinskaia se queda un momento pensativa, sonriendo dulcemente.

—Preciso es que tu madre estuviera loca contigo cuando naciste para ponerte esos nombres tan bonitos —dijo luego—. ¡Hay que ver!: el dichoso, el amado por los dioses, el bienvenido. No llorarías cuando te bautizaron, ¿verdad?

—No sé, no me acuerdo bien.

—¡Ah!, ¿no sabes? Yo también tengo un hijo, una niña. ¿Cuántos años tienes tú, Bienvenido?

—Hoy he vuelto a encontrar mis diecisiete años entre los brazos de una mujer; pero tengo treinta.

Se añadía algunos; quería parecer algo más viejo, por delicadeza hacia aquella mujer, que sentía bajo la cruda claridad de la lámpara el miedo de sus propios años. Y, sin embargo, la pobre sufre: "No hay duda —piensa ella— que podría ser muy bien el padre de mi nieto Pompon, que tiene ocho años. En fin, a otra cosa".

—¿Cómo eras de niño? Muy bonito, ¿verdad?

—Ya lo creo, una preciosidad; siempre lleno de manchas, chichones y arañazos. Nuestros mozos de cuadra eran gitanos, porque éstos abundan en la frontera donde teníamos la finca, y sus chiquillos desharrapados eran mis amigos. Cuando rememoro mi infancia, me huele todavía a cuadra. Después fuí durante varios años el terror de algunos bandidos; hice también la guerra, cosa que me divertía mucho, tanto que, a depender de mí, la hubiera hecho más cruel todavía. Si volviera a empezar, mis cosas marcharían muy bien otra vez...

—¿Y ahora no, canallita? ¿De qué vives? ¿Qué clase de hombre eres?

—¿Y tú? ¿Qué especie de mujer eres? No conozco ninguna como tú. Lo corriente es que tengáis pocos secretos; pero tú me intrigas mucho más que otras; siento curiosidad, y aun quisiera preguntarte muchas cosas. Eres algo aparte de todas las demás mujeres...

—Lo único que tengo es que me he quedado antigua y fuera de moda; pertenezco a un mundo, a un siglo diferente del tuyo, y eso es todo —dijo la Grusinskaia sonriendo en la oscuridad mientras sentía una picazón en los párpados a causa de las lágrimas que subían a sus ojos—. Nosotras las bailarinas recibimos una educación muy rígida y severa, como si fuéramos soldaditos, y en el Instituto de bailes imperiales de Petrogrado se nos enseña bajo una disciplina férrea... Allí no somos más que un batallón de reclutas para complacer a los grandes duques... Toda muchacha que a los quince años empezaba a engordar demasiado, tenía que llevar puesto un corsé de acero para que no siguiera aquello. Yo era pequeñita, pero dura como el diamante y muy ambiciosa,



¿sabes? Ardía la ambición en mi sangre como sal y pimienta. Era una verdadera máquina del deber, que trabajaba sin tregua, sin reposo ni descanso, sin pararme nunca. Y después, ya sabes lo que pasa con la celebridad, después de tanto correr tras ella: que nos deja instaladas, sí, en pleno éxito, pero en la más espantosa y fría soledad, tan desamparada de todos como en el Polo Norte. Este es el resultado de sostener esos triunfos durante cinco, diez, veinte años y siempre, siempre igual. ¿Me comprendes ahora? Mira, cuando pasamos en tren por delante de la casilla de una guardavías o nos lleva nuestro auto a través de un pueblecito, vemos siempre gente sentada a las puertas, inmóviles, idiotas, el gesto inexpresivo, las manos abiertas sobre las rodillas. ¿No es así? Pues bien, yo puedo asegurarte que cuando me siento fatigada no deseo otra cosa: sentarme así largas horas con los brazos cruzados. Pero no puedes hacerlo cuando, como yo, eres víctima de tu propio cartel. ¿Vas a presenciar impasible que otras trabajen por ti, esas horribles alemanas dislocadas, esas negras, ese montón de ineptitudes? No, Benvenuto, no, eso es imposible; se odia el trabajo, se queja una de él, todo lo que quieras; pero hay que seguir trabajando, porque si no, no se puede vivir. Con tres días nada más que me tome de descanso empiezo ya a preocuparme de si no perderé la línea y me pondré hecha un barril. La técnica se la lleva el demonio. Es preciso bailar, es una obsesión; créeme, ni la morfina, ni la cocaína hacen tanto daño, porque no hay ningún vicio en el mundo que envenene tanto como el trabajo y el éxito. No hay más remedio que bailar a todo trance, y esto es también muy importante para mí, porque el día que yo lo deje no habrá en el mundo nadie que sepa bailar como yo, fíjate bien. Todas las demás no son otra cosa que aficionadas, y esto no basta: tiene que haber en el mundo alguien que sepa lo que el baile significa en medio del terrible materialismo histérico que nos invade. Yo he aprendido a bailar con las más célebres "estrellas" del arte en otros tiempos, la Kschesinskaia, la Trefilovna, quienes, a su vez, fueron discípulas de otras celebridades de hace cuarenta, sesenta años. A veces pienso que mi destino es ése: bailar yo sola, contra el mundo entero, contra el cruel "hoy". El mundo actual, vosotros todos, esa caterva de ventajistas, de chalanes de automóviles, antiguos soldados de la gran guerra y accionistas, sois mi público, y esta pequeña Grusinskaia, tan vieja ya, ¿verdad?, tan ruín, tan bailada, todavía os encanta con sus pasos de hace doscientos años, todavía os conquista, entusiasmándoos entre risas o lloros en un éxtasis de locura y felicidad... Y todo eso, ¿por qué? ¿Por esa brizna de baile anticuado? Luego tiene su importancia, a pesar de todo. Así es, ya que lo que tiene su razón de ser para el mundo, lo que le es necesario, puede constituir un éxito mundial. Pero junto a esto todo se desmorona, se borra todo sentimiento de humanidad, desaparece todo; yo no soy ya una mujer, sino una masa de responsabilidades que marcha por el mundo. El día en que el éxito muere, en que creemos que ya nuestra vida no tiene razón de ser, ese día es cuando acaba todo para nosotros. ¿Me escuchas, me comprendes? Quisiera que me comprendieses —dijo la bailarina en tono suplicante.

—No del todo, pero casi, casi...; hablas tan de prisa el francés... —respondió Gaigern.

Cuantas veces, durante su largo acecho de las perlas, había asistido a sus bailes, se había aburrido soberanamente, y le admiraba mucho que la Grusinskaia siguiera arrastrando sus bailes cuando, al parecer, tanto martirio le causaban. La Grusinskaia seguía hablando apoyada con sus brazos sobre las rodillas y pronunciando las más amargas palabras con su voz fina, caliente y bien modulada, mientras Gaigern, no sabiendo qué contestarle, se contentó con sonreír, al mismo tiempo que pensaba en aquello tan bonito que le había dicho de la gente sentada y ociosa a las puertas de sus casas.

Por fin rompió el silencio:

—¿Por qué no intentas bailar esas escenas?

Y ella se echó a reír.

—¡Pero, hombre, por Dios! ¡Si eso no se puede bailar! ¿Cómo le va a gustar a nadie que me presente vestida de vieja andrajosa, con un pañuelo amarrado a la cabeza y los dedos desfigurados por el reuma? Habría que hacerse de madera...

De pronto interrumpió la frase: ya antes su cuerpo se había sentido entregado a la novedad de esas danzas, hecho por el cual se contraía y estiraba. Imaginábase ya la decoración, pues conocía a un pintor en París, joven y exaltado, que podría pintar el ambiente típico de esas truculentas escenas. Figurábase ya este nuevo baile, le hormigueaba en las manos y en los músculos contraídos del cuello. Admirada y con la boca abierta, seguía en la oscuridad sin respirar apenas, tan grande era la tensión de sus nervios. La alcoba fué llenándose de mil figuras reales y palpitantes que ella no había bailado jamás, pero que eran perfectamente escenificables. Una pordiosera que extendía hacia la limosna sus trémulas manos; una aldeana vieja bailando en la boda de su hija; delante de una barraca de feria, una titiritera de cara famélica realizaba sus lamentables trucos; un mujer, bajo un farol, esperaba el

paso de los hombres; una sirvienta jovencita a la que golpean sus amos porque ha roto una fuente; una niña de quince años a la que se obligaba a bailar desnuda delante de un hombre gigantesco y resplandeciente de pedrería, un gran señor, un gran duque; la espinosa parodia de una institutriz; una mujer que huía aunque nadie la persiguiera; otra que quería dormir y no la dejaban; otra que se asustaba ante el espejo; otra, en fin, que se envenenaba y moría...

—Cállate ahora, no te muevas —murmuraba la bailarina con los ojos perdidos en el techo, sobre el que proyectaba la abertura del balcón como una espada de luz.

La alcoba había tomado ese aspecto lúgubre y encantado tan frecuente en los cuartos de hotel. Abajo, los autos rugían y bramaban como animales, porque la Liga de los Filántropos había terminado sus fiestas y la gente empezaba a desfilar a las dos de la mañana. La noche se hacía más fresca.

Con un ligero estremecimiento se arrancó la Grusinskaia de aquel remolino de imágenes y fantasías, para volver a la realidad. "Si lo supiese Pimenoff —pensaba—, él, que acababa de crear su nuevo "ballet de las mariposas", diría que estoy loca de remate, y acaso lo estaré realmente". La imaginación cesó por fin de martirizarla, y, aunque el vuelo de su pensamiento había durado escasamente un par de minutos, a ella le pareció que volvía de un largo viaje. Estiróse, pues, perezosamente en el lecho, donde seguía también Gaigern, cuya presencia casi causaba extrañeza a la bailarina.

—¿Qué clase de hombre eres? —volvió a preguntarle en la oscuridad, con su cara pegada a la de él; y en ese momento sintió profundamente la admiración de tanta intimidad mezclada a su ignorancia completa de aquel hombre—. Ayer no te conocía todavía. ¿Quién eres, pues? —preguntó muy cerca de la boca de Gaigern.

El, que estaba a punto de dormirse, la estrechó entre sus brazos, y el contacto de la espalda le hizo acordarse de su galgo "Lisset", allá lejos, en su casa.

—¿Que quién soy yo? ¡Bah! No valgo gran cosa —respondió obedientemente, pero sin abrir los ojos—. Soy un hijo pródigo, soy la oveja descarriada de un rebaño, una mala persona que acabará en la horca.

—¿De veras? —preguntó ella con una risita que le salía de lo más profundo de su garganta.

—Sí —dijo Gaigern con convicción; hasta aquí había empezado a citar por broma las mismas reprimendas que le dirigían en el pensionado; pero allí, en aquella cama, entre los tiernos efluvios del tomillo, se sentía acuciado de un deseo de confesión y sinceridad—. Soy un hombre sin freno moral —prosiguió hablando en la oscuridad—, carezco de carácter y soy terriblemente curioso. No puedo sujetarme a ninguna regla y no sirvo para nada. Allá en mi casa aprendí a montar a caballo y a jugar al gran señor; en el colegio, a rezar y a mentir, y en la guerra, a disparar y a esconderme. Y eso es todo lo que soy. Soy un bohemio, un indeseable, un aventurero...

—Tú..., ¿y qué más?

—Soy jugador y no me quedo corto en hacer trampas. También he robado. En definitiva, debía estar ya preso; pero en lugar de estarlo, me encuentro libre, voy donde quiero, mi salud es inmejorable y no me privo de nada de lo que me gusta. También me emborracho alguna que otra vez y, además, odio el trabajo con mis cinco sentidos desde niño.

—¿Y qué más? —murmuró la Grusinskaia encantada; la risa contenida le hacía temblar la garganta.

—Además soy un criminal que escala las fachadas —dijo Gaigern somnoliento— y que roba con fractura.

—¿Y nada más? ¿No serás también asesino?

—Claro que sí; también lo soy, y poco ha faltado para que te asesinase —murmuró Gaigern.

La Grusinskaia continuaba riendo inclinada sobre el rostro de él, que no veía, pero que adivinaba; mas de pronto se puso seria, y, aprisionándole el cuello entre sus dedos, le dijo muy bajito, al oído:

—Si tú no hubieras venido ayer, a estas horas no estaría yo en el mundo.

"¿Ayer? —pensó Gaigern—. ¿A estas horas?" La noche pasada en el número 68 había durado una eternidad; le parecía haber transcurrido años desde que había visto a esta mujer desde el balcón. Y sintió miedo. La estrechó entre sus brazos, con fuerza, como si luchara, y sintió, con una rara alegría, que los músculos flexibles de la Grusinskaia resistían.

—No volverás a hacer más esto, porque no te dejo marchar. Te necesito y tienes que quedarte conmigo —le dijo, resonándole dentro estas palabras, de las que él mismo se sorprendía, dichas así con voz ronca que parecía salirle del fondo de su corazón.

—No, ahora todo es muy diferente, ahora todo marcha bien; ahora estás cerca de mí... —murmuró la Grusinskaia, sin que él pudiera comprenderla, porque lo decía en ruso.

Sin embargo, la entonación de estas palabras le conmovió profundamente, y la noche volvió a llenarse de caricias. Los pájaros fantásticos del tapiz salieron de los ramajes...; el hombre olvidó las perlas en el bolsillo de su pijama azul y la mujer olvidó la falta de éxito en la escena y la taza de té saturado de veronal...

Ninguno de los dos se atrevió a pronunciar la palabra "amor", esa palabra tan frágil. Estrechamente unidos, se arrojan al torbellino de una noche de pasión, y pasan del abrazo al susurro, del susurro al breve sopor y al ensueño, y del ensueño al abrazo siguiente... Dos seres humanos provenientes de dos extremos del mundo para encontrarse durante algunas horas en el lecho de un hotel tan frecuentemente ocupado, del cuarto número 68.

* * *

Apenas si el amor había ocupado sitio en la vida de la Grusinskaia, porque todo cuanto su cuerpo y su alma encerraban de pasión se exteriorizaba en el baile. Es verdad que había tenido algunos amantes, porque una bailarina célebre necesita tenerlos como necesita poseer perlas, un "auto" y vestidos de los grandes modistos de París y de Viena. Rodeada de hombres que se rendían de amor, cortejada y perseguida por sus pretendientes, no creía, en el fondo, en la existencia del amor. No veía en eso otra realidad que la de las decoraciones de tela pintada, el templete de amor y los boscajes de rosas entre los cuales se desarrollaban sus danzas. Aunque era por naturaleza fría y poco personal, pasaba por ser una amante admirable. Pero practicaba el amor como una obligación de su oficio, como una pieza de teatro, agradable algunas veces, y siempre cansada, que no necesitaba de grandes recursos artísticos. Toda la flexibilidad de su cuerpo —todo lo que había en ella de ondulante, de gracioso, de refinado, de tierno y acariciador, de conmovedor y frágil—, su arranque y su ímpetu, todas estas cualidades que componían su arte, las desplegaba abundantemente cuando pasaba la noche con un amante. Casi siempre conseguía emborracharlos de dicha, aunque ella se conservara más tranquila y equilibrada. Cuando bailaba, llegaba a despojarse de todo, a exaltarse, a olvidarse de sí misma, y a veces, sus compañeros de baile le oían lanzar pequeños gritos a media voz, cantar algunas notas, como un pájaro, mientras realizaba figuras más difíciles y vertiginosas. En cambio, cuando se entregaba al amor, no perdía nunca el juicio, se vigilaba estrechamente a sí misma. Y era extraño que no creyera en el amor ni le hiciera falta alguna, y que, sin embargo, no pudiera vivir sin él. Efectivamente, el amor, como ella no ignoraba, formaba parte integrante del éxito. Mientras fué joven y vió siempre lleno de flores y cartas su *camerino;* mientras había encontrado hombres plantados en todos sus caminos, dispuestos a morir por ella, a acometer cualquier locura, a abandonar por ella fortuna y familia; mientras había durado este triunfo, se había sentido en pleno éxito, estimable por las declaraciones amorosas, por las amenazas de suicidios, las persecuciones a través del mundo, el valor de los regalos que le hacían sus pretendientes, y no solamente por esto, sino también por los aplausos, las críticas y el número de llamadas a escena. Ella lo ignoraba; pero los entusiastas que hechizaba eran, en definitiva, para ella un público ante el que triunfaba. Y por primera vez sintió con terror el declive del éxito cuando su amante Gastón la abandonó para casarse con una señorita de una gran familia, pero sin ningún atractivo personal. La atmósfera ardiente que la había envuelto durante años se enfrió, sintió extenderse en torno suyo la sombra de la tarde. Era un descenso, una escalera con más de cien mil escalones, tan pequeños, tan pequeños que apenas si se enteraba de que los iba bajando. Y, sin embargo, ¡qué camino más interminable había desde la Grusinskaia que antaño había deslumbrado con sus danzas al mundo entero de preguerra, a la pobre Grusinskaia de ese instante, que mendigaba algunos aplausos a un público escéptico, hosco y estragado! Y al final de esta penosa marcha no quedaba, como última consecuencia, otra cosa que la soledad y una fuerte dosis de veronal... He aquí por qué aquel hombre que encontró en el balcón era para ella mucho más que un hombre; era la aparición milagrosa que surgía en el momento crítico, en el cuarto número 68, para salvarle la vida; era el éxito tangible que venía a ponérsele delante, el mundo que ardientemente se introducía hasta su habitación; era la prueba de que los tiempos románticos no estaban completamente revueltos, aquellos tiempos en que el joven Jerilinkov se había hecho matar por ella. Ella se había dejado caer..., y alguien venía para levantarla.

Figuraba entre el repertorio de la Grusinskaia una danza en la que la muerte y el amor bailaban un *pas de deux;* algunas veces, jóvenes poetas le habían enviado versos en los que se expresaba ese pensamiento trivial de que la muerte y el amor son como hermano y hermana. Aquella noche la Grusinskaia vivía por sí misma ese lugar común lírico. La dolorosa locura de la noche anterior se transformaba en una embriaguez y en un vértigo de gratitud que la hacía asirlo todo, tomarlo todo, sentirlo y guardarlo todo febrilmente para sí. Era el deshielo de muchos años de nieve. Su frialdad, que había escondido toda su vida como un secreto vergonzoso, se fundía. Se había sentido tan miserable y sola durante un largo número de años, que hasta algunas veces le había mendigado a su compañero Miguel, como una limosna, un poco del calor de su piel joven y ardiente. Aquella noche, en el cuarto del hotel indiferente, en una cama de cobre, fabricada en serie, sentía que se abrasaba, que se metamorfoseaba al descubrir el amor, en cuya existencia no había creído nunca.

Las habitaciones número 68 y 69 eran parecidas, de modo que Gaigern, al despertarse, no supo de pronto dónde se encontraba, y al ir a volverse hacia la pared de su habitación, tropezó en el lecho con el menudo cuerpo de la Grusinskaia, dormida, y que respiraba dulcemente. Entonces se acordó y la maravillosa y profunda confianza de la primera noche que habían pasado juntos le hacía sentir un dulce cansancio. Retiró, pues, su brazo, que se le había adormecido debajo del cuerpo de ella, y con una emoción ligera y dichosa rememoró los sucesos de la noche. No hay duda de que estaba enamorado, y un sentimiento de dulzura y de gratitud infinitas que no había conocido hasta entonces le colmaba de dicha,

"La verdad es que, dejando a un lado las perlas —pensaba no sin cierta vergüenza—, prescindiendo de este asunto fracasado de las perlas, soy un menguado que se mete en una habitación a contar una historia fantástica, a representar una comedia y a engañar a una mujer que todo se lo cree. Es verdad que ella no deseaba otra cosa. ¡Cuántos fingen comedias y cuántas se las creen! En el fondo, se empieza siempre por ser un charlatán y un salteador; pero luego cae uno en sus propios lazos, porque siento que te quiero, Mounita, querida y pequeña Neviada; te quiero, sí, te quiero".

Hacía fresco en el cuarto y afuera debía estar ya a punto de amanecer; la calle estaba silenciosa y un hilo de luz grisácea se deslizaba entre las cortinas. Los motivos de la tapicería empezaban ya a animarse y a vibrar sobre las paredes, a la vaga claridad de la mañana. Gaigern se deslizó cautelosamente fuera del lecho. La bailarina dormía con un sueño profundo y tenía la barbilla apoyada sobre su propio hombro. Ahora que toda la agitación de la noche había pasado, parecía que los dos sellos de veronal hacían su efecto. Gaigern le asió la mano, que caía fuera de la cama, y luego de haber apoyado cariñosamente sus ardientes párpados contra la palma de aquella manecita inerte, la colocó con suavidad bajo el embozo, como si la Grusinskaia hubiera sido una muñeca. Casi a tientas pudo llegar hasta el balcón, cuyas cortinas separó con cuidado. La dormida no despertó. "Este es el momento de poner las perlas en su sitio", pensó Gaigern, admirándose él mismo por haber encontrado esta solución tan sencilla. "He aquí un "round' que no ha servido para nada", pensó luego, aunque sin mal humor, porque le gustaba aplicar estas expresiones deportivas a sus empresas aventureras. Entró en el cuarto de baño para vestirse. Al lavarse las manos, la cortadura que tenía en la derecha empezó a sangrar; pero la chupó ligeramente un momento y ya no volvió a hacer caso de ella.

El acre olor a laurel marchito que llenaba la habitación era cada vez más fuerte. Gaigern, sediento de aire, salió a respirar al balcón; tenía todavía el pecho invadido por una opresión agradable y desconocida.

Allá fuera, la niebla de la mañana se extendía sobre la calle; ni un auto ni alma viviente pasaban. Sólo a lo lejos se oyó el estrépito de un tranvía que rodaba sordamente. El sol no había salido todavía y no se veía más que un resplandor uniforme de un gris lechoso. Luego un ruido de pisadas hacia la esquina de la calle... y después otra vez el silencio. Si acaso el grito de un pájaro enfermo, un papel que pasa rodando por el asfalto a impulsos del viento. El árbol plantado cerca de la entrada número 2 mueve románticamente su copa. En pleno centro de la ciudad, un pájaro de marzo, después de un sueño demasiado largo, ensaya su voz en una alta rama que se mece. Un camión cargado de cajas y garrafas de leche pasa trepidando ruidosamente y como poseído de su importancia; la niebla, que se va disipando, huele al agua de los lagos y a la esencia; los herrajes del balcón gotean de humedad. Gaigern encuentra en el bacón su calzado de salteador y lo mete rápidamente en el bolsillo, donde están los guantes y la lámpara eléctrica, con los quinientos mil marcos de perlas, de las que aun no ha podido desembarazarse. Vuelve luego al cuarto y deja las cortinas abiertas; la luz gris cae sobre el tapiz formando un triángulo que llega hasta el lecho de la Grusinskaia, que sigue dormida.

Estaba ya extendida, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás, algo vuelta a un lado; la cama era demasiado grande para su personita tan menuda. Gaigern, para quien la mayor parte de las camas de hotel eran demasiado cortas, encontró en ello algún motivo de broma y admiración. A continuación se le ocurrió un pensamiento lleno de ternura: tomó de encima de la mesa la taza de té con el veronal y los tubos vacíos, y los llevó al cuarto de baño, y con el cuidado con que lo hubiera hecho una niñera enjuagó la taza y la secó con una toalla, y luego, como un chiquillo, puso un beso en la salida de baño de la Grusinskaia, que estaba allí colgada; y como no supiera dónde echar los tubos vacíos, se los metió en el bolsillo con las perlas. Cuando volvió a acercarse al lecho, la Grusinskaia suspiraba en sueños. Adelantó la cabeza y se inclinó sobre ella, que seguía dormida. El día iba entrando y había más luz, por lo que pudo ver muy de cerca y a sus anchas la cara de aquella mujer. La lacia cabellera caída hacia atrás dejaba al descubierto las estrechas y sombreadas sienes; dos profundas arrugas bajo los párpados cerrados acusaban claramente los años, y aunque Gaigern se dió perfecta cuenta de ello, no se disgustó. En cambio, la boca era un encanto, sobre una barbilla graciosa, aunque algo ajada. Algunos polvos mate cubrían aún la frente cerca de la punta dibujada por la raíz del pelo. Gaigern recordó sonriendo que la noche anterior había sacado ella una polvera de debajo de la almohada y que se había estado empolvando antes de dejarle encender la lámpara de la mesilla. "Ahora sí que te veo bien, aunque tú no quieras", pensaba con la sensación de un triunfo salvaje, como un raptor ancestral de las edades primitivas. Al explorar aquella fisonomía como un nuevo paisaje del que se parte a la ventura, descubrió dos rayas misteriosas y simétricas que bajaban desde las sienes al cuello, pasando cerca de las orejas, y que eran más claras que el resto de la piel. Pasó suavemente el dedo por encima: eran dos cicatrices sumamente tenues que encuadraban el rostro formando como la orilla de una careta, y de pronto Gaigern comprendió lo que era. Eran las cicatrices de la coquetería, incisiones hechas en la piel para estirarla y rejuvenecerla. Se acordaba de haber leído algo respecto a esto mismo. Meneó la cabeza sonriéndose escépticamente e, inconsciente de lo que hacía, se puso a palpar sus propias sienes, que estaban duras y bajo las cuales latían las venas con una pulsación vigorosa y sana.

Con una delicadeza extremada puso su cara contra la de la Grusinskaia, como si quisiera transmitirle algo de sí mismo. En este momento la quería con un amor tan tierno y compasivo, que a él mismo le sorprendía grandemente. Sentíase limpio de conciencia y digno, aunque algo ridículo en su emoción por aquella pobre mujer, cuyos secretos había descubierto. Se separó del lecho, permaneciendo algún tiempo de pie delante del espejo, con la frente contraída, la boca entreabierta y profundamente abstraído. Se preguntaba si, a pesar de todo, no podría quedarse con las perlas. Pero no, no era posible. Por el momento era siempre el barón de Gaigern, un hombre más bien ligero, que se rodeaba de malas compañías y estaba entrampado hasta los ojos, pero digno de confianza a pesar de todo. Si salía de aquella habitación con las perlas no tardaría en correr tras él la policía, y entonces sí que se acababa su vida de noble considerado y se le perseguiría como a un vulgar criminal. No le placía eso y lo que le contrariaba era que se había convertido en el amante de la Grusinskaia, cosa absolutamente ajena y contraria a su programa...; pero era un hecho que venía a transformarlo todo. Estudiaba sus probabilidades como hubiera calculado las de un "match" de boxeo o de un concurso de "tenis". Para él las aventuras, como ésta que había emprendido para apoderarse de las perlas, eran un deporte. En su actual situación era imposible robar esas perlas; a lo sumo podía esperar que buenamente se las regalara la Grusinskaia, y todo era cuestión de saber esperar. "Esperar", pensó Gaigern suspirando profundamente. Sus reflexiones eran muy justas y atinadas. No quería confesarse a sí mismo que había algo más en este asunto, porque no le gustaba aparecer ridículo ante sus propios ojos y odiaba el sentimentalismo. Luego miróse al espejo y pensó de mal humor: "De todos modos, no voy a robarle sus alhajas a una mujer con la que me he encariñado. ¡Qué le vamos a hacer! La cosa ha fracasado y no tiene remedio... Neviada —pensó volviéndose hacia el lecho con una repentina explosión de cariño—, pobre Mounita, mucho más me gustaría hacerte un regalo, darte muchas cosas, algún objeto lindo y valioso que te hiciera feliz, nenita mía". Procurando no hacer el menor ruido, sacó la sarta de perlas de su bolsillo. Ya casi no le gustaban, y después de todo, acaso fueran falsas, a pesar de todas las fantasías que habían corrido por la Prensa, o que no tuvieran realmente el valor que se les atribuía.

Cuando la Grusinskaia intentó despertarse, tenía la cabeza envuelta en sueño, como si se la hubiesen vendado con gruesos lienzos. "Esto es del veronal", pensó en seguida, y no abrió los ojos. De algún tiempo a esta parte tenía miedo a despertarse, ya que se veía en seguida frente a las penosas realidades de su vida. Esta mañana presintió vagamente que algo muy bueno y agradable le esperaba, aunque no lo hallara inmediatamente. Pasóse la lengua por los labios, que el pesado sueño del veronal había secado durante la noche, moviendo luego los dedos. Su cuerpo estaba fatigado, extenuado, pero era profundamente dichoso, como después de un brillante éxito, como después de una noche de muchas llamadas a escena, en que hubiera tenido que entregarse por completo bailando. Sintió que la luz de la mañana bañaba sus párpados perezosos, y por un momento se imaginó que estaba en Tremezzo, con el reflejo gris rosado del lago en su alcoba. Por fin decidióse a abrir los ojos.

Y lo primero que vió fué una colcha extraña y alta como una montaña que cubría sus rodillas, y después la tapicería del hotel donde los rojos frutos de los trópicos colgaban de unos finos y esbeltos tallos: una composición obsesionante y febril que atraía y retenía la mirada. El rincón cercano del pequeño escritorio estaba en la obscuridad, porque la cortina de la ventana estaba echada por ese lado y no se podía ver la hora del reloj. Entraba fresco

por la puerta abierta del balcón, y al lado del tocador, contra la luz del balcón, la Grusinskaia, aunque medio dormida, vió dibujarse la ancha y sombría silueta de un hombre. Estaba de espaldas, con las piernas abiertas y bien plantadas, absolutamente seguro de sí mismo y entregándose a un trabajo que la bailarina no podía ver. "Estaré soñando todavía", pensó la Grusinskaia, porque aun estaba demasiado somnolienta para asustarse. "¡Bah!, no es la primera vez que me ocurre", pensó luego, y por último se acordó de Jerilinkov. Pero de pronto su corazón se puso en marcha como un motor: despertóse, pues, completamente, y miró en torno suyo.

Respiraba con la boca cerrada furtivamente, pero de un modo profundo. Con la respiración, todos los recuerdos de la noche se precipitaron en ella. Sacó luego un brazo fuera del embozo, un brazo sumamente ligero, que sentía como ganas de echar a volar. Cogió a hurtadillas su polverita y empezó a empolvarse con mucha atención y minuciosidad, mirándose en el pequeño espejito redondo de la caja. El delicado aroma de los polvos la alegraba; se encontró bella, sintiéndose como enamorada de sí misma y como no lo había estado hacía largo tiempo. "Benvenuto", dijo para sí, y luego, en ruso: "Chelanni"; pero como no pronunció este nombre en alta voz, él no pudo oírlo. Allí estaba Gaigern mostrando sus piernas separadas y sus anchas espaldas. "Parece uno de los ayudantes del verdugo de Signorelli", se dijo la Grusinskaia, mientras el hombre seguía dedicado a su misteriosa manipulación sobre la tabla del tocador. Entonces ella incorporóse sonriente en el lecho y se puso a mirar.

En efecto, tenía entre las manos el maletín de las perlas. La bailarina oyó perfectamente el crujido seco de uno de los estuches al cerrarse, ese ruido que le era tan familiar del estuche largo de terciopelo azul, donde dormía el collar de las cincuenta y dos perlas de regular tamaño. Al pronto no pudo explicarse por qué ese ruido la llenaba de una angustia mortal. Parósele un segundo el corazón, para latir luego con más fuerza, y sintió en su interior una profunda y dolorosa conmoción; la sangre le hacía daño, agolpándose a las yemas de los dedos y lo mismo en los labios. No obstante, continuaba sonriendo, se olvidaba de borrar esa sonrisa de sus labios, y eso que su cara se enfriaba rápidamente, poniéndose blanca como el papel. "Entonces es un ladrón", se dijo al recobrar su lucidez por completo, y este pensamiento le atravesó el corazón como una puñalada seca y fatal. Creyó desmayarse —lo deseaba ardientemente—; pero lejos de perder el conocimiento, sintió su cerebro surcado un momento por una infinidad de pensamientos netos y agudos que se cruzaban y chocaban entre sí como las espadas en un combate.

Tuvo la horrible sensación de que la habían engañado villanamente; un sentimiento de vergüenza, de miedo, de cólera, un acerbo dolor y al mismo tiempo una gran debilidad: de no querer ver, de no querer comprender, de no confesarse la verdad: una huída hacia la misericordia de la mentira.

—*Que faites-vous?* —dijo, dirigiéndose a aquel hombre de espaldas de verdugo que las tenía vueltas hacia ella: creyó la bailarina que gritaba, cuando lo que sólo hizo fué murmurar bajito: "¿Qué hace usted ahí?"

Gaigern se asustó tanto que llegó a inmutarse realmente, retratándose en su rostro una zozobra que valía por la más elocuente confesión. Tenía entre las manos el estuche de una sortija; el saquito de mano estaba abierto, y los hilos de perlas, allí extendidos sobre el tocador.

—¿Qué haces ahí? —volvió a preguntar la Grusinskaia, y era un espectáculo triste y lamentable verla sonreír con el rostro lívido y contraído.

Gaigern lo comprendió en seguida y otra vez volvió a sentir compasión por aquella mujer, hasta el punto de que casi llegaron a latirle las sienes. Hizo un esfuerzo y se rehizo.

—Buenos días, Mouna —le dijo jovialmente. —¿No sabes que mientras dormías he encontrado un tesoro?

—¿Pero cómo has podido descubrir mis perlas? —preguntó la Grusinskaia con voz ronca, y con la mirada de sus hermosos ojos, muy abiertos, suplicaba: "¡Miénteme, miénteme, por favor!"

Gaigern se acercó y le puso la mano delante de los ojos como una pantalla. "¡Pobre cosa, pobre mujer!"

—He sido muy impertinente —dijo—; lo reconozco, poniéndome a registrar tu saco de mano; pero es que buscaba una venda, algún trocito de trapo, en fin, cualquier cosa..., y me figuré que podría encontrar algo en tu "necessaire" de viaje, y lo que he hallado es tu tesoro. Me parece ser Aladino en la gruta...

Hasta los ojos de la Grusinskaia habían palidecido, tomando un color plomizo; pero volvían ya poco a poco a tomar su color natural negro azulado. Gaigern puso delante de ellos, como una prueba de convicción, su mano derecha, cuya palma presentaba una ligera herida sangrante. Ella puso mimosamente sus labios sobre la herida, mientras Gaigern, con la otra mano, le acariciaba las guedejas, atrayendo la cabeza de la bailarina hacia su pecho desnudo bajo el pijama azul entreabierto.

—Tontita... —le dijo cariñosamente—, creías acaso que iba a robarte tus perlas.

—No, eso no —mintió ella.

Y así dos aseveraciones contrarias a la verdad formaron un puente de unión entre los dos amantes.

—Por otra parte —repuso más tranquila ya, —no pienso volver a ponérmelas nunca más.

—Nunca más... ¿Y por qué?

—Es inútil que te lo explique, porque no vas a comprenderme. No es más que una superstición. En otros tiempos me dieron suerte: pero luego me fueron funestas, y ahora, que no me las pongo, otra vez parecen sonreírme.

—¿Es posible? —preguntó Gaigern distraídamente, teniendo que sobreponerse a una sensación de abatimiento y malestar.

Las perlas descansaban otra vez en la mullida camita de su estuche. "¡Adiós, que os vaya bien!", pensó puerilmente, y para acabar de hacerse a la idea de que las había perdido para siempre, se metió las manos en los bolsillos, donde tocó todo un arsenal de ladrón, pero botín, ninguno. Lejos de entristecerle este fracaso, se sintió muy alegre y dichoso, con el corazón jubiloso; así que lanzó a pleno pulmón un formidable aullido de alegría. Echóse a reír la bailarina y Gaigern, precipitándose hacia ella, apagó sus propios gritos de contento contra la piel de la mujer, entregándole su boca, su mirada, su alma, en un completo abandono de toda su persona. Ella le tomó las manos y se las besó con un gesto de humilde gratitud, en el que se mezclaban la sinceridad y la comedia.

—Mira, aquí es donde te sale sangre... —dijo, aplicando sus labios a la pequeña herida.

—Tienes labios de santa —respondió Gaigern.

Y se arrodilló delante de ella abrazando sus desnudos tobillos, en los que jugaban los tendones casi a flor de piel. En el momento en que la Grusinskaia iba a inclinarse sobre él empezó a sonar el teléfono con un repiqueteo tan pronto breve como prolongado.

—El teléfono —dijo la bailarina.

—¿El teléfono? —repitió él.

La bailarina suspiró profundamente. "De seguro, alguna majadería", parecía expresar su fisonomía. Tomó el auricular con gesto de cansancio, como si pesara un par de toneladas. Era Susita quien telefoneaba.

—Son las siete —anunciaba con voz ronca, recién sacada de la cama—, y es conveniente que la señora se vaya levantando, porque hay que hacer todavía las maletas. ¿Se puede entrar ya el té? Y luego, si hay que dar masaje a la señora, no hay minuto que perder... ¡Ah!, el señor Pimenoff quiere que se le avise tan pronto como la señora esté levantada...

La señora permaneció pensativa unos instantes.

—Dentro de diez minutos... Susita... No, espera un cuarto de hora y tráeme el té, y en cuanto al masaje ya me lo darás de prisa...

Volvió a colocar el auricular en su gancho, pero sin soltarlo de la mano, y tendió la otra a Gaigern, que de pie, en medio de la habitación, se balanceaba sobre las delgadas y cromadas suelas de sus zapatos de boxeo. Inmediatamente volvió a ponerse el auricular al oído; abajo, el portero respondía con voz clara; había empezado ya su servicio, aun cuando las noticias, más bien alarmantes, de la clínica le habían hecho pasar una noche completamente en blanco.

—¿Qué número? ¿Me hace el favor? —preguntó correctamente.

—Wilhelm 70-10. El señor Pimenoff.

Pimenoff no se alojaba en el hotel, sino en una pensión de un cuarto piso de Charlottemburg. Por lo visto, todo el mundo dormía en la casa todavía.

Mientras esperaba, la Grusinskaia vió en su mente al viejo Pimenoff, vestido en su antigua bata de seda, dirigiéndose hacia el teléfono, arrastrando sus pequeños pies, que tenía siempre echados algo hacia afuera, como para la quinta posición de esgrima. Por fin contestó la voz suave y nerviosa del viejo.

—¡Hola, Pimenoff! Eres tú mismo, ¿verdad? Buenos días, amigo mío. Sí, gracias, he dormido bien. No, no tomé demasiado veronal, dos sellos nada más; gracias, ya estoy de primera, el corazón, la cabeza, todo marcha bien. ¿Qué dices, qué ocurre? ¿Que Miguel tiene un desprendimiento de sinovia en la rodilla?... Pero, hombre, por Dios, ¿por qué no me lo dijiste ayer? Es una contrariedad espantosa. No acabamos nunca, y eso es muy largo, muy largo. ¿Y qué has hecho? ¿Cómo, no has hecho nada todavía? Pues hay que telegrafiar inmediatamente a Thecherenov..., ¿me oyes?, en seguida, al momento, para que sustituyan a Miguel; que lo arregle todo Meierheim. ¿Y dónde está metido Meierheim? Le voy a telefonear en seguida. ¿Que es demasiado pronto? No, hombre, no; no lo es para nosotros; no puede serlo para él tampoco... Y las decoraciones, ¿las han llevado ya a la estación? ¡Vaya por Dios! De modo que con la primera expedición. ¿Y cuándo empieza esa primera expedición? ¿A las seis? Bueno, pues como no lleguen a tiempo, lo haré a usted responsable, Pimenoff. Nada de réplicas. Usted es el director del "ballet" y es usted, no yo, quien tiene que ocuparse de las decoraciones. Bueno, sí, esperaré su contestación dentro de media hora lo más tarde. Vaya usted mismo a la estación. Hasta luego.

Esta vez no colgó el auricular y se contentó con apoyar solamente dos dedos en la horquilla.

Pidió comunicación con Witte, quien, a pesar del número incalculable de años que llevaba viajando, sufría generalmente por las mañanas de una gran confusión en las ideas, pues no se había podido sacudir la fiebre de los viajes, que era ya su hábito enfermizo que le desarreglaba todo. Pidió comunicación también con Miguel; vivía éste en un hotelito y tenía bastante en este momento con quejarse de aquella desgraciada sinovia, gritando como un perrillo al que le pisan una pata. La Grusinskaia le lanzó por el hilo una serie de severas instrucciones y consejos; cada vez que alguno de la compañía se ponía enfermo, se enfurecía y se mostraba muy injusta con él. Telefoneó luego a tres médicos antes de encontrar uno que quisiera ir inmediatamente a visitar al pobre Miguel para prescribirle la dosis de descanso necesario y de compresas de licor de Burrow. Telefoneó a Meierheim, disputó con él en un francés turbulento, mandán-

dole que fuera al hotel a las ocho y media para arreglar las cuentas. Puso un telefonema a Tscherenov, y para mayor seguridad transmitió otro a un joven bailarín que podía convenirle y que actualmente se hallaba sin contrata en París. Acto continuo, con la ayuda del portero Senf, combinó la correspondencia con el expreso de París, gracias a lo cual podría el joven llegar a Praga en el momento oportuno, y por fin puso un tercer telegrama urgente.

—Haz el favor, querido, de llenarme el baño —dijo rápidamente a Gaigern entre dos comunicaciones, y luego dió en inglés una porción de órdenes telefónicas al chofer Berckley, puesto que el auto no iba a ser utilizado por su dueña y había que aprovechar esas horas para repasarlo cuidadosamente.

Gaigern, obediente, fué a abrir los grifos de la bañera, y es más, extendió para que se secara la sábana de baño sobre el radiador. Buscó la esponja, con la que había limpiado la víspera el rostro descompuesto de la bailarina, y la llevó al cuarto de baño, mientras la Grusinskaia seguía telefoneando. Gaigern encontró un frasco de sales y arrojó un gran puñado al agua, que llenaba ya casi la bañera por completo. De buena gana hubiera seguido haciendo algo más para ser agradable a su amiga, pero estaba todo hecho. Ella, por su parte, parecía haber terminado por el momento sus conversaciones telefónicas.

—Te das cuenta, ¿verdad? Pues todos los días es igual —dijo con un tono que quería hacer lastimoso, pero que vibraba de deseo de vivir y luchar—. No hay más remedio que hacer todo esto. Miguel dice siempre: "La Grusinskaia es muy cargante y meticulosa"... como si lo hiciera de mi gusto.

Gaigern estaba de pie delante de ella; sentía deseos de un poco de cariño, de un poco de familiaridad confiada; ella le tendió las dos manos, pero de un modo distraído, porque pensaba en la sinovia de Miguel. Volvía a oír ya el galope de los relojes. Tomó rápidamente el auricular y pidió que se pusiera Susita al aparato.

—Espere usted otros diez minutos, Susita —le dijo, con tanta más cortesía, cuanto que se sentía en descubierto con ella.

Sus miradas fueron a caer sobre la mesa donde estaba la taza de té de la víspera, la cual, como había sido enjuagada y seca, tenía ahora un aspecto completamente inocente e inofensivo, y sobre su gruesa porcelana brillaba el dorado de las fantásticas armas del hotel. "¡Qué noche loca! —pensó la Grusinskaia—. No deberían hacerse cosas semejantes, ni podrían bailarse las danzas que yo me he imaginado esta noche pasada. No ha sido más que una sobreexcitación nerviosa. Si yo les fuera a los vieneses con bailes de esa clase, en lugar de la paloma herida y las mariposas, de seguro que me silbarían. Esos no son como los berlineses. Allí saben lo que es el verdadero "ballet".

Si bien miraba a Gaigern cara a cara, mientras reflexionaba de ese modo, no lo veía. El sintió un profundo disgusto, nuevo para él, una profunda pena que le apretaba la garganta.

—¡Manojito de tomillo, neviadita mía! —le dijo en voz baja.

Eran las mismas palabras pronunciadas en el delirio de la noche, y que olían al mismo perfume, aquel inolvidable perfume amargo y dulce. Al oírse llamar así, la Grusinskaia volvió a darse cuenta de su presencia, y aunque sonreía, en su cara se reflejaba una expresión de sufrimiento.

—Creo que ahora vamos a tener que separarnos —dijo con voz que se esforzó por hacer dura e inflexible.

—Sí... —respondió Gaigern.

Las perlas en este momento se le habían ido por completo de la imaginación. Sólo abrigaba un punzante sentimiento de fidelidad hacia esta mujer, un deseo inmenso de mostrarse bueno, muy bueno para ella. En su perplejidad, daba vueltas alrededor de su dedo a una sortija de sello de lapislázuli, con las armas de los Gaigern impresas.

—Toma —dijo, tendiéndole la sortija con el movimiento torpe y desmanotado de un chico. —Para que no me olvides.

"¿Es que no voy a volver a verte nunca?", pensó la Grusinskaia, y ante esta idea le ardieron los ojos, y el bello rostro de Gaigern desapareció entre las lágrimas. Este era un pensamiento que había que ocultar, y esperó.

"Déjame seguir a tu lado; seré bueno para ti", pensaba Gaigern por su parte; pero cerró tercamente los labios y no dijo nada.

—Dentro de un momento vendrá Susita —dijo vivamente la bailarina.

—¿Sales para Viena? —preguntó él.

—No, voy primero a Praga, donde estaré tres días; luego quince en Viena. Me hospedaré en el Bristol —dijo por último.

Siguió un silencio, el tic-tac de los relojes, las bocinas de los autos en la calle, delante del hotel; el olor a funerales, respiraciones.

—¿No puedes venir conmigo? Dime. Yo no puedo vivir sin ti... —dijo finalmente la Grusinskaia.

—¿Ir yo a Praga? No tengo dinero; tendría que empezar por buscarlo.

—No te importe; te lo daré yo —dijo ella rápidamente.

Pero no con menos rapidez contestó él:

—No soy ningún rufián.

De pronto se encontraron abrazados, arrojados uno hacia otro por un sentimiento más fuerte que ellos, que los enlazaba y fundía en uno en el mismo instante en que debían separarse.

—¡Gracias! —decían ambos en tres lenguas, en alemán, en ruso, en francés; balbuceos, sollozos, murmullos, llantos, exclamaciones de alegría —. "Danke Du!", "Merci!", "Bolchoie spassibo!", "Merci!"...

Ya Susita pidió la bandeja con el servicio de té al mozo del piso, ofendido por esta usurpación. Eran las siete y veintiocho. Uno de los relojes se había parado, falto de aliento; pero el otro, sobre el pequeño secreter, seguía el galope de sus horas. Como un reproche, parecía decir ese tic-tac: "Más aprisa, más aprisa, más aprisa".

—¿Entonces, en Viena? —preguntó la bailarina con los ojos húmedos—. Dentro de tres días irás a buscarme y en seguida te llevaré a Tremezzo. Verás qué vida más hermosa vamos a pasar juntos. Voy a darme seis semanas de vacaciones, o quizá ocho, y allí viviremos, no haremos otra cosa más que vivir, olvidados de todo, de todos los absurdos del mundo; vegetaremos en un "dolce far niente" y nos embruteceremos a fuerza de gozar y sentirnos dichosos. Luego me acompañarás a la América del Sur. ¿Estuviste ya en Río de Janeiro? Yo no lo conozco todavía bien. Y ahora márchate, que ya es tiempo de partir. Anda con Dios, y gracias.

—Dentro de tres días a más tardar —dijo Gaigern.

A última hora se preocupa la Grusinskaia de revestirse rápidamente de algo de su dignidad mundana.

—Procura llegar a tu cuarto sin comprometerme demasiado —dijo abriendo sucesivamente las dos puertas.

Cuando Gaigern, sin decir palabra, retiró su mano de la de su amiga, sintió un dolor; su herida que volvía a sangrar de nuevo. El corredor está en silencio. La serie de sus puertas se pierde en una larga perspectiva; los pares de botas duermen delante de ellas, con sus tirantes colgando como orejas caídas. El ascensor baja del piso de más arriba. En el tercero, alguno que no quiere perder el tren se despacha y taconea corriendo de un lado a otro. En la caja de la escalera está abierta una de las ventanas de cristales esmerilados para que salga al patio el humo del tabaco de la noche anterior. Sobre sus suelas de boxeador, Gaigern se desliza hasta el número 69 y abre su cuarto con una llave falsa, porque la otra, para establecer la coartada, sigue colgada en la portería.

La Grusinskaia toma su baño y se entrega en seguida dócilmente a las manos de Susita para que le den el masaje. En este momento se siente vigorosa, elástica y llena de ánimo. Siente un deseo loco de bailar, y no ve llegar el momento de salir a escena. Espera ya tener un gran éxito en Viena, donde es fácil encontrarlo, y presiente el triunfo de sus piernas en las manos, en la nuca, que echa hacia atrás, en la boca, en la que no quisiera se apagara nunca la sonrisa. Luego se viste y da vueltas como una peonza, y con un ímpetu formidable empieza sus quehaceres de la mañana. Disputa con Meierheim, lucha astutamente contra las malicias de la compañía y prodiga paciencia con Pimenoff y Witte.

A las diez, el mozo número 18 le trae un ramo de rosas y en un trozo de papel del mismo hotel estas palabras: "Hasta la vista, boca adorada". La Grusinskaia, después de leerlas, besa la sortija de su amante. "Ya tengo mi fetiche", murmura ella como a un confidente. En efecto, vuelve a tener un objeto que le dará suerte. "Miguel tiene razón —piensa—, voy a hacer donativo de mis perlas para los niños pobres".

Y Susita toma el saquito de mano, mientras el camarero del cuarto saca las otras maletas. Sin sensiblerías ridículas, la Grusinskaia abandona este cuarto de hotel tan rico en aventuras, esa habitación cuya tapicería obsesionante la ha crispado siempre. En el Hotel Imperial de Praga le tienen ya reservada otra habitación y otra también en el Hotel Bristol, de Viena, su cuarto habitual, que da al patio, número 184, y que tiene baño. Y un cuarto en Río de Janeiro, y otro en París, y otro en Londres, y otro en Buenos Aires, y otro en Roma; una perspectiva sin fin de cuartos de hotel con dobles puertas y agua corriente y con el olor indefinible de esa perpetua vibración de vida entre extranjeros...

A las nueve y diez la camarera, muerta todavía de sueño, quita perezosamente el polvo del cuarto número 68; tira las flores mustias, y, llevándose el servicio de té, vuelve instantes después con sábanas limpias y húmedas todavía de la plancha, para hacerle la cama al viajero que vendrá.

❦ ❦ ❦

Ladino, como todos los despertadores, el del director general Preysing no quiso despertarle con un ruido decisivo, rotundo y puntual.

A las siete y media hizo oír un pequeño crujido, pero muy leve y ronco, y ahí paró todo. Preysing, que dormía con la boca abierta y seca, dió una vuelta en la cama, a cuyo movimiento se quejaron los muelles del *sommier;* Detrás de las dobles cortinas amarillas, el sol brillaba débilmente. En fin, a las ocho, el portero, fiel a las instrucciones recibidas, despertó al señor director general con un golpe de teléfono; pero ya había pasado con exceso la hora marcada por aquél para levantarse. Preysing puso su cabeza, pesada todavía de sueño, bajo el chorro de la ducha, gruñendo por haberse dejado olvidada su máquina de afeitar. En efecto, una bagatela de esta clase era bastante para estropear todas las alegrías de la existencia a un hombre tan meticuloso como él. Aunque se le hacía tarde, perdió algunos minutos en elegir un traje. Pareció que se había decidido por una americana, pero luego se la sacó con rabia y se puso otra. Precipitóse fuera de la habitación, y en el mismo umbral de la puerta tropezó violentamente contra un señor.

—Usted dispense —dijo Preysing, parándose en seco para meter en su sobretodo el brazo que le faltaba.

—No hay de qué —respondió el caballero continuando su marcha, y visto así de atrás, Preysing creyó reconocerle.

Cuando el director general llegó al ascensor, el caballero en cuestión bajaba precisamente, así que pudo ver bien esa fisonomía que él ya conocía, aunque no sabía de dónde. Lo único que le pareció es que le miraba con alguna impertinencia en el ascensor. Preysing, nervioso e impaciente, bajó la escalera corriendo hasta el entresuelo, donde estaba instalada la peluquería del hotel y donde se mezclaba el perfume de piel de España al olor de humedad de los sótanos. Allí dentro todos los sillones estaban ocupados por los parroquianos del peluquero, que, envueltos como niños en blancos pañales, se prestaban sumisos y confiados a las manipulaciones de los oficiales de la peluquería, revestidos con sus blusas blancas. Impaciente, Preysing empezó a golpear el piso con sus gruesas suelas de "crepp".

—¿Va a tardar mucho tiempo en llegar mi turno? —preguntó, pasándose la mano por la cara sin afeitar.

—Diez minutos. No hay más que el caballero que ha entrado antes que usted —le contestaron.

Y el caballero que había entrado antes que él era el mismo caballero del ascensor. Preysing lo examinó con mirada dura. Era un hombre insignificante, flaco, bastante cursi, que bizqueaba detrás de unos lentes puestos al desgaire y que tenía la picuda nariz metida en un periódico. Preysing sabía positivamente que ya había estado en relación comercial con ese hombre, pero no podía acordarse de más detalles, y, poniéndose delante de él se inclinó y le dijo lo más amablemente posible:

—¿Sería usted tan amable que me permitiera servirme antes que usted? Tengo muchísima prisa.

Kringelein, que se había encogido detrás de su periódico, juntó todas sus fuerzas y, saliendo de detrás del editorial, extendió su cuello largo y delgado, y, mirando en plena bizquera al director general, le contestó:

—No.

—Perdone usted; pero... tengo muchísima prisa —balbuceó Preysing como en tono de reproche.

—Yo también —replicó Kringelein.

Preysing, furioso, dió media vuelta y salió de la peluquería. Como un vencedor y un héroe, pero completamente agotado y aniquilado por el inmenso esfuerzo que había hecho, Kringelein siguió allí jadeando, entre los olores a las lociones.

Retrasado, sin afeitar y con la punta de la lengua dolorida, porque la había quemado con el café, que acababa de tomar a toda prisa, el director general presentóse en la sala de actos, que los otros señores habían llenado ya de una respetable cantidad del humo azulado de sus cigarros.

El doctor Zinnowitz había ya colocado ante sí los montones de expedientes; el viejo Gerstenkorn presidía en la cabecera de una larguísima mesa. Sólo hizo el ademán de levantarse para saludar; formaba parte de aquella misma generación de hombres enérgicos, a la que pertenecía también el suegro de Preysing; había conocido al director general cuando éste era muy joven todavía, y no era muy de su devoción.

—Se ha retrasado, Preysing —le dijo—. El cuarto de hora académico. Anoche estaría usted de juerga, ¿no? Claro, Berlín tiene tantos atractivos...

Echóse a reír con la risa profunda y gruesa de los bronquíticos, señalando a Preysing una silla junto a él y enfrente de Schweimann. Sentóse, pues, el director general, que estaba preocupado e inquieto por haberse levantado con el pie izquierdo, y antes de comenzar la sesión tenía ya el labio superior completamente mojado bajo el ancho bigote. Schweimann, que tenía los párpados orlados de un ribete rojo y una enorme boca, presentó a un tercero.

—Nuestro consejero, el doctor Waitz —dijo.

Era este consejero un hombre joven todavía, de aspecto vulgar y distraído, pero que en realidad no tenía nada de ello; su voz de clarín, agresiva y triunfante, llegaba a hacerse antipática algunas veces en el calor de la discusión. Los de Chemnitz lo habían llevado consigo.

—Ya nos conocemos —dijo Preysing, poco encantado del encuentro.

Por encima de la mesa, Schweimann ofreció un cigarrillo al director general. El doctor Zinnowitz sacó del bolsillo de su chaleco una estilográfica y la puso sobre la mesa, junto a sus papeles. Más lejos, hacia el otro extremo, detrás de la botella de agua, ligeramente empañada por un vaho de humedad, y de los vasos, que temblaban sobre una bandeja negra cada vez que un autobús pasaba por la calle, estaba sentada una criatura insignificante: la mecanógrafa "Llama I", encogida y apagada, con su bloque de cuartillas preparado, las mejillas cubiertas de una pelusilla blancuzca, en actitud discreta y correcta, y a la que hubiera sido imposible confundir con su hermana "Llama II".

—¡Qué estilográfica tan linda! —dijo Schweimann a Zinnowitz—. ¿De qué marca es? Es una preciosidad.

—¿Le gusta a usted? Me la trajeron de Londres. Es bonita, ¿verdad? —dijo mientras escribía rápidamente su firma sobre una cuartilla.

Todos aquellos señores miraban curiosamente la escena.

—¿Sería indiscreto preguntarle cuánto le ha costado? —preguntó Preysing, que había sacado su pluma del bolsillo del chaleco, poniéndola sobre la mesa, en medio de la curiosidad general.

—Algo más de tres libras, sin la Aduana. Me la trajo un amigo mío de Londres, y realmente es un objeto muy agradable.

Como chicos en el banco de una escuela, todos alargaron sus cabezas sobre la mesa para mirar aquella pluma de malaquita verde, con depósito de tinta, traída de Londres. Era una nimiedad, pero merecía la pena de que cinco graves y maduros señores que iban a discutir un asunto importante perdieran algunos minutos examinándola.

—Y ahora, pasemos a lo nuestro —dijo al fin el viejo Gerstenkorn con su gruesa voz.

Acto seguido, el consejero de Justicia, Zinnowitz, extendió sus dedos blancos y anémicos sobre el paño verde de la mesa y con palabra suelta y bien preparada púsose a hacer una larga relación en la atmósfera azulada por el humo del salón de actos.

Preysing se ofreció el lujo de un pequeño descanso, y como no era un orador de grandes vuelos, estimaba y agradecía mucho a Zinnowitz que le descargara de ese trabajo y que sus frases fueran saliendo unidas y claras como de una máquina. Por lo demás, esto no era más que el prólogo, y Zinnowitz no decía más que cosas ya sabidas en el curso de las negociaciones preliminares. Sólo hizo, pues, un nuevo resumen del estado actual del negocio, mientras iba sacando de sus carpetas ya un expediente, ya otro, y pasaba muy cerca de sus ojos miopes las largas columnas de cifras para poder leerlas sin vacilación.

—Esta es, repito, la situación del negocio.

La Algodonera Sajonia, S. A., dedicada especialmente a la fabricación de tejidos de algodón y colchas y de una especie de trapos ordinarios o rodillas muy estimadas con los desperdicios, era una empresa de alguna importancia y de un capital suficientemente grande. Su activo en terrenos, inmuebles y maquinarias, en materias primas, en géneros fabricados, en patentes y otros artículos, y sobre todo en créditos, representaba una cantidad muy considerable. El balance anual y los beneficios netos se mantenían a un nivel medio y estable; el año anterior se había repartido un dividendo de nueve y medio por ciento.

Zinnowitz leía estas cifras, absolutamente satisfactorias, y Preysing las escuchaba con notorio contento. La claridad y el orden reinaban en su fábrica, y él era el que había organizado el aprovechamiento de los desperdicios para la fabricación de las rodillas, que producían por sí solas 300.000 marcos de ingresos brutos anuales. Miró a Gerstenkorn, el cual, a la manera reservada y en cierto modo incrédula de los viejos astutos, meneaba significativamente la cabeza, de pelo gris peinado hacia arriba. Schweimann chupaba su cigarro y parecía no prestar ninguna atención. Waitz controlaba cada cifra que oía con las apuntaciones que llevaba escritas en un cuadernito de hule. "Llama II esgrimía el lápiz como una pequeña bayoneta afilada, con la mirada perdida en los reflejos que la luz hacía jugar sobre la botella de agua.

Zinnowitz sacó otro legajo de su montón de expedientes, poniéndose a estudiar la situación de los géneros de punto de Chemnitz. Su larga perilla de chino subía y bajaba a compás con sus palabras.

La fábrica de géneros de punto de Chemnitz era una empresa de mucha menor importancia, según resultaba de las cifras. Su activo representaba escasamente la cuarta parte del de la Sajonia, y el balance reflejaba un estado de gran tensión. No se habían hecho otras amortizaciones que las indispensables, y, sin embargo, se habían repartido enormes dividendos. La cifra de negocios era muy grande; sin que por ello los beneficios netos respondieran a su volumen. Sin embargo, el balance de la Chemnitz arrojaba un saldo que podía sorprender por su importancia.

Zinnowitz puso un puntito de interrogación lleno de cortesía después de la última cantidad enunciada..., y miró al viejo Gerstenkorn.

—Más, más —dijo Gerstenkorn—. Puede usted calcular sin miedo 250.000 marcos en números redondos.

—No puede usted calcular de ese modo —dijo Preysing, que se había puesto nervioso—, porque tiene que amortizar las nuevas máquinas, aparte de que las viejas no lo están todavía convenientemente.

—Con todo y a despecho de todo —replicó tercamente Gerstenkorn.

El doctor Waitz gritó con su voz de trompeta:

—Nuestras cifras están calculadas más por lo bajo que por lo alto.

El doctor Zinnowitz presentó un papel al doctor Waitz, y éste se sumió en arduos cálculos. Pero ya sabía el resultado. Los géneros de punto de Chemnitz era una empresa

poco sólida, fundada desde sus comienzos con un capital insuficiente, y que tenía que operar a crédito en demasía hasta agotarlo. No obstante, esta sociedad marchaba viento en popa y sus beneficios aumentaban de año en año, mientras que la Algodonera Sajonia, aunque más sólida y financiera, se quedaba atrás. ¡Valiente cosa producía: algodón, colchas y paños de cocina! Al mundo no le interesaban por el momento esos artículos. Sin embargo, allí abajo, en Fredersdorf, el viejo sabía muy bien poner en juego todos los recursos para aprovecharse de la hora propicia a los géneros de punto y para beneficiar su propia empresa.

—Eso no tiene importancia; sigamos —dijo Preysing, con la condescendencia del que no pisa terreno firme.

Gerstenkorn tomó el balance que aquél le presentaba y empezó a darse con él golpecitos en la palma de la mano, sonriendo con alguna socarronería. Zinnowitz, que seguía expresándose con gran facilidad, pasaba ya el examen de la situación de las acciones, punto realmente muy espinoso. El efectivo real de la Sajonia representaba el doble del de Chemnitz y en vista de ello, durante las negociaciones preliminares, se había proyectado dar a cada acción Sajonia el valor de dos acciones Chemnitz, en el caso de que ambas sociedades llegaran a refundirse en una. Pero es el caso que las segundas habían subido y las primeras bajado; los valores comparativos sufrían, pues, una profunda alteración..., y el doctor Zinnowitz, con un gesto conciliador de su mano, tuvo que reconocerlo así: que el alza sorprendente de las acciones Chemnitz había modificado la base del cambio. Preysing escuchaba con disgusto esta peroración, pronunciada con voz incolora y que, aunque sembrada de subjuntivos irreprochables, no venía a decir más que una serie de cosas tristes y lamentables, de las que él, por desgracia, estaba va cundo de espanto. Cesó de saborear su habano, y dándole algunas largas chupadas, lo dejó en el cenicero. En algunos puntos de las explicaciones de Zinnowitz, el doctor Waitz había intervenido bruscamente como un actor que lanzara rápidamente su réplica, golpeando la mesa y haciendo objeciones. Leía las cifras de su libreta, que parecía inagotable. Preysing, por su parte, ponía en tensión los músculos de su frente y los ojos casi se le salían de las órbitas, tal era el penoso esfuerzo que hacía para retenerlo y examinarlo todo sin perder la clara noción de las cosas. Se acercó, pues, algunas hojas de papel de cartas con el timbre del hotel que había allí sobre la mesa, y empezó a redactar notas y más notas, ocultándose para escribir y nervioso como un mal escolar. Zinnowitz, a su vez, dirigió una mirada a la celosa "Llama I", hecho que fué bastante para que la diligente muchacha empezara a estenografiar en su bloque de hojas de rayas azules las palabras agresivas y los argumentos presentados. El doctor Waitz, por su parte, sacó la conclusión de las frases que había pronunciado con su aguda voz de clarín; no, no se podía exigir a los accionistas de Chemnitz el sacrificio de la mitad de su haber, que tendrían que hacer si esa fusión se llevaba a cabo.

Zinnowitz miró a Preysing y éste empezó a hablar sosegadamente. Tenía la costumbre de pronunciar las cosas importantes en voz baja y nasal, con una entonación blanca y sin matices, porque como en el fondo era un hombre poco seguro de sí mismo, empleaba ese medio para darse la apariencia de la calma y de la reflexión. Al lanzarse a la lucha empezó a sentir mojadas las palmas de las manos. Los ojos de Schweimann, semejantes a dos ratoncillos grises, parecían salir furtivamente de los cuévanos rojos en que vivían; y en cuanto a Gerstenkorn, se había metido los pulgares debajo de las sisas de su chaleco y causaba la impresión de un hombre contento y divertido.

Preysing, pues, hablaba, y cuanto más hablaba con su voz fría e incolora y más entraba en detalles, tanto más terreno perdía. Los pequeños, aunque siempre pertinentes reparos que Gerstenkorn le oponía, le pasaban junto a las orejas silbando como balas. En algunos momentos, Preysing hubiera dejado de buena gana toda aquella antipática historia de la fusión, para regresar a Fredersdorf con Mulle, Pepsine y Babe. Pero como era director general y la vida no era cosa de juego, como el porvenir de la empresa dependía principalmente de esa fusión y a ella estaba subordinada por completo su situación personal, no tuvo más remedio que hacer de tripas corazón y permanecer estoicamente en su puesto. Sacó nuevamente a relucir el estado de su activo, ese inventario absolutamente neto de una empresa fundamentalmente sana, agarrándose a él como una lapa. Hasta llegó a aburrir a los de Chemnitz en un desbordamiento de detalles



perfectamente inútiles, y el consejero de Justicia tuvo que ponerle a flote como a una barca naufragada por la impericia de su tripulante. No hacía más que abrir a cada paso un paréntesis para enredarse más lastimosamente en ellos, obstinándose tercamente y sin ninguna perspicacia en algunos puntos completamente secundarios. Y, naturalmente, acabó por exasperar a los comisionados de Chemnitz con la descripción prolija y pesadísima de cómo con los desperdicios de la fábrica se elaboraban trapos de cocina —su tecla favorita— descuidando, en cambio, mencionar otros elementos muy importantes que tenía anotados en unas cuartillas allí mismo sobre la mesa. Por último, en medio de una frase se quedó atascado: la había empezado con gran énfasis y al final se convertía en un callejón sin salida. Sacó el pañuelo entonces para limpiarse el bigote, encendió un nuevo cigarro, que le supo a paja, enteramente insípido, y de pronto tuvo la impresión de que estaba sentado entre ventajistas, gente poco seria y de manga muy ancha; sentía el profundo amargor de un hombre bueno y leal al que se toma por un imbécil.

Gerstenkorn, a su vez, sacó de las sisas de su chaleco sus dedos blancos y carnosos de perfecto burgués y expuso su punto de vista. Este Gerstenkorn, con su cabeza cuadrada peinada "a la brosse" y su voz de bronquítico, era un orador claro y de réplica pronta y segura. Empleaba los más variados dialectos para decir sin rodeos cuánto se le venía a la boca, esmaltando sus discursos de negocios con términos sajones, berlineses, judíos y meklemburgueses.

—¿Quiere usted hacer ya punto final y dejar hablar a los ases? — dijo sin sacarse el cigarro de la boca, como de intento, para dar a sus palabras familiares un tono de mayor confianza todavía—. Acaba de decirnos lo que es capaz de hacer la Sajonia, cosa que sabíamos ya perfectamente; pero, a pesar de todo, no puede bailar en la cuerda floja. Todo esto se lo hemos machacado a nuestros principales accionistas, que vacilan muy seriamente en hacer la fusión. ¡Demonio! ¿Cómo va usted a pretender que los accionistas le saquen las castañas del fuego por lo que respecta a su algodón? Pongamos las cartas boca arriba: nuestra situación ha mejorado sensiblemente desde que ustedes nos han presentido. En cuanto a la situación de ustedes, sigue estacionaria, por no ser descortés y decir que ha empeorado. En estas condiciones (estoy hablando en alemán, mi querido Preysing) no nos interesa ya lo más mínimo el que llegue a realizarse esa fusión, y tal como usted nos ve aquí ahora, traemos en el bolsillo instrucciones formales para que dejemos estas negociaciones en el punto en que se hallan. La otra vez, cuando ustedes se acercaron a nosotros, las cosas estaban muy diferentes...

—Pero, ¿es posible, amigo mío, que pierda usted así la cabeza? Fueron ustedes los que nos buscaron... Haga el favor, doctor Waitz, alcánceme el expediente... Usted nos dijo..., el día..., aquí está... Fué usted mismo..., el 14 de septiembre, como resulta de esta carta.

—No es cierto — insistió Preysing con obstinación, apoderándose rápidamente del expediente, que tenía delante el consejero Zinnowitz—. La iniciativa no partió de nosotros. Antes de la carta del 14 de septiembre hubo ya una ligera conversación, una especie de contacto personal sugerido por usted...

—Déjese usted de sugestiones. Por lo menos un mes antes su padre político vino a verme a mi casa para hacerme una visita personal, a título de amigo, y...

—Insisto en que no hemos dado nosotros el primer paso — dijo Preysing.

Debajo de la mesa, Zinnowitz golpeaba el piso con sus zapatos, como si tocara alarma. De pronto, Gerstenkorn dejó esta cuestión a un lado pasando sobre el paño su mano cuadrangular.

—Está bien — dijo —, sea. Conforme en que no dió usted el primer paso, para serle a usted agradable. Pero que se acercara o no a nosotros, la situación era muy diferente en esa época, y espero que lo reconocerá usted así, señor director general — dijo "señor director general", y esta transición brusca del lenguaje familiar al oficial tomaba un cariz amenazador —. Por aquel entonces teníamos nuestras razones particulares para desear asociarnos a la Algodonera Sajonia. ¿Y qué razón podemos tener hoy para seguir queriéndolo?

—Que necesitan ustedes más capital — dijo Preysing dando en el clavo.

Pero Gerstenkorn, con dos dedos de su mano barrió el argumento sobre la mesa.

—¡Capital! ¡Capital!... Si hoy emitiéramos nuevas acciones tendríamos todo el dinero que quisiéramos. ¡Capital! Usted olvida siempre una cosa: que la edad de oro de ustedes ha sido la guerra, en la que se pudo hacer grandes riquezas con el paño militar y las mantas. Y ahora es nuestra ocasión, ¿no es eso? No necesitamos capital. Lo que nos hace falta son materias primas baratas, para poder trabajar nuestro nuevo procedimiento y hacerle rendir el máximo, poque precisamos dar nuevas salidas a nuestros productos en el extranjero. Le estoy a usted diciendo, con la mayor sinceridad, y sin rodeos, la opinión de mi Sociedad, señor director general. Si la fusión con nosotros representa un auxilio desde ese punto de vista, podemos fusionarnos; de lo contrario, no volvamos a hablar de ello. Ahora haga usted el favor de explicarse.

¡Pobre Preysing! Le pedían que se explicara, cuando había llegado el momento crítico

que tanto le asustaba desde que tomó el tren en Fredersdorf. Echó una mirada apuradísima a Zinnowitz, pero éste estaba contemplando atentamente sus cuidadas uñas de anémico y no levantó los ojos.

—Todo el mundo sabe que tenemos excelentes relaciones con el extranjero. Solamente a los Balcanes exportamos anualmente por sesenta y cinco mil marcos de trapos de cocina —dijo—; claro está que, en caso de fusión, haríamos todo lo posible para desarrollar nuestro comercio de exportación y no sólo para los productos confeccionados por la Chemnitz, sino también para los nuestros.

—¿Hay elementos que permitan a usted asegurarlo de una manera más precisa? —preguntó el doctor Waitz incorporándose ligeramente mientras hablaba.

El director general se dejó intimidar.

—No sé a qué clase de elementos se refiere usted —dijo con su maldita costumbre de preguntar cosas que estaba cansado de saber.

Schweimann, frente a él, no había abierto aún su bocaza extensible de mono; pero llegó el instante:

—Se trata de la comunidad de intereses con Burleigh y Son —dijo clara y netamente.

Gerstenkorn columpiaba con la mayor atención un largo cono de ceniza al extremo de su cigarro.

—Desgraciadamente, no puedo informar a usted sobre el particular —respondió Preysing inmediatamente; hacía ya muchos días que había preparado esta respuesta para poder soltarla de memoria.

—Pues es lástima —dijo el viejo Gerstenkorn, y todos aquellos señores guardaron silencio durante algunos minutos.

La jarra de agua vibró ligeramente sobre la bandeja al paso de un autobús por la calle, y aquel delgado reflejo de agua que llevaba en reposo mucho tiempo, hizo bailar su luz sobre el retrato al óleo del fundador del "Grand Hotel". Preysing reflexionó febrilmente durante esos segundos. Ignoraba si el doctor Zinnowitz habría enseñado a los comisionados de Chemnitz las antipáticas copias de las cartas, que no tenían ya valor ninguno ni razón de ser. Volvía a sentir en las manos ese malestar, hijo de la suciedad y de la falta de cuidado. Su rostro, sin afeitar, empezaba a hacerle cosquillas de la manera más ridícula. Echó una mirada interrogadora y suplicante al consejero de Justicia, sentado unos cuantos puestos más allá Zinnowitz, para tranquilizarlo, bajó repetidamente los párpados de sus ojos de chino, oblicuos e inteligentes, con un gesto nada claro por lo demás, ya que lo mismo podía significar "sí" que "no", o no significar absolutamente nada. Preysing volvió a sentarse. "Es necesario que lo logre", pensó; pero era un sentimiento más bien que una idea.

—Señores —dijo levantándose—: Ruego a ustedes que volvamos a la cuestión principal. Lo que hasta ahora ha servido de base para nuestras conversaciones es el balance y estado financiero de las fábricas de Fredersdorf. Ustedes han podido darse cuenta, y el señor consejero de Comercio Gerstenkorn ha podido convencerse también personalmente, de la situación de nuestra empresa, y yo he de insistir en ello para que no se mezclen hoy con nuestras negociaciones elementos vagos e imponderables. No somos especuladores, por lo menos yo no lo soy, porque procedo con arreglo a los hechos, no a los rumores, y el que nosotros proyectemos una comunidad de intereses con la firma Burleigh y Son, de Manchester, no es más que un rumor salido de la Bolsa. Yo lo he hecho desmentir una vez y no puedo admitir que...

—Bien, bien —interrumpió Gerstenkorn—, no se moleste usted más, que no va a enseñar a hacer gestos a un mono viejo; todos sabemos perfectamente lo que es desmentir una especie...

Schweimann se había animado, y con sus fosas nasales muy abiertas y su enorme boca de gorila, olfateaba..., como si viera ya las posibilidades de venta a la Gran Bretaña.

Preysing encolerizóse.

—Me niego terminantemente a considerar esta cuestión de la Gran Bretaña como un factor de nuestras negociaciones. Y no es que base mis cálculos sobre castillos de naipes, porque nunca lo he hecho, ni nuestra empresa lo necesita; me baso en hechos, en realidades, en cifras, en este balance —exclamó dando tres golpes seguidos con su mano abierta sobre los papeles que tenía delante—. Estos son los hechos, y no quiero tomar ninguna otra cosa en consideración. Nosotros proponemos lo que venimos proponiendo desde el primer día, y si de pronto, hoy, esto no es bastante para vuestra sociedad, en tal caso lo sentiré mucho, pero...

Paróse lleno de miedo: había salido galopando como si atravesara un terreno pantanoso. "Voy a asustar a esta gente con mis lamentaciones —pensó aterrado—; lo que me interesa es retenerla, y en vez de eso los estoy espantando". Se sirvió un vaso de agua y lo bebió, pareciéndole que estaba espesa e insípida y tan mala de ingerir como el aceite de ricino.

El doctor Zinnowitz sonrióse maliciosamente y procuró arreglar las cosas.

—El señor director general es de una delicadeza de conciencia ejemplar —dijo—; pero yo no sé si sus escrúpulos en aceptar las negociaciones entabladas con Manchester no son injustificados, o por lo menos exagerados. ¿Y por qué no echar en la balanza perspectivas tan prometedoras, ya que ello no implica ningún compromiso?... ¿Por qué?...

—¿Por qué? Porque no quiero hacerme responsable... —interrumpió Preysing.

Zinnowitz, que no podía hacerle una seña con el pie por debajo de la mesa, como hubiera querido, empezó a gritar con el objeto de cubrir la voz del director general. Preysing volvió a recostarse sobre el terciopelo de su silla, tan caliente, y no volvió a abrir la boca. Había estado a punto de decir la verdad; pero puesto que Zinnowitz no le dejaba continuar, tanto peor; ahora veríamos lo que iba a hacer ese célebre consejero jurídico. "El negocio se lo lleva el diablo —pensó Preysing—. Ya está fracasado, concluido, enterrado". "Negociaciones con Burleigh y Son, definitivamente rotas". Perfectamente. Se presentaba a las gentes las condiciones honradas que podían ofrecer una empresa sana y un hombre cabal; pero ellas no querían admitirlas, querían sus combinaciones complicadas y montadas con todas sus piezas, sus rumores tendenciosos, su alzas ficticias, sin otros medios para emplear que un poco de farsa.

Zinnowitz peroraba. La señorita "Llama I" había vuelto a sumirse en su letargo profesional. Gerstenkorn y Schweimann apenas escuchaban: habían acercado sus cabezas, y de un modo bastante descortés se ponían de acuerdo a media voz sobre alguna cuestión.

—Nuestro amigo Preysing —dijo el consejero de Justicia— lleva acaso sus escrúpulos demasiado lejos. Se dice que su Sociedad está en vísperas de celebrar una comunidad de intereses, por todo extremo ventajosa, con la casa Burleigh y Son, tan antigua y afamada. ¿Y qué hace Preysing? Defenderse como si se le acusara de quiebra. Pero admitamos que la cosa no sea en realidad más que un rumor. Todos sabemos que no hay humo sin fuego, y un hombre de negocios tan ducho como el consejero de Comercio, Gerstenkorn, me concederá que hay muchos rumores que valen más dinero que algunos contratos firmados en regla. Pero yo, como consejero jurídico de la fábrica de Fredersdorf, después de muchos años, estoy en el caso de poderlo decir: no son más que rumores, y detrás de ellos hay operaciones muy precisas. Perdóneme usted, mi querido Preysing, si no me atengo, como usted mismo, a la más absoluta discreción a este respecto. No puede negarse que se hayan entablado ya negociaciones muy avanzadas, y claro que hoy no puede aventurarse todavía si darán el resultado apetecido. Pero existen en el momento actual y constituyen un hecho que no es peor que todo lo que usted enseña en su balance. Me parece de la mayor corrección y lealtad que el señor Preysing se niegue a considerar este negocio como un elemento del activo de la Sociedad; la cosa es muy delicada y del mejor gusto; pero no es así como adelantaremos en nuestros asuntos.

Zinnowitz continuó charlando por los codos y en términos de conciliación. Preysing había palidecido; lo sintió por la picazón de su sangre al latirle las arterias. "Entonces les ha enseñado las cartas —pensó—; pero, ¡vive Cristo!, que eso es un engaño, casi un abuso de confianza". "Negociaciones definitivamente rotas — Brohesemann", pensó luego, y volvió a ver la letras azul obscuro algo borradas del telegrama. Se metió la mano en el bolsillo interior de su americana gris, donde había guardado el telegrama, sacándola en seguida como de un horno caliente. "Si no me levanto ahora mismo para decirlo, no podré hacerlo ya nunca —pensó y se levantó—, pero si digo lo que hay, los otros van a retirarse y la fusión se la lleva el diablo; no me quedará otro recurso que regresar a Fredersdorf con las orejas gachas". Lo pensó mejor y se volvió a sentar. Para disimular ese movimiento de irresolución, llenó nuevamente su vaso de aquella agua calentucha y se la tiró al paladar como una pócima.

Entretanto Schweimann y Gerstenkorn se habían animado extraordinariamente. Eran dos ases en materia de negocios, con mucha mano izquierda. El hecho de que Preysing negase las conversaciones inglesas con tanta energía y quisiera quitarle toda importancia, había puesto su atención en acecho. Su instinto natural olfateaba en ello algo particular; mercados, beneficios, concurrencias, quién sabe lo que habría allí. Gerstenkorn sospechaba también; así es que murmuró igualmente al oído derecho de su compañero, junto a aquella oreja de un enorme lóbulo:

—En otro que no fuera él, un mentís de esa clase equivaldría casi a una afirmación. Pero este infelizote de Preysing posible es que diga pura y simplemente la verdad...

Gerstenkorn tomó la ofensiva violentamente.

—Es inútil que el señor consejero de Justicia siga hablando hasta ponerse ronco —dijo inclinándose sobre la mesa—. Antes de seguir discutiendo, que el señor Preysing se digne decirnos claramente y sin ambages en qué estado se hallan las conversaciones con Burleigh y Son.

—Me niego a hacerlo —respondió Preysing

—Insisto sobre este punto, si es que van a seguir estas negociaciones —repuso Gerstenkorn.

—En ese caso, le ruego a usted —dijo Preysing— que, en obsequio a ellas, considera este asunto como si no existiera.

—Entonces he de admitir que las perspectivas de una comunicación de interés con Burleigh y Son no han tenido realización hasta ahora.

—Admita usted todo lo que quiera —dijo Preysing.

Todos callaron por breves momentos... "Llama I" hojeaba discretamente su bloque de cuartillas taquigráficas. El ligero ruido de las hojas al ser vueltas era lo único que rompía el profundo silencio que reinaba en aquel salón de reuniones. Preysing parecía un chiquillo contrariado: a veces aparecía en su rostro un gesto cerrado de inteligencia obtusa. Zinnowitz, paciente y resignado, dibujaba triángulos con su estilográfica de malaquita verde en la camisa de un expediente.

—Estimo —dijo finalmente Gerstenkorn— que en estas condiciones es inútil seguir discutiendo, y que debemos dar por terminada nuestra conferencia por hoy. Siempre estamos

a tiempo de seguir tratando el asunto por escrito.

Dicho esto se levantó, y la silla dejó impresas las huellas de sus patas sobre el grueso tapiz. Pero Preysing siguió sentado. Sacó ceremoniosamente un puro del bolsillo, le cortó la punta con toda parsimonia, lo encendió, aspiró el aire y se puso a fumar; su fisonomía tenía una expresión profundamente abstraída y estaba como perdido en sus pensamientos; un sinfín de vasitos sanguíneos enrojecían sus mejillas.

En el momento de interrumpirse la conferencia no llamó a nadie en su auxilio, aun cuando se sintiera muy mal y con ganas de pedir socorro.

—Es lástima — dijo negligentemente —, porque todo lo que se aplaza se pierde. En fin, no hablemos más de ello y ahora que han roto nuestras negociaciones, puedo ya decirles que nuestro contrato con Burleigh y Son es cosa hecha. Del bolsillo interior de su americana sacó el telegrama doblado. "Negociaciones con Buleigh y Son, definitivamente rotas. —Brobesemann". Una especie de embriaguez pueril y triunfante apoderóse de él después de su desaforada mentira, rayana en la estafa, mientras lo ponía encima de la mesa. El mismo no sabía si trataba de engañar a los otros o quería simplemente prepararse una retirada digna de la enojosa situación que se había creado. Schweimann, que de los dos señores Chemnitz era el menos comedido, hizo un gesto instintivo para apoderarse del telegrama; pero Preysing, muy tranquilo y con una sonrisa irónica se lo volvió a meter en su bolsillo con ademán reflexivo. El doctor Waitz, en un extremo de la mesa ponía cara de estúpido. Zinnowitz, el consejero de Justicia, lanzó un agudo silbido bastante extraño entre sus blancos labios de chino. Gerstenkorn echóse a reír con convulsiones bronquíticas.

—Mi querido amigo — dijo tosiendo —, es usted mucho más fuerte de lo que parece. ¡Caray con Preysing! ¡Quién lo hubiera dicho! Venga, venga, tenemos que volver a hablar de todo esto.

Se sentó. El director general siguió de pie algunos minutos todavía, con una sensación tal de vacío como si la medula se hubiera retirado de sus huesos; pero luego una extraña tirantez en sus rodillas le hizo sentarse. Por primera vez en su vida había mentido engañando a los demás, de una manera estúpida, necia e indisculpable. Pero gracias a ello volvía a ponerse a flote después de infinitos fracasos. De pronto oyó que empezaba a hablar y a hablar, muy bien ahora. Estaba sumido en una especie de embriaguez muy particular y nueva para él al oírse hablar; no es que se escuchara, sino que se daba perfecta cuenta de lo que decía, con frases y conceptos llenos de juicio y discreción, de energía y de una gran amplitud de miras.

Con todo el centelleo de sus ojos el fundador del "Grand Hotel" lo miraba maravillado desde su retrato al óleo. "Llama I" había inclinado su cara de solterona arrugada sobre su bloque de cuartillas y escribía rápidamente sus signos taquigráficos, porque ya parecía estar próximo un acuerdo definitivo, y todas las palabras eran muy importantes.

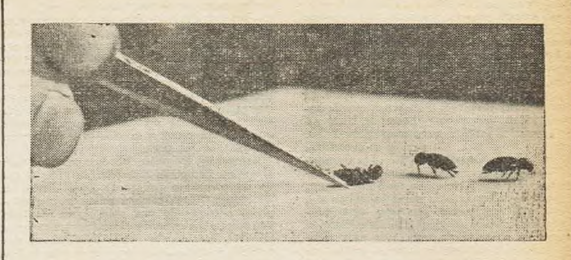
Hasta el final de la conferencia, que se prolongó aún tres horas y media, Preysing mantúvose en ese estado de ánimo, nuevo para él, que le daba alas. Pero cuando, al fin, tomó la pluma de malaquita verde para poner su firma al lado de la de Gerstenkorn, al pie de ese acuerdo preliminar, miróse a hurtadillas las manos y vió que de nuevo le sudaban y que estaban espantosamente sucias.

❦ ❦ ❦

—El número 118 ha encargado que se le llame a las nueve — dijo el portero a Jorgito, el pequeño meritorio.

—¿Entonces, se marcha? — preguntó éste.

INSECTOS DAÑINOS



Los entomólogos afirman que de las 600.000 especies de insectos conocidas, sólo unos pocos miles pueden ser considerados como dañinos.

—¿Y por qué se va a marchar? Nada de eso. No se marcha.

—Como no ha mandado nunca que se le despierte tan temprano — repuso Jorgito.

—En fin, haz lo que te mandan, y calla — dijo el portero.

Por eso, a las nueve en punto, el teléfono empezó a llamar en la habitación exigua y mediocre del doctor Otternschlag.

Con la prisa de un hombre muy ocupado, Otternschlag hizo un esfuerzo para salir de entre las nubes de sus sueños y siguió un rato en la cama sorprendido. "¿Qué ocurrirá? — se preguntaba a sí mismo y al teléfono —. Pero, ¿qué ocurrirá?" Siguió acostado unos minutos con la mayor calma, concentrando sus ideas y reflexionando, la mitad mutilada de su rostro metida entre la flexible tela de la funda de la almohada. "¡Ah, sí… — pensó —; es ese tipo de Kringelein, ese pobre diablo! Vamos, pues, a enseñarle la vida, ya que eso es lo que está esperando. Seguramente que estará en la sala de desayunos, sentado, esperándome..." "¿Qué, nos levantamos, pues, y nos damos mucha prisa?", se preguntó. "Sí, vamos allá", respondióse después de algún esfuerzo, pues tenía todavía una cantidad de morfina más que regular. Y así, al vestirse, se sintió fresco y ligero como si le nacieran alas. Alguien lo esperaba. Alguien tenía necesidad de él, alguien que habría de agradecérselo. Sentado en el borde de la cama y con una media en la mano, empezó a trazar proyectos y a hacerse reflexiones. Combinó un programa para la jornada: estaba ocupado como un guía de extranjeros, como un mentor, como un hombre importante y solicitado. La camarera, que había entrado en el cuarto contiguo al número 118 para recoger un cubo y una escoba, oyó con sorpresa tararear una canción al doctor Otternschlag, mientras se lavaba los dientes…

Kringelein, todavía aniquilado, agitado y encantado al mismo tiempo por la gran victoria ganada a Preysing en la peluquería, se había sentado ya en la sala de los desayunos. Diez minutos antes había trabado amistad con el señor barón de Gaigern, aquel personaje distinguido, atrayente y encantador, que no había perdido el tiempo, porque al salir de su noche con la Grusinskaia, sin las perlas, había tenido una explicación bastante violenta en voz bajo con el chofer. Después de darse un baño, de hacer gimnasia y darse una fricción con vinagre de alhucema, habíase lanzado en seguida sobre ese señor provinciano del número 70, al que acaso pudiera sacarle por las buenas o por las malas algunos miles de marcos que por el momento le hacían falta. Se agitaba en una impaciencia radiante y dichosa; apenas hacía una hora que se había separado de la bailarina, cuando ya sentía una necesidad imperiosa, sensual y tierna de volver a verla. Su cabeza deseaba hallarse cerca de ella; su piel, sus dedos, sus labios, todo su ser aspiraba a volverla a encontrar cuanto antes. Sediento de vida y de sensaciones nuevas, Gaigern saturábase de esta emoción desconocida, del mismo modo que asimilaba toda nueva experiencia. Así, pues, con un impulso formidable empezó a conquistar a Kringelein, y, rápido como un cohete, le bastó un cuarto de hora para captar una gran parte de su confianza. Desbordado Kringelein, le abrió su alma de funcionario…, una alma pusilánime, ávida de vivir y dispuesta a la muerte; y lo que Kringelein no pudiera expresar, lo adivinaba Gaigern. Así es que cuando a las nueve y cuarto Kringelein se limpiaba con la servilleta del hotel la última sospecha de yema que pudiera quedar en su imponente bigote, se habían hecho los mejores amigos del mundo.

—Considere usted, señor barón — decía Kringelein —, considere que por circunstancias dichosas he entrado en posesión de algún dinero, después de haber vivido muy modestamente siempre. ¡Oh, sí, muy modestamente! Esta es una cosa que una persona de la categoría del señor barón no puede figurarse con exactitud. Es el miedo de que le presenten a uno la cuenta del carbonero, ¿comprende usted? O bien, que no se puede ir a casa del dentista y se va aplazando esta visita de un año para otro y mientras se van perdiendo casi todos los dientes sin saber cómo. Pero no hablemos de esto. Sé que usted va a reírse; pero le diré que anteayer comí caviar por primera vez en mi vida. Claro que usted lo comerá a diario, como otras personas parecidas. Cuando nuestro director general recibe, hace traer por libras el caviar de Dresde; acaso me objete el señor barón, ¿verdad?, que el caviar y el champán y todos esos lujos no constituyen la vida; bien, pero entonces, ¿qué es la vida? Mire usted, señor barón, yo no soy ya joven, y, además, estoy muy delicado y muchas veces tengo un miedo horrible de errar la vida, porque no quisiera desperdiciarla, ¿comprende usted?

—Eso es imposible mientras se vive; basta con saber vivir; y puesto que estamos en el mundo… — dijo Gaigern.

Kringelein miró a aquel hombre joven, tan apuesto y satisfecho, y acaso, acaso se le en-

rojecieran los párpados ligeramente detrás de los lentes.

—Sí, evidentemente, la vida es buena para usted en todos los momentos; pero para gentes como nosotros... — dijo en voz baja.

—Es extraño, usted habla de la vida como de un tren que pasara por debajo de sus narices. ¿Cuánto tiempo hace, pues, que viene usted persiguiendo la vida? Hace tres días, ¿no? ¿Y todavía no ha podido usted tomarla de los pelos, a pesar del champán y del caviar? Vamos a ver, dígame usted, ¿qué hizo ayer? El Museo Káiser Friedrich, Potsdam, y por la noche al teatro, ¿no es eso? ¡Poder de Dios! ¿Y qué cuadro le gustó a usted más? ¡Cómo! No se fijó en ninguno... Claro... Y en el teatro... ¿vió usted a la Grusinskaia? Sí..., la Grusinskaia — dijo Gaigern, y al pronunciar este nombre su corazón recibió un violento choque, como si estuviera todavía en el bachillerato —. ¿Pero, qué dice usted? ¿Le puso triste porque era demasiado poético? Hombre, claro, el género de ahora. Pero todo esto nada tiene que ver con la vida, señor director — dijo "señor director" por simple delicadeza de sentimientos, porque el nombre de Kringelein, pobre y sin relieve, le chocaba, y Kringelein, a su vez, se puso como un tomate reventado de orgullo, como un usurpador —. La vida es..., le diré... A veces, en la calle, habrá usted visto esas grandes calderas en que el asfalto hierve, borbotea, humea y apesta el aire a muchos metros de distancia. Bueno, pues acérquese a una de esas calderas y meta usted la nariz en los vapores del alquitrán. Entonces aquello es maravilloso: está caliente, tiene un olor fuerte y amargo que le tira a usted de espaldas; allí dentro hay fuerza, allí no hay cositas tiernas ni sensibles. ¡Ah, el caviar! Usted quiere vivir la vida, y cuando le pregunto el color de los tranvías de Berlín, no lo sabe usted porque no los ha mirado. Por otra parte, óigame lo que voy a decirle: con una corbata como la que lleva es imposible que usted recupere jamás la vida que ha perdido; es imposible que nadie se sienta dichoso con un traje como el que lleva, y se lo digo a usted tan crudamente porque huelgan en este caso los cumplidos. Si quiere confiarse a mí para que las cosas marchen más a su gusto, lo primero que debemos hacer es ir juntos a casa del sastre. ¿Lleva usted dinero encima? Un talonario de cheques, ¿no? Bien; pero yo le aconsejo que se provea de dinero contante y sonante. Mientras tanto, yo voy al garaje a traer mi coche. He dado permiso al chofer y se marchó a Springe a ver a su novia.

Kringelein sentía como si un fuerte viento le soplara las orejas. La observación relativa a su corbata — le había costado dos marcos cincuenta en la tienda — y a su precioso traje le hizo mucho daño. Tímidamente llevóse la mano a su cuello postizo, que le había quedado muy ancho.

—Efectivamente — dijo Gaigern —, ese cuello no está nada bien, porque se ve siempre la polea, y es evidente que no puede intentarse así ninguna aventura...

—Yo creí..., yo no he querido nunca destinar mucho dinero a vestirme... — murmuró Kringelein mientras veía bailar cifras vertiginosas en su cuadernito de notas donde él anotaba todos sus gastos —. Me gusta gastarme el dinero en otras cosas, pero no en la vestimenta.

—¿Y por qué no en la vestimenta? ¿Hay acaso nada más importante?

—Porque... no vale la pena — dijo Kringelein en voz baja; las malditas lágrimas, aquellas lágrimas cobardes volvían a mojarle los ojos. ¡Por los cuernos del diablo! ¡Que no pudiera pensar en su próximo fin sin emocionarse!

Gaigern lo miró con disgusto.

—Realmente eso no vale la pena. Quiero decir que..., si me hago ropa nueva, voy a disfrutarla poco tiempo. Yo creí... que mis trajes viejos podrían ir tirando todavía — murmuró Kringelein, consciente de su falta.

"¡Dios mío! — pensó Gaigern —. ¿Pero es que cada hombre tiene ya preparada su taza de té con veronal?" Los transportes de cariño de la noche anterior le hacían sensible.

—No calcule... — dijo amistosamente —, no calcule, señor Kringelein, que siempre se hacen cuentas falsas. No debe usted agotar mucho tiempo los trajes viejos; lo que es necesario es hallarse en la verdadera disposición de espíritu para el momento oportuno. Yo me rijo siempre por las exigencias del momento y me va muy bien. Vamos, meta en el bolsillo algunos miles de marcos, y venga conmigo, que ya verá usted si la vida es o no agradable. En marcha, pues.

Kringelein levantóse obedientemente; tenía al mismo tiempo la sensación de girar dentro de un torbellino peligroso, como dentro de un cráter. "Unos cuantos miles de marcos — pensó a través de una nube —, un día feliz, uno solo, algunos miles de marcos gastados en un día". Pero ya iba detrás de Gaigern, algo rebelde todavía. Las paredes de la sala de desayuno parecían bailar alrededor de él. Kringelein caminaba, vacilante por los corredores del hotel, privado de voluntad, bailándole los pies dentro de sus botas de elásticos recién lustradas. Tenía miedo, un miedo horrible a Gaigern, a los gastos del gran sastre; tenía miedo al auto gris, en el que el otro le empujó junto al asiento del chofer; tenía miedo a la vida, y, sin embargo, corría tras ella. Apretó convulsivamente sus ruines muelas, púsose sus guantes de hilo y comenzó su jornada dichosa.

A las diez menos diez el señor doctor Otternschlag daba vueltas por el "hall", buscando a Kringelein; el portero le entregó una carta:

"Muy distinguido señor doctor: Circunstancias imprevistas me impiden por desgracia esperar a usted donde nos habíamos citado; le saluda con el mayor afecto, *Otto Kringelein*".

Este era el estilo epistolar de Kringelein; pero no era enteramente su escritura. Unos rasgos duros, desiguales, se habían metido entre los palos regulares de su escritura de contable, y los puntos sobre las íes parecía que iban a echar a volar como globitos desprendidos de su hilo, para estallar allá arriba, cada uno por su lado, con un ruidito seco, apagado y trágico que nadie llega a oír... El doctor Otternschlag tenía la carta en la mano. El "hall" era un desierto lleno de horas vacías y sin fin. Con sus zancadas de avestruz, el doctor Otternschlag pasó por delante del quiosco de los periódicos, del puesto de las flores, del empleado del ascensor, y cruzó a lo largo de las columnas hasta llegar a su sitio habitual. "Es horrible —pensaba —, es horrible, espantoso". Sus dedos de plomo, que el tabaco había puesto amarillos, colgaban del extremo de su mano, y su ojo postizo dirigíase fijamente hacia la mujer que, en contra del reglamento de elegancia y distinción de un gran hotel, empezaba en pleno día a echar aserrín mojado en el "hall" para barrerlo.

* * *

Ya tenemos a nuestro amigo Kringelein en el salón de pruebas del sastre más elegante de Berlín, y su ansiedad es enorme. Tres elegantes señores se ocupan de él; doce Kringelein mal vestidos salen de los espejos yuxtapuestos, dirigiéndose unos hacia otros, en ángulos agudos. Un señor elegante trae abrigos y trajes; otro señor elegante está arrodillado estirándole los bajos de su pantalón, y un tercer señor elegante se contenta con estar allí cerca de los otros, mirando al señor Kringelein con guiños de ojos a fuerza de hombre entendido y con murmullos de palabras incomprensibles. El barón Gaigern está sentado sobre una banqueta de terciopelo, bajo una fila de retratos de actores de cine, increíblemente hermosos; con sus guantes calados se da golpecitos en las palmas de las manos, y por nada del mundo quiere mirar a Kringelein, como si se sintiera avergonzado.

Y ahora es cuando empiezan a salir a la luz del día los secretos lamentables y bochornosos del contable Otto Kringelein, de Fredersdorf. Sus tirantes rotos han sido recosidos, remendados y por último chapuceramente arreglados con la ayuda de un piolín. Su mujer, Ana, le ha estrechado el chaleco, que se le había quedado anchísimo, sin más que hacerle dos grandes pliegues en la espalda. Kringelein aprovecha las camisas de su padre, y, como le están demasiado grandes, ha tenido que ponerse unas gomas en los brazos para que los larguísimos puños no le coman las manos. Los gemelos, Dios sabe cuál será su fecha. La gigantesca camisa está hecha con una lana burda y descolorida; tan sólo sobre el delantero se ha puesto un cachito de zefir rayado como una ventanita a la calle. Todavía lleva algo de lana debajo de la camisa: una camiseta sin pelo de tan lavada y toscamente zurcida. Debajo de esto, una piel de gato con manchas, que debe ser muy eficaz contra los calambres de estómago y los bruscos accesos de fiebre. Los elegantes señores no pestañean siquiera... Mejor quisiera Kringelein que le gastaran alguna broma o que le consolaran.

—No he hecho nunca gran caso de la moda, porque pertenezco todavía a la antigua escuela... — dijo humildemente y como para excusarse en medio de la cortesía comercial y helada de aquellos señores.

Nadie le contesta. Le van sacando todas sus capas, una por una, pelándole poco a poco como una cebolla. El tratamiento al que someten aquí a Kringelein, que no puede defenderse, es bastante cruel. Su malestar es grande, tan grande como antaño en la sala de operaciones; es la misma claridad cristalina bañándolo todo, y a Kringelein le parece que se le acercan demasiado. Los tres señores se ponen entonces a vestirlo. Gaigern, que se ha animado, empieza a dar algunos consejos.

—Esto es lo que tiene que llevar — dice —; nada de otra cosa.

Kringelein bizquea en la dirección de las pequeñas etiquetas fijadas a las diferentes prendas, donde se marca el precio, única cosa que le interesa y que no se atreve a preguntar. Por fin se decide y se siente acometido de un espanto sin nombre; de buena gana saldría corriendo; aquel salón de pruebas se convierte en una cárcel, donde cuatro severos guardianes le aprisionan entre aquellas paredes tapizadas de espejos. Kringelein transpira espantosamente, a chorros, y eso que le han sacado toda la lana que llevaba encima. Allí están todas sus prendas íntimas, apiladas sobre una silla, ofreciendo un aspecto viejo y repulsivo. De pronto, Kringelein desinterésase de todo: le dan asco aquellas prendas de un pobre diablo, remendadas, oliendo a sudor, de colores tristes. Luego sufre una conmoción y se queda maravillado de la camisa de seda que le hacen ponerse.

—¡Ajajá! — dice Kringelein, y se queda plantado ante el espejo, con la cabeza inclinada, la boca entreabierta, como si estuviera escuchando secretos.

¡Ah, ah! Su piel se regocija y entabla en seguida una amistad cordial con la seda de la camisa, de dibujos delicados. El cuello le sienta bien, no le roza, no le araña, ni demasiado ancho ni demasiado estrecho; una corbata se esponja pomposamente sobre el pecho de Kringelein, bajo el cual late ahora su corazón como en espera de una fiesta secreta..., con un latido fuerte, algo doloroso, pero libre. Le traen calcetines y zapatos; aquellos señores tienen para él toda clase de deferencias. En dos palabras, Gaigern ha explicado que el señor director está algo delicado, y así,

desde los cuatro pisos del almacén de confecciones, le traen cuanto es necesario para el equipo de un hombre elegante. Kringelein siente vergüenza, una vergüenza intolerable de sus pies, pues le parece que de pronto le van a ver sus pies juanetudos, en los que hay pruebas evidentes de las miserias y penalidades de su vida. Se mete en un rincón con los calcetines y los zapatos nuevos y, doblándose mucho, procura taparse con la espalda para que no le vean, mientras se ata desmañadamente los zapatos. Después de esto le ponen un traje elegido por el barón.

—El señor director está admirablemente bien formado —dice uno de los señores elegantes—, y le sienta este traje como si se lo hubiéramos hecho a la medida.

—No hay que tocar en él un pelo — dice el segundo.

—Es maravilloso. ¡Qué pocos clientes tenemos tan esbeltos! —dice el tercero.

Y asiendo a Kringelein de un brazo, lo empujan hacia el espejo y le hacen dar vueltas y más vueltas como a un maniquí de madera, escueto y sufrido.

En este preciso momento es cuando Kringelein, al verse avanzar en el espejo al encuentro de sí mismo, siente la vida por primera vez. Sí, la siente, se reconoce, con una conmoción violenta como una exhalación. Esto ocurrió en el momento de ver dirigirse hacia él a un extranjero lleno de gracia y distinción, con ademán algo cortado, un hombre que, sin embargo, le era sumamente familiar, puesto que era él mismo, el verdadero Kringelein, el Kringelein obscurecido de Fredersdorf...; pero no duró más que un momento, porque cuando volvió a mirarse ya no encontró nada de nuevo que le sorprendiera; el milagro de la transformación se había realizado.

Kringelein respiró honda y fuertemente; sentía que un agudo dolorcillo despertaba en su estómago.

—Yo creo que este traje me está bien — dijo a Gaigern con pueril satisfacción.

Y el barón mostró una amabilidad excesiva, porque con sus propias manos, anchas y calientes, encajó los hombros de Kringelein en su sitio dentro de la nueva americana.

—Me parece que nos vamos a decidir por este traje — dijo Kringelein a los tres señores, palpando a hurtadillas el género entre sus dedos...

Algo entendía él de tejidos, pues aunque trabajase más en las oficinas de los salarios, no en vano estaba empleado en una fábrica de tejidos de punto.

—Buen tejido, soy del oficio — dijo como buen conocedor que sabe apreciar la mercancía.

—Es género inglés legítimo. Nos lo mandan directamente de Londres — respondió el de los ojos pitarrosos.

"Preysing no gasta telas así", pensó Kringelein. De pronto Kringelein tomó una resolución: metióse las manos en los bolsillos nuevos y limpios de la americana, como diciendo: "Me quedo con el traje; ya es mío".

Sin transición, la alegría del comprador y del propietario suplantó a su angustia. Por primera vez Kringelein siente la ligereza, que es casi un vértigo, inherente a las prodigalidades, y atraviesa la muralla detrás de la cual ha vivido toda su vida. Y compra, compra sin preguntar el precio, acariciando las telas y las sedas, alisando las alas de los sombreros, probándose chalecos, corbatas, cinturones; armoniza los colores y se encanta haciendo combinaciones felices de tonos, como si estuviera preparando un sabroso plato.

—El señor director tiene un gusto particularmente seguro — dijo uno de los probadores.

—Ya lo creo — dijo el otro —, distinguido, discreto, distinguidísimo.

Algo impaciente, aunque alegre de rostro, Gaigern aprueba las compras de su amigo mientras se mira las manos con aire de aburrimiento: la derecha conserva la cicatriz de la cortadura y la izquierda está ahora bien desairada desde que dió el anillo a la Grusinskaia. Disimuladamente se las pasa por la cara para olérselas. ¿Conservarán todavía algo de su perfume, amargo y dulce, de peligro y calma, de neviada, la florecilla que crece en el campo al borde de los caminos?

Kringelein se compra un traje inglés, gris obscuro, amplio y práctico, y un pantalón obscuro a rayas claras que irá bien con una americana muy entallada; un "smoking", al que tienen que cambiar los botones, y ropa blanca en abundancia: camisas, cuellos, medias, pañuelos, tirantes, corbatas, y un abrigo de entretiempo parecido al que lleva Gaigern, un sombrero blando, de una flexibilidad y ligereza sorprendentes, dentro del cual se lee la marca dorada de una firma de Florencia. Por último, con un par de guantes de gamuza con calados negros y exactamente iguales a los de Gaigern, se encamina hacia la caja, donde le dan grandes facilidades de pago. Kringelein se pone en seguida de acuerdo, por serle familiar toda esa jerga de los libros e ingresos en caja; paga mil marcos al contado y el resto lo pagará por tres letras.

—Ya está — dijo Gaigern, satisfecho.

Toda una fila de empleados les abren calle deshaciéndose en saludos, y Kringelein, transformado de pies a cabeza como por arte de magia, se dirige hacia la puerta de cristales biselados. Fuera hace sol, pero sopla un vientecillo fresco que es para Kringelein como si se bebiera una copa de vino muy frío. Siempre se había deslizado modestamente por el mundo; pero allí, los tres pasos que tiene que recorrer desde la salida del estupendo bazar hasta la limusina de un gris azulado, los recorre con enérgica elasticidad, pisando fuerte con sus zapatos nuevos.

—¿Está usted satisfecho? — le pregunta Gaigern disponiéndose a poner el coche en marcha —. ¿No le hace daño nada? ¿Se encuentra cómodo?

—Maravillosamente, es admirable, magnífico — responde Kringelein sentándose junto al chófer con asombrosa naturalidad.

Luego se saca los lentes y con un movimiento cansado y rutinario se pasa dos dedos por el borde de los párpados.

Piensa en que cuando le presenten la tercera letra no estará ya en el mundo.

* * *

Los impacientes dedos de Gaigern temblaban como si hubiera ácido carbónico entre sus manos y el volante. En los cruces de las calles, ante las señales luminosas, rojas, verdes y amarillas, los guardias de la circulación le amenazaban con un gesto, esbozando una sonrisa. El coche corría dejando atrás casas, árboles, columnas de anuncios, grupos de gente en las esquinas de las calles, carros de fruta, vallas cubiertas de carteles y viejas asustadas que, vestidas de negro, en plena marcha, y con la falda muy larga, atravesaban la otra calle a contrapelo, corriendo a saltitos. El asfalto reverberaba un sol húmedo y amarillo. Cuando algún autobús interceptaba el paso, el cochecillo de cuatro asientos lanzaba sendos bocinazos con sus dos aparatos acústicos, armando un estrépito que parecía los ladridos de dos perros escandalosos.

Mucha gente de Fredersdorf no había ido aún en automóvil. Ana, por ejemplo, no se había metido todavía en ninguno; pero, en cambio, Kringelein sí, y bien disfrutaba él ahora de ese lujo. Apretaba fuertemente los labios, contraía los codos y los hombros, mientras el aire le hacía lagrimear. Las curvas le impresionaban espantosamente, y bajo la nueva camisa de seda que llevaba sentía subir y bajar su corazón. Experimentaba el mismo goce angustioso que en su infancia, cuando por las ferias montaba en la calesita a diez centavos las tres vueltas.

Kringelein contemplaba Berlín, que, estirado en largas fajas, pasaba corriendo junto a ellos. Como ya estaba un tanto familiarizado con la gran urbe, reconoció desde lejos la Puerta de Brandeburgo y la iglesia de la Conmemoración, a la que lanzó una mirada llena de respeto.

—¿Adónde vamos? — preguntó a Gaigern acercándosele mucho a la oreja derecha, pues el ruido del motor le parecía descomunal y sentíase impresionado como por el fragor de una tormenta.

—A desayunar en el campo, camino del Avus, hacia el nuevo aeródromo — respondió Gaigern tranquilamente.

La carretera precipitábase hacia el auto cada vez con mayor rapidez. Llegaron cerca de la Torre de la Radio, donde ya había estado Kringelein la víspera con el doctor Otternschlag, pero empezaba a hacerse de noche y él estaba muy fatigado para poder enterarse de nada. Aquellos nuevos "halls" inconclusos, extraños y desmantelados, le habían perseguido en sueños, y lo que había soñado y lo que veía en realidad se superponían ya en dos capas amenazadoras e incomprensibles a la vez.

—¿Van a seguir estas obras? — exclamó Kringelein señalando las galerías de exposición.

—Ya están concluídas — contestó su amigo, y Kringelein se quedó sorprendido; allí todo estaba desmantelado como en la fábrica de Fredersdorf, pero no era tan feo.

—Tiene gracia esta ciudad — dijo moviendo la cabeza y bizqueando con más fuerza.

De pronto recibió un choque que le erizó un poco el pelo; pero no era nada: Gaigern había parado bruscamente ante la puerta norte del Avus para reanudar la marcha inmediatamente.

—Ahora es cuando le va a zumbar el coche — dijo, y antes de que Kringelein pudiera comprender nada le zumbó, efectivamente.

La cosa empezó por una corriente de aire cada vez más frío y más duro que llegó a golpearle el rostro como un puño. Y pareció como si el coche rompiera a hablar de pronto con una voz que antes no tenía y que empezó a cantar desde las entrañas del motor cada vez más alto. Al mismo tiempo algo muy extraño y molesto sentía el contable en sus piernas, y era que se le llenaban de aire, cuyas burbujas le subían por los huesos arriba, mientras sus rodillas parecían que iban a estallar. Llevaba ya algunos segundos espantosamente largos sin poder respirar y pensó: "Esta es la muerte, y no hay duda que yo me muero".

Con sus pulmones apretados como en un estuche, procuraba aspirar aire; el coche, en su rápida marcha, iba arrancando cosas irreconocibles, rojas, verdes, azules; los árboles también se precipitaban al encuentro de sus lentes; luego fué un punto rojo que de pronto se convirtió en un coche y que volvió a desaparecer en el vacío detrás del auto. Kringelein seguía sin poder respirar y su diafragma se sentía sometido a unas sensaciones completamente nuevas e insospechadas. Kringelein intentó volver la cabeza hacia Gaigern, y menos mal que no le fué segada. El barón iba ligeramente inclinado sobre el volante; habíase puesto sus guantes de piel de gamuza, pero sin abrochárselos, y esto daba, sin saberse por qué, cierta confianza y alguna impresión de seguridad. En el momento mismo en que el pedacito de estómago que le quedaba a Kringelein quería salírsele por la boca, una sonrisa dibujóse en los labios apretados de Gaigern. Sin separar los ojos de la pista del Avus, señaló con la barbilla hacia un lugar, y Kringelein siguió obedientemente la dirección indicada. Como no era ningún tonto, comprendió en seguida que lo que el otro señalaba era el indicador de velocidades que tenía delante. La agujita apenas oscilaba y marcaba 110.

"¡Atiza!", pensó Kringelein tragándose aterrado la nuez de Adán, y con el busto inclinado se abandonó al movimiento que le arrebataba. Mas de pronto sintió por primera vez el acre y espantable goce del peligro. "Más aprisa, más aprisa", le gritaba desde lo más hondo de su ser un Kringelein desconocido e intrépido. El coche obedeció marcando la aguja 115; luego, durante algún tiempo se mantuvo a 118. Kringelein renunció definitivamente a respirar, y hubiera querido en ese momento precipitarse en una profunda sima. Pensó vagamente: "Adelante, siga la marcha, explosión, colisión, de pronto un choque, y terminará esta marcha, y luego no hará falta una cama de hospital porque una fractura de cráneo lo arreglará todo".

Los grandes bastidores con anuncios continuaban galopando como locos a lo largo del coche, pero haciéndose cada vez más escasos. Luego los terrenos grises, fugitivos, despedazados a lo largo de la pista, se convirtieron en bosques de pinos silvestres. Kringelein vió girar los árboles más despacio en la dirección del coche. El indicador de velocidad bajó a 60, saltó un poco todavía la aguja, 50, 45 y salieron del Avus por la puerta del sur, rodando luego pacíficamente entre las villas de Wannsee.

—La cosa marcha bien y ahora me encuentro más ligero — dijo Gaigern riendo.

Kringelein desvió las manos de los cojines de cuero, donde las tenía engarfiadas, y poco a poco, con precaución, fué deshaciendo la contracción de sus mandíbulas, de sus rodillas y de sus espaldas: sentíase completamente agotado, pero dichoso, dichosísimo.

—Yo también — respondió con la mayor sinceridad.

Cuando estuvieron sentados en la terraza desierta de un restaurante, al borde del Wannsee, mirando las lanchitas de vela columpiarse sobre el agua, con las alas replegadas, guardó silencio. Necesitaba que tomase cuerpo la impresión que había tenido y esto no era sencillo. "¿Qué viene a ser la velocidad? — pensó—. No se la puede ver ni agarrar y eso de que pueda medírsela acaso no sea más que un cuento. Pero, ¿cómo será que llega a metérsele a uno con más fuerza y gusto que la música?" Las cosas y las gentes aun giraban un poco en torno suyo, y eso era precisamente lo que le gustaba. Llevaba consigo el frasco de bálsamo de vida de Hundt; pero no lo tocó.

—Le doy a usted un millón de gracias por este maravilloso paseo — dijo esforzándose ceremoniosamente para emplear los términos selectos que convinieran a su nueva existencia.

Gaigern, que no comía más que cosas baratas, espinacas y un huevo al plato, hizo un gesto negativo.

—A mí me gusta esto — dijo — y usted lo conoce por primera vez. ¡Es tan raro encontrar personas a las que se pueda enseñar nada nuevo!

—Sin embargo, usted mismo no me hace en absoluto la impresión de un hastiado, si puedo expresarme así — dijo Kringelein con desenfado.

Ya había tomado posesión de su traje nuevo, y estaba como en su casa dentro de su camisa de seda; se sentaba de un modo diferente y comía de una manera mucho más distinguida; pero sobre todo sus manos, las flacas manos que asomaban por los puños y que aquella misma mañana le habían sido aciculadas por una linda señorita en el subsuelo del "Grand Hotel", le gustaban enormemente.

—¡Dios mío!, ¿yo hastiado? — dijo Gaigern con regocijo—. No, nada de eso, aunque también nosotros llevamos una vida bastante activa — no pudo por menos de sonreírse —. Tiene usted razón: nos ocurren a veces también dos cosas nuevas que no nos habían salido nunca del cuerpo, cosas extrañas — agregó hablando para sí; y apretando un poco sus lindos dientes, pensó en la Grusinskaia.

La impaciencia le roía los huesos. ¡Oh, si de nuevo pudiera él tener entre sus brazos aquella mujercita tan dulce e indefensa y volver a oír su voz, como el cántico de un pájaro triste! El tiempo que iba a pasar para ello le parecía un desierto interminable. Ardiendo interiormente de impaciencia, se señaló tres días para agenciarse de un modo u otro algunos miles de marcos con que tapar la boca a sus camaradas y partir inmediatamente para Viena.

—¿Y qué hacemos ahora? — preguntó Kringelein dirigiéndole con sus ojos bizcos una mirada tierna y agradecida.

El barón encontraba simpático a este apacible provinciano, allí sentado a su lado, como un chico esperando la distribución de los regalos de Navidad.

—Ahora vamos a volar — le dijo con el tono tranquilizador de una niñera —. Esto es muy divertido y no hay ningún peligro: desde luego, es mucho más seguro que una rápida carrera en auto como la que acabamos de dar.

—¿Pero ha sido peligrosa? — preguntó Kringelein admirándose, pasado el peligro, sin sentir ya la zozobra anterior más que como un placer.

—Ya lo creo — dijo Gaigern —. 118 kilómetros por hora no es un grano de anís, amén de que el piso estaba húmedo, cosa rara en esta estación. En definitiva, que un coche puede siempre saltar... Mozo, ¿quiere traerme la cuenta? — dijo volviéndose amablemente hacia él, y luego pagó su refrigerio barato, espinacas y un huevo al plato; hecho este gasto, sólo le quedaron en el portamonedas veinticuatro marcos.

Kringelein pagó también; solamente había tragado algunas cucharadas de sopa, pues tenía mucho miedo de que su estómago protestara. Cuando volvió a guardarse su portamonedas — era el viejo portamonedas raído que traía de su casa —, tuvo la visión fugaz y repentina de su cuadernillo de gastos de pasta de hule. Desde los nueve años, y hasta esa misma mañana, había apuntado sus gastos, centavo por centavo, de ese modo. Pero esto ya no podía seguir haciéndolo y no lo haría más. No era posible inscribir mil marcos como gastos de un solo día; en concepto de Kringelein, se había derrumbado una parte del equilibrio mundial, pero sin ruido, sin ayudarle nadie.

Detrás de Gaigern dirigióse hacia el coche atravesando la desierta terraza, pimpante y marcoso con sus nuevas galas. Ahora sí que por dondequiera pasase lo saludaba todo el mundo solícitamente. "Buenos días, señor director general", pensó, y se vió pegado a la pared, aplastado contra el muro forrado de crepé azul en el segundo piso del edificio de Fredersdorf. Metióse los lentes en el bolsillo y, sentándose al lado de Gaigern, ofreció sus ojos desnudos al fresco brumoso de marzo. Con un vivo sentimiento de amistad y gratitud confiada, oyó que el motor se ponía en marcha.

—¿Salimos a la carretera o vamos otra vez al Avus? — preguntó Gaigern.

—Otra vez al Avus — repuso Kringelein —; pero a la misma velocidad de antes — agregó más quedo.

—¡Vaya!, que se ha vuelto usted valiente — dijo Gaigern desembragando.

—No, no es el valor lo que me falta — exclamó con energía, y con la cabeza inclinada y la boca abierta, allí estaba el hombre dispuesto a abandonarse a la vida.

* * *

Kringelein está apoyado sobre las maderas blancas y rojas del campo de aviación, procurando ver claro en ese mundo maravilloso por el que camina errante desde esta mañana. El día de ayer, hace ya cien años, ayer subió en el ascensor hasta el restaurante de la torre de la Radio, fatigado, con la cabeza vacía como un sonámbulo; realmente no había sido un placer, y los comentarios pesimistas del doctor Otternschlag lo hacían todo más incierto y fantasmagórico. Anteayer, hacía ya mil años, él era un contable auxiliar de la oficina de los salarios de la Algodonera de Sajonia, S. A., de Fredersdorf, un empleaducho insignificante, entre otros trescientos individuos del mismo linaje, con su traje barato de lanilla y con la obligación de pagar todavía de su escaso sueldo la prima de un seguro de invalidez. Pero hoy las cosas han variado mucho; está allí esperando al piloto, con el cual, mediante el pago adecuado del pasaje, va a emprender un vuelo bastante largo, organizado para él solo. Y éste es uno de sus pensamientos en los que no puede profundizar bien hasta el fondo, aunque Kringelein esté ahora más despierto y concentrado en sí mismo.

Y eso de sentir el valor es una ilusión; lo que tiene es un miedo cerval, un miedo horrible a ese mismo placer que se está preparando: él no quiere volar, no siente el menor deseo de ello. Quisiera estar en su casa, no en Fredersdorf, sino en el hotel, en el número 70, con sus muebles de caoba y su edredón de seda, en su cama. ¡Qué gusto si estuviera acostado en su cama sin tener que volar!

Cuando Kringelein se había puesto en persecución de la vida, algo nebuloso e informe flotaba delante de sus ojos; pero al mismo tiempo algo tapizado y amplio, con plegados y franjas bonitamente guarnecidos con suntuosos adornos; lechos mullidos, copas llenas, mórbidas mujeres en efigie y de carne y hueso; pero ahora, que goza de la vida, ahora que al parecer se satura de ella, todo toma un aspecto diferente; tiene que someterse a las exigencias, un áspero viento que corta las orejas, y, para llegar a una sola gota dulce de sensación embriagadora, tiene que atravesar murallas de angustia y de peligro. "Volar...", piensa Kringelein. El no sabe de esto más que lo que ha soñado. He aquí el sueño que tuvo: Kringelein está de pie en medio de la Sala Zickermeyer, en torno suyo los miembros de la Coral, cantando un solo. Escuchaba su hermosa voz de tenor que canta notas cada vez más altas con una gran facilidad, sin ningún esfuerzo; es un placer puro, sencillo, bastante por sí mismo. Finalmente, se acuesta sobre la más alta de aquellas dulces notas que ha cantado y vuela empujado por ese sonido entre las nubes, que le acompañan con su música, mientras los miembros de la Coral le contemplan estirando mucho el cuello. Al principio no hace más que planear bajo el techo de la Sala Zickermeyer; pero luego va él solo emprende el vuelo sin nadie en torno suyo, y... solamente al fin, cuando se da cuenta de que todo ha sido un sueño, tiene que volver al lecho conyugal, donde Ana, descuidada, duerme el sueño maloliente de sus cuarenta años. La caída es espantosa y el despertar es un grito en la alcoba obscura que huele a cerrado, con sus pequeños cristales en la ventana, sus armarios que apestan a polvos insecticidas y su estufita de hierro fundido, apagada, sobre la que descansa un cazo...

Kringelein guiña los ojos. "¡Volar!", piensa, y vuelve al campo de aviación de Tempelhof. Aquí también, como allá abajo, cerca de la torre de la Radio y en el Avus, los colores son violentos: amarillo chillón, azul, rojo y verde. Se alzan unas torres enigmáticas: todo es sencillo, con miras a la economía: el viento empuja un polvo gris plateado de toda la extensión de asfalto, al otro lado de las vallas, y las sombras de las nubes se apresuran a pasar la línea de partida. El pequeño aparato que va a volar está ya preparado: tres hombres se atarean en torno suyo; ruge el motor, la hélice da sus primeras vueltas de ensayo. Delante de las ruedas bajas se han puesto unos bloques; se ven vibrar las alas de plata. Otros pájaros aterrizan saludados

por el ronco pitido de una sirena — también en Fredersdorf la fábrica llama a las siete de la mañana..., y quizá esto no sea más que un sueño —. Otros aparatos emprenden el vuelo, pesados en la tierra, ligeros en el aire; unos de metal parecen de plata; otros dorados, con fuselajes de madera; otros blanquísimos, muy grandes, con cuatro planos y tres hélices mugidoras. ¡Qué extenso y qué maravillosamente tranquilo es este campo de aviación! Las gentes aquí se mueven en constante ajetreo, castigadas por el sol, pero de buen humor y calladas, con sus amplios monos y sus estrechas gorras; la única voz que allí se oye es la de los aparatos, que cuando ruedan sobre la tierra para despegar ladran roncamente como grandes canes.

Gaigern llega con el piloto, un señor muy fino, de piernas combadas de antiguo oficial de caballería. Gaigern parece pertenecer al aeródromo; todo el mundo le conoce y le saluda.

—Esto va a zumbar en seguida — anuncia Gaigern, y Kringelein, que ya conoce por experiencia lo que significan los zumbidos del otro, siente un pánico terrible. "¡Socorro, socorro! — piensa —. No quiero volar..." Pero por nada del mundo lo expresaría él en alta voz.

—¿Despegamos ya? — pregunta como hombre conocedor, sintiéndose orgulloso de esa palabra, que emplea por primera vez en su vida, y poco después Otto Kringelein está sentado en la pequeña carlinga y amarrado por la cintura a un pequeño asiento cómodo, de cuero, sintiéndose luego rápidamente lanzado al espacio grisáceo de un cielo de marzo.

Gaigern, sentado junto a él, silba, y esto tranquiliza a Kringelein en ese momento, en que se abandona por completo. La cosa al principio no es más que como una carrera de auto sobre un suelo desigual, y de pronto el motor que empieza a hacer un ruido rápido de infierno. En seguida empuja la tierra detrás de él y se remonta. No planea; lo que hace es mucho más difícil que lo que hacía el tenor Kringelein cuando volaba en sueños; se lanza al espacio con ímpetu, como para franquear los escalones del obispo; se eleva, baja un poco, vuelve a saltar y a caer, sube, baja, sube, baja; esta vez la sensación de malestar no se localiza en las piernas como en la carrera pasada a 120 por hora, sino en la cabeza.

Kringelein siente crujir los huesos de su cráneo, que parecen adelgazar, hacerse quebradizos como el cristal, tanto, que por un momento se ve obligado a cerrar los ojos.

—Es el vértigo de la altura — dice Gaigern gritándole al oído, y al mismo tiempo piensa en la posibilidad de sacarle allí mismo en el avión al señor Kringelein cinco mil marcos, o tres mil, aunque no fueran más que quinientos, para poder pagar su cuenta en el hotel y sacar su billete para Viena.

Al mismo tiempo le pregunta amablemente:

—¿Se siente usted mal, se cansa?

Pero lleno de energía y valor, Kringelein se repone y responde con firmeza que no. Abre los ojos en su vacilante cabeza, que vibra como si fuera de cristal; se pone a mirar un punto fijo sobre el piso del avión y luego, más arriba, el ovalito de cristal en el bastidor delantero. Ve también allí cifras y agujas temblorosas. El piloto vuelve hacia él su enérgico semblante y le sonríe como a un amigo, como a un camarada. Para Kringelein esta mirada es un tónico y una prueba de respeto. En sus oídos, que zumban y silban, le grita Gaigern:

—Volamos a trescientos metros de altura y a ciento ochenta por hora.

De pronto todo se suaviza, se aligera y une; el aparato ha cesado de elevarse y, haciendo oír la voz metálica de su motor, describe un gran ángulo de circo, y, semejante a un pájaro, se aleja por encima de la ciudad, que se ha quedado allá abajo, muy pequeñita. Kringelein se atreve a mirar el espacio.

Lo primero que ve es el metal ondulado y fuselado de las alas, que parecen una cosa viva, y mucho más abajo distingue Berlín, cortado en cuadritos minúsculos, unas cúpulas verdes y una estación ridícula, como en un escaparate de juguetes. El Tiergarten es sólo una manchita verde; el Wannsee no es sino otra manchita gris plomiza con cuatro puntos blancos y microscópicos como cuatro velas. El horizonte de este pequeño mundo está allá abajo, muy lejos; se levanta formando una ligera bóveda; allá abajo hay también montañas y bosques y eriales de tierra parda. Kringelein afloja sus labios contraídos y sonríe puerilmente; está volando y ha podido resistir la prueba. Se siente perfectamente vigoroso, rejuvenecido. Por tercera vez en el mismo día, un temor lo deja y un goce lo toma.

Toca a Gaigern en la espalda y, respondiendo a su mirada interrogativa, le dice algo que se pierde entre el ruido del motor.

—Después de todo, no es tan terrible como parece — dice Kringelein —, y no hay por qué asustarse, ni mucho menos.

Kringelein, al expresarse así, no solamente piensa en la cuentecita del sastre, en la loca carrera a lo largo del Avus y en el vuelo, sino que engloba las tres cosas con la idea de que pronto va a morir y abandonar este mundo tan pequeño, salir de esta inmensa angustia, y, si la cosa es posible, que la muerte le remonte a una altura donde no llegan los aviones.

❦ ❦ ❦

En el camino de regreso, nuestro renovado héroe, el nuevo hombre que ya era Kringelein, sintió el corazón encogido al contemplar las calles que se extienden por detrás del Tempelhofer Feld. ¡Se parecían tanto a las lúgubres calles de Fredersdorf! Alzábanse las chimeneas detrás de los desmontes de la estación, y Kringelein, con la nariz al viento, trataba de percibir ese olor de cola, tan característico, de que estaba saturado el aire en el departamento de los aprestos de la fábrica de Fredersdorf. En aquellas miserables callejas disfrutaba con agudo y redoblado placer de su estancia en un automóvil y de su abrigo nuevo. Al llegar a la Halesche Tor tuvieron que esperar un momento; el vuelo le había dejado por todo el cuerpo una sensación de sosiego, pero de una gran embriaguez. Lleno de curiosidad, preguntó con tacto:

—¿Y qué propósitos tiene ahora el señor barón, por lo que a nosotros se refiere?

—Tengo que volver al hotel para asuntos míos particulares; tengo una cita a las cinco — respondió Gaigern —. Venga usted conmigo, quiero bailar un rato — agregó al leer en los ojos de su amigo la tristeza y profundo abandono que lo abrumaban.

—Muchas gracias. Le acompañaré con mucho gusto. Desgraciadamente, no sé bailar, pero me gusta ver bailar a los otros.

—Parece mentira que no sepa usted bailar, una cosa que sabe todo el mundo — dijo Gaigern.

Ya estaban lejos de la Friedrichstrasse y Kringelein seguía pensando en estas palabras.

—Y luego, ¿qué podemos hacer? — preguntó poniéndose ya pesado con su ansia insaciable.

Gaigern, sin contestarle, aceleró la marcha hasta que tuvo que frenar ante la lámpara roja de la Leipzigerstrasse.

—Dígame usted con franqueza, señor director, ¿es usted casado?

Kringelein meditó todo el tiempo que la lámpara amarilla y la verde estuvieron encendidas en el intervalo hasta seguir su marcha el coche y contestó:

—Lo he estado, señor barón, estuve casado, pero me separé de mi mujer. Sí, he tenido que recobrar mi libertad y puedo decirlo. Hay uniones, señor barón, en que los dos se cansan mutuamente, acaban por asquearse el uno del otro, y no se pueden ver sin enfurecerse. Y ya se sabe: basta encontrar por la mañana el peine de la mujer lleno de pelos para que todo le salga a uno torcido hasta la noche; claro que es injusto, pues, ¿qué culpa tiene la infeliz de que se le caiga el pelo? O bien es otra molestia la que nos crispa cuando, por las noches, tiene usted gana de leer los periódicos y su mujer no para de charlar o se pone a cantar en la cocina lastimando los oídos de todo buen aficionado a la música. Y esto de que todas las noches, cuando yo me sentía con ganas de descansar un poco leyendo, me dijera: "Córtame leños para mañana", cuando la leña ya cortada cuesta ocho pfenigues más por carga... Pero ella no lo entendía así: "Tiras el dinero (me decía de continuo), y por tu culpa nos moriremos de hambre sobre un jergón". Bueno, pues su padre tiene una tienda que mi mujer tiene que heredar. Así, no tuve más remedio que recobrar mi libertad. No era para mí esa mujer; yo siempre he tenido otras aspiraciones más altas, y eso es lo que no me ha perdonado. Cuando mi amigo Kampmann me regaló cinco años completos de la revista "Cosmos", mi mujer los vendió por papel viejo y le dieron catorce pfenigues, y con esto queda retratada, señor barón. Me he separado de ella lo mismo da unas semanas antes que después, puesto que deberá arreglarse sin mí. Que vuelva al mostrador a vender salchichón y bocadillos a los empleados solteros de la fábrica para su cena, que así es como yo la conocí. Puede que tropiece con algún imbécil. También yo lo fuí y lo poco al casarme con ella; entonces yo no tenía ninguna idea de la vida ni de lo que debe ser una mujer, pero desde que estoy aquí en Berlín y veo estas señoras tan lindas, todas tan perfectas y bien educadas, es cuando empiezo a ver claro. Pero ya es tarde para...

Este discurso de Kringelein, sacado de lo más hondo de su alma, duró desde la Leipzigerstrasse hasta el Unter der Linden.

—Y todavía no se han acabado para usted las sorpresas — repuso Gaigern algo distraído por disponerse al franquear el estrecho paso de la Puerta de Brandeburgo, un poco inquieto por la torpe maniobra de un chofer particular que le precedía. Los barruntos de cicatería que asomaban a las palabras de Kringelein escamaron un poco a Gaigern, que no veía ya tan fácil conseguir el préstamo de los tres mil marcos que tenía pensado pedirle.

Y Kringelein, por su parte, que llevaba una camisa de seda y rodaba en auto, habría retirado de buena gana algunas de las palabras estúpidamente confiadas que antes pronunciara, y así dijo en tono desenvuelto:

—Vamos, pues, a bailar. Yo le estoy muy agradecido al señor barón de que me lleve a su lado. ¿Y cuál podría ser el programa para la noche?

En los arcanos de su corazón, Kringelein esperaba una respuesta que realizara sus deseos irrealizables, algo semejante a esos cuadros de museo, pero más palpables; eso que en los periódicos que él leía se designaba con el nombre de "orgía". Estaba seguro de que los señores elegantes de la gran ciudad tendrían acceso a esa clase de diversiones. El doctor Otternschlag, la víspera, se había prestado a su deseo vagamente expresado de ver mujeres, llevándole al "ballet" de la Grusinskaia; pero, aunque la cosa estaba bien, indiscutiblemente bien, no era aquello lo que él apetecía; desde luego era un espectáculo grato a los ojos, pero lo encontraba él demasiado poético, emocionante y grandioso, y llegó a cansarle, a pesarle sobre los párpados, despertándole por último sus calambres de estómago. Hoy, en cambio...

—Lo mejor que puede usted hacer esta noche es asistir al "match" de boxeo en el Palacio de los Deportes — dijo Gaigern —. Preguntaremos al portero si le queda alguna localidad.

—Debo advertirle a usted que el boxeo no me interesa lo más mínimo — repuso Kringelein con el empaque de un lector de la revista "Cosmos".

—¿Que no le interesa? ¿Pero ha presenciado usted ya alguno? ¿No? Pues no deje de ir, que ya verá cómo le interesa — le prometió Gaigern lacónicamente.

—¿Vendrá usted conmigo, señor barón? — preguntó presuroso Kringelein.

Desde su carrera en auto y su vuelo en avión, el hombre se sentía fresco, rozagante y dispuesto a todo; pero sabía muy bien que, si el barón le abandonaba, se quedaría convertido otra vez en un palomino atontado.

—Yo tengo unas ganas rabiosas de ir a ese "match", pero no puedo, estoy sin blanca.

Entretanto habían ya traspuesto los árboles del Tiergarten, cubiertos de yemas, y la fachada del hotel se dibujaba a lo lejos; Gaigern disminuyó la marcha por las calles a doce por hora: estaba dando tiempo para que su amigo se decidiera. Kringelein, a su vez, estuvo rumiando largo rato la amable observación de Gaigern. Se habían parado ante la puerta del número 5 y se apearon sin que Kringelein se hubiese resuelto todavía a nada. Y cuando, con las piernas entumecidas y vacilantes estuvo ya de pie en la calle, exclamó Gaigern:

—Voy a dejar el coche en el garage — y desapareció detrás de una esquina.

Abismado en sus pensamientos, Kringelein se metió en la puerta giratoria, cuyo mecanismo no le causaba ya el menor asombro. "No tiene dinero — pensó —; es preciso hacer algo..."

Rhona, el portero, los "botones" y hasta el manco del ascensor, todos advirtieron inmediatamente la nueva elegancia de Kringelein; pero con la mayor discreción se hicieron los tontos. El público y el run-run de las conversaciones animaban el "hall", lleno del olor del moka. El reloj marcaba las cinco menos diez.

Arrellanado en su mecedora, como de costumbre, el doctor Otternschlag tenía junto a sí un alto montón de revistas; al ver llegar a Kringelein lo recibió con un gesto entre burlón y lastimero, sin estrechar la mano que el otro le presentaba por tener él la suya fría y húmeda, cosa que le desagradaba mucho.

—Aquí está el nuevo Adán — dijo jovialmente —. La mariposa ha salido de su crisálida. ¿Y dónde aprendió a volar, si la pregunta no es indiscreta?

—He hecho algunas compras, luego un paseo en auto por el Avus, para almorzar en Wannsee, y por la tarde he volado — dijo Kringelein, y el tono en que hablaba parecía distinto de otras veces.

—Magnífico. ¿Y ahora?

—Tengo una cita a las cinco para un baile.

—¿Y después?

—Después quisiera asistir a un "match" de boxeo en el Palacio de los Deportes.

—¡Vaya, vaya! — fué todo lo que dijo Otternschlag, y desplegando el periódico delante de sus ojos se puso a leer con gesto de disgusto. Unos terremotos en China habían causado cuarenta mil víctimas; pero esto era poco para disipar el tedio de Otternschlag.

Al llegar Gaigern al segundo piso para cambiarse de traje, encontró a Kringelein esperándole delante de su puerta.

—¿El señor barón ha querido chancearse o es que realmente tiene apuros de dinero? — le espetó Kringelein de buenas a primeras, aunque con algún titubeo, pues le bastó haber preparado cuidadosamente esta frase, una de las más difíciles que hubiera pronunciado en su vida.

—Es la pura verdad, señor director. Soy un hombre fracasado y tengo muy mala suerte en todo; me quedan veintidós marcos con treinta pfenigues en el bolsillo y no tendré más remedio que ahorcarme mañana temprano en el Tiergarten — dijo Gaigern con su rostro sonriente —. Lo más grave es que dentro de tres días tengo que estar en Viena, porque me he enamorado locamente, ¿sabe usted? No tengo más remedio que ir a ver a esa mujer, y sin un centavo en lontananza... ¡Si alguien quisiera prestarme con qué jugar esta noche!...

—Yo también quisiera jugar — dijo Kringelein sinceramente con un grito que le salía del corazón, y, lo mismo que le había ocurrido cuando iba en el auto a 118 por hora y al volar volvió a sentir allí.

—Bien, iré a recogerle a la salida del Palacio de los Deportes e iremos a algún círculo agradable donde usted pueda arriesgar mil marcos y yo veintidós — dijo Gaigern abriendo y cerrando su portamonedas delante de las narices de Kringelein.

Y como por el momento estaba ya cansado de él, se metió en su cuarto y echándose vestido en la cama cerró los ojos. Experimentaba una sensación de cansancio y de disgusto. Trató de evocar en su memoria a la muchacha con un rizo dorado sobre la frente a la que había citado a las cinco en el pabellón amarillo, pero sin conseguirlo, porque otras cosas pasaban por sus ojos: la lamparita de la mesita de noche de la Grusinskaia, la reja del balcón, la pista del Avus, un trozo del campo de aviación, los tirantes rotos del señor Kringelein. "He dormido poco esta noche", pensó febril y malhumorado dando rienda suelta a sus nervios. Luego hundióse en la negra sima de un sueño reparador, un sueño de tres minutos que había aprendido a dormir durante la guerra. Le despertó una camarera que con una carta en la mano llamaba a su puerta. La carta era de Kringelein:

"Mi distinguido señor barón: El que suscribe ruega a usted acepte una invitación para esta noche, así como el modesto préstamo que le acompaño, contra recibo. Tendré una verdadera satisfacción en serle agradable, ya que, por el momento, no le doy ninguna importancia al dinero. Le saluda con el mayor respeto y afecto su atento y s. s., *Otto Kringelein*".

"Anexo un billete para el Palacio de los Deportes. Doscientos marcos."

El sobre, con el membrete del hotel, contenía un billete de color naranja para los combates de boxeo en el Palacio de los Deportes y dos billetes arrugados de cien marcos y numerados con tinta por una de sus caras. Sobre las íes del nombre de Kringelein faltaban los puntos: los había perdido definitivamente aquel día memorable en su frenética persecución de la vida.

❦ ❦ ❦

Terminada la conferencia y firmado el contrato preliminar, el doctor Zinnowitz se había despedido haciendo votos por la felicidad y éxito de la empresa. Preysing permaneció en el *hall*; sentía los huesos como vacíos de su médula. La sensación de un brillante triunfo, la emoción de haber podido engañar a los de Chemnitz y el esfuerzo que hizo para vencer con ayuda de datos falsos, todo esto era muy nuevo para el director general y le sumía en un vértigo algo extraño, pero nada desagradable. Miró la hora en el reloj del hotel — eran más de las tres —, y se encaminó maquinalmente hacia las cabinas telefónicas para pedir una comunicación con la fábrica; después estuvo bastante tiempo en los tocadores de los caballeros, donde se hizo echar agua caliente en las manos, mientras se miraba en el espejo con estúpida sonrisa. Entró en el comedor semivacío y pidió la lista distraídamente. A los dos minutos escasos le servían el "consommé"; pero, impaciente como estaba, se había puesto a fumar un cigarrillo, que le supo a gloria. Al mismo tiempo que consultaba la carta de los vinos, canturreaba una melodía berlinesa que se le había quedado en la memoria. Tenía ganas de beber un vino dulce, caliente a la lengua, y topó con un Wachenheimer Mandelgarten 1921, cuya apariencia prometía mucho. No tardó en darse cuenta de que hacía ruido al sorber la sopa; cuando estaba distraído solían reaparecer en él las rústicas maneras y modales de sus comienzos. Se daba cuenta de hallarse en una situación dichosa, aunque muy turbia. La maniobra fraudulenta — empleaba frente a sí mismo esta expresión violenta, por la que sentía una especie de orgullo desconocido que le sorprendía —, la maniobra fraudulenta que había empleado durante las conversaciones, podía subsistir tres días a lo sumo, y era preciso llegar a un resultado en ese plazo para evitar una formidable campanada. La firma del contrato preliminar podía ser anulada dentro de los quince días siguientes a su fecha. Preysing, que se había echado al paladar con demasiada rapidez los dos primeros vasos de vino fresco que le calentaron el corazón como un rayo de sol, concibió sus ideas ligeramente envueltas en una bruma, a través de la cual veía la chimenea principal de la fábrica, explotar y romperse en tres pedazos; pero esto no significaba nada: era la reminiscencia de un sueño que Preysing soñaba con frecuencia y a intervalos regulares. Estaba ya en los postres cuando en el discreto murmullo del comedor se acercó un mozo diciendo:

—Llaman al aparato al señor Preysing.

Echó todavía un gran trago de vino y se dirigió a la cabina número 4. Como olvidara encender la lámpara eléctrica, permaneció en la oscuridad ante la embocadura del teléfono, e instintivamente puso la cara hosca y fría de amo que todos conocían en la fábrica. Entre los agudos silbidos y contactos de la línea anunciaron Fredersdorf.

—Señor Brohesemann — dijo el director general con la voz incolora, de mando, que empleaba en el ejercicio de sus funciones directivas.

Transcurrió medio minuto aun para poner la comunicación con el apoderado; esto ofendía a Preysing, que, impaciente, golpeaba el piso con los tacones.

—¡Gracias a Dios!... — dijo cuando Brohesemann se anunció al otro extremo del hilo.

A través del teléfono pudo adivinar los saltos de aquél, que Preysing aceptó como un homenaje que le correspondía.

—¿Qué hay de nuevo, Brohesemann, además del telegrama completamente inútil de ayer? No..., por teléfono, no; ya hablaremos de ello. Por el momento, le ruego tenga esta noticia como una cosa no ocurrida, ¿me comprende? Escuche usted, Brohesemann: quisiera ahora hablar con mi suegro. ¿Está durmiendo? Lo siento, pero no hay más remedio que despertarle. Sí, en seguida. Adiós, Brohesemann. No, ya le mandaré mis instrucciones por escrito. Quedo esperando...

Preysing esperó. Arañaba con la uña en la madera del pupitre y con la pluma, que había sacado del bolsillo, golpeaba el tabique de la cabina; tosió para aclararse la voz; tenía palpitaciones violentas, incoercibles, triunfales. La embocadura del teléfono olía a desinfectante. Preysing, que de impaciencia golpeaba en la oscuridad la caja del aparato, oyó ruido en la línea y le pareció que el viejo de Fredersdorf se acercaba al teléfono.

—Hola, papá, buenos días. Siento haberle molestado, dispénseme, pero la conferencia ha durado hasta ahora y pensé que le interesaría conocer inmediatamente su resultado. Pues bien, sí; el contrato preliminar está firmado. No, firmado, firmado — lo decía a gritos porque el viejo tenía la manía de hacerse pasar por más sordo de lo que era. ¿Que si ha sido laborioso? ¡Bah!, así, así. Gracias, gracias, pero es mejor que no me aplauda. Oiga usted, papá, tengo que marchar inmediatamente a Manchester. Sí, es preciso, absolutamente necesario. Salgo para Manchester. Está bien; sí, sí, ya le escribiré todo detalladamente. ¿Cómo? ¿Que está usted contento? Yo también... Sí, señorita, he terminado.... Hasta la vista.

Preysing permaneció unos instantes todavía en la oscura cabina con la única preocu-

pación de dar vuelta al conmutador. "¿Pero cómo es posible —pensaba admirado— que yo vaya a Manchester? ¿Qué idea me ha dado? Y sin embargo es, en definitiva, lo que hay que hacer: voy, pues, a Manchester, y lo mismo que he embaucado a los de aquí, haré con los de allí. Es muy sencillo, muy sencillo", pensó, y una nueva sensación de contento de sí mismo le hinchaba, elevándolo por el aire como un globo. Un pequeño triunfo fortuito, logrado con una mentira, era suficiente para hacer de este hombre escrupuloso, vestido de lanilla gris, un ser intrépido y audaz, ávido de aventuras.

—La conferencia cuesta nueve marcos veinte —anunció el telefonista.

—Póngalo en cuenta —dijo Preysing al paso, profundamente absorbido por sus pensamientos. "Tendré que telefonear a Mulle", se dijo; pero no lo hizo. Sentía una repugnancia extraña de conversar con ella. Allá abajo, en el comedor, la atmósfera estaba bastante caldeada: a Mulle le gustaban las habitaciones muy calientes y a Preysing le parecía siempre que aquel comedor suyo olía a coles. Imaginóse a su mujer interrumpiendo su siesta para acudir al teléfono, con sus mejillas redondas y blanduchas, en las que se veía la huella roja de los pliegues de la almohada. Se abstuvo, pues, de telefonear, y saliendo de la cabina volvió al comedor, donde en el ínterin un mozo había cambiado el hielo para refrescar el vino y le ponía delante otros platos calentados.

Preysing comió, vació su botella, encendió un cigarrillo y con las sienes ardientes y los pies helados tomó el ascensor y se metió en su cuarto. Experimentaba una sensación extraña, agradable y confusa; la sensación le había extenuado por completo; sintió ganas de tomar un baño muy caliente, a cuyo fin abrió el grifo de la bañera; pero no había empezado aún a desvestirse, cuando se acordó de pronto que es muy peligroso bañarse encima de la comida —durante un momento de espanto vislumbró claramente la congestión que le acechaba en aquella bañera esmaltada—, y quitando la tapa soltó el agua. El malestar de su cansancio se manifestaba por hormigueos en la cara, y cuando quiso rascarse advirtió que no se había afeitado. Tomó su sombrero y el sobretodo, como para una larga expedición, y sorteando al peluquero del entresuelo del hotel —al que guardaba rencor desde por la mañana—, buscó cerca un salón de peluquería que le mereciera confianza.

Y ahí es cuando le acontece al director general Preysing el suceso más trascendental de su vida: a este hombre de excelentes principios, pero privado de su maquinita de afeitar; un individuo de una moral recta y que había, no obstante, cometido una acción dudosa; un desgraciado que la embriaguez de un triunfo arrastraba hacia... Bajo la apariencia de la casualidad, quizá fuera el destino inexorable el que vino a decidir la vida del director. Este suceso trascendental fué el siguiente:

El saloncito de peluquería donde se hallaba Preysing estaba muy limpio y ofrecía un aspecto simpático. Había en él cuatro sillones, dos ocupados ya: uno, por un caballero al que servía un oficial joven y afable, de pelo ondulado, y el otro, por un hombre ni joven ni viejo al que atendía el mismo dueño en persona, el cual, por su apariencia y modales, parecía un ayuda de cámara del emperador. Ofreciéronle amablemente el tercer sillón a Preysing, y luego lo envolvieron y enfundaron en un peinador y una toalla.

—Un momento; el primer oficial acaba de salir a comer —le dijeron con exquisita cortesía, al mismo tiempo que le presentaban un montón de periódicos para que tuviera paciencia.

Demasiado cansado para protestar, Preysing apoyó su cabeza contra el respaldo del sillón y empezó a hojear las revistas. Al principio con indiferencia, casi con tedio..., pues no era muy aficionado a esta clase de pasatiempos; prefería las lecturas serias que hacen trabajar el entendimiento; pero al cabo de algunos instantes acabó por animarse un poco y hasta hacerle gracia alguno que otro chiste. Hasta miró dos veces una fotografía de una joven semidesnuda para contemplarla más a gusto, y por fin ocurrió que al llegar a cierta página la dejó abierta delante de él todo el tiempo que pasó en el sillón de la peluquería. En efecto, estaba tan absorto en la contemplación de aquella fotografía, que le molestó la llegada del primer oficial, que se disponía a afeitarle.

Esta mujercita tan bien hecha y agradable era "Llamita": su naricilla, su menudo rostro felino, alegre e inocente; era la sonrisa familiar de "Llamita II", con un rizo sobre la frente, donde el fotógrafo había puesto, por un exceso de refinamiento, un toque de luz suplementario. Con una perfecta naturalidad, con desenvoltura y candor, enseñaba así a todo el mundo su cuerpo desnudo, cuya belleza había ella misma encomiado sin ninguna vanidad y de un modo objetivo, conforme Preysing se acordaba ahora. El director general enrojeció mientras tuvo esa imagen delante de los ojos; fué un rubor repentino y vivo que, subiéndosele a la frente, le privó de su claridad de espíritu. Todas las arterias de su cuerpo empezaron a latirle; él sentía galopar su sangre bajo la piel; hacía ya muchos años que no le ocurría esto.

Tenía cincuenta y cuatro años y no era un hombre viejo, sino un hombre dormido; el marido poco exigente de una mujer madura, el papá inofensivo de sus hijas. Había andado sin emocionarse en torno a "Llamita II" por los corredores del hotel, y el ligero cosquilleo que sintió de momento en su sangre había vuelto a dormirse aquel día, pero ahora, allí, delante de aquel desnudo, ese hormigueo se despertaba, la emoción lo atragantaba.

—Cuando el señor quiera —dijo el peluquero, que con un gesto elegante acercó la navaja a la cara del cliente.

Preysing conservó la revista en la mano, apoyó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Al pronto no vió más que una mancha roja y luego a "Llamita". Pero no una "Llamita" vestida de arriba abajo delante de su máquina de escribir, ni una "Llamita" desnuda como en la fotografía gris, sino más bien un compuesto de las dos cosas que excitaba fuertemente sus sentidos: una "Llamita" de carnes mórbidas y sangre chispeante, desnuda también y que, con el busto erguido, miraba por encima de un biombo...

—¿Quitamos el bigote? —preguntó el peluquero.

—No —dijo Preysing saliendo de su ensueño—. ¿Y por qué?

—Lo digo porque las guías blanquean ya un poco y eso hace viejo; si el señor me permitiera un consejo... El señor sin bigote se quitaría diez años de encima —musitó el peluquero, y con adulación miraba a su cliente en el espejo y se sonreía.

"¿Y cómo voy a presentarme delante de Mulle sin bigote, como un mono?", pensó Preysing mirándose. Efectivamente, su bigote había encanecido bastante y debajo de él, sobre el labio superior, veía él perfectamente gotitas de sudor. "¡Bah!, Mulle...", pensó —y puede decirse que este pensamiento, apenas concebido, sentenció a muerte el bigote.

—Sí, quítemelo; estoy siempre a tiempo de dejármelo otra vez cuando quiera.

—Ciertamente, sin dificultad —confirmó el peluquero.

Preysing volvió a tomar la revista y a mirar la foto...; pero ya no le bastaba, ya no quería ver; quería palpar, quería sentirla por sí mismo y asegurarse de que la "Llamita" ardía.

Todo el mundo en el hotel advirtió en seguida el despojo del bigote, pero no le dieron ninguna importancia.

Apresurado y jadeante, Preysing pidió su correo. Le entregaron una carta de Mulle, que se metió sin leer en el bolsillo y sin sentir el menor cariño. Acto continuo dirigióse hacia las cabinas telefónicas. "Tengo que telefonear a Mulle —pensó—, pero hay tiempo todavía". Se metió, pues, en la cabina reservada para las comunicaciones locales, pidió comunicación con el despacho del consejero de Justicia Zinnowitz para celebrar una breve conversación con "Llama I".

—¿Está su hermana en la oficina?

—No, se ha marchado ya.

—¿Y dónde se le podría encontrar?

"Llama I", vacilante, pensaba que su hermana se había retrasado posiblemente un poco, pero que sin duda estaría para llegar al hotel de un momento a otro.

Con semblante estúpido, Preysing permanecía delante de la embocadura del aparato.

—¿Que va a venir aquí, al hotel, al "Grand Hotel"? Pero, ¡cómo!

—Sí —dijo "Llamita I" prudentemente, al mismo tiempo que reflexionaba.

Por lo menos, eso era lo que ella creía haber comprendido: que "Llamita" habría vuelto ya al hotel, sin duda para escribir al dictado. Pero quizá tuviera una cita, porque con esa muchacha no se sabía nunca a qué atenerse; era muy independiente, y distinta por completo de su hermana. Sin embargo, como era muy puntual y cumplía siempre perfectamente con sus compromisos, era seguro que iría al hotel.

Preysing dió las gracias y colgó el auricular, regresando con alguna inquietud al cuarto del portero, a través del *hall*. Oíase la música que venía del pabellón amarillo.

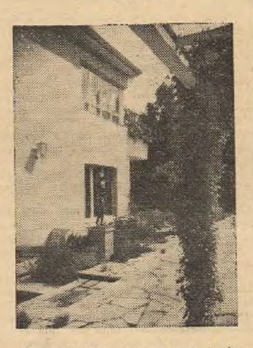
—¿Ha preguntado por mí mi secretaria? —se informó en la portería interrogando a Senf.

Y el portero, sin comprender, volvió hacia él su rostro, en el que se leía el insomnio.

—¿De quién habla usted? Haga el favor.

—De mi secretaria. Esa señorita a la que he dictado ayer unas cartas —dijo Preysing nervioso.

AIREACION



Con el fin de renovar el aire de las habitaciones se acaba de inventar un pequeño filtro, que funciona a electricidad y se coloca en los marcos de las ventanas de los dormitorios. Su misión es llevar el aire del exterior a los cuartos, pero haciéndole pasar por un tamiz o filtro que impide el paso del hollín, polvo o granos de polen.

Jorgito se mezcló en la conversación.

—No ha preguntado nada y hará unos diez minutos que estaba en el *hall*. Una señora joven, muy esbelta, rubia, ¿no es así? Yo creo que está en el té de las cinco, en el pabellón amarillo. Atraviese usted el *hall* y tome el segundo corredor después del ascensor; muy pronto oirá usted la música.

A esta hora, las cinco y veinte, el pabellón amarillo está todos los días atestado de gente. Los cortinajes de seda amarilla, de armoniosos pliegues, cubren los altos ventanales. En los muros arden lamparillas amarillas, y en cada mesa hay también una lamparita bajo una pantalla también amarilla. Hace calor; se oye el zumbido de los ventiladores; el aire está vibrante de público. Las personas están sentadas muy cerca unas de otras, para dejar sitio a las parejas de baile en el centro del salón. Sobre el techo abovedado hay pintadas algunas figuras danzantes, en colores morado y gris plata; a veces, cuando todo se mueve, parece un espejo colocado encima de los bailarines. Todo lo que ocurre en esta sala tiene una apariencia curiosamente angulosa, en forma de zig-zag: el baile no gira, sino que salta hacia adelante y hacia atrás. Y barrido hasta aquí por la tempestad que gruñe en su sangre, a la búsqueda de la mecanógrafa, Preysing se siente desorientado por completo. No ve a las personas enteras, sino cortadas en pedazos y mezcladas; no ve más que una cabeza, o un brazo, un muslo.

Preysing se detuvo al borde de la puerta, donde le tropezaron los mozos, que llevaban sendas bandejas con helados, y sintió que sus piernas empezaban a cosquillearle, mientras, contrariado, seguía tratando de descubrir a "Llama II". Una vez más su labio superior desnudo y rejuvenecido volvió a cubrirse de sudor; limpióse el rostro con el pañuelo, que metió en seguida en el bolsillo exterior de su americana, donde únicamente solía llevar la estilográfica. Con un gesto algo azorado, hasta llegó a arreglarse la punta del pañuelo en el bolsillo del pecho como si sólo con ese ademán pudiera justificar su presencia en las jocundas regiones del "Grand Hotel". Sin embargo, nadie se ocupaba de él, y bien podía permanecer allí largo tiempo buscando a "Llamita" entre doscientas mujeres jóvenes y esbeltas que bailaban.

—Cuando vi que daban las cinco y diez y no venía usted, pensé que ya no vendría —dijo "Llamita", que bailaba con Gaigern una variante desmadejada del "charleston", un paso nuevo que a cada síncopa de la música imprimía una presión a las rodillas, ciñéndose en una perfecta armonía ambos cuerpos.

—Nada de eso, al contrario, todo el día estuve acariciando el pensamiento de volver a verla —dijo Gaigern.

Era un poco más alto que "Llamita", a la que miraba en sus ojos felinos con una fría sonrisa. Ella llevaba un vestidito muy ligero, de seda azul; una cadena de cuentas de vidrio barata, y un sombrerillo arreglado con gusto y coquetería, comprado en un saldo por un marco noventa. Estaba encantadora con esas modestas galas, con una elegancia en la que se sentía la preocupación de conseguir su objeto.

—¿Pero es cierto que ha pensado usted en mí?

—A medias, la mitad es verdad y la otra mitad mentira —respondió Gaigern con sinceridad—. Acabo de pasar un día espantosamente aburrido —agregó suspirando—. He estado haciendo el papel de "cicerone" con un señor de edad, una cosa seria, como usted ve.

—Entonces, ¿por qué lo hizo?

—Porque espero sacar algo de ello.

—Pues entonces no se queje —dijo "Llamita" llena de perspicacia.

—Tiene usted que bailar con él dentro de un momento —dijo Gaigern atrayéndola hacia sí.

—Imposiciones, no.

—No, se lo ruego amablemente. No sabe bailar nada y ¡tiene tantas ganas de aprender!... Hágase usted cargo. Me conformaré con que se pasee con él a lo largo de las paredes; hágalo por mí.

—Bueno, ya veremos luego —dijo "Llamita", y siguieron bailando en silencio.

A poco, Gaigern se la aproximó más todavía, sintiendo bajo su mano la flexibilidad de la espalda de la muchacha, lo cual, lejos de producirle placer le molestó.

—¿Qué tiene usted? —preguntó "Llamita", que instintivamente se dió cuenta de ello.

—Nada, nada —dijo Gaigern entre dientes, enfureciéndose contra sí mismo.

—¿Pero qué es lo que le pasa? —preguntó "Llamita" llena de solicitud, porque lo encontraba muy hermoso con su boca juvenil, su cicatriz por encima de la barbilla y sus ojos ligeramente rasgados, y se sentía algo enamorada de él.

—Siento ganas de hacer alguna barbaridad; aquí no hay plan para nada; tengo deseos de morder, de pegar a alguien, de aplastarle; en fin, esta noche pienso ir a la cancha de boxeo, y allí, por lo menos, se verá algo.

—¡Ah! —dijo "Llamita"—. ¿Conque va usted esta noche a ver boxeo? ¡Ah!

—Sí, con ese señor anciano —dijo Gaigern.

—Entonces, si usted... Se acabó —dijo "Llamita", pues había parado la música; inmediatamente se puso a aplaudir con entusiasmo en el mismo sitio donde se había parado.

Gaigern quiso arrastrarla desde el centro de la sala hacia la mesita donde había dejado a Kringelein sentado delante de una taza de café. Abriéndose paso con algún trabajo entre el barullo de las parejas, estaban ya a la mitad del camino cuando la música empezó a tocar de nuevo.

—¡Un tango! —exclamó frenética "Llamita" tomando posesión de Gaigern con la mayor desenvoltura.

Puso la palma de su mano contra la de él con un gesto de súplica y concesión. Pronto sus miembros comulgaron en un tango lánguido y dulzón. Todos en torno suyo se separaron para admirar la maestría de su arte.

—Lleva usted admirablemente —murmuró "Llamita", lo que casi equivalía a una declaración amorosa.

Gaigern no supo qué contestar, y la muchacha repuso al poco tiempo:

—Ayer no estaba usted así conmigo.

—Sí, ayer... —respondió Gaigern como si hubiera dicho cien años—. Pero entre ayer y hoy me ha ocurrido algo...

Y de pronto, sintiéndose a gusto al lado de "Llamita", le entraron grandes ganas de confiárselo todo.

—Esta noche pasada me he enamorado profundamente, ¿comprende usted? —le dijo en voz baja en medio del tango, que estaba sollozando la sierra musical—, y esto me trastorna completamente. Es como si...

—¡Pero si eso no tiene nada de particular! —dijo "Llamita" irónicamente en su decepción mezclada de tristeza.

—Sí, sí que lo tiene; es extraordinario. Quisiera uno salirse de su piel y convertirse en otro hombre, ¿comprende usted? Se imagina uno que no hay sino una mujer en el mundo y que todas las otras están de más. Se figura uno que no se va a poder dormir en otros brazos diferentes de los suyos. Todo le da a uno vueltas alrededor, y es como si de un cañonazo le lanzaran a uno hasta la luna o a cualquier otra parte donde todo fuera diferente...

—¿Y cómo es esa mujer? —preguntó "Llamita", intrigada.

—¡Ah! ¿Que cómo es? Pues ahí está el *quid*, que es muy vieja y muy flaca y muy ligera, que podría levantarse con un dedo; tiene la cara arrugada, los ojos enrojecidos de llorar, habla como un "clown" y le dan a uno ganas de reír y llorar al mismo tiempo... Bueno, pues a pesar de todo, me he enamorado de ella. Ese es el verdadero amor.

—¿El gran amor? Pero si eso no existe —dijo "Llamita".

—Sí, sí, ya lo creo que existe —dijo Gaigern, y su afirmación impresionó tanto a "Llamita", que se paró un momento en pleno tango para mirar a Gaigern.

—Entonces, ¿es una ruina esa mujer? —murmuró la muchacha levantando la cabeza.

En este momento, Preysing logró por fin descubrir a la que buscaba entre el barullo de aquel tango voluptuoso, que la orquesta prolongaba indefinidamente. Con gesto de reproche y lleno de impaciencia esperó que acabara ese baile interminable y luego fué deslizándose hasta la mesita donde se había sentado "Llamita" entre dos señores, que él creía reconocer. En el hotel esta clase de conocimientos superficiales era cosa corriente: todos se codeaban en el ascensor, se encontraban en el comedor, en los tocadores, en el bar, se cedían la entrada por la puerta giratoria, que se movía incesantemente, personas de fuera adentro, de dentro afuera.

—Buenos días, señorita "Llama" —dijo el director general con voz apretada y antipática por el mal humor que tenía, y plantándose muy pegado a su silla para dejar libre paso a las parejas.

"Llama II" pestañeó nerviosamente un momento ante la inesperada aparición de Preysing.

—Buenos días, señor Preysing —dijo prontamente Kringelein sin levantarse, pues le dolían todas las vértebras del gran esfuerzo que hacía para no temblar, para no convertirse de nuevo en el miserable Kringelein de la oficina de los salarios.

Encogía las espaldas, los labios, apretaba los dientes y hasta abría las fosas nasales, que tomaban una expresión redonda, maligna y caballar. Sin embargo, se mantuvo a la altura de las circunstancias: de su irreprochable americana negra, de su fina ropa interior, de su corbata y de sus resplandecientes uñas, ánimos nuevos y misteriosas fuerzas pasaban a su corazón. Lo único que casi, casi le preocupaba, arrancándole a ese estado de calma interior, era el hecho de que Preysing también se había transformado, porque, aunque llevaba el mismo traje de Fredersdorf, que él ya le conocía, estaba ahora sin bigote.

—Dispense usted... No estoy seguro, pero creo reconocerle —le dijo Preysing con toda la cortesía que su situación tirante con "Llamita" podía permitirle.

—Sí, yo soy Kringelein, empleado de la fábrica en la...

—¡Ah!... —dijo Preysing enfriándose súbitamente—. Kringelein, Kringelein..., nuestro representante, ¿no? —agregó dirigiendo una mirada al elegante terno del contable.

—No, señor, soy tenedor de libros, contable auxiliar en las oficinas de los salarios, despacho número 23, edificio C, tercer piso —dijo Kringelein concienzudamente, pero sin humillación.

—Ya, ya —repitió Preysing, y se quedó pensativo.

Por indeseable e incomprensible que le pareciera, decidióse a no dar por el momento ninguna importancia a esa aparición de un empleado suyo en el pabellón amarillo del "Grand Hotel".

—Tengo que hablar con usted, señorita "Llama" —dijo apartando su mano del respaldo de la silla donde estaba sentada—; se trata de una nueva serie de cartas —agregó con un tono completamente burocrático, destinado a los oídos del contable.

—Bien —dijo "Llamita II"—, ¿a qué hora le conviene a usted? ¿A las siete, a las siete y media?

—No, inmediatamente —repuso Preysing secándose el sudor.

Aquel individuo de Fredersdorf también tenía un pañuelo en el bolsillo exterior de su americana, un lindo y coquetón pañuelito de seda cuya punta asomaba sediciosa e imprudentemente.

—¿Inmediatamente? Imposible, lo siento mucho —dijo "Llamita" con amabilidad—. Tengo

una cita aquí. No voy a dejar a estos caballeros. Además que todavía le debo un baile al señor Kringelein.

—El señor Kringelein tendrá la amabilidad de renunciar a ese baile —dijo Preysing conteniéndose.

Era una orden. El contable sintió que alrededor de su boca contraída iba a dibujarse la sonrisa que se venía dibujando hacía veinticinco años; pero la enterró en la piel de su rostro macilento, que adquirió una gran frialdad. Buscó luego cerca de Gaigern fuerzas y ayuda. El barón tenía un cigarrillo entre los labios, y, como el humo le subía derecho al ojo izquierdo, lo guiñaba un poco con picardía e inteligencia.

—No pienso renunciar de ninguna manera —dijo Kringelein, y se quedó estirado y tieso.

Al escuchar esta áspera salida, Preysing acordóse de pronto y con toda claridad del expediente Kringelein, que le habían presentado pocos días antes en la fábrica.

—Es peregrino el caso —exclamó con el tono gangoso que todos sus empleados le temían —y tiene mucha gracia. Ahora recuerdo; ha pedido usted una licencia por enfermo, ¿verdad, señor Kringelein?, y su señora ha retirado dinero de nuestra caja de socorros para la grave enfermedad de usted. Se le han dado seis semanas de permiso con todo el sueldo y me lo encuentro en Berlín tan divertido, permitiéndose unos lujos que no cuadran ni a su empleo ni a su fortuna privada. Es grotesco, muy grotesco, señor Kringelein; pero descuide que ya revisaremos su expediente y le quitaremos el sueldo, ya que su salud es tan buena.

—Vamos, niños, no hay que disgustarse; dejad todo eso para la oficina —dijo "Llamita" con amabilidad apaciguadora—. Aquí hemos venido a divertirnos; conque, adelante. Señor Kringelein, vamos a bailar.

El contable enderezóse sobre sus rodillas, que más le parecían de goma que de carne y hueso; pero en cuanto "Llamita" le puso la mano sobre la espalda, fué recobrando prontamente sus ánimos. Kringelein sacó las fuerzas necesarias para pronunciar la frase que venía preparando después de sus veinticinco años de vida oficinesca. Arrastrado por "Llamita" hasta el centro de la sala, volvió la cabeza hacia atrás y exclamó:

—¿Acaso es el mundo para usted solo, señor Preysing? ¿Es usted de otra substancia superior a la mía? ¿No tenemos los demás derecho a la vida?

—Calle, hombre, calle —dijo "Llamita"—. Este no es sitio para balar; aquí se baila y nada más. Y ahora, no se mire usted más los pies, sino míreme a mí, de frente, y no se preocupe, que yo le llevaré.

—Siempre que no haya metido la mano en la caja... —exclamó Preysing, que temblando de rabia se había quedado cerca de la mesa.

Y al oír estas palabras, Gaigern, que estaba fumando, sintió una rara emoción, y una especie de compasión fraternal, mezclada con un odio profundo y burlón hacia el director general, aquel hombrón sudando a mares. "No te estarían de más algunas sanguijuelas, amigo mío", pensó. "Deja que haga su gusto ese pobre diablo, que lleva ya la muerte retratada en la cara". Preysing pensó: "¿Quién te meterá a ti en camisas de once varas?"; pero no se atrevió a expresarlo, porque, aunque de una manera vaga, sentía la superioridad del barón.

—Por favor, dígale a la señorita "Llama" que la espero en el *hall* para un asunto urgente, y que si no está allí lo más tarde a las seis, daré el asunto por terminado —dijo él inclinándose secamente.

Asustada por este ultimátum, "Llamita" presentóse en el *hall* a las seis menos tres minutos. Preysing, a quien esta espera había consumido la sangre, le sonrió cariñosamente al verla llegar, y era en él tan rara su sonrisa, que esta amabilidad le embellecía y causaba sorpresa a los demás.

—Ya está usted aquí... —dijo estúpidamente.

Llevaba algunas horas angustiado, atenazado y ardiendo por este solo y único pensamiento: ¿Podría él poseer a "Llamita". Su experiencia de las mujeres era ínfima y de hacía ya muchos años. Sólo tenía una vaga idea de la nueva generación de las mujeres jóvenes; y, sin embargo, en sus tertulias con otros amigos y en el curso de las conversaciones familiares, durante los viajes de negocios, había tocado este tema muchas veces y se había dicho que no era muy difícil conseguir esa clase de mujeres mediante un compromiso pasajero. Contempló a "Llamita", considerando sus piernas cruzadas confundidas en sus medias de seda, con su cadena de cuentas de vidrio y toda la paleta de su rostro, cuyos colores avivaba avanzando en punta el morrito. El director general se preguntaba cómo podría adivinar la acogida que aquella personita indiferente iba a hacer a los proyectos que él abrigaba.

"Llamita" cerró su pequeña polvera y preguntó:

—Bien, ¿y de qué se trata?

Preysing agarróse a su cigarro y soltó de un tirón todo lo que tenía que decir:

—Se trata de lo siguiente: Tengo que ir a Inglaterra y necesito llevarme una secretaria, no solamente para la correspondencia, sino por tener alguien con quien hablar en el camino. Yo soy muy nervioso, nerviosísimo —y lo decía sin darse cuenta, con la intención de interesarla y de que le compadeciera —y necesito cuando viajo que alguien se ocupe de mí. No sé si me comprenderá usted. Lo que le propongo es un empleo de confianza por el cual... para el cual...

—Sí, le entiendo —dijo "Llamita" en voz baja cuando le vió atascado.

—Creo que nos entenderíamos perfectamente en el viaje —dijo Preysing.

Durante este penoso diálogo los deliciosos latidos y golpeteos de sus arterias habían cesado; pero mirando a "Llamita" sentía la consoladora impresión de que ella podría inmediatamente y de un modo mágico volver a despertárselos con poco que hiciera.

—Usted misma me ha contado que en una ocasión viajó con un señor, y eso es lo que me ha dado la idea... La cosa sería realmente encantadora si usted la aceptara. ¿Quiere?

"Llamita" quedóse pensativa cinco interminables minutos.

—Eso hay que pensarlo —dijo chupando de su inevitable cigarrillo y con el semblante serio y preocupado—. ¿A Inglaterra? —dijo luego, y el moaré de su piel aclaróse ligeramente, lo que era acaso en ella su manera de palidecer—. No conozco todavía Inglaterra... ¿Y cuánto tiempo?

—Todavía no puedo decírselo exactamente, porque depende de muchas cosas; si mis negocios marchan bien allí, quizá me tome dos semanas de vacaciones para pasarlas en Londres o para que vayamos a París.

—Desde luego que los asuntos marcharán bien; me lo figuro por las cartas que he escrito— dijo "Llamita" resueltamente.

Vivía en pleno optimismo, y Preysing sintióse largamente reconfortado al ver que estaba al corriente de sus negocios y al oírla profetizar el éxito de la empresa.

—Ahora es preciso también que me diga sus condiciones —exclamó el director general en tono adulador.

Esta vez pasó bastante tiempo antes de que "Llamita" diera su contestación. Tenía que echar sus cuentas algo complicadas en las que había de figurar el abandono de la aventura iniciada con el lindo barón y los cincuenta años pesados de Preysing, su grasa y su asma y, además, alguna que otra pequeña deuda. Necesitaba también comprarse ropa blanca, unos zapatitos elegantes, porque los vederones se le estaban ya terminando. Necesitaba el pequeño capital indispensable para debutar en cualquier cosa, en el cine o en una revista, etcétera.

Así, pues, de una manera terminante, sin el menor sentimentalismo, "Llamita" calculó las probabilidades de éxito en el asunto que le proponían.

—Mil marcos —contestó. Esta suma le parecía suficiente, porque no tenía idea de las sumas que hoy se depositan a los pies de las mujeres bonitas. Y agregó luego, algo más tímidamente de lo que ella tenía por costumbre.

—Acaso algo más, alguna pequeñez para mis preparativos de viaje, porque usted querrá que yo me presente bien...

—¡Oh!, en cuanto a eso, no es necesario que usted se vista, por el contrario —dijo Preysing encendido.

Y le pareció haber encontrado una fórmula elegante.

"Llamita" sonrió melancólicamente, con sonrisa algo chocante en su fresca cara de rosa.

—¿De modo que es cosa hecha? —dijo Preysing—. Mañana tendré que arreglar algunas cosas y habrá también que hacer visar nuestros pasaportes para poder salir pasado mañana. ¿Le gusta a usted ir a Inglaterra?

—Ya lo creo, mucho. Mañana traeré mi máquina portátil y podrá usted dictarme inmediatamente.

—Y esta noche... si usted quiere, he pensado que vayamos al teatro, porque será conveniente que sellemos nuestro pacto con una copa de champán, ¿no?

—¿Desde hoy? —dijo "Llamita"—; bueno, desde hoy.

Y soplándose el ricito, dejó en el cenicero su cigarrillo apagado. Llegaba claramente hasta ella la música que tocaban en el pabellón amarillo. "No se puede tener todo a un tiempo, pensó. Mil marcos, vestidos nuevos y Londres, no son cosas para despreciar".

Se levantó y dijo:

—Voy a telefonear a mi hermana.

Preysing, emocionado, envuelto en una ola de tierna pasión y agradecimiento, marchó detrás de "Llamita", asiéndole delicadamente con las dos manos los codos, que ella apretaba contra sí.

—¿Será usted buena conmigo? —preguntó él en voz baja.

Y, en voz baja también, con la mirada fija en el tapiz rojo frambuesa, respondió ella:

—Si usted no me contraría...

* * *

Kringelein, el automovilista, el aviador, el victorioso, continúa recorriendo al galope las horas de ese día dichoso en que se siente vivir. ¡Cuántos acróbatas temerarios tendrán la misma sensación que él al bordear la muerte realizando el *looping the loop!* Se ha precipitado aturdidamente en el torbellino y se ve ya arrastrado a un ritmo del que no puede volverse atrás. Retroceder sería para caer en el abismo; prosigue, pues, su marcha frenética hacia adelante, hacia abajo, hacia arriba, ya no sabe dónde; ha perdido la dirección, se ha convertido en una cometa errátil, que no tardará en hacerse añicos.

Otra vez el auto a lo largo del Kaiserdamm y no tardan en llegar al centro vital del nuevo Berlín. La torre de la Radio parece cortar la ciudad en rajas luminosas, con sus faros giratorios; delante del Palacio de los Deportes, la plaza está negra de gente; como abejas ante la entrada de la colmena, el público afanado se aglomera en un continuo oleaje. Nunca ha visto Kringelein una sala tan enorme como el interior de ese *hall*, ni tanta gente reunida. Detrás de Gaigern, que le precede, como una torre ambulante, le empujan hacia su localidad de la primera fila, en plena claridad, en el gran cuadro desnudo bañado por la luz blanca y cruda de los proyectores y sobre el que convergen catorce mil miradas. Gaigern se deshace en aclaraciones, pero Kringelein no entiende ni palabra. Una vez más en su vida siente miedo, y ¡qué miedo, Dios Santo!, pues no puede soportar la vista de la sangre, de la lucha ni de la brutalidad. Recuerda angustiosa-

niente cuando durante la guerra le asignaron un puesto de ayudante de enfermero, porque no servía para otra cosa. Allí, contempla asombrado a los boxeadores musculosos que avanzan uno hacia otro y se empiezan a golpear con violencia durante dos *rounds*. El párpado de uno de los luchadores empieza a echar hilos de sangre. Siguen los golpes en abundancia, y Kringelein, de pronto, siente en los bolsillos de su abrigo sus dos puños cerrados, como dos cuerpos duros y extraños. Suena el *gong*. El público se levanta de sus asientos y discute acaloradamente.

—¡Ahora sí que le va a zumbar! —exclama Gaigern—, en cuanto empiece el tercer *round*.

Y Kringelein oye estas palabras con un ligero estremecimiento, pues sabe que con ellas anuncia siempre el barón los sucesos sensacionales. Ahora están los dos boxeadores allí arriba en la plataforma (aunque él no los puede distinguir bien, pues ambos tienen la nariz rota y solamente en los descansos es cuando puede interesarse y mostrar su preferencia por el combatiente del rincón que tiene más cerca); no tardan en lanzarse como salvajes uno contra otro. Dijérase en algunos momentos que están animados por accesos de una pasión violenta e indecente.

—Separadlos —grita el *hall* en una sola voz, y Kringelein suma la suya a aquellas catorce mil gargantas gritadoras. Que se golpeen fuertemente y no corran bailando indecisos a lo largo de las cuerdas. Kringelein daría cualquier cosa por volver a oír el ruido sordo, macizo y rotundo del guante de cuero que golpea la carne.

—Uno está "groggy", se acaba por momentos —murmura Gaigern y su labio levantado muestra su recia dentadura de cachorro. En el *ring*, el árbitro se mete a cada paso entre los dos cuerpos musculosos, cubiertos de sangre, para separarlos, y Kringelein cree que son muy buenos cuando se lo consienten. Ya no quita los ojos del que parece estar "groggy". Ese hombre, es Blynx, ya está casi derrotado; presenta un bulto grande y morado, como una breva, que le cuelga debajo del ojo derecho; tiene hombros y espalda cubiertos de sangre y de vez en cuando la escupe a los pies del árbitro. Mantiene la cabeza muy baja y esta actitud, acaso correcta, es para Kringelein, que no entiende nada de boxeo, el indicio de una gran cobardía. A cada golpe que encaja Blynx, salta emocionado el contable con una alegría fogosa y bestial que le sale de muy hondo. Aun le parece insuficiente lo que está presenciando. A cada golpe bien colocado, lanza un ligero grito de alivio, y con el cuello estirado y la boca abierta, espera el siguiente. *Gong*. Descanso. *Gong*. *Round*. *Gong*. Descanso. *Gong*. *Round*.

Al séptimo asalto, Blynx estaba liquidado. Empezó a vacilar sobre sus piernas y cayó boca abajo sobre el tablado; dando luego la vuelta, quedó, por fin, inmóvil. Veintiocho mil manos se juntaron entonces para aplaudir, y una espesa granizada de palmas estalló en el Palacio de los Deportes. Kringelein aullaba como una fiera, entre enardecidos aplausos. No comprendía bien del todo lo que en el tablado estaba sucediendo. El árbitro se había inclinado sobre Blynx, ya fuera de combate, y como si estuviera martillando subía y bajaba el brazo, acompasadamente y contando al mismo tiempo. Blynx trató de levantarse como hacen las caballerías cuando resbalan sobre la nieve, pero no pudo conseguirlo. Alzáronse nuevos clamores en la sala; el público saltaba las cuerdas invadiendo el *ring*; abrazos, apretones de manos, aullidos del megáfono y una tempestad de delirio en las galerías. Mientras sacaban a Blynx, como un fardo, del tablado, Kringelein, deshecho por la emoción, cayó como un plomo sobre el incómodo asiento; tenía los nervios de punta, la espalda y los brazos le dolían por su prolongada tensión.

—Está usted reventando de entusiasmo —le dijo Gaigern—. ¿Le enciende la sangre el espectáculo? ¿Verdad que sí?

Kringelein se acordó de otra noche vivida hacía mil años:

—Cuán diferente es esto del *ballet* de la Grusinskaia —respondió.

Y con un desdén compasivo, pensó en aquel teatro desierto, en las ninfas fantásticas y melancólicas que giraban en el claro de luna alrededor de la paloma herida y en los menguados aplausos comentados por Otternschlag.

—La Grusinskaia —dijo Gaigern—. En efecto, es otra cosa muy diferente.

Y se la representaba en este momento con tanta verdad, que le parecía tenerla delante: estaba en Praga, en su "camerino", pensando en que la noche anterior la había cansado, pero luego se encontraba más joven.

—Este *match* ha sido muy flojito, ahora es cuando viene lo bueno —dijo a Kringelein, que se encantó al saber que había algo más: puñetazos más sonoros, jadeos más potentes, una comunión más frenética aún entre el público y los boxeadores. "Aun hay más, pensó, qué gusto", ¡cuándo empieza!

El espectáculo prosigue: Dos gigantes, un blanco y un negro suben al *ring*. El negro es alto y delgado; su piel es aterciopelada y tiene reflejos plateados. El blanco es más ancho, con grandes paquetes musculares en la espalda y un rostro cuadrado y bestial. La simpatía de Kringelein se pronuncia *ipso facto* por el negro, el favorito de la galería en masa. Presentación de los púgiles, lanzada al público por el megáfono. En espera de la lucha, un religioso silencio se extiende sobre el *hall*. Y después las mismas escenas que resurgen; los mismos juegos, el mismo paso de baile, los mismos saltos y el mismo acercarse cauteloso del uno al otro, con la cabeza baja, y el mismo saltar hacia atrás como por la acción de un resorte. En los cuerpo a cuerpo las dos figuras de color antagónico se unen, se enlazan y estrechan con ardimiento y seriedad, como en un abrazo amoroso. Tres minutos de lucha y uno de descanso para respirar, tres minutos y un minuto y así quince veces en una hora. Sin embargo, la lucha ya es muy diferente, más rápida, más violenta, con súbitos ataques del negro y un ímpetu salvaje y creciente del blanco; aquellos puñetazos echan humo.

Kringelein está como derretido en un crisol; pero no está solo, no reside él solo en una frágil vivienda, sino que es uno de los catorce mil espectadores; un rostro de color de acelga, desfigurado, entre los incontables que abarrotan el *hall*... y su grito se funde en el ¡ah! ensordecedor que sale de todos los pechos. Respira cuando los otros respiran y retiene el aliento cuando el *hall* entero palpita con los boxeadores. Tiene ardiendo las orejas, los puños apretados, los labios agostados y el estómago frío; traga su saliva endulzada por la emoción, humedeciendo con ella su tráquea enronquecida. Más, más todavía...

En los dos últimos *rounds* puede decirse que el negro, el favorito de Kringelein, es el que va a vencer. Sus guantes aporrean sin tregua, como mazas, los músculos de su rival, que ya dos veces se ha apoyado contra las cuerdas, los brazos lacios, caídos. Los dos sonríen como bajo los efectos de un narcótico, respirando como máquinas. El último *round* se desarrolla entre un aullido incesante del *hall* y el estruendo de su febril entusiasmo. Kringelein brama también y patea. Suena el *gong*. Y se acabó. Kringelein, sudando a mares, sigue en su silla, como un pesado fardo. De pronto, el megáfono pide silencio al público, anunciando luego la victoria del blanco.

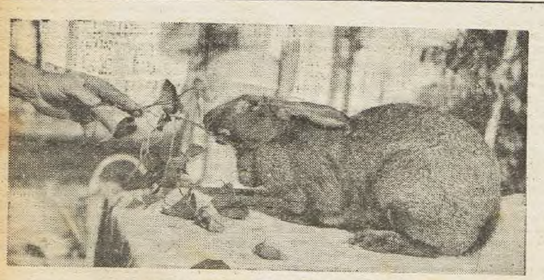
—¡Pero cómo! ¡Qué barbaridad! ¡Qué escándalo! —ruge Kringelein, y con él se alzan catorce mil voces: el público, de pie en sus asientos, grita desaforadamente.

—¡Mentira, mentira!

La sala se enfurece y con ella Kringelein.

—¡Más, más, más!

Las galerías rugen sordamente, silban, atruenan, y como son de madera, amenazan hundirse bajo el peso de aquella muchedumbre que patalea furiosamente. Bajo la blanca luz y las cuerdas tirantes del *ring*, los boxeadores se dan la mano torpemente, estorbados por los guantes de cuero, y se sonríen como delante de un objetivo fotográfico. Luego empieza a caer sobre el *hall* una lluvia de cajas vacías, envolturas de cigarrillos, naranjas y hasta vasos y botellas, y el *ring* se cubre de una capa de objetos aplastados. Allá, muy arriba, junto al techo de la sala, siguen sin cesar los silbidos, se oye disputar y llega el ruido de algunas bofetadas. El alboroto de los catorce mil espectadores se convierte en un pánico loco. Kringelein recibe sobre su cabeza el choque de un objeto duro y pesado, pero ni lo siente siquiera; tiene los puños apretados y qué ganas le entran a él también de luchar contra el árbitro, parcial que ha defraudado tantas esperanzas con su estúpido fallo. Se vuelve hacia Gaigern que está en pie, reventando de buen mozo, riente y satisfecho, como cuando se ve uno sorprendido por un chubasco de primavera; entre contento y contrariado. En medio de la agitación de su ánimo, Kringelein se siente inmediatamente cautivado por ese hombre que



PROTECTOR DE LAS PLANTAS

Para que los conejos no destruyan las plantas del jardín deben pulverizarse con flor de azufre, cal en polvo o pimienta. Mediante este procedimiento, que no daña a la planta, se evitará que los conejos las coman o estropeen.

de tan tranquilo y que es la verdadera imagen de la vida. Gaigern toma a su amigo de un brazo y le arrastra fuera del *hall*, donde hierve todavía el escándalo, y Kringelein sale detrás del barón, sintiéndose como al amparo de un escudo caliente y seguro.

Prosigamos. La Iglesia de la Conmemoración con sus muros blanquísimos, bajo el reflejo de las mil luces que la circundan; sobre el asfalto grasiento, los brillantes surcos que ahondan las ruedas de los coches; ante los resplandecientes escaparates de la Trauenzienstrasse, los transeúntes parecen grandes manchas negras; luego, de pronto, se penetra en la calma y obscuridad, bajo la arboleda del Barrio Bávaro: aceras estrechas, grava en algunos trozos, vallas y reflectores se dibujan en la noche. Prosigamos.

Hemos llegado a un círculo donde se juega, que está instalado en las grandes habitaciones de un antiguo caserón berlinés, convertido ahora en club. Efluvios de olor a humedad a lo largo de los muros tapizados. Sombras silenciosas de caballeros de smoking; presentaciones. Muchos abrigos colgados en un guardarropa. Kringelein se reconoce en la figura que le sale al encuentro de un hombre pálido, delgado y distinguido, vestido de obscuro, que se pasa la mano por la frente para atusarse un mechón de su cabellera en ruinas. Y este encuentro consigo mismo en el espejo, le sorprende. "En el fondo soy muy resistente", piensa, y de pronto se acuerda de su amigo el notario Kampmann, como si sólo le conociera de haberlo visto en sueños. Breve parada en una habitación con candelabros y una chimenea simulada en un rincón, donde no se hace más que charlar y beber. En la estancia contigua están jugando al "bridge". "Este juego no se mucho más distinguido que el "skat", piensa Kringelein y se pone al acecho de nuevos descubrimientos emocionales.

—Pasemos dentro —dice Gaigern a un caballero—, venga usted con nosotros allá dentro, señor director Kringelein.

"Dentro", es ya al final de la casa, al extremo de un pasillo estrecho y feísimo, sobre el que se abre una larga fila de puertas. Pasada la última puerta gris de dos hojas, se entra en una habitación más pequeña, tan obscura, que apenas se distinguen las paredes. No hay más luz que en el centro, encima de la mesa... como la luz sobre el *ring* en el Palacio de los Deportes. Rodean la mesa algunas personas, unas de pie, otras sentadas, aunque pocas en total, doce o catorce: su aspecto es serio y meditabundo y cambian entre sí contadas palabras, de las que Kringelein se queda completamente en ayunas.

—¿Cuánto va a arriesgar usted? —pregunta Gaigern, que se dirige luego hacia un pupitre que se alza en un rincón y detrás del cual una señora con aspecto de aya y vestida de negro está sentada, como en la caja de una tienda—. ¿Qué le parece?

Kringelein pensó en seguida: "Diez marcos", pero respondió indeciso:

—No lo sé exactamente, señor barón.

—Bueno, entonces pongamos quinientos marcos para empezar —propuso Gaigern.

Incapaz de contradecir a su amigo, el contable sacó de su vieja cartera cinco billetes registrados recibiendo en cambio un puñado de fichas de diferentes colores: verdes, azules y rojas. Oía el ruido que hacían al caer en la mesa de juego otras fichas iguales y que producían un ligero chasquido, como una cascada de huesos bajo la lámpara de pantalla cuadrada. "Adelante", se dijo con impaciencia.

—Apunte usted a lo que quiera —dijo Gaigern—, porque es inútil que se lo explique. Juegue lo que quiera y donde quiera. La primera vez que tienta uno la suerte casi siempre gana.

¿Y qué número hacía esta vez entre las numerosas veces que durante ese mismo día se había puesto Kringelein a correr peligros? El ya sabía que la vida no era sino eso. Sabía perfectamente que la zozobra va pegada al placer, como la nuez a su cáscara. Presiente que puede perder allí en algunas horas todo el dinero ganado en Fredersdorf con los cuarenta y siete años de su vida..., de esa existencia que ha ido cayendo en el vacío como a través de un cuentagotas. Sabe que en aquella sala obscura, entre aquellos señores lacónicos y lúgubres, inclinados sobre el tapete verde, sólo le queda dejarse arrastrar por el torbellino y arriesgar en el juego el importe de las tres o cuatro semanas de vida nómada que le separan de la tumba. Y Kringelein, encaramado en lo alto del *looping the loop*, siente esta nueva y para que les ponga delante altos montones de fichas.

Al acercarse a la mesa para iniciar el juego, sus orejas y sus labios están mortalmente pálidos; siente las manos como llenas de arena. Apunta y poco después una raquetita arrastra la ficha verde entre otras. Alguien pronuncia algunas palabras que no entiende. Vuelve a apuntar en otra parte y pierde. Sigue apuntando y perdiendo. Gaigern, al otro lado de la mesa, apunta también y gana una vez, pero vuelve a perder en seguida. Kringelein le lanza una mirada rápida y suplicante que pasa inadvertida, porque allí cada uno está pendiente de lo suyo. Todas las miradas están clavadas sobre el tapete verde y todos con un esfuerzo supremo de la voluntad parecen esforzarse para la suerte y para que les ponga delante altos motones de fichas.

—¡Maldita suerte!... —se oye decir a alguien, y bajo la lámpara verde de esa habitación aislada y sombría esas palabras suenan como un eco sepulcral. Completamente abandonado a sí mismo, Kringelein se encamina hacia la señora de negro y cambia otros quinientos marcos en fichas. Vuelve a la mesa donde otro *croupier* barre con la raqueta las posturas, dejando la mesa limpia en un momento; las fichas hacen al chocar su ruido característico y unas manos muy diestras las reparten en montoncitos. Con sus fondos de reserva en la mano izquierda, el contable apunta con la derecha al azar, casi inconscientemente. Juega y pierde. Juega y gana, viendo con sorpresa volver a él su ficha encarnada en unión de otra verde. Vuelve a apuntar y gana dos veces seguidas, y no sabiendo qué hacer, se mete algunas fichas en el bolsillo. Vuelve a apuntar y pierde, pierde, pierde. Se para algunos instantes. Gaigern tampoco juega: fuma y mira a los otros, hasta que se mete las manos en los bolsillos, diciendo:

—Ya está bien por hoy, me han limpiado.

—Permítame usted, señor barón —murmura Kringelein, y en la mano que el otro saca titubeando del bolsillo, le desliza una de las dos fichas encarnadas que le queman.

—Hoy estoy demasiado flojo para jugar —dice el barón a media voz.

Gaigern tiene algún olfato para la suerte (uno de los talentos de su vida aventurera), pero esa noche no está en vena, a menos que así se llame a su aventura sentimental con la Grusinskaia. Kringelein vuelve a la mesa. Prosigamos.

Daba la una en un reloj por allí cerca, cuando Kringelein, que sentía como si una minúscula hélice girara detrás de su frente, fué a la caja a cambiar las fichas; había ganado tres mil cuatrocientos marcos, y como sintiera que sus manos temblaban, se rehizo rápidamente aparentando serenidad, precaución absolutamente inútil, porque nadie se ocupaba de él. En un par de horas, nuestro héroe ha ganado todo el sueldo de un año en la fábrica y mientras mete los billetes en la raída cartera, Gaigern, a su lado, lo mira y bosteza.

—Me han desplumado, señor director, estoy como un hospiciano y ahora tendrá usted que cuidar de mí —dijo con indiferencia.

Con la cartera en la mano, Kringelein no sabe qué hacer ni lo que se espera de él.

—Mañana no tendré más remedio que darle un sablazo —dijo Gaigern.

—Sí, hombre, sí; no faltaba más —respondió elegantemente el contable—. Y diga usted, ¿qué podemos hacer ahora?

—Vaya que tiene usted fibra, mi amigo; a estas horas no hay más que dos cosas posibles: el vino o las mujeres.

Con el rostro pálido y demacrado, Kringelein se aparta del espejo ante el que ha estado poniéndose el sombrero. Al salir desliza cincuenta *pfenigues* en la mano pedigüeña de un chico que se le acerca para abrirle la puerta de la calle. Vuelve a meterse la mano en el bolsillo y esta vez es un billete de cien marcos lo que saca arrugado y hecho una pelotilla de papel, dándoselo al mozo cuando están en la calle oscura y silenciosa. Ha perdido el sentido de la orientación y del valor de las cosas. En un mundo donde se gastan mil marcos por la mañana y se ganan tres mil por la noche, el contable Kringelein, de Fredersdorf, se pierde como en un laberinto, como en una selva encantada y sin luz ni senderos. El cochecillo de cuatro asientos los espera bajo un farol, en silencio, pero palpitante de vida, con una paciencia como la de un fiel can, al que se encuentra donde se le ha dejado. Al pensar en ello el contable siente algo de emoción y gratitud.

Prosigamos, prosigamos. Llueve. El limpiacristales describe arcos de círculo, tic-tac, tic-tac, como el péndulo de un reloj, ante los ojos de Kringelein. El olor de la esencia anticipa ya una impresión de bienestar en el blando y caliente hogar. Grandes reflejos rojos, azules, amarillos, cabrillean sobre el asfalto mojado. A la luz amarillenta de sus sopletes se destacaban las sombras de unos obreros afanados en soldar un riel bajo la medianoche. Parécele a Kringelein que el auto rueda demasiado despacio, y mira de reojo a Gaigern, que fuma, la mirada perdida en el espacio y los pensamientos... Dios sabe dónde. La ciudad a las dos y media de la mañana ofrece un aspecto extraño, diríase que acababa de ocurrir alguna desgracia. Estaba despierta, bullente y casi más animada que por el día; un cúmulo de autos se amontona en los cruces huérfanos de guardias de la porra. Arriba se extiende un cielo rojo e inflamado, sobre el que la torre de la Radio hace palpitar, por intervalos regulares, el resplandor más claro de sus faros giratorios. Prosigamos, prosigamos.

Luego es una escalera llena de gritos y un son de música que sale de tres pisos. Abajo ondean banderolas y serpentinas; sobre las paredes, a regular altura, espejos sin azogue, con marcos de yeso dorado; desconocidos, unos están borrachos, otros melancólicos; mujeres jóvenes de carnes macilentas y ojos hundidos; mezclado entre la gente, Kringelein se abre camino rozando las espaldas empolvadas de las cabaretistas. El edificio entero está lleno de humo de tabaco azul y opaco, que permanece suspendido en la atmósfera, circundando las lámparas de papel modernista con que se tocan las lámparas eléctricas en la caja de la escalera. Abajo hay un barullo inmundo; en el primer piso las puertas abiertas dejan oir una música menos intolerable: están bailando. En el piso de más arriba reina el silencio. En la escalera una tanguista sentada, revestida de un *maillot* verdoso encendido, tiene una copa en la mano; se hace la dormida al paso de los dos amigos. Su espalda desnuda roza con el traje nuevo de Kringelein y éste se impacienta. Detrás de la puerta se abre un cuarto largo y casi en tinieblas. Algunos farolillos de papel sobre el mismo suelo difunden una luz muy atenuada. Allí toca también la música y Kringelein la oye, pero no puede verla. A la vaga claridad de los faroles, piernas de mujer pasan bailando, viéndoselas perfectamente hasta la rodilla; sin embargo, más abajo, todo queda sumido en sombras. Kringelein, como un niño pequeño, siente deseos de asirse de la mano de Gaigern, porque todo allí es confuso y esfumado; no es difícil adivinar lo que ocurre detrás de los biombos pintarrajeados de vivos colores que separan banquetas recompuestas y unas mesas bajas. Kringelein se da cuenta de que está bebiendo champaña francés y siente

como una quimera: una guirnalda de cuerpos femeninos, desconocidos, de piel tibia y perfumada, le circundan y acosan por los cuatro costados. Alza su agradable voz de tenor acompañando quedo la melodía que tocan los violines invisibles, y mientras se columpia a derecha e izquierda, tiene su cabeza en blando reposo sobre el fresco hueco que le hace un brazo de mujer.

—¿Otra botella? —pregunta un mozo serio y grave.

Kringelein la pide y siente una gran lástima por aquel muchacho de aspecto tuberculoso, cuando a la luz del farol le ve inclinarse para apuntar el encargo en un *block*. Se enternece, apoderándose de él una compasión exagerada por ese mozo, por esas alegres chicas, todas desnudas de piernas, que tienen que seguir bailando hasta la madrugada..., y esa inmensa piedad va también hacia su propia persona. Reparte sobre sus piernas las carnes tibias y blanduchas de una muchacha que le es desconocida e intenta descubrir su fisonomía; pero empiezan a temblarle las rodillas y una melancolía colmada de embriaguez y entusiasmo se apodera de él, entre los efluvios de polvos de arroz que exhala la piel de aquel cuerpo extraño. De pronto se pone a cantar a plena voz una antigua melodía popular en la que no faltan los trémolos: "Feut euch des Lebens weil noch das Lahampchen glüht" (regocijaos de la vida mientras arda vuestra lamparilla).

—Valiente mamarracho —se dice Gaigern malhumorado—. Cuando salgamos de aquí te robaré la cartera y en seguida me largaré a Viena —piensa, las cejas fruncidas y vacilantes al borde de su existencia comprometida...

En un cuartito de tocador que huele a cerrado, Kringelein se lava la cara que un sudor frío cubre de continuo. Destapa luego un frasco de Bálsamo de Vida y bebe tres tragos, lleno de esperanza. "No estoy cansado —piensa para sí— en absoluto, pero es que no tengo ni la menor sombra de fatiga". Aun acaricia risueños proyectos para esa misma noche. Después trata de quitar de su lengua el fuerte gusto a canela que le ha dejado la pócima y vuelve a reunirse con la tanguista en la mullida penumbra. Prosigamos, prosigamos, prosigamos.

Kringelein se pega a una boca como si tomara tierra en una isla colmada de aventuras y misterios; aquellos labios lo aprisionan y sólo son parte a separarse de ellos las ligeras y placenteras vibraciones que lo agitan.

—Juicio, niño —se oye decir por allí cerca, y no hay duda que va por él. Se ha quedado inmóvil escuchando, escuchando su interior. Es un momento de ensueño, tiene las manos llenas de frambuesas maduras, rojas y jugosas... del bosque de Mickenau, y de improviso algo espantoso que siente llegar como un sable desnudo, como una centella, como una lengua de fuego.

Y Gaigern le oye que empieza a quejarse con agudos y lastimeros ayes; un dolor inconcebiblemente fuerte, lleno de angustia y de terror.

—¿Qué tiene? —le pregunta Gaigern, asustado.

—¡Oh!, dolores, dolores horribles... —suena en la sombra la voz apagada de Kringelein.

Entonces Gaigern toma una de las linternas y la pone sobre la mesa. Y allí está el contable sentado y tieso sobre la banqueta, los dedos entrelazados como los eslabones de una cadena. Como la lámpara era azul, el semblante del enfermo parecía también de ese color; del agujero negro de su boca grande y abierta salían quejidos. Gaigern conocía perfectamente esa máscara del dolor, por haberla visto reflejada durante la guerra en el semblante de los heridos graves. Apresuróse, pues, a pasarle a su amigo un brazo bajo la cabeza, rodeando fraternalmente sus temblorosas espaldas.

—¿Qué es? ¿Un cólico, no? —preguntó la tanguista.

Era una chiquilla muy joven, de aspecto vulgar, en un vestido negro con lentejuelas.

—Calla —dijo Gaigern.

En medio de sus crueles dolores, Kringelein levantó los ojos hacia su amigo, haciendo un esfuerzo lastimoso y heroico por conservar su porte de hombre de mundo, y en efecto, murmuró entre sus labios azulencos:

—Ahora soy yo el que está *groggy* —queriendo describir así su estado de aturdimiento, agotado, casi inconsciente. Era una bromita más bien alentadora que triste, a la que no tardó en seguir un largo gemido.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó de nuevo Gaigern, que empezaba a alarmarse.

—Creo... que esto... se acaba y que... me... muero.

❦ ❦ ❦

Eso de que las camareras de los hoteles miran por el ojo de las cerraduras, es un cuento chino. Las camareras de los hoteles no sienten el menor interés por las personas que viven detrás de esas cerraduras, porque ya tienen bastante en qué ocuparse con todo el trabajo que de continuo les pesa; preocupadas siempre en sus quehaceres y hasta más bien resignadas, no les queda tiempo para pensar en las vidas ajenas. En el "Grand Hotle", nadie se ocupa de nadie, porque cada uno vive para sí en esa gran jaula que el doctor Otternschlag cmoparaba exactamente con la vida general. Cada cual vive detrás de sus dobles puertas, sin otra compañía que la de su propia imagen en el espejo o de su sombra en la pared. La gente se roza en los comedores, se saluda en el *hall* y, a veces, se inicia una breve conversación, que no tarda en languidecer, sobre triviales asuntos de actualidad. Jamás en el curso de esos diálogos, la mirada que se alza llega hasta los ojos, porque sólo se fija en la indumentaria. Puede ocurrir que el baile en el pabellón amarillo acerque a dos cuerpos y que por la noche, alguno se deslice en la habitación de otro. Pero eso es todo, y fuera de eso, no hay más que una soledad sin fondo. Cada cual está solo en su habitación con su "yo", y no nace ni subsiste ningún tuteo. Entre recién casados en viaje de bodas, en el lecho del cuarto número 134, reina todavía el abismo frágil de las palabras no pronunciadas. Algunos pares de calzados alineados delante de las puertas por la noche, tienen una expresión de odio muy claro sobre sus rostros de cuero. Otros, en cambio, adoptan un semblante regocijado, aun cuando caigan desmayados sus tirantes. El mozo que recoge ese calzado para limpiarlo, está complicado en un feo negocio de productos alimenticios... pero aquí no importa eso. La doncella del segundo piso ha hilvanado un idilio con el apuesto chofer del barón Gaigern, el cual ha desaparecido de pronto, dejándola sumida en desconsuelo... de modo que a ésta no le importa gran cosa mirar por el ojo de la cerradura, porque de noche, lo que quiere es pensar, aun cuando se caiga de sueño. Pero no puede dormirse; la camarera que ocupa la otra cama tiene un pulmón enfermo y así, incorporándose sobre la almohada, enciende la luz tosiendo a más y mejor.

Cada cual tiene su secreto, que encierra entre las cuatro paredes de su habitación; la señora del número 28 tiene el suyo... esa señora de rostro inexpresivo, que se pasa el día tarareando; y el número 154 también, ese caballero que hace tan ruidosas gárgaras y que sólo es un viajante de comercio. Hasta el mozo número 18 tiene también su secreto detrás de su frente cubierta de pelo fijado con agua, un ruin secreto que le obsesiona: se ha encontrado una cigarrera de oro olvidada en el invernadero por el barón Gaigern, y el muy bribón no la ha entregado en la caja. Temiendo una inspección, la ha enterrado, provisionalmente, como un tesoro, entre el respaldo y el asiento de un sillón, mientras en su juvenil alma de diecisiete años, la moral y el espíritu levantisco del proletariado riñen en fiero combate. Senf, el portero, no pierde de vista a ese pillastre (que se llama Karl Nisep, pues aun no está numerado), y el cual, con semblante distraído, zanganea cerca de la puerta giratoria. También Senf tiene su pensamiento en otra parte, porque hace ya varios días que su mujer está en la Clínica y la cosa es ya para escamarse de que se trate de algo más que de un parto normal; han cesado los dolores, haciendo sitio a calambres bastante raros; no obstante, se siguen percibiendo los latidos del corazón del niño y hay que esperar antes de recurrir a los fórceps. Senf ha ido allá abajo esta tarde, pero no le han permitido subir a ver a su mujer por hallarse ésta en un estado de debilidad e inconsciencia, que los médicos califican de sueño. Y ahora, en su cabina de nogal, este portero, Senf, se ocupa celosamente repartiendo su atención entre las llaves y el horario de los ferrocarriles. Rhona le ha propuesto que vaya con su mujer, pero el portero no quiere permiso; le gusta trabajar porque esto le evita pensar. Por lo que hace al mismo Rhona (este conde Rhona, tan diligente, que presta sus servicios durante catorce horas seguidas, como empleado modelo, aunque irremisiblemente descalificado), nadie sabe una palabra de él. Acaso esta misma situación ignorada le haga sentirse orgulloso; acaso también se avergüence cada vez que un viajero de su linaje se inscribe en el registro de los extranjeros; sin embargo, su semblante claro, menudo y rosado, no traiciona nada; se ha convertido en una careta.

A las dos de la mañana, siete señores con ademán triste y abatido, cansino y melancólico, con sendos estuches negros debajo del brazo, salen del "Grand Hotel" por la puerta número 2. Son los músicos de la "Eastman Jazzband" con sus camisas empapadas en sudor, que se dirigen a sus casas, descontentos de sus honorarios... como les acontece a todos los músicos en todos los países del mundo. Delante de la entrada número 5, los autos van desfilando uno tras otro y poco después se van apagando sus reflectores. Empezaba a refrescar en el *hall*, por haberse disminuído un poco la calefacción. El doctor Otternschlag, que se había quedado casi solo, sintió un escalofrío y bostezó. De allí a poco, bostezó Rhona también en su cabina, y cerrando con llave algunos cajones subió a quinto piso para tomarse sus cinco horas de sueño. El portero de noche arreglaba los periódicos de la mañana para el día siguiente; un repartidor empapado en lluvia acababa de traerlos y con las botas embarradas salió por la puerta giratoria. Dos americanas de ruidosas voces subieron a acostarse, y luego el *hall* quedó en completa calma. Apagáronse la mitad de las luces. El telefonista tomaba su café puro para no dormirse.

¿Subimos ya?, se preguntó el doctor Otternschlag, apurando su copa de coñac. Sí, creo que ya podemos irnos a acostar", pero pasaron diez minutos antes de decidirse. Una vez puesto en pie, se miró sus zapatos de charol, y sintiéndose algo fuerte, dió su paseo habitual alrededor del *hall*, dirigiéndose por fin hacia el portero de noche.

—No hay nada para el señor doctor —le dijo bruscamente, con un gesto negativo de la mano, cuando aquél estaba todavía a tres metros de distancia.

—Si pregunta alguien por mí, diga que estoy en mi cuarto —musitó Otternschlag, y tomando uno de los periódicos de la mañana, todavía húmedo, leyó la faja.

—Ha subido a su cuarto —repitió el portero maquinalmente, haciendo una raya en el cuadro de llaves.

Por la puerta giratoria entró una ráfaga de viento frío, que olía a humedad. Otternschlag se volvió.

—¡Ah, ah! —dijo simplemente, tan pronto como su único ojo, rígido, hubo divisado la escena.

Y hasta abriendo la boca sonrió al sesgo, al ver a Gaigern entrar por la puerta giratoria, tan buen mozo como siempre, macizo y ágil, aunque con semblante serio y preocupado.

Empujaba delante de él al pequeño Kringelein, que, vacilante y casi desmayado de dolor, hacía grandes muecas gimiendo dulcemente.

El doctor Otternschlag podía distinguir inmediatamente una grave enfermedad de una formidable borrachera, aunque ambas cosas se manifestaran por un desmadejamiento análogo. Pero el portero, que era menos experto, echó una mirada severa y vigilante sobre las dos personas que entraban.

—Las llaves del 69 y 70 —dijo Gaigern a media voz—. El señor viene enfermo; que llamen pronto a un médico — y con una mano sostenía a Kringelein, mientras con la otra se apoderaba de las llaves; después condujo a Kringelein hacia el ascensor.

—Soy médico —dijo de pronto el doctor Otternschlag al portero con sorprendente vivacidad—. Que suban en seguida leche caliente al número 70. —Y dicho esto siguió a Gaigern y Kringelein.

—Deje usted; yo me ocuparé de él —dijo el barón mientras subía el ascensor—. No se queje, señor Kringelein; esto pasará pronto, ya verá cómo se acaba en seguida.

Y Kringelein, interpretando mal el sentido de estas palabras de consuelo, cesó de gemir; materialmente doblado en dos, allí sentado sobre el banquillo del ascensor, hacía por contener los espantosos dolores que le atenazaban.

—¿Que se acaba ya? —preguntó resignado—. ¿Pero cómo puede ser tan pronto si no ha hecho más que empezar?

—Es usted muy ansioso, se ha atracado demasiado de una vez —dijo Otternschlag y, aunque le guardaba algún rencor, sin dejarlo traslucir, le tenía la mano asida, tomándole el pulso.

—Qué idiotez, Kringelein, ¿quién piensa en acabar? Ha bebido usted demasiado champán frío y eso es todo —dijo alegremente Gaigern.

El choque del ascensor al llegar puso fin a esa conversación, llena de malentendidos. En el corredor, la doncella que los veía pasar sintió una fuerte emoción cuando las rodillas de Kringelein se negaron a sostenerle. El barón tomó en sus brazos a su amigo, que no pesaba más que un niño, y lo llevó hasta el lecho, y mientras le despojaba de sus prendas, que apestaban a vino, y le abotonaba en el pijama nuevo, el doctor Otternschlag desapareció presuroso, con ademán de estar preocupado.

—Un momento —había dicho, alejándose con un paso rápido, como electrizado.

Al volver encontró a Kringelein acostado, rígido en su lecho, las manos pegadas a los muslos, como un soldado en su posición de firmes. Ya no se quejaba, pero es porque hacía un gran esfuerzo de voluntad. Cuando Kringelein se había puesto en campaña, en persecución y descubrimiento de la "vida", se había prometido morir valientemente, sin molestar a nadie, cuando le llegara la hora, en compensación de la frivolidad y libertinaje de sus últimos días. Y así, en su lecho de cobre, Kringelein se aferraba a esa promesa. Nada importaba que el sufrimiento y el terror a la muerte cubriesen su frente y su nuca de frío sudor. Gaigern sacó de la americana su pañuelo de seda, finamente perfumado, para limpiar el menudo y amarillento rostro de Kringelein; quitó también, con cuidado, los lentes de su delgada nariz, por lo cual, durante un segundo, Kringelein experimentó la sensación de estar ya muerto, la sensación apaciguante de que todo había terminado y de que Gaigern, con su ancha mano caliente, iba a cerrarle al punto los ojos. Pero éste volvió a apartarse del lecho para dejar paso al doctor Otternschlag.

Sacó éste de un estuchecito negro una jeringuilla, y como por arte de magia surgió al punto entre sus dedos una resplandeciente ampolla cuya punta rompió con la destreza de un prestidigitador, y pasando luego el pulgar por la anilla de la jeringa, la llenó con una sola mano.

—¿Qué es eso? —preguntó el enfermo, aunque él ya conociera ese medicamento bienhechor de cuando estuvo en el Hospital.

—Esto es algo bueno, un caramelo muy dulce —respondió Otternschlag, cantando como una niñera en medio de sus extrañas manipulaciones, y, al mismo tiempo, pellizcando con dos dedos la flaca carne de Kringelein, dió un pinchazo en la piel. Gaigern miraba.

—Suerte y no poca ha sido que tuviera usted tan a mano la inyección — dijo.

Otternschlag levantó la jeringuilla contra la luz, a la altura de su ojo ciego.

—Sí —respondió—. Esta es mi maleta, siempre dispuesta, ¿comprende usted? Porque, como dijo Shakespeare tan sabiamente, hay que estar preparado. Esto es muy esencial para el hombre: estar siempre dispuesto para el viaje, en cualquier momento, ¿comprende usted?, y tal es el significado de esa maletita.

Mientras así hablaba, lavó la jeringuilla y tornó a meterla en su estuche. Gaigern tomó de la mesa aquel pequeño objeto negro, sopesándolo. Pareció admirarse y no comprender. "Pero, ¿cómo es posible?", pensaba.

—¿Se le va pasando? —preguntó el doctor volviéndose hacia el lecho.

—Sí —respondió Kringelein, que había cerrado los ojos y le parecía flotar en una nube en cuyo seno evolucionaba rápido y ligero, al mismo tiempo que se fundía en sus propios dolores, transformándose en algo como una niebla que se disipaba en el aire. Todo le era ya indiferente y su angustia ante la muerte desaparecía también, como un animal negro que saliera huyendo.

—Pues bien; ya ve usted que... así —dijo Otternschlag, volviendo a poner la mano del enfermo sobre el edredón de seda —, así, tranquilo un buen rato.

—Gaigern, que durante este tiempo había colgado las prendas nuevas de Kringelein, acercóse al lecho de cobre y pudo observar la respiración entrecortada y casi imperceptible bajo el pijama de seda azul claro.

—¿Dice usted que un buen rato? —preguntó débilmente —. No será esto... no me pasará... nada, no es... peligroso.

—No, no hay cuidado. Podrá usted volver a bailar, porque el corazón responde, late bien, quiere vivir, es un instrumento del que se ha servido usted poco, señor Kringelein. Alrededor sí que los otros órganos están estropeadillos, pero el corazón quiere hacer valer sus derechos. ¿Quiere usted un cigarrillo?

—Gracias —contestó Gaigern, con el pensamiento en otra parte, y cogiendo el cigarrillo se sentó bajo un bodegón, que representaba unos faisanes muertos. Pasaron unos minutos antes de comprender las palabras de Otternschlag.

—¿De modo que está muy enfermo, y, a pesar de ello, no puede morirse? Pero eso es espantosamente cruel — agregó en seguida.

Y Otternschlag, que había hecho signos afirmativos con la cabeza a cada pregunta, respondió.

—Precisamente, diré a usted por qué yo aprecio tanto mi maletín. En el fondo, todo lo que aquí abajo se nos impone es insoportable; es decir, que sólo lo soportamos porque estamos seguros de acabar cuando nos dé la gana, ¿no es eso? La vida es una triste especie de existencia, créame usted.

Gaigern sonrió al oír esta observación.

—Sin embargo, yo amo la vida —dijo cándidamente.

Otternschlag volvió vivamente hacia él la mitad de su fisonomía.

—Si usted ama la vida, sus semejantes aman la vida: conozco a todos ustedes perfectamente y a usted también.

—¿Que me conoce usted a mí?

—Sí, a usted particularmente, de un modo completamente personal —y con el índice, amarillo de tabaco, señalaba la cara de Gaigern, que retrocedía sorprendido—. Un día le extraje a usted de ahí una astilla de obús, y esa pequeña cicatriz que le hace tan interesante, se la cosí yo mismo, ¿no se acuerda?... ¿En Fromelles? Ustedes olvidan todo, mientras que nosotros queremos anotarlo todo en la memoria sin dejar escapar nada, nada.

—¡Ah, sí!, ¿en Fromelles? En aquella infame ambulancia, ¿verdad? Apenas me acuerdo porque en aquel tiempo no estaba yo en todo mi juicio, era muy romántico y me parecía de buen tono desmayarme cuando se está herido, y por eso me desmayé.

—Pues yo me fijé en usted, porque era un soldadito bisoño, el más joven de cuantos pasaron por mis manos. De esa categoría de los que "marchan cantando hacia la muerte". Por lo demás, puede que personalmente no sea usted ese que yo digo, pero... en todo caso, se le parece usted mucho, no lo dude. ¿De modo que ahora le gusta la vida, la quiere? Era de esperar y me complace saberlo, pero... ha de concederme usted una cosa, y es que la puerta giratoria debe permanecer abierta.

—¿Qué?... —preguntó Gaigern desconcertado por completo.

—La puerta giratoria, digo. Siéntese en el *hall* y estése usted mirándola. Gira como una loca, sin descanso. Entran, salen; entran, salen; entran, salen; y qué mecanismo tan ingenioso, llega usted a marearse si la mira mucho tiempo. Atienda usted un momento a lo que voy a decirle. Supongamos que entra usted por esa puerta giratoria... y quiere, naturalmente, tener la certeza de que podrá volver a salir por ella, ¿no es eso? Que no le darán a usted con ella en las narices, dejándole encerrado en el "Grand Hotel".

Gaigern sintió subirle un frío hasta el cuello; la palabra "encerrado" sonó en sus oídos como una amenaza secreta.

—Evidentemente — dijo turbado.

—Pues bien. Estamos en un todo de acuerdo —declaró Otternschlag, que había vuelto a sacar la jeringuilla de su sitio, acariciando amorosamente el cristal y el bruñido níquel—. Es preciso que esa puerta permanezca abierta, para que la salida esté franca en cualquier momento, y poder morir cuando se quiera.

—¿Pero quién quiere morir? Nadie —dijo vivamente Gaigern, lleno de convicción.

—¡Bah!... —repuso Otternschlag dejando algo sin decir. Kringelein, acostado en su lecho de hotel, musitaba palabras incomprensibles, bajo su bigote alborotado—. Bah... míreme usted a mí, por ejemplo, míreme bien; yo soy un suicida, ¿comprende usted? Por regla general, sólo se ve a los suicidas después de haber soltado la llave del gas o de haberse metido una bala en la cabeza. Pero tal como me ve usted aquí, yo soy un sujeto que se suicida, pero que aun no ha muerto. Soy un suicida vivo, un caso raro, desde luego. Bueno... pues cualquier día vaciaré diez ampollas de esa caja y ¡cataplum!, las diez de golpe en una vena y entonces seré un suicida difunto; saldré luego por la puerta giratoria, claro que en el sentido figurado, en tanto que usted podrá seguir esperando en el *hall*.

Sorprendido, Gaigern recibió la impresión de que aquel idiota de Otternschlag le odiaba en el fondo.

—Puede que sea cuestión de gusto —dijo simplemente—. Yo, por mi parte, no tengo prisa, qué quiere usted, me gusta la vida, la encuentro admirable.

—¡Bah, bah!, la encuentra usted admirable. Entonces, ¿peleó en la guerra y ha vuelto de ella para seguir encontrando la vida maravillosa? Pero, ¡rayos y truenos!, cómo vivís vosotros todos, ¿habéis perdido acaso la memoria? Bueno, no hablemos de aquello... Todos sabemos perfectamente lo que allí pasaba. Lo que no comprendo, es que haya usted vuelto de allá abajo para seguir diciendo que la vida le gusta. ¿Y dónde está su vida?, porque yo he buscado la mía y no la encuentro. Algunas veces me digo: Yo estoy ya muerto y sentado en la sala de la Cruz Roja. Esta es la verdadera impresión, la impresión real que me produce la vida desde que he vuelto desde allá abajo.

—¡Oh! —dijo Gaigern, emocionado por la pasión repentina que animaba a Otternschlag, y repitió: —¡Oh! —y levantándose se dirigió hacia el lecho.

Kringelein dormía, aunque no tuviera los ojos completamente cerrados. Gaigern acercóse de puntillas a Otternschlag.

—Sí, algo hay de verdad en todo eso —dijo en voz baja—. Al regreso, no ha sido sólo eso. Cuando uno de nosotros dice "allá abajo", es como si dijera "en mi casa" o pocos menos. Vivimos actualmente en Alemania como en un pantalón que se ha quedado demasiado estrecho. Todo el mundo está indisciplinado, no hay sitio para tanta gente. Y ¿qué podemos emprender? ¿La Reichswehr, el ejército? ¿Para qué intervenir, en caso de disturbios, en las elecciones? ¡Oh, no! gracias. Hacerse aviador, piloto, también lo he probado... He volado dos veces diarias y a horas fijas, Berlín-Colonia-Berlín, o bien hacerse explorador, salir de expedición... todo esto es muy trivial y está desprovisto de peligro.

—Yo creo que la vida debería ofrecer más peligro y entonces la cosa marcharía bien, pero se la toma tal como se presenta.

—No, nada de eso, eso no es lo que yo quiero decir —repuso Otternschlag, disgustado—, quizá no haya en ello más que pequeñas diferencias de apreciación, quizá yo misma viera las cosas con la misma calma que usted, si me hubieran compuesto el rostro con tanto arte como yo a usted el suyo. Pero cuando se mira el mundo a través de un ojo de cristal, toma un aspecto curioso, bien puedo asegurárselo a usted... Bueno, señor Kringelein, ¿qué tal va?

Kringelein se había incorporado de pronto en su lecho, había alzado trabajosamente sus párpados, pesados por la morfina, y buscaba algo. Sus manos erraban sobre el edredón, palpando en torno suyo con sus diez dedos, privados de sensibilidad por efecto de la droga.

—¿Dónde está mi dinero? —exclamó con voz sofocada. Al despertar de su sueño llegaba directamente de Fredersdorf, donde hacía un momento se había peleado con Ana, de modo que tenía que hacer un gran esfuerzo para encontrarse otra vez en el "Grand Hotel", en su cuarto amueblado de nogal —. ¿Dónde está mi dinero? —preguntó; su garganta estaba reseca y al pronto no divisó a los dos hombres sentados en los sillones de terciopelo, más que como unas sombras movientes y desmesuradas.

—Pregunta dónde está su dinero... —comunicó Otternschlag al barón, como si éste fuera tardo de oído.

—¿Su dinero? Pero si lo ha depositado en la caja del hotel —dijo Gaigern.

—Lo ha depositado usted en la Caja del Hotel —transmitió Otternschlag como un intérprete, y Kringelein meditó difícilmente esta respuesta en su pesada cabeza—. ¿Le duele a usted aun? —preguntó el doctor.

—Cómo ¿que si me duele? —preguntó Kringelein sentado sobre su nube.

La boca catastrófica de Otternschlag se echó a reír.

—Todo está ya olvidado —dijo éste—, los dolores y la buena acción también están olvidados; desde mañana podrá usted volver a la vida, como un acróbata que es usted, amigo mío —dijo con un desprecio no disimulado. Kringelein no comprendía una palabra.

—¿Dónde está mi dinero? —repitió con obstinación—. Todo mi dinero, el dinero que he ganado.

Gaigern encendió un cigarrillo, tragándose el humo hasta los bronquios.

—¿Dónde está su dinero? —preguntó Otternschlag.

—En su cartera — dijo Gaigern.

—En su cartera de usted —transmitió Otternschlag—. Siga usted, pues, durmiendo tranquilamente, y no se anime demasiado, si no quiere que le haga daño.

—Yo quiero mi cartera —exigió Kringelein separando los dedos—. En el estado nebuloso en que se hallaba, no lograba expresarse bien del todo; sin embargo, a través de los velos que obscurecían su conciencia, se daba perfecta cuenta de que tenía que pagar con dinero cada minuto de su vida..., pagarla cara y al contado. Había visto desaparecer en sueños las dos cosas, su dinero y su vida, con la rapidez del arroyuelo de Fredersdorf, cuyo lecho de piedras se secaba todos los estíos.

Otternschlag suspiró, metió sus manos en los bolsillos de la americana de Kringelein (que Gaigern había colgado del respaldo de una silla), y las sacó vacías. El barón seguía fumando delante de la ventana, de espaldas a la habitación, mirando hacia la calle, que estaba silenciosa bajo la luz de los arcos voltaicos.

—Aquí no hay ninguna cartera —dijo Otternschlag, con las manos colgando como si hubiera hecho un esfuerzo considerable.

De pronto, Kringelein saltó del lecho, y bruscamente, con la respiración entrecortada y el rostro deshecho, se encontró en medio de la habitación sobre sus flacas piernas, que vacilaban dentro del pijama.

—¿Dónde está mi cartera? — se lamentaba —. ¿Dónde está? ¿Dónde está todo ese dinero, todo ese montón de dinero? ¡Mi cartera, mi cartera!

Gaigern, que hacía largo tiempo se había apoderado de ella, quiso hacer oídos de mercader a esta aflicción lanzada por una voz aguda y completamente cargada de sueño. Oía subir y bajar el ascensor, oía pasos en el corredor, idas y venidas que se apagaban detrás de las puertas abiertas y vueltas a cerrar. Oía (o por lo menos a él le parecía), que alguien respiraba allí al lado en el cuarto número 71. Pero advertía igualmente la angustia de Kringelein, a quien en este momento odiaba ferozmente, tanto, que de buena gana le hubiera matado. Volvióse violentamente hacia la habitación, pero su puño se aflojó al ver el mísero aspecto que Kringelein ofrecía; allí, en medio de la estancia, se había echado a llorar. De sus párpados, completamente aletargados por la morfina corrían las lágrimas que caían gota a gota sobre su nuevo pijama, de un azul claro; Kringelein lloraba como un niño, lamentándose por su cartera perdida.

—¡Tenía dos mil seiscientos marcos esa cartera! —sollozaba—; dinero para vivir dos años.

Otternschlag hizo un movimiento descorazonado, volviéndose hacia Gaigern.

—¿Dónde podrá estar la cartera... puesto que Kringelein insiste seriamente en que va a vivir todavía dos años? — preguntó queriendo echarlo a broma.

Gaigern, los puños metidos en los bolsillos, se reía.

—Puede que se lo hayan limpiado las tanguistas de la Alhambra —respondió expresando una idea que había preparado de antemano.

Kringelein se sentó en el borde de la cama, dejándose caer desmayadamente.

—¡Oh, no —dijo dulcemente—; no, no!

Otternschlag le miró, después miró a Gaigern y otra vez a Kringelein por último. "¡Ah! entonces es que..." —dijo para sí, y tomando su estuche negro se dirigió a Gaigern, a lo largo de las paredes (siguiendo la vieja costumbre), como si los muros y los muebles hubieran de transmitirle alguna fuerza o ayuda, o como si no hubiera aprendido todavía a andar sin apoyo. Al llegar delante de Gaigern, se paró y volviendo hacia él la parte estropeada de su cara, le miró al cuello con su ojo de cristal.

—Es preciso que Kringelein recupere su cartera —dijo cortésmente y en voz baja, inquietando por un segundo al barón.

Y en tal segundo se decidió su destino, porque ese instante de vacilación fué suficiente para quitarle todo su aplomo.

Gaigern no era un hombre honrado; había ya robado y cometido bastantes fechorías. Pero no era un criminal, puesto que los buenos instintos de su naturaleza y de su raza, quebrantaban con gran frecuencia sus culpables intentos. Era un aficionado a la aventura y estaba dotado de alguna energía, aunque no fuera suficiente. Hubiera podido suprimir a aquellos dos hombres enfermos que tenía delante, eclipsándose en seguida. Hubiera podido rechazarlos y con su botín en los bolsillos, huir a lo largo de la fachada. Hubiera podido salir de la habitación con cualquier pretexto y llegar a la estación y desaparecer. Pero después de considerar todas estas salidas, pensó en la Grusinskaia; sintió en su brazo el cuerpo ligero de la bailarina; con él la conducía hasta lo alto de la escalera de su casa de Tremezzo. Era preciso a todo trance ir a buscarla. Mas, de pronto, la compasión que había sentido la víspera por aquella mujer... aquella misma piedad irrazonable y conmovedora, volvió a sentirla en esta ocasión por Kringelein, por Kringelein desmadejado sobre el borde de la cama. Sintió lástima también de Otternschlag, que volvió hacia él su media cara destrozada por la guerra. Y sin darse cuenta, tuvo también piedad de sí mismo... y esta piedad lo aniquiló.

Dió dos pasos por la habitación y empezó a sonreír.

—Aquí está la cartera —dijo—; la había puesto en seguridad para que no se la quitaran en la guarida donde nos hallábamos.

—Bien, bien —dijo Otternschlag, desarmado por completo, tomando de las manos de Gaigern la vieja cartera llena de arañazos. Experimentaba una sensación de dulzura y de agotamiento porque era para él tan raro el contacto de una mano ajena. Volvió la cabeza hacia Gaigern, fijando en él su ojo sano y dando a su rostro una expresión que bien podía ser de agradecimiento o de consentimiento tácito. Pero de pronto se asustó, porque el rostro de Gaigern (aquel semblante notablemente bello y duro) le pareció tan pálido, tan vacío y tan muerto, que tuvo miedo. "¡Pero es que no hay más que fantasmas en este mundo!" se dijo, mientras se dirigía hacia la cama donde puso la cartera delante de Kringelein.

Toda esta escena no había durado más que algunos segundos, durante los cuales Kringelein había permanecido sentado, silencioso y absorto en sus pensamientos.

Y ya que Otternschlag le tendía la cartera que tantas lamentaciones le había costado, apenas si hizo caso de ella, pues la dejó caer sobre el edredón, sin mirar su contenido ni recontar su dinero, aquel montón de dinero que había ganado en el juego.

—Le ruego que se quede conmigo —dijo, pero no a Otternschlag que le había socorrido, sino a Gaigern, hacia el que tendía su brazo, mientras el barón, de pie delante de la ventana, con semblante preocupado y sombrío, fumaba otro cigarrillo.

—No debe usted tener miedo, Kringelein —interrumpió Otternschlag en tono tranquilizador.

—No tengo miedo —respondió Kringelein, terco y sorprendentemente despierto—. ¿Cree usted que tengo miedo a morirme? Nada de eso; por el contrario, lo que estoy es agradecido. Nunca hubiera encontrado el valor necesario para vivir, si no supiera que tengo que morirme, y cuando se tiene esa certeza es precisamente cuando se tiene valor... pensando siempre en que hay que morirse, es uno capaz de todo... este es mi secreto...

—¡Ah, ah! —dijo Otternschlag—. Ya caigo, es la puerta giratoria. Kringelein se vuelve filósofo. La enfermedad engendra juicio, ¿lo ha observado usted bien?

Gaigern no respondió. "¿De qué estáis hablando —pensaba—. De la vida y de la muerte, como si se pudiera hablar de ellas; estos no son temas para una conversación. Sí, vivo... vivo y nada más, y si me muero... Dios mío, me muero y me entierran. Pero ¡pensar en la muerte!... quiá, y hablar de ella, menos todavía. Hay que reventar dignamente, eso sí, en cualquier momento, cuando haya necesidad;

como los monos y pronto dejaréis de hablar de la vida y de la muerte —pensaba desdeñosamente—. Yo también estoy dispuesto... y por eso tengo necesidad de llevar siempre encima un maletín cargado de morfina". Gaigern bostezó y aspirando ávidamente el aire de la mañana que entraba por la ventana abierta, sintió de pronto un escalofrío que agitó sus espaldas de boxeador.

—Tengo sueño —dijo, y de improviso se echó a reír con toda su alma—, esta noche pasada no he visto mi cama y ahora son las cuatro de la mañana. Vamos, señor director, tápese bien.

Kringelein obedeció inmediatamente; la cabeza pesada y el vientre aun dolorido, aunque muy mitigado, se acomodó bien en el lecho, cruzando las manos sobre el edredón.

—Quédese aquí conmigo, se lo ruego, quédese —decía con insistencia, gritando casi, porque le acometían continuos zumbidos de oído.

De pie, junto a ellos, Otternschlag escuchaba; nadie se ocupaba de él, nadie le rogaba que se quedara.

—Ahora que tiene usted morfina en el cuerpo, creo que ya no me necesitará, ¿no le parece? —preguntó.

Pero Kringelein no comprendió esta broma.

—No, gracias —dijo cándidamente, asiendo la mano de Gaigern como lo hubiera hecho un niño. Se arrimaba a Gaigern, le quería. Hasta es posible que su alma, que se había hecho sumamente sensitiva, percibiera vagamente que Gaigern quería robarle... mas no importa, él se aferraba a Gaigern.

—Por favor, quédese conmigo —suplicaba.

Entonces Otternschlag también se echó a reír. Y a la pálida claridad de la lámpara, alzó su cara destrozada y con su boca torcida, se echó a reír... pero de manera muy diferente que Gaigern; primero sin ruido, después con sones prolongados que le salían de lo más hondo de sí mismo, cada vez más estrepitosos, más burlones, más ensañados y enconados de odio.

En el cuarto contiguo, número 71, dieron tres golpes con los nudillos en el tabique.

—Hagan el favor de callarse. La noche se ha hecho para dormir y no para divertirse —dijo la voz enojada, ronca de sueño y contraída, de un sujeto totalmente desconocido. Era la voz del señor director general Preysing, el cual comprendía que en la habitación frontera a la suya, tres destinos humanos estaban entreteniéndose, para una hora breve y decisiva.

El "Grand Hotel" tenía la manga muy ancha para los principios de la moral. No se le había permitido al director general Preysing que recibiera en su habitación a su secretaria, pero en cambio no le pusieron ningún inconveniente en alquilarle una habitación para esa señorita. Y esto es lo que hizo Preysing. Encendido de rubor y entre explicaciones confusas, ignorante de la psicología humana. El administrador se disculpó de no tener más que una sola habitación disponible: el número 72; una habitación de dos camas separadas por la sala de baños del departamento número 71, que ocupaba Preysing. Por el bien parecer, Preysing murmuró algo que quería parecerse a protesta ante un gran trastorno que se le hacía... y con el mayor ardor, se precipitó resueltamente en su aventura.

Aquella mañana se recibió correo de Fredersdorf; muchas cartas de negocios y una de Mulle, al pie de la cual Babe había agregado dos líneas de una escritura de patas de mosca. Pero Preysing, que se sentía ya arrastrado lejos de las tranquilas riberas de la vida, en el torrente impetuoso que a veces lleva a los hombres de su edad... ese Preysing completamente transformado, leyó la carta con frialdad y sin remordimientos de conciencia, durante el desayuno, que estaba tomando junto a la apetitosa "Llamita", que se mostraba alegre y completamente a sus anchas.

Kringelein había tenido también una carta de Fredersdorf. Estaba sentado sobre su cama de cobre, sin sentir ningún dolor, remozado por el bálsamo de vida de Hund y firmemente resuelto a conservar aquella sensación intensa y potente de vida que conocía desde la víspera. Después de haber triunfado esa noche de su miedo a la muerte, a la que había dado una patada, y de haber salido vivo de la lucha, sentía la impresión de estar hecho de un metal muy duro y transparente. Con los lentes cabalgando sobre su estrecha nariz, que aun se había afinado más, leyó la carta de la señora Kringelein, escrita en una tosca hoja de papel con rayas azules, que había arrancado de su Agenda.

"Querido Otto —escribía esa señora Kringelein, de la que él nunca se había sentido muy cerca, pero que ahora desaparecía en una lejanía inimaginable hasta llegar a serle indiferente por completo—. Querido Otto, he recibido tu carta y estoy segura de que tu enfermedad proviene únicamente de que no te cuidas bastante y esto misma piensa papá. Papá me ha redactado



el borrador de una petición de socorros a la fábrica, pero aun no he recibido contestación sobre este punto. Esa gente no hace más que mecerle a uno con esperanzas. Te escribo principalmente a causa de la chimenea, que no puede seguir como está. Binder ha estado aquí examinándola detenidamente y me ha dicho que está mal construída y que lo mismo pasa en todas las casas de la ciudad obrera, que tienen siempre algo que cojea. Ya que construyen mal las chimeneas, debían por lo menos darnos el carbón, porque no hay quien pueda pagar la enorme cantidad de combustible que consumen. He hablado, pues, con Binder y me ha dicho que no podrá arreglarla por menos de catorce a quince marcos, pero luego nos economizaremos ese dinero en carbón. Claro que éste es un gasto considerable y quisiera que cuanto antes me dieras tu opinión sobre lo que vamos a hacer con la chimenea. No es posible vivir como estamos, ni podemos tampoco derrochar catorce marcos para este cascajo. He preguntado también a Kietzau, que es también inteligente en la materia, y cree que costará más de los catorce marcos, sin que pueda garantizarme que el consumo de carbón sea luego menor.

"Con este motivo he tenido que armar ruido en la fábrica, pues he ido a hablar con Schriebes, aunque me ha costado mucho trabajo decidirme, para pedir que arreglen la chimenea, cosa muy justa, después de todo, puesto que las casas son propiedad de la fábrica. Pero no quieren hacer nada, Schriebes ha estado muy grosero conmigo, se ve que es un hombre completamente metalizado. Si recibo algo de la Caja de Socorros (papá cree que aflojarán treinta marcos, aunque yo lo dudo mucho, porque Preysing es muy avaro), ¿te parece que mande arreglar la chimenea o la dejo como está? Si ingresas en algún sanatorio ¿recibirás subsidios suplementarios o habrá que pagar esos gastos con las indemnizaciones corrientes? No sabes hasta qué punto están mal aquí todos con que no trabajes y cobres tu sueldo. Estoy huída de todo el mundo, no me rodean más que envidiosos. Haz el favor de ocuparte en seguida de la Caja de Socorros, porque me ha dicho la señora Prahn que no pueden retenerte nada en ella mientras estés enfermo..., ten cuidado, no vayan a engañarte. Aquí hace mal tiempo, ¿y por ésa?

"Sabes, te quiere tu Ana.

"Escríbeme en seguida lo que debo hacer de la chimenea o si quieres que espere a que vuelvas. Sale tanto humo que tengo los ojos irritados."

Con esta carta entre sus dedos cuidados por la manicura, Kringelein, profundamente pensativo, permaneció algunos minutos sentado al borde de su lecho; pero no pensaba en Fredersdorf, ni en su mujer, ni en la chimenea, ni en su crisis dolorosa y angustiada de la noche anterior. Pensaba..., pensaba... en el avión y en que no se había mareado lo más mínimo; pensaba en la dulce sensación de orgullo y bravura que se había apoderado de él cuando al hacer un viraje muy cerrado el aparato, pudo él mirar sin desvanecerse a través de una ventana el mundo suspendido de través sobre su cabeza...

—Voy a levantarme en seguida y a hablar con Preysing —se dijo, saltando de la cama con esa firme resolución.

No tenía más remedio que ajustar sus cuentas con Preysing, porque si no, todo lo que había él hecho no serviría para nada. Bañóse, pues, Kringelein y empezó a acicalar a su nueva persona, a aquel Kringelein con camisa de seda, americana entallada y plena conciencia de su actual elegancia. Con el corazón duro, apretado como un puño, se sentía el contable al abrir la puerta exterior del cuarto número 71 y llamar con los nudillos a la puerta interior, barnizada de blanco.

—¡Adelante! —contestó Preysing, por pura y estúpida rutina, porque no le gustaba que vinieran a importunarle mientras desayunaba plácidamente con la risueña "Llamita". Pero como había dicho: "Adelante", abrióse la puerta, dando paso a Kringelein.

Se presentó pues, delante de Preysing, como si una explosión le hubiera lanzado hasta el segundo piso del "Grand Hotel" (el piso de los viajeros elegantes, en la habitación 71). Se había puesto su sombrero nuevo de fieltro de Florencia, nada más que por conservarlo sobre su cabeza y no se descubrió.

—Buenos días, señor Preysing —dijo, llevándose familiarmente dos dedos al ala de su flexible—. Tengo que hablar con usted.

—¿Qué quiere? ¿Por qué ha entrado aquí? —le interrogó con acritud, sin salir de su asombro al contemplar a aquel Kringelein vestido, con el sombrero encasquetado, a aquel contador auxiliar de la oficina de los salarios, que se le aparecía como uno de los cuatro jinetes del Apocalipsis.

—He llamado a la puerta y usted me ha contestado "adelante" —respondió el contador con una admirable lucidez—. Tengo que hablarle y con su permiso me voy a sentar.

—Siéntese —dijo Preysing completamente desarmado, cuando el otro ya lo había hecho.

—Esta señorita me perdonará que la interrumpa —dijo para empezar Kringelein, con gran desenvoltura.

"Llamita" contestó amable y alegremente:

—Este caballero y yo nos conocemos ya, se-

ñor director, por haber bailado juntos un lindo "fox-trot".

—Efectivamente —repuso Kringelein tosiendo para aclararse la voz y sintiendo en el cuello el latido de las arterias. Siguió un silencio.

—Bien, pero ¿de qué se trata?, no puedo perder tiempo y tengo que dictar unas cartas urgentes a esta señorita —repuso finalmente el director general en tono autoritario.

Sin embargo, Kringelein no se acoquinó nada por ello, aun cuando así, al pronto, no encontrara un modo elegante para entrar en materia.

—Me ha escrito mi mujer que la chimenea ha vuelto a estropearse y que la fábrica se niega a hacer las reparaciones necesarias. Esto no puede tolerarse, porque las viviendas son de la fábrica y nosotros pagamos religiosamente nuestros alquileres, que se nos descuentan de los salarios. Por consiguiente, corresponde a la fábrica velar porque todo funcione bien en las casas de los empleados, para que no corramos el peligro de asfixiarnos, porque las chimeneas están obstruídas —dijo Kringelein a modo de exordio, pero Preysing respondió con torvo ceño y con la mayor calma posible:

—Ya sabe usted que nada de eso me incumbe. Si tiene usted que presentar alguna reclamación, diríjase a la oficina de construcciones. Es de una gran impertinencia venir a molestarme para una cosa así —siguió una pausa, y parecía que la frase terminaba allí; sin embargo, Preysing quiso agregar algo más y dijo—: Encima de que se les está construyendo una ciudad, en lugar de agradecerlo se muestran groseros. Es inaudito.

Aunque Preysing se había levantado, Kringelein permanecía sentado.

—En fin, dejemos eso a un lado —dijo conciliador—. ¿A usted le parece que puede permitirse emplear palabras injuriosas? Pues, no señor, haga el favor de ser más comedido. Usted se considera un ser superior y no es más que un ser absolutamente vulgar, señor Preysing, aun cuando se haya casado con una mujer rica y esté instalado en un hotel; es usted de una perfecta ordinariez y de nadie se habla peor ni con más fundamento que de usted en la fábrica. Esta es la verdad y sépala usted de una vez.

—Me tiene sin cuidado; nada de eso me importa un comino. Márchese luego de aquí con viento fresco —gritó Preysing.

Sin embargo, Kringelein sentía en su ánimo una insospechada reserva de fuerzas y como quería aliviar su alma del peso de sus veintisiete años de existencia subalterna y estaba cargado como un acumulador, no se movió de su sitio.

—Si que le interesa, y muchísimo, porque de otro modo no tendría usted en la fábrica todos esos miserables espías, esos ruines aduladores que le tiran de la levita, tales como su fiel amigo el señor Schriebes, y su otro compinche, el señor Kuhlenkamp, esa especie de ciclistas que dan la patada hacia abajo y encorvan la espalda hacia arriba. En cuanto algún empleado se retrasa tres minutos se le apunta y hasta se vale usted de sus criados como espías y eso lo sabe toda la fábrica. Y de lo que se refiere a nuestro trabajo, de eso no se habla, porque a nadie le importa que reventemos, para eso se nos paga. Usted no se preocupa de si podemos vivir como personas con sueldos tan mezquinos, porque tiene su auto, aunque a nosotros nos falte dinero para unos tacones de goma. Y luego, así que se nos ha exprimido bastante y nos hacemos viejos, a nadie le importa nuestra desnudez y miseria. El viejo Hannemann, atacado de cataratas después de llevar trabajando treinta y dos años en la fábrica, no recibe un "pfenig" de pensión.

Si Preysing hubiera sido el sombrío tirano que Kringelein se representaba en su quimera de empleado subalterno, le habría puesto inmediatamente en la puerta; pero como era un hombre bonachón y débil, en el fondo condescendió a discutir.

—Se paga conforme a tarifa. Tenemos nuestra Caja de Retiros... —interrumpió con tono desabrido—. Y en cuanto a ese Hannemann no estoy al corriente del caso. ¿Quién es ese empleado?

—Valiente porquería son esas tarifas y esa caja —exclamó Kringelein—. Yo estuve en el hospital ocupando una cama de tercera clase y a los cuatro días de operarme pretendieron que comiera queso y salchichón; mi mujer presentó instancia tras instancia, sin que se me concediera ningún socorro; hasta tuve que pagar de mi bolsillo mi ambulancia a Mickenau. A un hombre sin estómago le dan queso. Luego, cuando llevaba cuatro semanas enfermo, me escribió usted notificándome que si tardaba mucho en curarme me despediría. ¿Es o no cierto que me escribió esa carta, señor Preysing, se acuerda usted, verdad?

—No puedo acordarme de todas las cartas que dicto, pero, en fin, una fábrica no es un asilo de inválidos, ni un hospital, ni un seguro sobre la vida. Ahora mismo figura usted en los libros como enfermo y me lo encuentro aquí, viviendo como un príncipe, como un estafador de alto vuelo...

—Ahora mismo va usted a retirar esas palabras delante de esta señorita; le exijo que las retire inmediatamente, aquí mismo —gritó Kringelein—. ¿Qué se cree usted para injuriarme así? ¿Con quién cree que está hablando? ¿Me cree, acaso, una basura? Pues si lo soy, usted es otra mayor, señor director general, una basura mayor, sépalo bien, una basura, una inmundicia...

Los dos hombres se habían acercado el uno al otro, lanzándose miradas furiosas y comiéndose con los ojos. Preysing se había puesto rojo de ira, como una cereza, casi amoratado, y grandes gotas de sudor perlaban su labio superior, afeitado. Kringelein, a su vez, estaba lívido, con su boca que parecía completamente exangüe y un violento temblor que le sacudía los codos, los hombros y todas sus articulaciones. "Llamita" los miraba alternativamente, moviendo estúpidamente la cabeza de derecha a izquierda, como un gatito que jugara con un ovillo de hilo. Por lo demás, a pesar de la confusión que reinaba en las frases de Kringelein, había comprendido perfectamente su sentido... y estaba en un todo de acuerdo con él...

—Sin duda no sabe usted nada de nuestra vida —exclamó Kringelein con los labios pálidos bajo el erizado bigote—. Nuestra existencia es desesperante; es como si hubiera que escalar un muro completamente liso, como si hubiera que pasar la vida encerrado en un sótano. Allí esperamos un año tras otro; primero, llegar a los 180 marcos, que después de otros cinco años se convierten en 200 marcos, luego seguimos arrastrando esa vida miserable y esperando, esperando siempre. Después piensa uno: con el tiempo mejorará tu situación y podrás permitirte el lujo de tener un hijo... Pero, sí, sí..., no hay tal, porque hasta tiene uno que renunciar a su perro, porque el sueldo no alcanza para mantenerlo; se espera a que vaque un puesto algo mejor remunerado, haciendo méritos, reventando a trabajar en horas extraordinarias (que luego no se cobran), para que otro se lleve ese puesto de 320 marcos, con vivienda familiar. Y todo eso ¿por qué? Porque el señor director general no sabe por dónde se anda en estos asuntos y si da algunos ascensos es a quienes no los merecen, el mismo Brohesemann opina lo mismo. No ha habido en el mundo nada tan mezquino como mi jubileo, después de veinte años de servicios en la fábrica. Ni siquiera me felicitó usted, ni a nadie se le ocurrió darme una gratificación. Allí estuve todo aquel día pegado a mi pupitre, esperando, pero nadie se movía y yo pensaba: "Esto no es posible, ya verás cómo te están preparando alguna gran sorpresa, ¿cómo se van a olvidar de ti, después de estarles sirviendo tantos años?" Dan las doce y nada..., las seis de la tarde, y yo esperando siempre, con mi traje de los domingos, que me había puesto. Volvíme a casa lleno de vergüenza delante de mi mujer y de Kampmann.

—Y, ¿qué tal? —me preguntó Kampmann—, ¿te han festejado bien? "Sí —respondí—, mi pupitre estaba lleno de flores y me han dado quinientos marcos; el director general en persona me ha saludado con un discurso, diciéndome que sabía perfectamente que soy el último en salir de la fábrica". Esto dije a Kampmann, para disimular la vergüenza. Seis semanas después, Brohesemann me llamó y me dij:

"—Ahora me entero de que lleva usted trabajando veinte años en la fábrica, y la verdad, no lo habíamos tenido en cuenta. Vamos a ver, ¿qué desea usted?" Y yo le contesté: "Reventar lo antes posible, ese es mi único deseo, pues la vida de perros que llevo no es para otra cosa." Y entonces Brohessemann fué a ver al anciano señor, a su padre político de usted, que me subió el sueldo a cuatrocientos veinte marcos, a partir de fines de mayo, pero, a pesar de todo, mi vida sigue siendo tan miserable como antes. Entonces me juré que algún día tendría usted que oírme...

Al principio Kringelein había hablado muy alto, pero su voz había ido debilitándose poco a poco, ganando en tristeza lo que perdía en volumen. Con las manos cruzadas a la espalda, Preysing se paseaba de un lado a otro por la pequeña estancia; crujían sus botas bajo el peso del cuerpo; pero lo que más le irritaba era la presencia de "Llamita", que allí sentada escuchaba muy atenta, moviendo los ojos de un lado a otro. De pronto se detuvo delante de su interlocutor en ademán amenazador, acercando mucho su obeso vientre contra la americana nueva de Kringelein.

—En resumidas cuentas, ¿qué quiere usted de mí? Yo no le conozco a usted y usted entra aquí —dijo con su voz gangosa y fría—, tiene la insolencia de entrar aquí para soltarme un largo discurso comunista. ¿Qué me importa a mí su jubileo, ni usted mismo? Yo no puedo ocuparme de cada uno de los empleados de nuestra empresa; tengo otras cosas más graves en que pensar. Yo tampoco vivo sobre un lecho de rosas, ni mucho menos. Todos los que se distinguen por su capacidad o por su rendimiento, tienen buenos sueldos en la fábrica y hacen carrera. Los otros no me interesan, ni usted tampoco; no me interesa lo más mínimo, no lo conozco a usted. Y basta ya, que estoy cansado de oírle...

—¡Ah, sí¡ ¿Conque no me conoce usted? Pues yo sí que le conozco perfectamente desde que llegó a Fredersdorf de meritorio y vivía en la trastienda del zapatero, y, por cierto, que siempre quedaba debiendo en casa de mi suegro la manteca y el salchichón. Tomé buena nota del día en que dejó usted el primero de saludar, señor Preysing, y el que empezó a hacer el amor a las hijas del viejo. He llevado una contabilidad regular y completa de sus hechos, señor Preysing, en la que no he olvidado ni omitido nada. Y si cualquiera de nosotros hiciera una mínima parte de lo que ha hecho usted, hace ya tiempo que le habrían puesto en la puerta. Y ese gesto de orgullo y arrogancia con que atraviesa usted el corredor y esa manera de mirar a las gentes sin verlas, como si no fuéramos seres humanos. Y cuando, en 1912, por primera y única vez, cometí un error en mis libros (un descubierto de trescientos diez marcos), me puso usted como trapo viejo, cosa que no podré olvidar jamás. ¿Y los ochocientos obreros que ha despedido usted y que maldicen siempre que le ven pasar? Y cuando va usted en su auto y deja usted bien abierto el escape para que nosotros respiremos el peor aire posible, debe usted creerse que es alguien; pero se lo repito...

Kringelein desbarraba, mezclando todas las pruebas y todo el odio de veintiséis años, las cosas importantes y las pamplinas, las verdades y la fantasía, las realidades y los chismes de la oficina. Y lo que había proferido en esa

habitación del hotel, no era en suma más que la queja airada de un hombre débil y desgraciado, contra un hombre que había hecho su camino llanamente, aunque con algo de rudeza..., una protesta sincera e injusta y absolutamente ridícula... Preysing, por su parte, incapaz por completo de juzgar un corazón humano, fué encolerizándose cada vez más, y cuando Kringelein habló de las deudas contraídas antaño en el oscuro tenducho de Sauertkatz, sintió que el vértigo se apoderaba de él y creyó, aterrado, que iba a congestionarse; oía pasar su propia respiración, fatigosamente, por su garganta; todo lo vió rojo y confuso, a tal extremo se le inyectaron en sangre las venas de los ojos. Luego, dando dos pasos hacia Kringelein y agarrándole por el chaleco, lo zamarreó violentamente, como a un pelele. El sombrero nuevo de Kringelein cayó al suelo. Preysing lo aplastó con los pies, como hubiera aplastado a un animal. Pero, cosa singular, Kringelein sintió un vivo placer ante esa manifestación de brutalidad: "Pega, pega a un hombre sin defensa, a un hombre gravemente enfermo, a las puertas de la muerte, que eso te honra"... — pensó casi satisfecho. Detrás del servicio de té del hotel, allí, sobre la mesita, "Llamita" musitaba para sí:

—No, esto no.

Preysing arrojó a Kringelein contra la pared y abrió con violencia la puerta:

—Basta —gritó—; no quiero oírle más; salga inmediatamente de aquí. Se le despedirá a usted; soy yo quien lo despide. Desde este momento queda usted despedido, ¿me oye usted?...

Con el rostro blanco como su camisa, Kringelein, que había recogido su sombrero, se quedó parado entre las dobles puertas; la interior estaba ya abierta, pero seguía cerrada la otra, y mientras apoyaba su espalda temblorosa cubierta de sudor contra la madera barnizada de blanco, se echó a reír a carcajadas en pleno rostro frenético de Preysing.

—¿Me despide usted, me amenaza? Y no sabe que no puede despedirme, que no puede hacer absolutamente nada contra mí, señor Preysing. Nada, lo que se dice nada, porque estoy enfermo, enfermo de muerte a breve plazo, ¿me entiende? Dentro de algunas semanas habré terminado y nadie podrá ya nada contra mí. Me moriré antes de que usted me haya despedido —gritó sacudido por la risa, mientras un agua picante le subía a los ojos. Allá, en el fondo de la habitación, "Llamita" se levantó del sofá, inclinándose hacia adelante, Preysing se inclinó también, dejando caer sus manos y metiéndoselas en los bolsillos del pantalón.

—Pero este hombre está loco —se dijo en voz baja— y hasta me parece que se ríe. ¡Vamos! Que se alegra de tener cerca la muerte. ¿Pero está usted en su juicio?

A estas palabras, Kringelein se puso súbitamente serio y pensativo, perdiendo algo de su entereza. Aun siguió algún tiempo de pie, entre las puertas, mirando la estancia con mirada vaga y circular; la silueta de "Llamita", iluminada por un rayo de sol, cerca de la ventana; el corpulento director general, sosegado ya, con las manos en el bolsillo del pantalón; la perspectiva por la puerta abierta de la alcoba y el cuarto de baño contiguo, todo esto, se le aparecía trémulo y confuso a través de las inoportunas lágrimas que velaban los ojos del enternecido Kringelein. Se le había caído su sombrero

Preysing recorrió tres veces la habitación de "Llamita":

—Le ruego me perdone esta molestia —dijo con su voz bien timbrada y agradable.

Preysing, cuya conciencia de hombre casado no se sentía muy tranquila, interpretó estas palabras como una grosera y baja ofensa a su persona y, sacando los puños de sus bolsillos.

—Márchese inmediatamente —le dijo tan sólo; pero Kringelein había ya desaparecido.

Preysing recorrió tres veces la habitación de punta a punta; hinchábanse las venas de su frente y su rostro aparecía completamente congestionado.

—¿Y ahora, qué? —preguntó "Llamita", a tiempo que el director general corría hacia la puerta y, abriéndola con fuerza, exclamó en el silencioso corredor, gritando como un elefante encolerizado:

—Ya le encontraremos a usted, descuide, que ya se le vigilará y veremos de dónde ha robado el dinero que está gastando en zanganear aquí. ¡Comunista, granuja, insolente, canalla!, mandaré que le detengan...

Pero Kringelein ya no estaba visible y no podía oír nada.

—En todo caso es un pobrecillo, porque ha acabado por llorar —dijo a guisa de conclusión "Llamita", que había permanecido durante toda la escena sin despegar los labios.

❦ ❦ ❦

—No te saques las medias, que son muy lindas —dijo Preysing sentado en la *chaise longue* del cuarto de "Llamita", número 72.

—No —respondió "Llamita"—, no me gusta tenerlas puestas, porque no puedo pasearme a mis anchas por la habitación con zapatos y medias...

A la luz de la lamparita de la cama, su cuerpo resplandecía, presentando sombras rojizas sobre el oro mate de sus crenchas. En las rodillas y en la espalda, la piel tersa y abombada, presentaba ligeros reflejos. Sentóse al borde del lecho y luego de sacarse sus zapatos azules, se quitó sus flamantes medias de seda, arrollándolas cuidadosamente, con un gesto de seria preocupación. Cuando se inclinaba, le daba la luz de lleno en el busto y en su espalda, sus vértebras jugaban libremente. Preysing deleitábase en la contemplación de este desnudo.

—Eres exquisita —murmuró, pero sin llegar a levantarse de su incómodo asiento.

Por encima del hombro "Llamita" le hizo un amable guiño para animarle. Llevó luego sus medias hasta la silla donde había puesto el vestido y ropa interior (una sombra de ropa, de crespón de China), plegándolo todo con la minuciosidad de una colegiala muy formalita.

Preysing, levantándose al fin, se acercó a ella y extendiendo su índice, en el que crecía un mechoncito de vello claro, tocó la espalda de "Llamita", con tanta precaución como hubiera hecho con un animal extraño, salvaje y peligroso. La muchacha sonreía.

—¿Entonces qué? —dijo amablemente, aunque algo nerviosa e impaciente, porque estaba dispuesta por su parte a cumplir puntualmente las cláusulas del contrato verbal a que se había comprometido.

En resolución, una persona formal no podía aceptar mil marcos y un viaje a Inglaterra y un nuevo abrigo y varios accesorios, sin ofrecer algo en cambio. Pero ese director general era tan corto y pazguato, que ya era la segunda noche que revoloteaba alrededor de ella (por lo menos así calificaba "Llamita" la corte tímida y contenida que le hacía Preysing), y la cosa no podía serle más desagradable. Era como si le estuviera empastando una muela un dentista poco diestro. Hubiera querido haber pasado ya lo más difícil, pero aquello se alargaba y se alargaba, y como no se le veía el fin, le crispaba los nervios. Retrocedió ligeramente su espalda para acercarla a la mano de Preysing, pero el índice miedoso de éste había vuelto a meterse en el bolsillo del chaleco, donde al lado de la estilográfica, estaba descansando de su audaz aventura. "Llamita" suspiró, volviéndose para colocarse frente al director general. La perfección de su desnudo, le llenó a un tiempo de entusiasmo y timidez.

—Al fin te veo; ahora puedo contemplarte a mi sabor —dijo emocionado.

El cuerpo de "Llamita" respiraba tal candor, en su lozanía y limpieza, que el director general sintió más ansiedad que delirio.

—¡Qué bella eres!... No eras así en la foto de la revista —dijo con un dejo de desencanto.

—¿Pues, cómo? ¿Cómo era en la foto y cómo soy aquí?

—Allí eras más sugestiva, tenías un sabor más picante, ¿comprendes?...

"Llamita" comprendió, dándose cuenta de la desilusión de Preysing ante la fría pureza del desnudo y de la vacilación que hacía nacer en ese burgués de sangre gorda y hastiada de aventuras... Pero ella no podía remediarlo. "Soy como soy" —pensó, y dijo luego:

—Sí, cuando la retratan a una, la obligan a hacer toda clase de visajes y monadas, y luego vienen abundantes retoques del fotógrafo. ¿De modo que la foto le gustaba a usted más que el original?

—Qué cosas tienes. Tú eres exquisita —repitió Preysing, cuyo vocabulario amoroso era muy restringido—. Pero veo que no quieres tutearme, ¿por qué?

La muchacha volvió resueltamente la cabeza.

—No, eso no.

—¿Que no? ¿Ypor qué no?

—Porque no puedo hacerlo y no lo hago. Usted, para mí, es un desconocido, ¿verdad? ¿Y cómo quiere que le trate de tú? Pero fuera de esto, estoy completamente dispuesta a darle gusto en todo, menos en lo del tuteo.

—Qué criatura más original eres, "Llamita" —dijo Preysing, mirándole la piel desnuda y la boca pintada—. No sé cómo entenderte.

—Pues no tiene nada de particular que piense como pienso —repuso "Llamita" sin ceder en su terquedad, porque no carecía de cierta clase de pudor.

Luego, trató de explicarse:

—Estoy dispuesta a irme con usted a Inglaterra, y a todo lo demás; pero luego, tiene que concluir todo, sin dejar huellas, y el tuteo... siempre puede dejar alguna. Si dentro de seis meses me lo encuentro a usted por ahí le diré: "Buenos días, señor director general", y usted dirá: "Es mi secretaria, esa muchacha que llevé conmigo a Manchester". Esto es correcto; pero decir: "Tú...". Qué poco le gustaría a usted que le encontrara con su mujer y le dijese: "Hola, rico, hola, precioso nene, ¿cómo te va?"

Y, en efecto, al oír este apóstrofe, el director general tuvo un sobresalto. No faltaba más sino que ahora vinieran, en tan crítico momento, a recordarle a su mujer. El sentimiento de la fruta prohibida, del pecado, del adulterio, de la depravación, no sufrió con ello ningún golpe, pues, como un río de lava, corría por sus arterias de cincuentón bien alimentado, en el que la excesiva presión sanguínea hacía presagiar la arterioesclerosis. Sentóse sobre la silla más próxima y suspiró. La silla suspiró también, porque el pesado cuerpo de Preysing hacía siempre crujir los pisos, chascar los muebles y rechinar las puertas. Extendiendo las manos en un acceso de enardecido valor, se las puso a "Llamita" sobre la delicada curva del nacimiento de sus caderas y, en lugar de la carne fofa que esperaba encontrar, las palmas de sus manos ávidas tocaron con sorpresa una carne apretada, dura y elástica, como bandas estiradas de goma. Preysing atrajo a "Llamita" hacia sí, para sentarla sobre sus rodillas separadas que, a pesar de los grandes esfuerzos que hacía por evitarlo, temblaban como azogadas.

—Todas tenéis musculatura, como si fuerais hombres —murmuró turbado.

—¿Cómo todas?

—Sí, tú y todas las demás mujeres que conozco... —respondió Preysing, pensando en sus hijas Babe y Pepsine, cuando se ponían los trajes de baño.

"Llamita", que empezaba a sentir frío y se encontraba ya a gusto con el calor que se desprendía del cuerpo de Preysing, dejó el "usted" refrigerante para emplear una fórmula intermedia.

—Vaya, vaya, ¿conque el señor director conoce a las mujeres? —dijo, pasándole a Preysing las manos por el pelo, que el peluquero había cortado la víspera, a la moda de la gran

ciudad y perfumado agradablemente. ("En fin, no parece que se pone mal la cosa" —pensó "Llamita" en ese momento).

—Claro que conozco mujeres, ¿qué te habías figurado?; uno no es de madera, y aun puede rivalizar con los pollitos del té de las cinco. Toca, toca, verás qué fuerte soy —dijo Preysing, haciendo salir sus bíceps.

Sentíase también arrastrado ya por aquel maravilloso impulso glorioso y embriagador, que se había apoderado de él al terminar la conferencia coronada por el éxito, lanzándole a esta increíble aventura.

—Mira qué vigoroso soy, mira qué duro y qué fuerte —repetía tendiendo su brazo delante de "Llamita", que acabó por darle gusto, tocándole los músculos y, efectivamente, sintió bajo sus dedos un bíceps durísimo y desarrollado.

—¡Oh!... —dijo "Llamita" con respeto— son de hierro.

Levantóse de las rodillas poco confortables de Preysing, retrocediendo algunos pasos, y luego, cruzando las manos por detrás de la cabeza, miró largamente al director general entrecerrando sus ojos; en las axilas de "Llamita" brillaban los mismos ricillos tenues y dorados que en su frente. Preysing sintió de pronto que el cuello de su camisa se le estrechaba por momentos.

—¿Vas a ser buena conmigo? —murmuró con voz muy apagada.

—¡Oh, sí! Ya lo creo —respondió "Llamita" con amable gentileza.

Un momento después el director general se acercaba más a ella, como un hombre que hubiera roto sus amarras, atravesando murallas...; como un hombre que se hubiera escapado de su prisión. Huía lejos de sí mismo este Preysing tan correcto, tan concienzudo, tan equilibrado..., se lanzaba como un cohete, para caer entre los brazos de "Llamita".

"Al fin" —pensó la muchacha, algo conmovida por el abandono, la ansiedad y la pasión que observaba en la persona de Preysing, cuyo cuello rodeó con sus brazos.

El los sintió cerrarse en derredor suyo, como dos olas calientes en las que se dejó ahogar, en tanto que, ante sus ojos, cerrados, giraban en confuso tropel formularios, telegramas, incontables formularios, primero de un color rojo oscuro y luego azules, pero que acabaron por desaparecer cuando su boca saboreó el gusto a violetas de la boca pintada de "Llamita".

* * *

La noche ya estaba muy avanzada. Una vibración melódica atravesaba todos los muros del "Grand Hotel", haciendo adivinar la música de baile del pabellón amarillo. Hacía ya más de una hora que el portero Senf había entregado la portería a la guardia del portero de noche. El doctor Otternschlag se había metido en su cuarto, donde, con los ojos cerrados y la boca abierta, descansaba sobre su lecho; dijérase una momia borracha. Su saquito de mano estaba allí, dispuesto para el viaje definitivo, pero esa noche no había podido tomar todavía la resolución necesaria, para cumplir las últimas formalidades. En el número 68, una máquina de escribir tecleaba obstinadamente: el representante de la sociedad americana de películas cinematográficas había establecido allí su cuartel general, y sobre el mismo lecho de cobre, en que la Grusinskaia viviera su noche de amor, había desplegadas largas tiras de celuloide, que el americano examinaba, al mismo tiempo que despachaba su correspondencia comercial. El timbrecito de la máquina de escribir llegaba hasta el número 70, donde Kringelein, sentado en su baño, se entretenía observando los juegos de una pastilla de jabón que flotaba sobre el agua, chocando contra el esmalte blanco de la bañera. El contador estaba triste, y, en medio de su tristeza, cantaba a media voz, tímidamente, para darse ánimos. Cantaba en su bañera como un niño en el bosque. La jornada había sido muy mala y llena de decepciones. Su explicación con Preysing le había gastado muchas fuerzas, dejándole agotado y convulso, y, lo que era más grave aún: Gaigern, aquella dínamo humana, aquella fuente de energía, aquel hogar de calor, aquel hombre lleno de resolución y de vida, con el que había rodado a ciento veinte kilómetros por hora... Gaigern, había desaparecido. En su baño caliente, que mitigaba los dolores del contador, sentía éste la impresión de haber ya leído y vuelto la última página de su vida y que todo el libro había ya terminado definitiva e irremisiblemente.

Deslizándose a lo largo de la escalera, Karl Nipse, el mozo número 18, subía, se paraba, seguía subiendo, volvía a pararse y a subir de nuevo. Un círculo negro rodeaba sus ojos, como si se los hubiera pintado. Se tragó la saliva: sufría de esa sensación de hambre nerviosa de la que padece casi todo el personal de los hoteles. Vivía en una calleja miserable, en un patio, y de ese cuchitril es de donde salía todas las mañanas para prestar su servicio en el "hall" del hotel, con sus columnas, sus tapices y su fuente veneciana, y después de terminado su servicio volvía a su sombría vida de proletario. A pesar de sus dieciocho años y de ser todavía un pipiolo, tenía ya una amiguita, su presunta novia, cuyas exigencias no podía él satisfacer con sus escasos recursos. Por entonces es cuando se encontró la pitillera de oro en el jardín de invierno y durante cuatro días la guardó cuidadosamente en su escondrijo, haciéndose así casi culpable de un robo. Al fin da con un medio de salir del apuro: devolvérsela a su dueño, diciéndole que se la ha encontrado. Con el corazón palpitante se paró ante la puerta del número 69, quitándose el kepis, lo que instantáneamente dió individualidad a su rostro de carácter impersonal. Sus buenos siete minutos pasaría ante la puerta, dominando la emoción que le embargaba, hasta que se decidió a llamar.

El botones Karl Nipse había visto poco antes al barón Gaigern recoger la llave y subir a la habitación, y, sin embargo, nadie respondió allí dentro. Vaciló un momento hasta que, cobrando ánimos, abrió la puerta exterior y dió con los nudillos en la del cuarto. Colgado entre ambas puertas pendían el "smoking" del barón, en espera de que lo limpiara el criado. Volvió a llamar el muchacho, y nada; esperó, volvió a llamar, nadie contestaba. Por fin abrió la puerta interior y vió que estaba vacía. Karl, que tenía ya alguna experiencia del mundo, echóse a reír maliciosamente, y se puso a silbar quedo, dejando sobre la mesa la pitillera. En la habitación reinaba un orden completo. Estaba encendida la lámpara y el aire estaba singularmente fresco, sin esa atmósfera habitual de los cuartos de hotel; allí se respiraba un ambiente agradablemente saturado de mentol, de lavanda, de cigarrillos turcos y de lilas blancas puestas en un florero con agua. Sobre el escritorio se veía la fotografía de un mastín. En medio del cuarto dormían las zapatillas de Gaigern, con una expresión de fidelidad y contento de sí mismas. Impresionado, el botones, respiró con un gesto de sorna aquellos efluvios de un joven elegante y se puso a pensar hasta que, de pronto, con un ligero latido de su corazón, volvió a coger la pitillera y metiéndosela entre la americana y la camisa salió sin hacer ruido.

Pasó rápidamente ante la puerta del pequeño cuarto de servicio, donde estaba sentada una camarera escribiendo una carta. En el segundo piso reinaba completa calma; más bajo la hélice diminuta de un ventilador. En el pabellón amarillo bailaban un tango.

Un vago son de música llegaba hasta el número 72 —la costosa habitación de dos camas que el director general había alquilado para su secretaria.

Sumergido en el singular perfume de violetas del primer beso, Preysing dijo, incorporándose de pronto:

—Escucha...

—Sí, hace ya tiempo que lo estoy oyendo, es la música y me gusta mucho cuando la oigo así, desde lejos —repuso "Llamita".

—No, no es la música, ¿no has oído alguna otra cosa? —preguntó Preysing, que con el semblante descompuesto se había sentado al borde de la cama, aguzando el oído con tan reconcentrada atención, que tenía las cejas fruncidas y la frente surcada por una completa red de arrugas, que los negocios complicados de su vida habían ido marcando año tras año—. No es sólo la música lo que yo oigo, hay algo más —agregó alarmado.

—¿Qué será? ¿Dónde lo has oído? —musitó "Llamita", con los ojos vencidos de sueño y tendió impaciente la mano hacia la cabeza de Preysing.

—Alguien anda en mi cuarto —insistió el director, clavando los ojos en la puerta del cuarto de baño, que se había dejado abierta.

—Yo también oigo algo ahora —dijo "Llamita", poniéndole a su amigo la mano sobre el lado izquierdo del chaleco—, Siento latir tu corazón con toda claridad; tic-tac, tic-tac...

Y, efectivamente, el corazón de Preysing metía en su ancho pecho un ruido insólito, impeliendo la sangre con latidos sordos y cortados. Seguía aquél observando atentamente la puerta abierta, sobre cuyo barniz se reflejaba, en la oscura estancia la claridad rosada de la lámpara de la cabecera del lecho.

—Déjame, voy a ver qué es... —y apartando de su cuerpo las manos de "Llamita", salió del lecho haciéndole rechinar.

"Llamita" encogióse de hombros, mientras él, en tres zancadas, desaparecía detrás de la puerta del cuarto de baño.

Normalmente, esa puertecita de madera blanca y una sola hoja tenía que estar cerrada. Separaba el cuarto del director de su secretaria. La administración del hotel no había hecho nada para que esa clausura desapareciera, por el contrario, como tenía picaporte, una vez cerrada no podía abrirse. Pero Preysing, valiéndose de una especie de palanquilla, que por una costumbre adquirida en la fábrica llevaba siempre consigo, había abierto esa puerta condenada, y así, aquella misma noche, abandonando su cuarto, en el que reinaba un orden minucioso con el calzado en sus fundas, los cuellos postizos en su caja, las esponjas en sus esponjeros, franqueó la puertecilla forzada, metiéndose de cabeza en la inmensidad sin orillas de su imprevista aventura...

Atravesó rápidamente el cuarto de baño, que estaba a oscuras. Caía el agua gota a gota en la bañera. El saloncito contiguo se hallaba igualmente a oscuras, sin que se oyera en él ningún ruido sospechoso. Preysing se detuvo un momento, buscando en vano el conmutador, y, tuvo que encaminarse a tientas hacia la puerta cerrada de su dormitorio. De pronto se quedó inmóvil, como clavado a la tierra, y con la respiración anhelante. Se acordaba perfectamente de haber dejado apagada la luz de su dormitorio y, sin embargo, ahora estaba encendida. Pasaba bajo la puerta un estrecho filete de claridad que llegaba hasta los pies de Preysing, pero esto sólo duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el haz luminoso que acababa de ver había seguido la oscuridad, la penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, aunque sin saber él mismo qué. Tenía una vaga impresión de que aquel tunante de empleadillo, que por la mañana se había metido en su cuarto, estuviera también allí, esperando el momento para sorprender a Preysing en sus expansiones amorosas; y que en su sed de venganza el tal Kruckelein o Kringelein, o como se llamara ese sujeto sospechoso, podría causarle allí algún disgusto, denunciándole, haciéndole víctima de un chantaje o Dios sabe de qué otra mala partida.

Todos estos oscuros peligros se le venían

a la mente en tropel al director, hasta que se determinó a abrir bruscamente la puerta del dormitorio.

Estaba el interior oscuro y silencioso, allí no había nadie, no se oía a nadie, si bien es verdad que tampoco se oía la respiración de Preysing.

Retrocedió marchando a tientas hacia la puerta hasta encontrar el conmutador y dar la luz; pero inmediatamente después, el cuarto volvió a quedar en tinieblas; la luz no había durado más que un abrir y cerrar de ojos, y en ese relámpago el director no había podido divisar absolutamente nada. Transcurrió luego un segundo lleno de mortal ansiedad. El cerebro de Preysing trabajaba activamente en medio de una gran lucidez y a una velocidad vertiginosa. "Debe haber otro conmutador en la puerta que da al corredor —pensó aquel cerebro excitado— y claro, ahí afuera hay un individuo que apaga cuando yo enciendo..."

¿Quién está ahí? —preguntó en voz tan alta y ronca que le asustó.

Nadie contestó. Preysing, avanzando entonces, tropezó en su camino con el escritorio, que al chocar contra su espinazo le hizo ver las estrellas, y encendió la lámpara de la mesa, con lo cual pudo ya registrar la habitación con una rápida ojeada.

Y allí, junto al armario, cerca de la puerta que daba al corredor, estaba de pie un individuo, un hombre, un señor con pijama de seda. No era el empleado... Preysing le reconoció perfectamente a la claridad verdosa de la lámpara; era el otro buen mozo, el apuesto joven del *hall*, el mismo que en el pabellón amarillo había bailado con "Llamita". Manteníase erguido junto al dintel de la puerta y sonreía, aunque más bien con un gesto equívoco en aquel cuarto de hotel que no era el suyo.

—¿Qué hace usted aquí? —le interrogó Preysing con voz seca y engolada, pues tenía la boca como un esparto. Los latidos de su corazón le asustaban; por las rodillas y las yemas de los dedos le hormigueaba la sangre.

—Dispense usted —dijo el barón Gaigern—, debo haberme equivocado de puerta...

—¿Que se ha equivocado?... Vamos, hombre, a otro perro con ese hueso. Ahora mismo vamos a ver si... —dijo Preysing roncamente, marchando en torno al escritorio, y como una bestia enfurecida avanzó con gesto amenazador sin ver otra cosa ante sus ojos que una nube de sangre; sin embargo, de improviso, y como por sortilegio, tuvo la visión perfectamente definida de que su cartera había desaparecido, ya que estaba sobre el escritorio, donde él, con su habitual minuciosidad, la había dejado poco antes de pasar al otro cuarto a reunirse con "Llamita". Sonó en su interior el eco de sus últimas palabras: "Ahora mismo vamos a ver si se ha equivocado usted de cuarto..." Y dando un salto lanzóse sobre Gaigern.

En ese mismo instante el barón le recibió con el brazo derecho tendido horizontalmente delante de sí, apuntándole a la cabeza.

—Al menor movimiento que haga usted, disparo —dijo muy quedo y, en un momento de espanto, Preysing vió la boca negra de un revólver.

—¡Sí, eh! ¿Quieres disparar? —aulló, e inconscientemente de lo que hacía asió lo primero que halló a mano. Sintió luego que su mano blandía un objeto pesado, y poniendo todo ese peso en el golpe que iba a asestar, lo descargó sobre la cabeza del hombre; el crujido seco de aquel cráneo roto repercutió como un choque en el brazo de Preysing.

Por un momento siguió el barón en pie delante de él, con una expresión de asombro en el semblante; luego se doblaron sus rodillas, empezó a tambalearse y se vino a tierra, tropezando primeramente con la maleta que allí, junto a la puerta, estaba sobre el portaequipajes, luego sobre el piso, y, por fin, en el silencio que siguió al estrépito de la caída, quedó tendido e inmóvil boca abajo.

—¿Conque querías tirar, eh? Pues ya te he dado lo tuyo —dijo entonces Preysing.

Se recobraba de su acceso de furor y de miedo, como se vuelve a la superficie de un torrente, y el aire le entraba a oleadas en la garganta.

—Ya te he dado lo tuyo... —repetía a aquel hombre tendido allí cuan largo era, pero lo decía cada vez más dulcemente, con una punta de disculpas y reproche. El hombre no rompía el mutismo. Preysing se inclinó sobre él, pero sin tocarle.

—Oiga usted, ¿qué tiene? Conteste, ¿qué le pasa? —le interrogó a media voz, al mismo tiempo que oía la música del pabellón amarillo y otra vez los latidos de su corazón y hasta el monótono pon, pon, pon, de las gotas de agua que caían en la bañera.

Pero el hombre allí tendido seguía silencioso.

Preysing se volvió, pues ahora se daba cuenta del objeto que tenía en la mano, con el que había golpeado a Gaigern: era el tintero de bronce, con su águila de alas desplegadas. Vió también sus dedos y el forro de su americana con grandes manchas de tinta. Puso, sin hacer ruido, el tintero sobre el escritorio, y sacando su pañuelo, se secó las manos cuidadosamente. Entonces volvióse hacia el hombre que yacía en el suelo.

—Está desmayado —se dijo a media voz.

Mas, cuando se arrodilló al lado de Gaigern y oyó la madera del piso crujir bajo el peso de su persona, con un ruido claro y sorprendente, sintió confusa y turbiamente como si se ahogara.

"Haré que lo detengan", pensó, pero se hallaba demasiado excitado para llamar a la gente del Hotel. Le disgustaba enormemente ver a aquel hombre allí tendido, el rostro contra el piso, el cuello como roto y los brazos en cruz. Buscó en vano el revólver sobre el tapiz. En aquella habitación, llena un momento antes del estrépito de la caída vacilante de un cuerpo, reinaba ya un silencio obsesionante. Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, Preysing tomó al hombre por las espaldas, para acostarle más confortablemente, poniéndole boca arriba.

Vió entonces los ojos de Gaigern que estaban muy abiertos, apercibiéndose de que aquel cuerpo no respiraba.

—¿Qué ha ocurrido, pues. —murmuraba—, ¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí?

Y un número incontable de veces se hizo esta pregunta en su mente vacía e inconsciente. Permanecía agachado sobre el tapiz, al lado del hombre asesinado, murmurando:

—¿Pero qué ha pasado, qué ha pasado aquí?

Gaigern, atento hasta en la muerte, le escuchaba con una sonrisa en su rostro. Ya no existía, ya había abandonado el "Grand Hotel"... había huido, sin que pudiera alcanzársele... Pero sus manos seguían aún calientes, mientras estaba allí tendido y con los ojos abiertos, sobre el piso del cuarto número 71.

La luz verde de la lámpara del escritorio, iluminaba su hermoso rostro de correctas facciones, sobre el que había quedado fija una expresión de infinito asombro...

Así estaban cuando "Llamita" los encontró, al cabo de un cuarto de hora, porque al ver que Preysing no volvía, salió por la puertecilla de escape, para ver dónde estaba. Entró descalza en el cuarto y paróse sobre el umbral, guiñando los ojos.

—¿Pero qué pasa aquí? ¿Con quién hablaba usted? ¿Se ha puesto enfermo? —dijo tratando de vislumbrar en la oscuridad.

Preysing quiso responderle por tres veces, y hasta la cuarta no pudo articular ningún sonido.

—Sí, algo ha ocurrido —dijo por fin Preysing, con una voz que nadie en Fredersdorf hubiera reconocido.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido? ¡Está esto tan oscuro!... —exclamó "Llamita", prendiendo la luz del techo—. ¡Oh! —musitó simplemente "Llamita" cuando vió el rostro de Gaigern. No fué más que un pequeño grito de dolor, muy corto.

Preysing levantó los ojos hacia ella.

—Ha querido disparar sobre mí y yo le di un golpe... —murmuró—. Hay que llamar a la policía...

"Llamita" inclinóse sobre Gaigern.

—Vive, vive todavía —dijo en voz baja, en tono algo tranquilizador y, cándidamente, pensó para sus adentros: "Está muerto, qué pena, tan amable y simpático como era", e hizo un gesto como para extender la mano.

—No debemos tocar nada antes de que venga la policía —dijo Preysing con perfecta lucidez y en voz alta.

Fué entonces cuando "Llamita" comprendió lo que había acontecido allí.

—¡Oh! —repitió.

Y retrocediendo, sintió que un vértigo se apoderaba de ella y que todo le daba vueltas en la cabeza y parecían venírsele las paredes encima. Antes de caer desmayada, prefirió salir corriendo, y huyó de allí, tropezando y pasando puertas y puertas, un sinfín de puertas... "¡Socorro! ¡Socorro", exclamaba en voz baja; todas las puertas vibraron, pero siguieron cerradas. Tan sólo una se abrió.

"Llamita" la vió abrirse y después ya no vió nada.

❦ ❦ ❦

Suena a veces tal estrépito en el corredor del "Grand Hotel", que los viajeros llegan a protestar del ruido; el ascensor sube y baja con ronco son; rompen a escandalizar los timbres de los teléfonos; los viajeros ríen bulliciosamente al pasar, silban, cierran las puertas con ruido; al extremo del corredor, dos camareras disputan casi en voz alta y siempre que uno se encamina a los tocadores, es seguro que encontrará en el camino ocho personas por lo menos. Pero, en cambio, hay otros momentos del día en los que el corredor está mudo y desierto; entonces, aunque se pida socorro, nadie acude.

Sin embargo, Kringelein, que no podía dormirse porque esperaba angustiado el despertar de sus dolores de estómago; Kringelein, al que sus dolencias y su cercano peligro de muerte

ZANGANOS "QUIMICOS"

Se comprobó que si a las abejas reinas, que no han sido fecundadas, se las somete a la acción anestésica del anhidrido carbónico, ponen huevos de los que luego nacerán zánganos.

le habían dejado en los huesos y afinado el oído, oyó las débiles y plañideras llamadas de "Llamita", que corría como loca por el corredor. Y no se hizo el sordo (como ocurrió en el cuarto contiguo con el hombre de las películas, el americano del número 68); antes al contrario, saltando precipitadamente de la cama abrió la puerta.

Un instante después, prodújose el milagro que había de completar y dejar terminada su vida...

En efecto, un momento después, Kringelein vió la desnudez irreal y perfecta de "Llamita" vacilar hacia él y caer pesadamente entre sus brazos extendidos, donde quedó inmóvil.

Kringelein no perdió por eso la cabeza, ni sus fuerzas le abandonaron tampoco bajo el peso de la desmayada joven. Y aunque ese cuerpo aterciopelado y caliente, abandonado sin defensa entre sus manos, le llenara de un terror delicioso y de una emoción sin igual, tan grata y placentera, hizo una serie de cosas sumamente sensatas. Levantó en sus brazos a "Llamita" y fué a depositarla sobre el lecho. Cerró luego las dos puertas que daban al corredor y respiró profundamente, pues su corazón arrojaba con demasiada fuerza la sangre a través de su cuerpo. De la mano que le colgaba a "Llamita", cayó un objeto al suelo; era un zapato azul, algo gastado y de taco alto, que había estrechado hasta entonces contra su desnudo pecho. Lo había llevado consigo como si quisiera salvarle de un incendio u otra catástrofe que solamente le hubiera dejado esa prenda.

Kringelein asió la mano de "Llamita" y la colocó suavemente sobre la cama, junto al cuerpo de la muchacha. Pasó la mirada por todo el cuarto, y al ver el bálsamo de vida de Hunt, echó algunas gotas sobre los labios de la joven. Pero ésta continuaba profundamente desvanecida y no podía beber, tan sólo un ligero temblor acusóse en su frente. No obstante, respiraba normalmente y a cada una de sus profundas aspiraciones, los ricillos de sus doradas crenchas alzábanse suavemente sobre la almohada, para caer otra vez en seguida.

Kringelein corrió al cuarto de baño, y mojando una toalla en agua fría, echó sobre ella un chorro de vinagre aromático (ya que desde la víspera el elegante Kringelein poseía un frasco de ese vinagre), volviendo al lado de "Llamita". Con mucho tiento y delicadeza, pasó la toalla sobre el rostro y la frente, y queriendo luego descubrir con su mano los latidos de su corazón, pudo sentirlos bajo la redondez mórbida de su seno. Aplicó el trapo mojado y fresco sobre el lado izquierdo de su busto, y luego púsose a esperar de pie junto a la cama.

Ignoraba el contador que mientras estaba contemplando a la muchacha, su semblante había tomado una extraordinaria expresión de tímida e ilimitada sorpresa. Ignoraba que, bajo su bigote, florecía la sonrisa juvenil de un chico de diecisiete años y, acaso ignorara, también, que únicamente en aquel momento fué cuando él realmente vivía, positiva y verdaderamente, lo que se llama vivir. Pero, sí sabía una cosa: que la sensación que le ahogaba con un ardor casi doloroso (aquella sensación que él tenía de volverse ligero y transparente como una pavesa, de fundirse y disolverse), no la conocía más que en sueños, porque jamás hubiera creído que había de llegar el día en que esa sensación se convirtiera en realidad. Algo semejante había experimentado con la anestesia, antes de que el zumbido azul de su cabeza se hiciera negro y allí, secretamente, en el fondo de sí mismo, Kringelein se había representado también la muerte como una fiesta sin igual, como la perfección absoluta que no dejaba ningún residuo detrás de sí. Es verdad que en aquel momento, ante la joven desmayada, que había buscado su protección, Kringelein estaba lejos de pensar en la muerte.

"Esto es una realidad —pensaba—, una realidad palpable, no es un sueño. Es un hecho real y positivo que hay aquí una mujer joven, desnuda, tan maravillosamente bella, tan incomparable, tan perfecta..." Buscaba más palabras, pero no las encontraba y así tuvo que repetir: "tan maravillosamente bella, tan maravillosamente bella..."

"Llamita" enarcó las cejas con gracioso mohín, como un niño que despierta, contrajo su boca y acabó por abrir los ojos; en sus grandes pupilas, la lámpara espejóse en una claridad blanca y redonda. Luego, guiñando los ojos y sonriendo amablemente, musitó entre hondos suspiros de satisfacción:

—Gracias.

Y volvió a cerrar los ojos, como con ganas de seguir durmiendo. Kringelein recogió la colcha, que se había caído, extendióla cuidadosamente sobre la muchacha, y acercando luego una silla, allí, sentado, junto a su lecho, esperó.

—Gracias... —volvió a decir "Llamita", al cabo de un largo rato.

Una vez totalmente despierta, quiso poner orden en sus ideas para acordarse con exactitud de cómo se habían desarrollado los sucesos. Sin embargo, lo que vino a complicar las cosas es que así, al pronto, al salir de su sueño, confundió al flaco Kringelein, sentado a su cabecera, con otro señor: uno de sus amigos al que ella había querido mucho y del que se había separado con profunda pena. El pijama azul claro a rayas y la indefinible y tierna solicitud con que Kringelein se había conducido, fueron parte a causar este error.

—¿Cómo es que estoy aquí? —preguntó "Lamita"—. ¿Qué haces tú aquí a mi lado?

Al oírse tutear de un modo tan inesperado, Kringelein sintió una impresión deliciosa y penetrante que le hizo temblar de arriba abajo; pero como estaba viviendo en un continuo milagro, acabó por parecerle la cosa más natural del mundo; contentóse con responder.

—Estabas a punto de desmayarte cuando entraste en este cuarto.

Entonces "Llamita" comprendió su equivocación, y en un momento, viendo claro en su memoria, se incorporó en el lecho.

—Dispénseme usted —musitó—; pero me ha ocurrido algo espantoso.

Y subiendo la colcha hasta su rostro, hundió en ella su cabeza y echóse a llorar.

En el mismo instante, los ojos de Kringelein se llenaron también de lágrimas, y sus labios sonrientes empezaron a temblar.

—¡Es tan horrible —murmuraba "Llamita"—, tan horrible!

Lloraba copiosamente. Se apretaba la colcha contra la cara, y con su boca de carmín estampaba sobre el borde de la tela blanca toda una fila de manchitas rojas en forma de corazones.

Kringelein la miraba; picábanle los bordes de los párpados, tan fuerte era la emoción que estaba conteniendo. Finalmente, puso la mano sobre la nuca de "Llamita":

—¡Vamos, vamos! —dijo—. Así, así, así; vamos, vamos, vamos.

"Llamita" lo miraba a través de sus lágrimas.

—¡Ah! ¿Es usted?... —dijo satisfecha, porque hasta entonces no había reconocido en la flaca silueta instalada allí, al borde de la cama, al señor de la víspera, tan tímido al bailar con ella y, sin embargo, tan hombre aquella mañana, durante su altercado con Preysing.

Un sentimiento de agradable confianza y de seguridad apoderóse de ella en aquel lecho, mientras la mano de Kringelein le daba golpecitos cariñosos en el cuello.

—Ya nos conocemos —dijo, y animada a pesar suyo por una gratitud animal, dejó que aquella mano la acariciara.

Kringelein cesó por fin de darle golpecitos, y juntando sus fuerzas, una masa inesperada de fuerza y de acometividad, le preguntó:

—Vamos a ver, ¿qué le ha ocurrido? ¿Le hizo algo Preysing?

—No, a mí no... —dijo "Llamita" en voz baja—. A mí, no.

—¿Hay que pedirle la reparación de algún mal que haya causado? Dígamelo, porque yo no le tengo ningún miedo a ese señor.

"Llamita" observó a Krinkelein, erguido y pronto a la lucha, y se puso a reflexionar profundamente. Trató de evocar en su memoria la horrible escena del cuarto número 71; bajo la luz verde, dos hombres; uno muerto, tendido en el suelo cuan largo era, y el otro vivo, inclinado hacia el cadáver. Pero ya esta lúgubre imagen se había borrado de su espíritu sano y maleable. Sólo los labios se contrajeron un poco al recordar la escena, y la emoción puso un calambre en sus brazos.

—Le ha asesinado —murmuraba.

—¿Asesinado? ¿Quién ha asesinado a quién?

—Preysing ha asesinado al barón.

Kringelein sentíase caer a las profundidades de un torbellino, pero se mantuvo tieso y volvió a la superficie.

—Pero..., si no es posible..., si esto no puede ser —balbuceaba, y sin saber casi lo que hacía, con la cabeza de "Llamita" entre sus manos, le acercaba poco a poco hacia sí. La miraba en lo blanco de los ojos y ella también a él en la misma forma, hasta que, finalmente, "Llamita" bajó tres veces seguidas la cabeza, en señal de afirmación, muda, pero solemne, y, cosa singular, hasta que Kringelein no vió ese gesto, no creyó en el notición poco probable, que ella acababa de darle.

Las manos se le cayeron, lacias y muertas.

—¿Muerto? —dijo—. Pero si ese hombre era la vida misma, la fuerza misma, ¿cómo ha podido Preysing...?

Se levantó, y con sus flacos pies en las zapatillas nuevas de viaje, paseaba agitado, en silencio, por la habitación, poniéndose cada vez más bizco de la emoción que le embargaba. Veía a Preysing atravesar, sin saludarle, el corredor del departamento C de Fredersdorf. Oía su voz helada y gangosa, discutiendo las tarifas, y de pronto, oía retemblar las puertas ante la rápida explosión de un ataque de furia del director general, de uno de aquellos accesos de cólera que hacía temblar a todo el personal de la fábrica.

—Tenía que suceder; estaba escrito —dijo por fin; y el sentimiento de la justicia, que se cumplía inexorablemente, se difundía por su cuerpo demacrado de empleado subalterno—. Le ha llegado la vez ahora... —agregó—. ¿Lo han detenido? Pero, ¿cómo lo sabe usted? ¿Cómo ha ocurrido?

—Preysing estaba conmigo, en mi cuarto, y la puerta estaba abierta, cuando de pronto dijo que había oído un ruido en la habitación contigua y fué a ver qué era. Yo, entonces, acaso me durmiera algunos momentos, pues estaba muy mareada de cansancio. Luego oí un murmullo de voces y el ruido de algo que cayó sobre el piso, y como Preysing no volvía a mi lado, corrí asustadísima a su cuarto, cuya puerta estaba abierta... y allí, tendido en tierra, estaba Gaigern, con los ojos muy abiertos.

Dicho esto, "Llamita" derramó un segundo torrente de lágrimas sobre la muerte de Gaigern, secándoselas con la colcha. No había podido explicárselo, pero sentía la impresión de haber perdido, con la muerte de aquel hombre, la maravillosa ocasión de una aventura, que no volvería a presentársele nunca más.

—Ayer estuvo bailando conmigo, tan simpático, tan fino, y ya no le veré más; ha partido para siempre... —sollozaba entre los pliegues de la colcha.

Kringelein fué a sentarse sobre el borde de la cama. Hasta llegó a pasar a "Llamita" su brazo por debajo de los hombros, por considerar un deber consolar y proteger a aquella joven afligida y llorosa. A él también le afectaba muy hondamente la muerte de Gaigern, con una pena varonil, silenciosa y contenida. Aun no se había hecho a la idea de que hubiera muerto hoy su amigo de ayer.

Cuando "Llamita" hubo desahogado bien su dolor y llorado copiosamente, volvió a ser la misma mujercita discreta y razonable de siempre.

—Acaso fuera un ladrón, mas no por ello había que asesinarlo... —dijo la joven en voz

baja, acordándose entonces Kringelein del incidente de la noche pasada, cuando su cartera sufrió una desaparición momentánea, hecho en el que él no había visto muy claro.

"Puede que le hiciera falta dinero y que lo estuviese buscando todo el día —pensaba para sus adentros—, porque a pesar de mostrarse siempre muy ufano y risueño con su elegante desenvoltura, quién sabe si no era más que un pobre diablo, y en un ataque de desesperación hizo lo que hizo, poniendo a Preysing en el caso de tener que matarlo". Y luego, como desechando estas conjeturas, exclamó en voz alta:

—No, no es posible.

—En todo caso, esta mañana le has plantado a Preysing cuatro verdades muy bien dichas —repuso "Llamita", que se había hecho un ovillo entre los brazos del contador, sin darse cuenta de que lo estaba tuteando otra vez, cosa muy natural y explicable, después de todo, porque le trataba con una gran confianza, como si ya le conociera, y ese tuteo surgía espontáneamente de sus labios—. Desde un principio se hizo antipático el tal Preysing —agregó cándidamente, y Kringelein meditó un momento antes de formular una pregunta, muy delicada, que le abrasaba la boca desde la víspera, cuando "Llamita" había salido del baile para ir a juntarse con Preysing.

—Entonces no sé por qué... por qué te has comprometido con él —acabó por preguntarle, y "Llamita" contestó mirándole llena de confianza.

—Pues, hombre, es muy fácil, por dinero; la cosa no tiene misterio —contestó la muchacha, con la mayor naturalidad.

—Por dinero —repitió Kringelein, no en tono interrogativo, sino más bien como contestándose a sus propios sentimientos. Si toda su vida había sido una lucha a brazo partido con el último "pfenig", cómo no iba a comprender y disculpar allí a "Llamita"; y así, echándole el otro brazo que le faltaba por enlazar al cuerpo de la joven, la dejó como aprisionada dentro de un gran anillo.

La chica se encogía, haciase un ovillito, apoyando su cabeza sobre el pecho de Kringelein; bajo la fina seda del pijama, hubiera podido contar las costillas del tenedor de libros.

—En mi casa no lo comprenden, no se hacen cargo de estas cosas —dijo "Llamita"—, y por eso no soy feliz con mi familia, en constante lucha con mi madrastra y con mi media hermana. Llevo más de un año sin colocación y no por eso voy a cruzarme de brazos, tengo que arreglármelas. Me dicen que no sirvo para las oficinas porque soy demasiado bonita, y así debe ser, porque en todas partes donde he trabajado ha habido siempre disgustos por esa causa; las casas de comercio serias no suelen tomar empleadas muy atrayentes... Y se comprende. Por otra parte, tampoco puedo servir para maniquí por mi alta estatura, quieren más bien tallas medias. Me queda el cine, pero yo no sé qué pasa que no encajo allí, sin duda me falta gracia, no, no tengo bastante coquetería. Al cabo de cierto tiempo esto no es un inconveniente; al contrario, es una ventaja, pero es indispensable para empezar. Claro que acabaré por lograr mi empeño, pero no quiero esperar mucho tiempo; los años van pasando y yo tengo ya diecinueve, de modo que debo preocuparme de mi porvenir. Ya sé qué dirán algunos: no debes venderte por dinero al primer director general que se presente, y yo, en cambio, creo todo lo contrario: únicamente por dinero. Cuanto más pienso en ello, tanto menos censurable me parece mi conducta. Nada cambia en mí por ello, ¿no le parece? Cuando se lleva un año sin empleo, yendo frecuentemente a la Bolsa de Películas, leyendo los anuncios de los periódicos, y empieza una a quedarse sin ropa blanca y no tiene qué ponerse, más que un vestidito raído, no se puede hacer sino lo que yo he hecho; vestirme bien ha sido siempre mi ideal; el sueño dorado de toda mi vida. Nadie sabe cuán dichosa me hace un vestido nuevo, tanto, que a veces me paso días enteros combinando telas y adornos... para trajes futuros. ¿Y los viajes? Los viajes me enloquecen; conocer otras ciudades, otras tiendas, otras gentes, eso puede más que yo. No, no soy feliz en mi casa, te lo aseguro; ahora que como tengo muy buen carácter y soy muy sufrida, no me quejo nunca, y eso que algunas veces me entran ganas de marcharme con el primero que llegue, sea quien fuere, con tal de salir de mi casa. Claro que por dinero, naturalmente, pues ¿por qué si no? El dinero es indispensable y el que diga otra cosa miente. Preysing me ofreció mil marcos, que ya es bonita suma; con ella hubiera podido ir tirando. Pero ahora se acabó todo y estoy otra vez con el agua al cuello. Tú no sabes cómo estamos en mi casa...

—¿Qué vas a contarme a mí? Me lo figuro perfectamente cómo está tu casa: hecha una porquería, porque la pobreza y la suciedad van de la mano. Hay que tener algún dinero para empezar a practicar la limpieza. Sin dinero no hay orden posible en las casas, todo anda revuelto, y hasta cuesta trabajo renovar el aire de las habitaciones, por miedo a derrochar el calor, que tanto cuesta para hacerlas habitables. No se puede uno bañar porque se necesita carbón para calentar el agua. Las hojas de la máquina de afeitar están viejas y melladas, levantando la piel. Se economiza en ropa de mesa, suprimiendo el mantel, las servilletas, economizando el jabón. El cepillo de cabeza tiene sueltas las cerdas; la cafetera va tirando a fuerza de soldaduras y las cucharas han ennegrecido. Las plumas baratas de las almohadas se apelotonan y no dejan dormir a gusto. Lo que se rompe; roto queda, porque no hay posibilidad de componer ni recambiar nada. Y a fuerza de privaciones llega uno a hacerse la ilusión de que no vive mal... y que así es como debe vivir.

Con sus cabezas pegadas, recitaban la triste letanía de su mísera vida, meciéndose mutuamente con palabras monótonas. Ambos estaban sin fuerzas, sin nervios y como aletargados.

—Se rompe el espejito —dijo "Llamita", empezando a lamentarse a su vez— y no se puede comprar otro. Ha que dormir sobre un canapé detrás de un biombo, oliendo continuamente a gas. Todos los días surgen nuevos disgustos con el casero. Le echan a una en cara lo que se come y no puede pagar, por hallarse sin empleo. Pero yo no cederé, no, no cederé —dijo con energía, y desprendiéndose de los brazos de Kringelein se sentó muy derecha en el lecho, con tal brusquedad, que la colcha, caliente por el cuerpo de la muchacha, cayó sobre las rodillas del contador. Sintió éste, como un presente que le emocionaba el calor del cuerpo de "Llamita" trasmitido a la tela—. Me abriré camino —dijo, y por primera vez se puso a soplarse el ricillo rebelde que se le venía sobre la frente... indicio seguro de que volvía a recobrar su optimismo y vitalidad—. Me abriré camino yo sola, sin la ayuda de ese director general.

—Por lo que dices del dinero, estos días me he dado muy bien cuenta de todas esas cosas —empezó a explicarse el contador con vacilación—: Qué diferencia cuando se tiene dinero y se puede comprar lo que se quiere; es uno otro hombre. Pero nunca creí que una cosa así pudiera comprarse.

—¿Y qué quieres decir con eso, qué entiendes por "una cosa así"? —preguntó la muchacha sonriendo.

—Pues eso precisamente, algo así como tú misma, algo tan perfecto y bello como tú eres. Los hombres como yo, ni siquiera saben que pueda haber algo tan bonito como tú. En su ignorancia y ceguera creen que todo eso (los goces del amor y todo lo que atañe a la mujer) ha de ser, por fuerza, tan mezquino y apolillado, tan feo y sin alegría, como lo que tienen en casa... Y por eso, cuando ha poco te vi desmayada en el lecho, apenas me atreví a mirarte. Dios mío, qué hermoso; Dios mío, Dios mío, qué hermoso es esto, piensa uno entonces, asombrado de que exista realmente. Existen pues las maravillas, las maravillas...

Así se expresaba Kringelein, sentado al borde de la cama, y no hablaba como un contador auxiliar de cuarenta y siete años, sino como un enamorado... Su alma sencilla, buena, aunque torpe y apocada, rompe su cascarón y trata de volar con sus alitas nuevas.

"Llamita", con sus manos cruzadas sobre una pierna, le escuchaba sorprendida, con sonrisa escéptica. Ciertamente que Kringelein no es ni joven, ni apuesto, ni generoso, ni saludable, ni robusto; le faltan todas esas cualidades del amante. Mas, si a pesar de todo "Llamita" se ha sentido impresionada por sus palabras sosas y tardas, por sus ojos bizcos, en los que arde la fiebre, y sus tímidos gestos que parecen siempre quedar colgando en el aire, es sin duda porque esa inclinación anormal de la joven obedece a misterios más hondos.

Pero no; "Llamita" no se había enamorado de Kringelein así, de buenas a primeras, nada de eso; porque la vida está muy lejos de producir tan dulces prodigios de ternura. No obstante, en el cuarto número 70 que ocupa en el Hotel se siente entregada a una dulce intimidad, a un sentimiento de confianza, a algo nuevo, en fin, que la hace más estable que las improvisaciones habituales de su inquieta vida de mariposa.

Kringelein ha abierto la espita de su verbo y habla, habla sin cesar con palabras que se renuevan sobre sus labios, para descargar el corazón del peso opresor de su existencia; parécele que en toda su vida sólo tuvo un objeto y un fin: el milagro que ante él ha surgido... esa belleza perfecta allí tendida sobre su lecho, esa mujer joven que ha venido a él desde los brazos de Preysing...

Sin embargo, "Llamita" no tenía una opinión exagerada de sus propios méritos, sabía perfectamente su valor; veinte marcos por una fotografía de desnudo; ciento cuarenta marcos por un mes de trabajo burocrático; quince "pfenigues" por una hoja de escritura a máquina con una copia; un abriguito de piel de doscientos cuarenta marcos, por una semana de amable condescendencia y grata compañía. ¡Pero Dios mío! ¿Dónde podría encontrar ella una tasación más alta de su persona? Sin embargo, las palabras del contador se lo descubrieron, porque vióse como en un espejo; su magnífica piel de dorada lozanía; sus crenchas ambarinas, sus miembros todos eran otros tantos esplendores y maravillas; su fragancia, su descuido y despreocupación.

—Al fin y al cabo no soy ninguna cosa del otro mundo... — musitó, febril y modesta.

En medio del chorro de palabras de Kringelein, ella tuvo un sobresalto al oírle pronunciar el nombre de Preysing, porque en la última media hora transcurrida se había olvidado de aquella hecatombe acaecida en el cuarto número 71, bajo la luz verde, y todo el horror de aquel cuadro le acudió de nuevo a la mente.

—Es posible que yo vuelva allí — suspiró —; ya le habrán detenido y querrán detenerme a mí también. Me quedaré aquí escondida.

Kringelein sonreía nerviosamente.

—¿Que te van a detener a ti? Bueno fuera... ¿Y por qué? — preguntó Kringelein con miedo, porque surgía en su memoria el recuerdo de Gaigern, y lo estaba viendo perfectamente definido. Gaigern en el auto, en el avión, en la mesa de juego, bajo la luz blanca del "ring", inclinándose sobre él, devolviéndole su cartera, saliendo por la puerta giratoria del hotel. Y volvió a preguntar:

—¿Detenerte a ti, y por qué?

—Como testigo presencial del crimen.

—¿Crees tú? — preguntó vagamente Kringelein, como si siguiera viendo al muerto a través de "Llamita".

Y de pronto se encontró sumido en pleno vértigo, entre el mismo torbellino de peligros que le habían asaltado la víspera.

—No temas nada, que yo te lo arreglaré todo — repuso prontamente —. Tú vas a quedarte

conmigo, ¿verdad que sí?, ya verás cuán dichosa he de hacerte, no quiero más que tu felicidad, sabes, dinero no me falta; aun tenemos para algún tiempo, y si juego volveré a ganar más. Viajaremos, iremos a París, o donde tú quieras. ¿Dónde quieres que te lleve?

—Tengo ya firmado mi pasaporte para Inglaterra.

—Bueno, iremos a Inglaterra: donde quieras y como quieras. Tendrás los vestidos que te hagan falta y dinero en abundancia, cosas ambas muy precisas. Haremos locuras, ¿quieres? Por lo pronto, te regalo esos tres mil cuatrocientos marcos que he ganado en el juego, y luego ya veremos de hacer más dinero. No digas nada, no digas nada, sosiégate y sigue aquí acostada y tranquila. Voy allá a ver qué le ha pasado a Preysing. ¿Crees mis palabras, cuando te aseguro que serás más dichosa conmigo que con él? Voy a traerte todas tus cosas. Confía en mí y no tengas miedo...

Dicho esto desapareció en el cuarto de baño; parecían revolotear sus manos al tiempo que se ponía su americana negra y se hacía el nudo de la corbata obscura, de gruesa seda. Para él era una sensación bien particular de fiebre y angustia eso de tener que vestirse así, en la noche, cuando ya agonizaban los ruidos en la calle.

Sin moverse del lecho donde Kringelein la dejara, "Llamita" suspiró profundamente; le dolía la cabeza después de su desmayo y tenía secas las fauces. Sentía ganas de comerse una manzana y fumarse luego un cigarrillo. Cogió el frasco de Bálsamo de Vida de Hundt, que estaba allí sobre la mesilla y quiso probarlo; pero aquel fuerte olor a canela del potingue no le gustó nada y lo dejó en su sitio.

Poco después volvió Kringelein; tenía el aspecto de un hombre elegante y acaso lo fuera realmente nuestro Kringelein de Fredersdorf, que por espacio de veinte años, todas las noches, partía la leña a su mujer...

—Ya estoy, me marcho; tú sigue aquí tranquila y confiada... —dijo poniéndose los lentes ante sus ojos claros, brillantes y bizcos, cuyas pupilas aparecían muy dilatadas y negras.

Ya estaba en la puerta, cuando se volvió, acercóse a la cama, y arrodillándose de pronto y tomándose la cabeza entre ambas manos, los codos clavados en el colchón, articuló confusamente algo que "Llamita" no pudo oír.

—Sí, hombre, sí; cómo no, con mucho gusto —le respondió.

Kringelein levantóse y con la punta del pañuelo, que asomaba fuera del bolsillo, limpió sus lentes camino de la puerta.

"Llamita" oyó cerrar con llave la puerta exterior y luego el ruido de los pasos, cada vez más apagado, y de pronto, a lo lejos, la música del pabellón amarillo, donde seguían bailando las mismas parejas al cabo de tres horas...

❦ ❦ ❦

Gaigern sigue tendido sobre la alfombra del cuarto número 71. Está muerto. Ya nada puede ocurrirle, está a cubierto de amenazas y persecuciones y está también a salvo, porque difícilmente podrían meterle en la cárcel. Lo verdaderamente lamentable es que no podrá reunirse en Viena con la Grusinskaia, que lo está esperando. No obstante, este buen mozo tan disoluto como apuesto y simpático, ha llevado una vida franca y repartida: de niño jugó en los campos, de muchacho montó a caballo, de mozo fué a la guerra y fué luchador, cazador, jugador y un hombre amante y amado. Pero ya está muerto. Tiene el pelo húmedo y enredado; sobre su pijama azul obscuro se ve una mancha de tinta, y sobre sus labios una sonrisa de asombro y sorpresa. Unas gruesas calzas de salteador cubren sus pies y en su mano derecha, rígida y yerta, la herida que sacó de su última aventura no podrá ya cicatrizar.

Preysing oía también la música que llegaba a sus oídos desde el piso inferior al suyo, torturándole lo indecible. Todos sus pensamientos concordaban con el ritmo sincopado que desde el pabellón amarillo la Eastman-Band, difundía por todos los ámbitos del "Grand Hotel", a través de sus muros.

—Estoy perdido, definitivamente liquidado —se decía Preysing—, y no puedo ir a Manchester. El negocio con Chemnitz se fué al diablo. La policía no tardará en detenerme, luego el interrogatorio, el sumario; claro que yo he obrado en legítima defensa, eso es evidente, y nada puede ocurrirme; pero hay otra cosa, hay esa mocita, a la que interrogarán por qué yo estaba con ella, la puerta estaba abierta y sigue estándolo en este momento...

Preysing habíase sentado en el rincón más lejano de la habitación, sobre un extraño asiento: un canasto de ropa sucia, cuya tapa era una plancha tapizada. Había encendido todas las luces de la araña, pero a pesar de eso no se atrevía a volverse y mirar detrás de sí; aunque se sentía impulsado a ello, a mirar al hombre a quien había matado, tenía la impresión de que iban a producirse sucesos espantosos en cuanto volviera la cabeza para ver si seguía abierta la puerta.

"La puerta está abierta. No puedo cerrarla, no puedo tocar nada antes de que venga la policía; mañana dirán los periódicos que había una mujer conmigo en el Hotel, y Mulle se enterará de todo y los pobres niños también. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué va a ser de mí! Mulle se divorciará, porque no comprende estas cosas. No, no es posible que ocurran cosas semejantes, no es posible; cómo podré acariciar ahora a mis hijos, con estas manos..."

Y se miraba las palmas de sus manos rígidas, que estaban llenas de manchas de tinta. Sintió grandes deseos de ir a lavárselas al cuarto de baño, pero no se atrevía a separar sus ojos del muerto. Allá muy lejos, muy lejos, tocaban en este momento el "*Hallo my baby*"...

"Voy a perder a mis hijos, voy a perder a mi mujer, porque el viejo me obligará a dejar la fábrica; eso es seguro, y no querrá tratos con un hombre comprometido como yo y todo por una muchacha. Sabe Dios si no estaría en connivencia con este hombre y si no me atrajo a su habitación para poder maniobrar aquí entretanto. Sí, eso es y eso es lo que diré al Tribunal. Pero además, yo he obrado en legítima defensa, él iba a disparar sobre mí y yo..."

Preysing inclinóse por milésima vez, contemplando atentamente las manos del cadáver, que estaban vacías; la derecha convulsivamente apretada y la izquierda con el puño blandamente extendido; pero en ninguna de las dos había arma de ninguna clase. Preysing arrodillóse para examinar detenidamente el tapiz a la luz de la araña, y nada, el revólver con que aquel hombre le había amenazado, no se veía por ninguna parte y puede que no hubiera existido nunca. Arrastrándose, más que andando, Preysing volvió a sentarse; sentía muy cerca la locura. El terreno firme de su existencia burguesa había empezado a abrirse ante sus pies desde aquel momento crítico en que puso sobre la mesa, ante los delegados de Chemnitz, el telegrama de mal agüero y, desde entonces, venía tropezando sin cesar de aventura en aventura. Dábase perfecta cuenta de esta rápida huída que le arrancaba de los rieles de su vida, hundiéndole en las negras simas del abismo. Conocía a otros hombres como él, esas existencias depravadas después de un pasado próspero y brillante, gentes miserables y desharrapadas que iban de oficina en oficina mendigando un empleo. Veíase como ellos arrastrar su vida, sin empleo, sin nadie para cuidarle, solitario y réprobo de la sociedad. Su presión arterial, demasiado fuerte, revelábase por un doloroso choque en la base del cráneo y zumbidos en los oídos. Aquella noche, Preysing deseó durante largos minutos la congestión libertadora, pero no se produjo. Gaigern seguía muerto y él vivo.

Y en esta situación lo encontró Kringelein cuando poco después de las dos de la mañana (en ese momento había concluído la música), entró en la habitación, luego de haber llamado con los nudillos. Esa noche los labios de Kringelein estaban pálidos como la muerte; sin embargo, un intenso y brillante arrebol coloreaba sus mejillas. Sentíase en extremo exaltado, pero se mantenía frío y solemne, allí, de pie, serio y correcto con su americana negra, con el sentimiento perfectamente definitivo de lo perfecto e irreprochable de su elegante traje.

—Esa señorita me ha mandado aquí —dijo—; veo que ha ocurrido una desgracia y quisiera que el señor director general me informara de todo.

Esperó a terminar este exordio para echar una ojeada al cuerpo de Gaigern, y lejos de asustarse al verlo muerto, no hizo más que admirarse. En efecto, durante el trayecto entre el cuarto número 70 y esta habitación, se le había ocurrido que acaso nada de eso fuera verdad: que Gaigern vivía, que Preysing no había asesinado a nadie, que "Llamita" había soñado o bien que él mismo había soñado la presencia de "Llamita" en su habitación. Pero no había duda, allí estaba Gaigern rígido y tendido y era esto tan cierto como que "Llamita lo estaba esperando a él en su habitación. Inclinóse luego sobre el cadáver y una extraña y fraternal simpatía no tardó en apoderarse de él. Arrodillándose profundamente emocionado junto a Gaigern, percibió el perfume, mezcla de lavanda y cigarrillos ingleses, respirado por él durante todo aquel día en que el pobre muerto le había explicado y demostrado la vida, cosa que él no podría olvidar nunca.

—No se puede tocar nada antes de que venga el Juzgado —dijo Preysing bruscamente, deteniendo la mano con que Kringelein quería cerrar los ojos a su amigo.

Pero el contador, sin hacerle caso, cumplió con ese breve y penoso deber.

"Esto mismo hará "Llamita" conmigo" —pensó para sus adentros, sin poder remediarlo.

—¿Ha avisado ya a la policía el señor director general? —preguntó discretamente, luego de levantarse—. Si el señor director general quiere que yo me encargue de ello, estoy a su disposición —continuó.

Y lo sorprendente del caso era que Preysing sentía un grandísimo alivio desde que Kringelein estaba allí, dispuesto, como un subordinado correcto, a cumplir los deseos de su jefe.

—Sí, en seguida; pero todavía no, espere usted un poco... —musitó.

—Habrá que avisar a su señor padre político. ¿El señor director general desea que mande un telegrama a su distinguida familia?

—No, no —respondió Preysing, con voz rápida y ronca.

—En todo caso, yo me permitiría aconsejar al señor director general que haga venir a un abogado. Claro que es ya muy tarde, pero en un caso tan excepcional bien se puede telefonear a un abogado. Es seguro que van a detener en seguida al señor director general, para instruir el sumario y yo me pongo enteramente a la disposición suya, para hacer, antes de marcharme, cuantas diligencias sean necesarias —propuso Kringelein.

Kringelein, que se alzaba allí, modesto y triunfante, victorioso en una lucha de remota fecha y que el director había ignorado hasta ese día. Nada de rabia, ni de miedo, ni de cólera, ni de impotencia, ninguno de esos sentimientos que había experimentado en Fredersdorf abrigaba ahora; quizás tuviera una sombra de respeto.

—No puede usted marcharse —murmuró Preysing que seguía sentado en un rincón, sobre el canasto de ropa sucia—. Pronto se le va a necesitar, y a mí, particularmente, me hace falta. No piense usted, ni remotamente, en ponerse ahora en camino.

Esto dijo el director en tono acre y áspero, como la denegación de un permiso.

Y luego:

—Tiene usted que quedarse aquí para cuando llegue el Juzgado —ordenó el director general.

—Poco es lo que tengo que declarar y acabaré en seguida; pero, además, estoy enfermo y

tengo que marcharme mañana, para ponerme en cura —repuso Kringelein en tono de confidencia.

—No obstante, usted conocía a este hombre y a la muchacha también —replicó rápidamente Preysing.

—El señor barón y yo teníamos una buena amistad. Inmediatamente después de cometido el crimen, esa señorita vino a ponerse bajo mi protección —dijo Kringelein.

—Este hombre era un ladrón de hoteles y me ha robado la cartera, que debe llevar encima; eso ya se verá, porque no lo he registrado todavía.

Kringelein bajó sus ojos hacia Gaigern, le parecía extraño verle allí tendido y mudo, mientras ellos conversaban, y una sonrisa vaga e indefinible se dibujó en los labios del contable. Encogióse de hombros, cuyo desnivel corregían sabiamente las almohadillas que el sastre había metido en la americana nueva. "Acaso, acaso —pensaba— ¡quién sabe! Puede que fuera un ladrón de hoteles; pero después de todo, la cosa no tiene tanta importancia, ¿qué importa cartera más o menos en un mundo donde el dinero se gana y se gasta y se juega por miles de marcos?..."

Preysing, despertando de pronto de su profunda obsesión, preguntó huraño:

—Pero, por otra parte, ¿cómo ha podido usted entrar aquí? ¿Quién le ha mandado venir? ¿Ha sido la señorita "Llamita"?

—Sí, ella misma —respondió Kringelein—, la que está en mi habitación, porque no quiere volver a la suya; me ha enviado aquí para que recoja su ropa y estar vestida cuando llegue la policía, ya que cuando se desmayó estaba casi desnuda.

—Entonces la interrogarán —dijo el director con desesperación y angustia.

—Sí —respondió Kringelein brevemente—, y espero que la cosa no dure mucho, porque le he ofrecido un puesto a esa señorita y mañana nos pondremos juntos en camino —agregó, palideciendo bajo la asfixiante emoción del triunfo.

Pero como Preysing, en ese momento, sentíase más apagado que encendido y estaba muy lejos de querer luchar por la posesión de una mujer, se quedó tan tranquilo. No sospechaba siquiera la importancia que el contador había dado al hecho de que "Llamita" lo dejara para unirse a un empleado; algo inaudito, un milagro.

—La ropa de la señorita "Llamita" está en su habitación, número 72, la primera puerta a la izquierda... —dijo Preysing tratando de levantarse, pero sus rodillas entumecidas se negaban a sostenerle.

Y el muerto seguía tendido en el suelo...

Apenas llegó Kringelein a la puerta, cuando el director dióse cuenta de que iba a quedarse solo con el cadáver, y, haciendo un supremo esfuerzo, se levantó:

—Espere, espere todavía —dijo a media voz, como un grito ronco—. Oiga usted, señor Kringelein... quiero hablar con usted... antes... antes de que avisemos a la policía... Se trata de... de esa mujer. ¿Dice usted que sale de viaje con ella? Y no se podría... ¿dice usted que está en su habitación, verdad?, ¿no habría manera de que las cosas quedaran en eso?... Es decir, que... mire usted, Kringelein: de hombre a hombre, yo tomo sobre mí la responsabilidad de lo ocurrido, legítima defensa ¿no es así? Bien, legítima defensa, pura y simplemente. Es un mal negocio, pero yo puedo asumir la responsabilidad. De modo que eso no me preocupa. Lo otro, lo otro es lo que me aniquila. La otra historia es lo que va a estropearlo todo. No podríamos... ¿es preciso que la policía se entere de esa historia con la señorita "Llamita"?... No se podría... bastaría con que yo cerrara la puerta del número 72, y entonces haríamos ver que la muchacha ha pasado la noche con usted, y que no sabe una palabra. Y usted, por su parte, señor Kringelein, lo ignora todo igualmente. Yo creo que es la mejor solución, porque si se pone usted en camino, no está usted obligado a declarar y la muchacha no tiene que ser interrogada. ¿Me comprende usted, señor Kringelein?... Usted conoce a mi mujer, casi tanto tiempo como yo, y a mi suegro..., también conoce usted al señor anciano, puesto que está empleado en la fábrica, señor Kringelein, y es inútil entrar en largas explicaciones. Mi vida pende de un hilo... Se lo digo con la mayor franqueza y basta con una majadería de esta clase, con una vulgar historia del faldas, para que se la amargen a uno para siempre. Señor Kringelein: quiero a mi mujer, adoro a mi mujer y a mis hijos —dijo el director, implorando a Kringelein como si lo hiciera a la misma Mulle— .. Usted conoce a mis dos hijas, señor Kringelein. Voy a perderlo todo, todo, en cuanto la justicia se entere de esta historia mía con la señorita "Llamita", aunque no haya habido nada entre los dos; le doy mi palabra de honor: nada, absolutamente nada... —murmuró, dándose ahora cuenta de ello por primera vez—. Kringelein, ayúdeme usted, los dos somos hombres, haga lo que le dije. Hace usted sus maletas, sale de viaje con la mecanógrafa y me guarda el secreto, que lo demás corre por mi cuenta. Sólo le pido discreción. Habrá que decidir a la muchacha para que también se calle. No le pido a usted más, sino que emprenda un largo viaje... Yo le daré... escuche, señor Kringelein: esta mañana nos hemos dicho cuatro cosas desagradables, no importa; usted no sabía cómo soy yo, créamelo, me ha hablado usted así porque no me conocía. Siempre ha habido estos desacuerdos y errores entre jefes y empleados, y por eso no hay que darles demasiada importancia. Estoy dispuesto... le daré a usted... le entregaré un cheque antes de ponerse en camino. Ahora vaya usted al número 72 y cierre la puerta. La señorita "Llamita" no dirá nada y la cosa aun tiene remedio. Si llegan a interrogarla, pues nada; que diga que fué a visitarlo a usted a las ocho, y que no ha visto ni oído nada. Yo se lo ruego, yo se lo suplico, señor Kringelein.

El contador contemplaba al director, escuchando su cuchicheo atropellado y como extraviado. El rostro de Preysing estaba descompuesto y bañado de frío sudor. La luz blanca de las siete bombillas de la araña ponía en él sombras negras, y así, los ojos empañados, hundíanse más en sus órbitas.

"¡Pobre hombre!", pensó rápidamente Kringelein, y este pensamiento, completamente nuevo para él, quebrantaba cadenas y derribaba murallas.

—Mi destino depende de usted —musitó Preysing, ya convertido en un mendigo de misericordia, y que no sentía vergüenza al emplear esta ampulosa palabra: "destino".

"¿Y el mío? ¿No tengo también mi destino?..." —pensó de pasada Kringelein, pero sin que este pensamiento llegara a cristalizar.

—El señor director general exagera el influjo que yo pueda tener sobre esa señorita. El señor director general quiere salir del paso con una mentira, por lo que tendrá que salir él solito del atolladero y mentir cuanto le plazca —dijo fríamente—; pero creo que no debe tardarse más tiempo en avisar a la policía; de otro modo, va a quedar mal impresionada cuando llegue. Voy ahora a recoger la ropa de la señorita "Llama" y llevarla a mi cuarto. Estoy en el número 70, por si el señor director general me necesitara. Entretanto, tengo el honor de...

Preysing levantóse venciendo la debilidad de sus piernas y pudo ponerse de pie para volver a caer en seguida.

Acudió Kringelein solícito a sostenerle. "¡Pobre diablo! —volvió a pensar—. ¡Pobre diablo!"

Con el brazo pesadamente apoyado sobre la espalda del contador, Preysing encontró aún algo que decir:

—Señor Kringelein, voy a olvidarlo todo, a correr un velo, sin tratar de esclarecer el origen de ese dinero que usted necesita para darse la buena vida que lleva. Y luego, a su vuelta, ya veré yo si puedo mejorar su situación, haciendo por usted cuanto me sea posible.

Pero entonces Kringelein echóse a reír con la mayor naturalidad y franqueza, sin demostrar el más pequeño resquemor, ni la más leve ingratitud.

—Gracias, muchas gracias —dijo—, por tan buenas intenciones; pero no son necesarias.

Y dejando a Preysing plantado junto a la pared, salió del cuarto.

El pobre director se quedaba allí, recostado contra el tapiz del número 71, y su fisonomía tenía la expresión de un alpinista que hubiera caído a un ventisquero. En el corredor habían apagado la mitad de las luces, y en un rincón, un aviso luminoso, decía: "Camínese con precaución". Un reloj de pared dió por allí cerca tres campanadas.

Media hora después, el timbre del teléfono llamó al portero nocturno, que dormitaba con la cabeza recostada sobre la primera edición de los periódicos de la mañana.

..—*Alló* —preguntó—, *alló, alló*...

No contestaba nadie; pero oyóse toser a al-

TINTA INDELEBLE



Se ha conseguido preparar una tinta que sirve para marcar de modo permanente vidrios, goma, películas fotográficas, porcelanas, etc., sin necesidad de apelar al color para fijarla. Se logra obtener en cuatro colores, y mientras está húmeda se puede limpiar con agua, pero en cuanto se seca es resistente al calor y a la mayoría de las sustancias químicas.

guno para aclararse la voz. De allí a poco, alguien dijo:

—Mándeme usted inmediatamente al director del Hotel. Aquí, Preysing, número 71, y que avisen a la policía, porque ha sucedido una desgracia.

* * *

Los acontecimientos que se desarrollan en el "Grand Hotel" no forman destinos humanos cómpletos, netos y definidos, porque no son más que partes, fragmentos, jirones de vida. En las habitaciones cerradas, las personas viven insignificantes o dignas de interés, individuos que ascienden, otros que caen... dichas y desdichas, éxitos y catástrofes viven allí, separadas por una puerta. La puerta giratoria da vueltas y lo que ocurre entre una llegada y una salida no constituye jamás un todo. Quizá, por otra parte, no haya en el mundo destinos completos, sino solamente algo parecido: preludios que no tendrán consecuencia, puntos finales a los que no precede ningún prólogo. Lo que parece hijo de la casualidad está muchas veces regido por las leyes.

Si alguien se propusiera emprender la narración de lo que se haya visto detrás de las puertas, correría el peligro de oscilar entre la verdad y la mentira, como sobre una cuerda floja que se balancea...

Por ejemplo: tenemos aquella combinación telefónica pedida desde el extranjero, como aquella sorprendente comunicación pedida desde Praga, poco después de las dos de la mañana; una voz de mujer quería hablar con el barón Gaigern; el telefonista de servicio nocturno conectó con el cuarto número 69.

—*¡Alló!* — gritó la Grusinskaia desde Praga, donde acababa de meterse en la cama (mejor dicho en el lamentable camastro de un hotel de mucha fama, pero lo menos moderno posible)—. *¡Alló, alló!* ¿Eres tú, querido?

Y aunque a esa hora el número 69 estuviera ya vacío, aunque a esa hora justa dos puertas más allá, en el cuarto 71, ocurriera el terrible suceso que iba a costar al director general Preysing tres meses de prisión preventiva y la pérdida de su posición y su familia, a pesar de ello, la Grusinskaia oyó en su aparato, muy débil, pero muy clara, la voz amada que decía: "Neviada, ¿eres tú, amor mío?"

—*Alló* — gritó la Grusinskaia—. Hola, buenas noches, nene. ¿Te gusta que te telefonee? Habla más alto, se oye muy mal. Vuelvo del teatro, he tenido un éxito enorme, extraordinario, magnífico; el público volvíase loco conmigo; estoy encantadísima, pero me siento dichosa; hacía tiempo que no bailaba como esta noche. ¡Oh!, qué venturosa soy. Dime, ¿piensas en mí? Yo pienso en ti a todas horas; en nada más que en ti y me muero por verte. Mañana salgo para Viena, mañana muy temprano; ¿estarás tú allí ya? ¿No me contestas? En el Hotel Bristol, mañana, en Viena, ¿me oyes? Señorita, señorita, mi comunicación está cortada, hay muchos ruidos, no oigo nada. ¿Que si estarás mañana en Viena? Te espero, he hecho preparar todo en Tremezzo. Pero oye, dime algo, alguna palabra, no te oigo... ¿Cómo, qué dice usted? ¿Que no contesta el señor barón? Gracias. Entonces haga el favor de decirle que mañana lo espero en Viena. Sí, mañana, Gracias.

Esta es la conversación que la Grusinskaia sostuvo con la habitación vacía número 69.

Y luego, en el cuarto contiguo, número 70, estamos entre las cuatro y las cinco de la mañana, cuando las cortinas, cuidadosamente cerradas, van tomando ya un tinte grisáceo y "Llamita" abre por primera vez sus brazos para recibir en ellos a Kringelein. Es el momento único y amoroso en que ella no se vende, se da... ya que siente por primera vez que lo que puede dar no es sólo un poco de placer, sino algo más grande, una honda emoción, una felicidad, la completa realización de un ideal. Y allí está acostada como una madre joven, y tiene al hombre entre sus brazos como a un niño. Sus dedos descansan sobre la nuca de Kringelein, en la cavidad que la dolencia y el enflaquecimiento han cavado entre sus tendones.

—"Llamita" — susurra, hundido en el suave calor que emana de aquel cuerpo joven—; no dejes que me muera, te lo ruego, no me dejes morir.

E inmediatamente "Llamita" le abraza más estrechamente y empieza a consolarle.

—¿Morir, tú?, ¡qué tontería! No quiero oírte hablar así; nadie muere de una pequeña enfermedad como la tuya, ya verás qué bien te cuido. Conozco a una persona en la Wilmersdorfer Strasse que está haciendo curas maravillosas y ha curado a individuos mucho más enfermos que tú: él te sacará adelante; mañana temprano iremos a verlo, te dará alguna receta y verás qué pronto te pones bueno. Después saldremos inmediatamente para Londres, luego a París, por el mediodía de Francia, donde ya hace calor. Pasaremos el día tendidos al sol hasta ponernos morenos, gozando del buen tiempo

—Pero ya es hora de dormir, ven.

Insufla a Kringelein, extenuando su fuerza y su salud... y él cree en aquellas palabras de confianza y apaciguamiento. Luego se duerme, ahogado en una dicha inefable, cuyo claro llamear se asemeja a la vez al pecho de "Llamita" y a una colina cubierta de inhiestas en flor.

En fin, dos pisos más arriba está el doctor Otternschlag, soñando su sueño, ese sueño que repite toda la semana: atraviesa una ciudad que conoce perfectamente y entra en una casa de la que se ha olvidado; allí habita una mujer que, mientras él estuvo prisionero, dió a luz un hijo espantoso, del cual no es padre Otternschlag. Y ese niño, acostado en su coquetón cochecito, grita como un energúmeno cada vez que ve el rostro ametrallado del doctor. Y sigue soñando: con la lengua fuera, tiene que correr por toda la ciudad detrás de Gurbé, su gata persa, y luego, sobre un tejado, tiene que luchar con un gatazo desconocido de rostro humano y, finalmente, a través de un cielo ardiente, lleno de granadas que explotan, se ve lanzado al vacío hasta caer en su cama del Hotel. Llegado a este punto de su sueño, el doctor Otternschlag se despierta. "Ya estoy bien, basta ya —dice entre sí—; estoy harto, ¿cuánto tiempo va a durar? ¿Qué hago aquí ya? Acabemos de una vez" — y levantándose, toma su maletín, lo abre, saca la jeringuilla, la limpia y rompe la punta de una ampolla, de diez ampollas, de doce ampollas, llena la jeringuilla y lava su brazo cubierto de puntitos rojos de inyecciones anteriores. Después, espera, pero empieza a temblar, la fuerza huye de sus manos. Sin llegar a emplearla, vacía la jeringuilla, arroja al aire su precioso contenido, ese líquido que marea y embriaga y sólo deja en el fondo de ella una cantidad insignificante e inofensiva, justamente la precisa para apaciguar su hambriento organismo. Acuéstase luego, se duerme y no oye nada de lo que pasa en el Hotel.

Avisado por el portero nocturno, un poco antes de las tres y media de la mañana, el conde de Rhona sale de su cuarto, silenciosamente, circunspecto y perfumado con vinagre aromático, como en pleno día. Entra en el cuarto 71, se entera de lo ocurrido, toma sus medidas... Hace servir una copa de coñac a Preysing, que está quebrantado de emoción, y luego espanta con la mano una mosca que vuela alrededor del cuerpo de Gaigern. Permanece algunos momentos con las manos en cruz y la cabeza inclinada sobre el muerto, como si rezara..., y acaso rece verdaderamente por el alma del difunto, de ese hombre de su casta. "Tampoco la vida debía ser muy fácil para éste" — acaso pensaba Rhona. Vuelve después a su despachito y celebra una conferencia telefónica con Jacdicke, el comisario de policía, encargado especialmente de la inspección de los hoteles.

Algo más tarde (cuando la primera barredora mecánica cepilla ya el asfalto de las calles), se presentan cuatro individuos de levita, dando el nombre poco tranquilizador de "comisión criminal". Rhona en persona los conduce en el ascensor, acompañándolos hasta el segundo piso. Los engranajes de la justicia han empezado a moler. La Dirección del Hotel ruega a aquellos señores que procedan con la mayor discreción posible, para evitar el escándalo.

Pero no es posible, pronto se sabrá en Fredersdorf lo ocurrido y la señora Preysing no tardará en llegar a Berlín, acompañada de su apoplético papá, para declarar, después de espantosas escenas, que se separa definitivamente de su marido, porque todavía el haber matado a un hombre podría olvidarlo, a pesar del horror que este hecho le inspira, pero lo que no puede comprender ni perdonar es esa indecente aventura con una mecanógrafa, esa aventura que el pobre Preysing no tiene más remedio que confesar ya al segundo interrogatorio, sudando, balbuciendo y temblando.

Por lo que se refiere al difunto barón Félix-Benvenuto Amadeo de Gaigern, su caso no está muy claro; pero en cambio es muy simpático. Nadie, ni una sola persona en el "Grand Hotel", podría decir nada contra él.

Es verdad que ha dejado alguna que otra trampa y no ha podido descubrirse dónde está encerrado su coche (embargado para responder de una deuda). Pero, en fin, nada de esto prueba en definitiva la menor culpabilidad. Era jugador, muy enamorado, se emborrachaba a veces, pero era también muy amable con todo el mundo. Al difundirse la noticia de su muerte, algunos empleados del Hotel se echan a llorar, llora también el mozo Karl Nipse, que guardaba la cigarrera de oro en su bolsillo. Es uno de los primeros testigos interrogados, y dice que, a eso de la medianoche, el barón ya no estaba en su cuarto. En el primer piso, en el número 18, la habitación debajo del 71, una señora oyó el ruido de una caída, casi a la misma hora, y de ello está bien segura, porque ese ruido sobre su cabeza la molestó mucho. Pero ocurrió entre la medianoche y la stres de la mañana ¿y, por qué Preysing no avisó inmediatamente a la policía? Siguen las declaraciones complementarias, secretas, muy precisas de los testigos "Llamita" y Kringelein... Esas declaraciones publicadas a mediodía por los periódicos, con las que se asestaba el último golpe a la vida de Preysing, pacífica y burguesa. No se encuentra el arma que Preysing pretende haber visto; nada de revólver hubo allí, ni siquiera una de esas pistolas inofensivas y ruidosas destinadas únicamente a asustar a los perros en los caminos. Todo esto produce mala impresión y empeora la desgracia de Preysing, cuya mentira le hace aún más sospechoso. Es verdad que se ha encontrado su cartera en el pijama del muerto.

—Pero — pregunta el juez de instrucción—, pero, ¿no puede Preysing haber metido la cartera en el bolsillo del muerto para probar la legítima defensa?

Hay además el hecho de que Gaigern llevara unos gruesos escarpines encima de sus flexibles zapatos de boxeo. Hay también una fotografía que el chofer del barón regaló a la camarera del piso, y esa foto permite descubrir a aquellos perspicaces alanos que por lo menos el chofer es un pájaro de cuenta y que está reclamado por los Tribunales. Si se logra detenerle, acaso se esclarezcan algunos otros puntos; pero entretanto Preysing tiene que sufrir su prisión preventiva y es atacado por grandes trastornos nerviosos. Aparécesele de continuo el barón Gaigern, no tendido y muerto a sus pies, sino vivo, muy cerca de él y muy definido, como lo vió por primera vez, cuando se dieron de manos a boca al entrar en la cabina telefónica. Y cada vez que consigue arrojar de su memoria esa imagen, una mancha roja se extiende instantáneamente sobre sus párpados y aparece "Llamita", "Lla-

ma II" o más bien, tan sólo una parte de ella: las caderas, reproducidas en una foto gris, casi negra, de la revista que el azar llevó a las manos del director general, en el momento en que su destino echó a rodar hacia el abismo... Es extraño lo que ocurre a los huéspedes del "Grand Hotel"; que ninguno de ellos vuelve a salir por la puerta giratoria, exactamente tal como entró. Preysing, ese ciudadano honorable y sin mácula al entrar en el hotel, sale ahora conducido por dos señores en calidad de reo... Es un hombre definitivamente perdido. Sin ruido y a hurtadillas, cuatro hombres conducen por la escalera de servicio a Gaigern, que todavía ayer resplandecía de juventud y despertaba una sonrisa de simpatía al atravesar el *hall*, con su gabardina azul, sus guantes calados, su expresiva mirada, dejando tras sí una estela perfumada de lavanda y cigarrillos ingleses. En cuanto a Kringelein, una vez terminado su interrogatorio y el de "Llamita", se le autoriza para emprender su viaje y, como un rey de la vida, sale del *hall* del Hotel entre una doble fila de empleados, que le hacen grandes reverencias y extienden la mano. Su esplendor acaso no dure más de una semana, hasta la primera crisis de sus espantosos dolores. Mas nada hace sospechar que este bravo moribundo no llegue a reunir nuevas fuerzas y no es tampoco enteramente imposible, que, a pesar de todos los diagnósticos, se quede aún en el mundo. Por lo menos, "Llamita" está convencida de ello, y Kringelein, en pleno éxtasis, se complace en creerlo. En resumen: poco nos importa el tiempo que pueda vivir todavía Kringelein, porque (más larga o más corta), la vida sólo vale lo que de ella se saca, y dos días de plenitud de vida pueden ser más largos que cuarenta años de insípida existencia. Filosofando de este modo tan sabio y prudente, Kringelein, del brazo de "Llamita", sale del "Grand Hotel" y toman el auto que les conduce a la estación.

Esto ocurre a las diez de la mañana, a cuya hora tiene el Hotel su fisonomía habitual; bajo la mirada avizora de Rhona, que está de mal talante, aunque silencioso; una mujer de la limpieza barre el *hall* con aserrín mojado; el chorro del surtidor cae como lluvia en la taza de mármol de la fuente; en la sala de los desayunos hay sentados algunos señores, con sus carteras allí delante, sobre la mesa, fumando largos cigarros habanos y discutiendo sus negocios. En los corredores, el personal cuchichea, pero nada ha llegado aún a oídos de los viajeros. El juzgado ha puesto sus sellos en el número 71, cuyas ventanas permanecen abiertas de par en par, en ese fresco día de marzo. Allí, al lado, en el número 72, se pone ropa limpia a las camas.

A las ocho de la mañana, el portero Senf ha reanudado su servicio; tiene el rostro totalmente abotagado; toda la noche estuvo en un hilo de perder a su mujer de un momento a otro. No está, pues, para oír lo que le cuenta el meritorio Jorgito, mientras empieza a clasificar en sus casillas el correo de la mañana.

—No me encuentro bien —dice a modo de excusa—, parece mentira que el sueño sea tan necesario. ¿Y Pilzheim, ha identificado al chofer?, yo siempre he dicho que ese hombre es un as y si le hubiéramos puesto en seguida sobre la pista del barón no se nos hubiera venido encima este escándalo, con el que no va a ganar nada la reputación del Hotel —e interrumpiéndose, empieza a dar órdenes a los mozos—: "El desayuno para el número 22" —y continúa clasificando.

Luego dice:

—Aquí hay unas cartas para él, no sé qué hacer con ellas; ¿las envío al Juzgado? Sí, claro —y viendo al doctor Otternschlag, que amarillento y demacrado, con su ojo de cristal, se presenta ante el pupitre de nogal—: Buenos días, doctor —le dice—, muy buenos días tenga usted.

—¿Hay correo para mí? —preguntó éste.

—No, lo siento. No hay nada hoy, doctor —dice.

—¿Y telegrama?

—No, doctor.

—¿No ha preguntado nadie por mí?

—No, nadie hasta ahora.

Otternschlag, deambuló alrededor del *hall*, hasta llegar a su sitio habitual. El mozo número 7, salió detrás de él y el camarero trajo el café. Otternschlag dirigía su ojo de cristal con gran atención a la señorita que preparaba sus floreros en el quiosco de flores, pero no la veía.



Estratego

—Lo que va a rabiar esta chica cuando se dé cuenta de que lo que estoy rompiendo no es la boleta, sino un papel cualquiera...

—Buenos días, señores —dijo el portero a una pareja provinciana que se había parado en la portería—. ¿Desean ustedes una habitación?... Muy bien, el número 70 está desocupado. Es un cuarto precioso, con una cama y cuarto de baño. Tenemos también el 72, que tiene dos camas, pero sin baño. Puede ser también que hoy o mañana se desocupe el cuarto contiguo, el número 71, que tiene baño; es un cuarto precioso. Si la señora y el señor quieren tomarse la molestia de preguntar aquí mismo al lado... ¿Qué?... *allo*, no entiendo —gritó en el tubo acústico—. ¿Qué ocurre?, sí, ahora voy...

—Tengo que ir al teléfono. Es un asunto personal, me llaman de la Clínica —dijo a Jorgito, y con paso vacilante corrió atravesando el *hall* y el corredor número 2, hasta el "stand" telefónico, en cuya cabina, número 4, se precipitó como un loco.

Rígido, como si fuera de madera, el doctor Otternschlag se levantó, volviendo al cuarto del portero.

—¿Está todavía el señor Kringelein en su cuarto? —preguntó.

—No; el señor Kringelein se ha despedido —respondió el meritorio.

—¿Que se ha marchado del Hotel? ¡Pues sí! ¿Y no ha dejado nada para mí? —preguntó luego.

—No, lo siento mucho; no ha dejado nada.

El doctor dió media vuelta y volvió a su sitio, pero atravesando directamente el *hall* en diagonal, lo que era un caso verdaderamente excepcional en él. Se cruzó con Senf, que volvía corriendo del teléfono y cuyo rostro real y rubio de sargento goteaba de sudor. Hubiérase dicho que acababa de hacer un esfuerzo sobrehumano. Se dejó caer sobre su mesa como un fardo.

—Es una niña; ha habido que recurrir al fórceps, pero ya la tengo, la chiquilla pesa cinco libras. La madre y la hija están perfectamente, viven como el pez en el agua —exclamó, y quitándose la gorra, con ese gesto que le despojaba de su fisonomía profesional, mostró un semblante jocundo y satisfecho, sobre el que corrían las lágrimas a raudales. Pero como Rhona mirara por encima del tabique de vidrieras, se rehizo en seguida.

La pareja provinciana entró en el ascensor, para subir al número 72, a aquella habitación de dos camas, pero sin baño, en la que flotaba todavía el fino olor de los polvos perfumados a la violeta de "Llamita".

—Abre la ventana —dijo la dama.

—Sí, para que esto se ventile bien... —dijo el caballero.

En el *hall*, el doctor Otternschlag está sentado y entregado a un soliloquio: "Es espantoso —se dice—. Siempre lo mismo, nunca pasa nada; estoy terriblemente solo, el mundo es un astro apagado que ya no calienta; setenta y dos soldados perecieron en Rouge-Croix enterrados bajo un hundimiento. Acaso sea yo uno de ellos; acaso esté allí, entre los muertos, desde el fin de la guerra; muerto sin saberlo. Y si todavía en esta gran jaula aconteciera algo que valiese la pena; pero no, no ocurre nada. Se ha marchado. ¡Adiós, señor Kringelein!, iba a darle a usted una receta para sus dolores; pero como se ha despedido a la francesa... Puah... El jubileo de siempre: entran, salen, llegan, se van..."

Detrás de su mesa de nogal, Jorgito rumia algunos pensamientos estúpidos y profundamente triviales. "¡Qué cosas tan sorprendentes ocurren en un "Gran Hotel" como éste! —piensa—. Es colosal; siempre hay algo nuevo que sorprende. A uno lo detienen.... al otro se lo llevan en hombros, con los pies para adelante; hay quien sale para la estación; hay quien llega de ella, y mientras sacan a uno en unas angarillas, a escondidas por la escalera de servicio, al otro le anuncian que es padre... Es curioso, interesantísimo, pero así es la vida..." El doctor Otternschlag sigue sentado en medio del *hall*, como una imagen petrificada de la soledad y de la indiferencia. El tiene allí su puesto fijo, allí vive... Sus manos, lívidas y plomizas, cuelgan en el vacío y su ojo de cristal mira fijamente hacia la solana de la calle que no puede ver.

La puerta principal del "Grand Hotel" gira sobre sus goznes, gira, gira, gira. (FIN)

"GRAND HOTEL", de Vicki Baum,

ha sido publicada en forma de volumen por las Ediciones Siglo Veinte, de Buenos Aires, en su colección Editorial Cronos.

ASI ES LA VIDA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 21)

sin recompensa, porque el recién nacido no tenía la menor idea de que era objeto de alguna atención. No sabía nada en absoluto; sólo poseía el instinto solitario que trajo consigo desde el regazo de su madre; el de mantener y aumentar la vida que existía en él.

Al despertarse lloró furiosamente, hasta que pudo prenderse del pecho de su madre. Entonces calló en seguida. Sus mandíbulas se apretaron con firmeza sobre el pezón inflado. Su cuerpecito se estremeció de un placer voluptuoso al sentir que el primer chorro de leche caliente caía sobre su lengua. Chupó hasta estar satisfecho. Luego volvió a dormirse.

Cuando no se sentía bien, ya fuera un dolor de estómago o cualquier molestia sin importancia, gritaba con violencia. Continuaba así, en la forma más primitiva, hasta que empezaban a mecer su cuna. Y tenían que seguir haciéndolo hasta que pasara el dolor. Al mecerlo, le cantaba.

El proceder para con el anciano era bien diferente. Les merecía poco respeto. Lo atendían por lástima, y no porque les causara un placer, y le echaban en cara hasta el más pequeño favor que le hacían.

—¡Miren a ese viejo demonio! —acostumbraban a decir — ¡No sirve para nada! Está sentado al lado de la chimenea desde la mañana hasta la noche. ¡Sería mejor ir a pedir por los caminos que tener que cuidarlo a él!

La verdad era que no se podía reprocharles sus quejas. Tener que cuidar del pobre viejo era un trabajo desagradable. Debían sacarlo de la cama cada mañana, lavarlo y vestirlo, sentándolo en un banquito a un costado de la chimenea. Había que atarlo con una cuerda alrededor de la cintura, para que no se cayera en el fuego. A la hora de las comidas tenían que hacer un puré con éstas, y ponérselo en la boca con una cuchara.

Igual que un niño, dependía de ellos para todo.

—¡Ay! ¡Qué hombre tan sucio! —decían—. ¡Si Dios lo llamara, qué gran favor haría a esta gente!

❦ ❦ ❦

El abuelo permanecía todo el día al lado de la chimenea, atado, despierto o dormido, amenazando a seres imaginarios con su bastón, disputando con enemigos muertos hacía mucho, en charlas idiotas con los habitantes del mundo creado por su locura.

Sólo salía de su estado de demencia al oír llorar al niño, cuando se despertaba.

—¿Qué es eso? — preguntaba, escuchando —. ¿Quién chilla así?

Cuando la madre tomaba al bebé de la cuna y lo amamantaba en el rincón opuesto, los ojos del anciano brillaban, reconociendo al pequeño.

—¡Oh! ¡Oh! —gritaba con deleite—. ¡Oh, qué precioso! ¡Qué lindo hombrecito estoy viendo!

Trataba de llegar hasta el niño, y como la cuerda no se lo permitía, se enojaba.

—¡Déjenme acercarme! —gritaba, luchando por abandonar su banco—. ¡Suelten la cuerda, demonios! El niño está allí, es uno de los míos... ¡Déjenme acercarme! ¡Tiene mi sangre! ¡Déjenme acercarme!

Su furor no duraba mucho. Dejaba paso al deleite de ver al niño estirarse y estremecerse voluptuosamente al chupar.

—¡Bravo, chiquillo! —gritaba el anciano, saltando en su banco—. ¡No dejes ni una gota! ¡Ay! No puedes negar que eres de mi sangre... ¡Toma, toma!

Pasó casi todo el invierno antes de que el niño conociera a alguien. Hasta entonces sólo supo del seno de su madre y del calor de su cuna, por medio del tacto. Aunque a menudo observaba lo que ocurría a su alrededor, en sus grandes ojos azules no existía la comprensión. Luego llegó el día en que, al fin, en sus pupilas brilló el alma resplandeciente.

Estaba tendido boca abajo en las rodillas de su madre, con un ligero dolor de estómago, por haber tomado demasiada leche, cuando se fijó en los gestos raros del anciano, en el rincón opuesto. Primero sonrió. Después comenzó a golpear con las manos y a saltar del mismo modo que el viejo. Lanzó un pequeño grito jovial.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó la madre.

Todos los miembros de la casa se reunieron alrededor de él. Miraban al niño y al anciano, imitándose mutuamente los gestos alocados, cada uno a un lado de la chimenea. Todos reían alegremente, excepto la abuela, quien empezó a llorar ruidosamente:

—¡Ay! ¡Señor! Las locuras de la infancia hacen gracia, pero es triste ver a un viejo que ha perdido la razón.

Desde ese día, el anciano y el bebé pasaron largos ratos jugando juntos, golpeando las manos, farfullando. No se podía decir cuál de los dos parecía más loco. Cuando destetaron al niño, alimentaban a los dos con el mismo puré. A medida que el pequeño crecía, fortaleciéndose cada vez más, el anciano se debilitaba. En primavera tuvo bronquitis, y creyeron que había llegado su fin. Recibió los santos sacramentos, y, sin embargo, se repuso de la enfermedad, y pronto pudo dejar la cama y volver a su sitio, junto a la chimenea. Ahora no era más que una sombra de lo que fuera. Se le podía levantar con una mano.

❦ ❦ ❦

A principios de mayo llegó un día en que hubo una gran marea de primavera, y toda la familia fué a la costa a recoger musgo de Irlanda. La abuela se quedó para cuidar de la casa, el niño y el viejo. Era un hermoso día de sol.

—Sácame al patio —pidió el anciano a su esposa—. Antes de morir me gustaría ver el sol.

Ella lo hizo, poniéndolo en una silla de paja, fuera de la puerta, mientras por su parte se instalaba en un banco próximo, con el niño sobre las rodillas, llamando a las aves:

—¡Tiuc! ¡Tiuc! ¡Fit! ¡Fit!

Gallinas, patos y gansos llegaron corriendo a más no poder, y ella les arrojó restos de comida de una gran olla. Las aves peleaban por su alimento, gritando, saltando y picoteándose.

El tumulto encantaba al pequeño, que empezó a palmotear y a dar saltitos, mientras contemplaba la lucha de las aves. A sus cacareos roncos, él respondía con gritos de entusiasmo.

El anciano se entusiasmó del mismo modo, imitando los gestos del niño. Palmoteaba, saltaba en su silla y murmuraba algo que no se entendía.

—¡Que Dios los ayude a los dos! —dijo la anciana.

De improviso, el viejo calló. Su mujer lo miró con ansiedad, y vió que, incorporándose a medias, se inclinaba hacia adelante. Luego cayó al suelo. La esposa corrió hacia él, con el niño bajo el brazo, y oyó el ronquido de la muerte en su garganta. En seguida no se oyó ya ningún ruido.

La mujer se enderezó, comenzando las lamentaciones por el que acababa de morir:

—¡Ay! ¡Ay! —gritaba—. ¡Contigo gocé de las alegrías de la vida, y sufrí las penas! Ahora te fuiste, y pronto te seguiré. ¡Ay! ¡Ay! ¡Amor mío! Fuiste tú quien, en el día de nuestro casamiento...

Cuando llegaron los vecinos, la anciana estaba sentada en su banco junto al cadáver, lamentándose. El niño se hallaba en sus brazos, y las aves saltaban y luchaban todavía de un modo salvaje por la comida de la cacerola. Tratando de tocar las plumas brillantes de las aves, alargando las manos, el niño saltaba en el regazo, y daba grititos de alegría. ◈

AGUAS ARRIBA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 17)

kilos y castiga finalmente el agua que se abre en espuma, como si hubiera recibido un gigantesco guachazo.

Mientras tanto, ha llegado el remolcador que llevará la jangada que está lista. Hay un "catre" que está un poco varado. Largan un cable del remolcador y lo aseguran al cabezal, para tirar contra la corriente. El cable zafa un poco. Del otro "catre" cercano se echa un peón al agua para ayudar a los demás. Vira el "catre" de pronto, saliendo de su varadura, y cuando el jangadero se dispone a subir a los troncos, el metro y medio que separa un "catre" de otro, se hace escasos centímetros. No hay tiempo para nada, y el tonelaje, bruto y ciego, lo aplasta entre los troncos como a una bolsa de trapos. El jangadero no alcanza a gritar: sólo un golpe de tos, hondo, ronco y silbante, marca su muerte...

Más maniobras de cables y cinchadas, y sacan el cuerpo destrozado. La boina, boya en el agua sucia.

Después de un rato de comentarios, pregunto al capataz cómo se las arreglará para la denuncia y los papeles del muerto. "Documentos no tiene, ch'amigo... Vamos a ver..."

"Murió, nada más", pienso.

Dos horas después sigo aguas arriba. Remo y miro a los jangaderos que desde lejos parecen bultos oscuros que se mueven sobre los troncos, como una imitación de vida sobre el escenario de la jangada. Mientras tanto, las alzaprimas traen cantando, o llorando, más rollizos. Le están sacando las entrañas al monte.

Y un rato más tarde, cuando ya he perdido de vista al obraje, a pesar de que no hay viento, me llega el grito tenso y parejo de: "¡Jaup - taa! ¡Jaup - taa! ¡Jaup!"

Y mañana, allá en el monte, habrá una cruz de palo. ◈

HORTALIZAS HUMEDAS

Las hortalizas frescas que se envían a los mercados, pueden mantenerse húmedas envolviéndolas en un nuevo papel que conserva su resistencia aunque esté empapado en agua.



RODO, PEREGRINO...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 15)

¡La política: he aquí la fatalidad de su vida! Porque fué su desdichada experiencia política la que puso en su alma esa amargura que lo llevó al renunciamiento y al voluntario destierro de su amada Montevideo, de la que no había salido nunca, como no fuera en 1910, para ir a Chile. Fué esa tremenda desilusión la que lo llevó a abandonar su casa y sus libros, y a separarse de su anciana madre, que se oponía a su partida, con el presentimiento de lo que ocurrió, y que la haría exclamar, deshecha en llanto:

"¡Ya lo sabía!... Sabía que Europa iba a robarme a mi hijo predilecto..."

Por encima de la contienda...

Partió en julio de 1916, casi al mismo tiempo en que arribaba a nuestro puerto el entonces joven pensador español José Ortega y Gasset. Que aunque la guerra comenzada en agosto del 14 estaba en todo su apogeo, era posible viajar de un continente a otro y aun visitar sin riesgo, en las naciones en guerra, las ciudades alejadas de los frentes de batalla. Todavía le estaba permitido al intelecto moverse con cierta libertad, por encima de la contienda, en un ansia por salvar valores universales y eternos. Podía Romain Rolland lanzar su llamamiento a la conciencia universal, *Au dessus de la melée*...

Otros escritores y periodistas iban por aquel tiempo a visitar los frentes de batalla y a entrevistar a los jefes militares: él visitaría las antiguas ciudades de Italia, para interrogar a los mármoles y a los bronces, donde se perpetúa el sueño de arte de una humanidad capaz de crear tales monumentos. Marchaba, no como cronista de la hora trágica que vivía el mundo, sino como peregrino de la eterna belleza.

A la hora de partir, el pueblo de Montevideo, en un movimiento instintivo, se congregó en el puerto, convirtiendo su despedida en un grandioso homenaje. Y, en primer término, la juventud toda, que en ningún momento dejó de considerarlo como un maestro, fué allí a comunicarle el aliento de su adhesión, como para ayudarle a borrar de su alma la amargura que los rencores políticos habían dejado en ella.

En la ciudad raíz de su sangre

En mayo de 1917 nos encontrábamos nosotros en Barcelona. Allí coincidimos, en el peregrinar ilusionado y los sueños de arte, con el pintor uruguayo Rafael Barradas. En Barcelona había estado Rodó —camino de Italia— en agosto del año anterior, de lo que él mismo dejó constancia en una de sus crónicas enviadas a "Caras y Caretas" y que nosotros alcanzamos a leer antes de salir de Buenos Aires: "Después de un rápido paso por la corte, y de un viaje en ferrocarril que me hace pensar, con envidia profética, en los que burlarán a los calores del futuro viajando en aeroplano, llego una tórrida noche a Barcelona, la ilustre y hacendosa ciudad raíz de mi sangre y objeto siempre para mi de estimación y simpatía, que acrecentaban mi deseo de verla".

Con la ilusión de que caminamos sobre sus huellas, nos lo imaginamos andando por las calles de la ciudad, en el solitario deambular que le era grato. Frente a la muestra de una casa de comercio que ostenta su apellido, pensamos: aquí fué donde él se detuvo y tal vez fué el dueño de esta casa quien le explicó, "concienzuda y prolijamente, que, en buena prosodia catalana, la primera vocal —de Rodó— no suena como la clara y neta vocal castellana, sino de una manera que participa de la *o* y de la *u*".

Y hallándonos en un café de la Rambla, en peña de amigos, donde se discutían las últimas expresiones artísticas, y Rafael Barradas ilustraba el mármol de la mesa con extraños dibujos precursores del surrealismo, un periodista contertulio nuestro trajo la noticia:

—¡Rodó ha muerto!

—¿Eh!

—Sí, acabo de ver el telegrama en la redacción: ha muerto en Palermo.

¿Era posible? Nada más lejos de nuestro pensamiento. Suponíamos al gran escritor pleno de salud, recorriendo las ciudades y los pueblos de Italia, como suponíamos igualmente que aun tenía mucho camino por hacer. Y, de pronto...

—¡Como Florencio!... —exclamó Barradas, asociando inmediatamente su muerte a la del genial dramaturgo, ocurrida también en Italia siete años antes.

Pero el caso no era el mismo. Con Florencio Sánchez, enfermo, viajaba la muerte, que le acompañó hasta Milán, donde lo arropó definitivamente en sus negros terciopelos. A José Enrique Rodó la muerte le salió al encuentro por sorpresa, cuando parecía haber entrado en la región de los mármoles y los bronces inmortales, entre el *David* de Miguel Angel y el *Perseo* de Benvenuto Cellini.

Su cuerpo, como su espíritu, daban una impresión de fortaleza. Recorría Italia lleno de entusiasmo, poniendo sobre la desilusión de ayer la esperanza del mañana, y cuando se iniciaba un nuevo florecer de su espíritu, se llegó hasta él la intrusa, en el Hotel des Palmes, de Palermo, señalado en la historia del arte por haber escrito allí Wágner el último acto de *Parsifal*. El mal que lo aquejó el 30 de abril y que él pudo creer pasajero, lo abatiría al día siguiente para siempre.

Rafael Barradas, con ese formidable sentido plástico, que no estaba solamente en su lápiz, sino también en sus palabras, evocaba la figura de su insigne compatriota desaparecido, tal como él solía verlo en las calles de Montevideo; al mismo tiempo trazaba sobre el mármol de la mesa del café los rasgos esenciales de su fisonomía, con su extraordinaria visión sintética, que le llevaba a darnos en unas pocas líneas la expresión de un rostro, porque eran las líneas que descubrían el espíritu... En tanto, nosotros componíamos, en aquella misma mesa, una oración lírica a su memoria, que al día siguiente publicaría un periódico barcelonés.

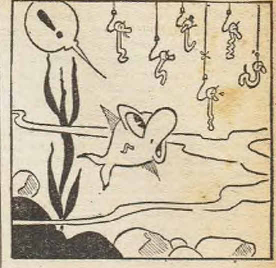
También el viaje a Europa de Rafael Barradas fué un viaje sin retorno. También él, años después, cerraría sus ojos para siempre a orillas del Mediterráneo, en aquella misma Barcelona donde un día nos sorprendió la noticia de la muerte del maestro —maestro de América—, que nos unió —él, uruguayo; yo, argentino— en una misma fraternal congoja. ◈

En el próximo número:

"RAFAEL BARRET, HUMANO Y NOVELESCO"

AGALLITA Por J. CHRISTIE M.

No hay peligro








UNA LADRONA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 29)

imposible! Con aquella cara no se podía cometer el feo pecado de hurtar. Cierto que las mujeres más peligrosas, según los novelistas, eran siempre las más hermosas. Verdad también que el pecado, según los que comulgan, se alberga en los cuerpos más endemoniadamente fascinantes... ¡Pero no! Aquella muchacha no podía robar un par de medias, aunque fueran de seda. Lo único que la rubia podía robar, lo único, "serían corazones". Y el escribiente, sin dejar de chupar el mango de la lapicera, sonrió ante esa frase romántica que habíale espontáneamente brotado en su soliloquio.

Mientras, la rubia continuaba llorando. Una hora después llegó un hombre, pobremente vestido, que dijo ser el padre de la muchacha. Esta, al verlo, duplicó sus sollozos... Ambos conversaron unos minutos, con el escribiente de testigo. Aseguró al autor de sus días que ella no había robado. El padre la creyó. ¿Quién, sino él, había de creerla? Y el buen hombre, todo apesadumbrado, se fué en busca de otro, con quien regresó a la media hora. Este último se entendió por teléfono con el mismo comisario de la sección y al rato se dió orden de poner en libertad a la detenida, ante el contento y el asombro de todos, especialmente del muchacho escribiente.

—¡Lo que son las influencias políticas! —pensaba admirado.

❦ ❦ ❦

Al otro día apareció en la comisaría, poco antes del oscurecer, el padre de la muchacha rubia acompañado de un agente. En la papeleta que recibió el escribiente constaba que aquel sujeto había entrado en la casa central de "Fun y Fun" y tomado a golpes de puño a Tal de Tales, inspector de la casa. Al declarar, dijo que, en efecto, él había entrado en la tienda especialmente dispuesto a romperle la cara al señor Tales, porque el señor Tales lo merecía... (El escribiente trasladaba al papel de oficio aquella declaración con íntimo regocijo.) Y merecía no solamente eso, sino un buen tiro en mitad de la frente, por canalla —continuaba declarando el detenido—. El Tal de Tales había cometido una mala acción. ¿Recuerdan ustedes lo de ayer? ¿Recuerdan a esa muchacha acusada de haber robado un par de medias? ¿Sí? Pues muy bien; esa muchacha era su hija...

—Yo estaba seguro de que esa hija mía no podía "ensuciarse" por un par de medias. Somos trabajadores, y cuando no hay para un par de medias de seda nos ponemos medias de algodón, sin sufrir nada por eso... La muchacha no podía robar. Yo lo sabía bien. Aunque la acusaran todos, no podía ser... Bueno. Ella no me quiso decir toda la verdad de lo sucedido, pero como buena hija se lo dijo a la madre, sí señor, y la madre me lo dijo a mí esta mañana. Y la verdad es ésta: ese tipo perseguía a mi hija, le hizo proposiciones que ella no oyó y entonces él se dispuso a hacerla despedir de la casa. Como la muchacha no daba motivos para ello, inventó lo de las medias... ¡Ya ve usted! El mismo tiró al suelo las medias cuando pasó mi hija... Y después todo lo que ya se sabe. ¡Oh, se la merecía bien la trompeadura que le di! ¡Lástima que me lo quitaron pronto de delante!... ¡Pero eso no importa!... Algún día le daré otra...

Terminada la declaración, el detenido pasó a ocupar un calabozo.

Al retirarse el sub de la comisaría, el escribiente fué a ver al preso, y le dijo:

—Diga, don...¿Por qué no avisa a ese señor de ayer para que venga y lo saque?... ¿Quiere que yo le haga avisar que usted está acá?...

El hombre agradeció la atención, pero se negó a molestar nuevamente a su influyente vecino. Prefería esperar a que le trajeran de su casa los cincuenta pesos de la multa, pagarla y salir en libertad.

—¿No cree que vale la pena tirar a la calle unos pesos, aunque nos hagan falta para otras cosas, con tal de darle una lección a un canalla como ése? ¡Y, bueno! Pagaré, con mucho gusto, y en cuanto tenga otros cincuenta pesos ahorrados, voy y le pego otra pateadura. Quiero que se acuerde bien de mi nombre...

El escribiente regresó a su mesa y se entretuvo en chupar el extremo de su lapicera, todo emocionado, pensando, pensando en... ◈

ASESINATOS EN GAZAM

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 10)

a su prima. El camarero aguardó órdenes, pero en vista de que no se le daba ninguna, se retiró.

—Vámonos de aquí, Bárbara.

—¿Por qué?

—¿No tienes miedo?

Bárbara enarcó las cejas y abrió tamaños ojos, asombrada.

—¿De qué?

—Vámonos.

—Imposible. Tengo una cita.

—¿A quién esperas?

—A Jorge Blandir.

—¿A Jorge Blandir?... —murmuró Helen; y en vista de la obstinación de su prima, le dió la espalda y se marchó.

Cuando llegó a su casa se quitó el vestido y los zapatos, y se colocó una bata, reemplazando a aquéllos por un cómodo par de pantuflas; en seguida sonó el timbre del teléfono, y acudió a atender. Oyó una voz desconocida:

—¿Miss Helen Windsow? Habla el inspector Faris. Acaba de ocurrir una desgracia en el recreo de "Las cincuenta Danaides". Su prima Bárbara...

Consternada, Helen volvió a vestirse para la calle y acudió presurosa al lugar donde poco antes había estado. En ese momento, una cantidad de curiosos, entre los cuales se contaban el dueño del hotel y el inspector Faris, rodeaban el foso. Allá abajo, unos policías rescataban el cadáver de Bárbara Windsow de entre los adoquines, la tabla y el pasamanos del puentecillo, que se había despeñado junto con la desdichada joven. Helen, sobreponiéndose a su emoción, se dirigió hacia el pequeño grupo compuesto por el hotelero, el inspector y el doctor Craig, médico forense, a quien no conocía. Llegó en el preciso instante en que éste exclamaba, sentencioso:

—Dios ciega al que quiere perder.

El inspector, con cierto fastidio, se volvió hacia el que había hablado.

—Si eso quiere decir que Bárbara Windsow cayó al foso por accidente, porque equivocó el camino, no estoy de acuerdo con usted, puesto que ella había pasado antes por aquí, y debía estar prevenida; pero si piensa que la misma reflexión que usted ha hecho sirvió para que el criminal trazara su plan, le diré que comparto su opinión.

—¿Y en qué consistió ese plan, inspector? —interrogó candorosamente el médico.

—En desviar el puentecillo de su dirección normal, levantándolo por su extremo y colocando éste en el borde mismo de la excavación. Claro está que para cualquiera que marchase hacia la glorieta, la trampa no valdría; pero sí para quien regrese de ella encandilado.

Los tres hombres saludaron a la recién llegada, a la que el inspector Faris sólo conocía de vista, y el forense dijo:

—Entonces para usted, inspector, la incógnita sólo reside en la identificación del asesino.

—Tampoco —reveló con aplomo el funcionario.

—¿Luego? —indagó Helen.

—He dado orden de que sea arrestado el camarero Yosuf.

En ese punto del diálogo el hotelero se excusó, aduciendo la necesidad de atender a sus quehaceres, y se alejó en dirección al edificio central del recreo. El doctor Craig lo siguió un instante con la mirada, y sin volver la cabeza declaró, como al desgaire:

—Yo hablé con Yosuf. El asegura que es inocente, y que no vió a nadie en la glorieta, con excepción de la señorita Helen Windsow.

La nombrada aclaró de inmediato:

—En efecto; estuve con mi pobre prima hace apenas una hora, y traté de persuadirla para que me acompañara a casa. Se negó, y la dejé sola.

Suspiró profundamente y añadió con tristeza:

—Era una oveja descarriada.

El forense, como si estuviera solo, empezó a murmurar, repitiendo a veces sus propios términos:

—Descarriada... Descarriar es descaminar, apartar a uno del camino...

En ese instante se aproximó a ellos Jorge Blandir. Saludó con un "buenas noches caballeros" seguido por una leve reverencia, y dirigiéndose de inmediato a Helen, expresó:

—No lo creas, Helen, te lo repito... Yo no estaba citado con ella. Aunque no me lo hubieras prohibido por teléfono desde aquí, yo...

Se interrumpió al sorprender en el rostro de la me[illegible]ista un gesto sumamente severo, y trató de disculparse c[illegible] una mirada rebosante de mansedumbre. A pesar de su [illegible]ombre

casi romántico, y del detalle, romántico del todo, de su cita con la extinta, era Jorge Blandir un hombrecillo algo más que cincuentón; exageradamente atildado, su calvicie no brillaba menos que los cristales de sus anteojos; y lo cuantioso de su fortuna brillaba aún más, pues no era un misterio para nadie que Jorge Blandir disfrutaba de rentas que cualquier vecino de Gazam hubiese honradamente envidiado.

El inspector Faris reveló la intención de decir algo, pero el doctor Craig, adelantándose, le rogó:

—¿Me permite, inspector, que paseemos un trecho bajo los árboles miss Helen y yo? Usted platicará entretanto con el caballero Blandir.

Y sin aguardar respuesta invitó a la predicadora a distanciarse con él del foso y de los curiosos. Un airecillo fresco y oloroso circulaba entre los grandes árboles que estaban lo suficientemente separados entre sí como para no ocultar a los paseantes el espectáculo inestimable del cielo estrellado. Ya alejados de todo testimonio humano, el médico rompió a hablar, y su voz trasuntaba una indefinible fatiga espiritual.

—Cada persona, miss Helen, suele tener expresiones propias, palabras preferidas, del mismo modo que se tiene gusto por determinado artículo de tocador, o por una particular filosofía; es decir, que llega uno a apropiarse de palabras a fuerza de familiarizarse con ellas.

Se interrumpió un instante, y agregó lentamente:

—Pero a veces sucede al revés: hay palabras que terminan por esclavizar al que las frecuenta.

Una luciérnaga trazó ante ellos un minúsculo refucilo. El forense prosiguió:

—Al separarse usted de su prima, después de haberle hecho ella la revelación de que esperaba al hombre con quien usted piensa casarse, y un poco antes de que usted llamara a ese mismo hombre por teléfono, la expresión "oveja descarriada" asumió en su espíritu un sentido literal; y fué como una instigación despótica, una orden...

Las pisadas de ambos sólo eran perceptibles por la presión que hacían sobre la hojarasca dispersa; y ya parecían a punto de detenerse, cuando el doctor Craig, bajando aún más la voz, pero elevando sus ojos al cielo, dijo gravemente:

—Miss Helen... ¿Sabe usted por qué no caen las estrellas? Porque están más allá de la atmósfera. Nuestra soberbia nos induce a contrariar las leyes de la gravedad... y lo cierto es que no podemos contrariarlas, porque los mortales pertenecemos a la tierra.

Dicho esto, y tomando de pronto por un atajo, el médico desapareció. Un minuto después, mientras el inspector Faris y Jorge Blandir hablaban al mismo tiempo, callaron de pronto, pues vieron que se acercaba a ellos Helen, sola, y oyeron de su boca estas palabras:

—Yo maté a Bárbara Windsow.

La noche siguiente, cerca del amanecer, cuando aun continuaba detenida Helen Windsow, el inspector Faris recibió un llamado telefónico. Uno de sus guardias le daba cuenta de que durante su paseo reglamentario había hallado en medio de la calle el cadáver de Jorge Blair. El cuerpo, todo magullado, estaba ubicado exactamente bajo la ventana con voladizo correspondiente al cuarto del hotel que la víctima ocupara. ¿Asesinato? No cabía duda. Un somero examen del lugar permitía establecer que Jorge Blair, hostigado por el intenso calor, salió en babuchas al balcón a tomar el fresco, y en tal ocasión alguien lo empujó con violencia, obligándolo a despeñarse por encima del antepecho. En consecuencia, resultado de peritaje policial, muerte por defenestración.

Un par de horas después el inspector Faris fué a visitar al doctor Craig. Guiñó irónicamente un ojo y le dijo:

—Supongo que sabe lo de Blandir. Comprendo que la noticia lo mortifique. Cuando lo vi apartarse con Helen Windsow anteanoche, en el recreo, imaginé que su sermón iba a dar un resultado falso. Usted sospechó de Helen, y le soltó algún discurso de tono confesional. Cuando ella regresó, se declaró culpable.

—¿Y acaso...?

—No. El asesinato de esta madrugada y el del recreo han sido cometidos por la misma persona. Hay una modalidad que los relaciona: el despeñamiento; y mucho me temo que se produzcan otros, si es que no logramos conjeturar el móvil.

—¿Y a qué atribuye usted la autoacusación de Helen?

—Es muy simple. Todos sabemos que es una puritana casi maniática; dado que, en efecto, ella debió desear en algún momento la muerte de su pecadora prima, las palabras de reproche de usted originaron en ella lo que yo llamaría una "necesidad de penitencia". Fué esa especie de crisis expiatoria lo que la indujo a declararse culpable.

—¿Y la rivalidad de ambas mujeres ante Jorge Blandir?

—Precisamente el lapso transcurrido entre el momento en que Helen dejó sola a su prima y aquel en que llamó por teléfono a Blandir para prohibirle que acudiera al recreo, fué lo que me hizo sospechosa a Helen; pero Yosuf declaró haberla visto cuando ésta regresaba de la glorieta, y atestigua que no se detuvo ni un solo instante al cruzar el puentecillo. Como usted verá, no es declaración que favorezca a Yosuf; de modo que si éste la hace, a pesar de todo, nadie puede dudar de que dice la verdad.

— Detuvo usted a Yosuf?— indagó el doctor Craig.

—Naturalmente— asintió sonriente el inspector.

El médico forense lo miró con curiosidad; las palabras de su interlocutor llegaban revestidas de un tono desafiante. El doctor pareció dispuesto a hacer otra pregunta, pero volvió a bajar la cabeza, permaneciendo caviloso; luego, como si pasara a otro orden de cosas, dijo lentamente:

—Si una persona se desbarranca, o se despeña, si se precipita, en fin, de una altura cualquiera, para la mente lógica la causa debió ser un traspié del propio sujeto, o el empellón de otra persona, o un agente físico... o meteorológico, si usted quiere: es decir, una ráfaga de viento, un rayo...

—O un aerolito —agregó irónicamente el inspector Faris.

—Exacto. Y, sin embargo, querido amigo, la causa pudo obrar a la inversa. O sea, de abajo hacia arriba, atrayendo a su objeto en lugar de repelerlo.

—¿Por ejemplo?

El doctor Craig no contestó inmediatamente; más aun, se desentendió de la pregunta del inspector. Puesto de pie, dijo:

—¿Me invita usted a su casa? Sé que se desayuna tarde. Allí hablaremos.

El inspector Faris accedió, y ambos echaron a andar. Por el camino (la casa del inspector no distaba más de cinco cuadras de la del médico) éste expresó:

—Recuerdo ahora que usted vivió muchos años en Sudamérica; en la Argentina, para ser precisos.

—Es verdad.

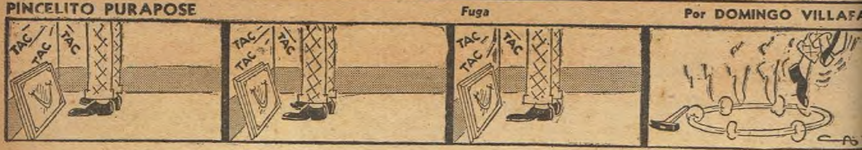
—Yo nunca llegué tan lejos. Conozco las pampas a través de los libros de Guillermo Hudson. Un escritor admirable, ¿verdad? Es fascinante lo que describe. A propósito, supongo que usted guardará algún recuerdo interesante de su estada en aquellas hermosas regiones...

No se equivocaba. Una vez en la casa del inspector Faris, tuvo ocasión el doctor Craig de admirar un pequeño museo en el cual se guardaban curiosas muestras de la indumentaria y arreos tradicionales en ambas márgenes del Plata. Después de un rato de charla amable, el médico forense se despidió del inspector. Echó a andar por el pueblo, haciendo averiguaciones acerca de las amistades de la extinta Bárbara Windsow, sus reuniones, su correspondencia privada; y de regreso en su casa, después de largas y silenciosas meditaciones que duraron hasta ya entrada la noche, se sentó a su mesa de trabajo y, dirigida al prefecto de Gazam, redactó la siguiente carta:

"Mi distinguido amigo: como ya lo hice alguna que otra vez en mi función de *dilettante* detectivesco, me complazco en participarle un descubrimiento. Su subordinado, el inspector Faris, debió tener muy buenos motivos, en su carácter de aspirante rechazado por la extinta Bárbara Windsow (¿quién no aspiró, por lo demás, a los favores de la bella Bárbara?) para desear su muerte... y también la de Jorge Blandir, al enterarse de que éste resultaba ser el preferido, y que iba a casarse con ella. Desgraciadamente, el inspector Faris es un hombre arbitrario y prepotente, habituado a salirse con la suya. La noche del asesinato de Bárbara, el inspector, que aprendió en sus mocedades a manejar con mucha destreza el lazo, se encontraba en el fondo de la excavación, la misma donde fué hallado el cadáver; simplemente enlazó a la infortunada joven desde abajo, al pasar ésta sobre el puentecillo. Luego fácil le resultó utilizar de nuevo el lazo para salir del foso y escabullirse hasta el momento de la alarma. La misma operación efectuó con Jorge Blandir, al sacarlo del balcón al que se asomara el hombrecillo en mala hora para tomar el fresco. ¿Pruebas? Por ahora, confórmese usted con un hermoso lazo de trenzado oscuro que hallará en la vitrina de la casa del inspector Faris, y que tiene señales de haber sido usado muy recientemente. Además, nuestro hombre, seguro de su impunidad, no trató de probar su coartada. Como usted sabe, vive solo; y no hay quien sepa dónde estuvo realmente durante las horas en que se cometieron los crímenes. Suyo, Craig."

El médico dobló el papel, lo introdujo en un sobre, cerró la misiva y llamó al recadero. Se la entregó indicándole el destinatario, y se metió en la cama. ◆

PINCELITO PURAPOSE — *Fuga* — Por DOMINGO VILLAFA



OCHO SIGLOS DE LLANTO Y DE...

(CONTINUACION DE LA PAGINA 19)

deles o con las manos; el fantoche, la marioneta, que hizo y que hace aún hoy la felicidad de grandes y de pequeños. El siglo XVIII vió nacer a Guignol, el más popular de los títeres y que acabó por dar su nombre al teatro de muñecos.

Avancemos en el tiempo. Dejemos atrás la intensa piedad y el acendrado fervor religioso de la Edad Media. Corneille, Racine y Molière nos detienen en el camino. Ya el teatro se ha convertido en un espectáculo necesario para el público, y otro género artístico aparte, con sus reglas y sus exigencias. El artista es el mimado del público; ser "cómico" constituye una profesión riesgosa, vista con prevención por las gentes "honradas"; pero es una profesión admirada y buscada. Aparecen las primeras salas de espectáculos. Todos acuden a ellas en procura de mágicos sueños que por unas pocas horas los aparten de la vulgaridad, de las preocupaciones de la vida.

Corneille crea el *Cid*. Se exalta en su teatro la nobleza y el deber con brillantez de estilo y de gestos. Todo en la escena cornelliana adquiere tonalidades heroicas y elevadas.

Al mismo tiempo Molière se burla de la coqueta, del avaro y del pedante; se ríe, solapadamente, con la camarera y con el burlón y el pícaro. Sátira y gracia inimitables, unidas a un extraordinario sentido de la naturalidad, hacen de Molière el maestro de la comedia y uno de los mayores creadores de tipos humanos.

Racine, en cambio, es la voz mesurada, clásica y armoniosa. Poeta inimitable de la pasión y del dolor que se disputan el corazón del hombre, no pierde nunca, sin embargo, el equilibrio de las formas, y su verso se alza majestuoso, llenando de cálidas resonancias la escena francesa.

Pero a esa época de cordura y de vigilante razón sucede el viento impetuoso del romanticismo. Es Víctor Hugo, con su *Hernani*, el que se va a encargar de dar la batalla por el triunfo de las nuevas y revolucionarias ideas. Se estrena la obra en medio del estrépito y del escándalo. Gritos y silbidos que nos recuerdan, una vez más, que es en Francia donde siempre se debaten y se definen las fuerzas creadoras del espíritu, y luego llega el delicado y leve murmullo de Musset, la bondadosa sonrisa de Labiche con su *Monsieur Perrichon*, la tisis doliente de la *Margarita*, de Alejandro Dumas, hijo, que estremecía y estremece aún los delicados corazones adolescentes.

No podemos olvidar asimismo a las grandes intérpretes. La ilustre y magnífi figura de Sarah Bernhardt, con su voz "oro", que despertaba extraños ecos las salas colmadas de un público atra por el extraordinario arte de la genial térprete. Con otro estilo triunfaba la gr Rejane y la hermosura de la mimada E Lavallière, que en el auge y esplend de su arte supo alejarse, humilde y cal damente, hacia el claustro, donde, con dulce nombre de "soeur Eva", iba a repr sentar su mejor "papel".

El teatro de hoy

El teatro moderno y contemporáneo hace audaz en las conquistas. La escen grafía cambia totalmente y pasa de verismo exagerado a la breve ilusión q prestan unos cortinados. Aparece el to turado teatro de Lenormand, el ingeni sísimo y poético de Jean Giraudoux, travesura escenificada de un Jean Co teau y la indiscutida grandeza de Pa Claudel.

Pero el teatro siempre es el mismo el fondo. El pueblo, el buen pueblo fra cés, se agita, goza, ríe y llora ante la e cena como lo hiciera otrora ante el atr de las catedrales o junto al tablado d titiritero.

Aquí le contestamos

PREGUNTON, *Capital*. — Dicho autor falleció en Inglaterra, en el año 1856, en la mayor pobreza.

FOTÓGRAFO, *Mar del Plata*. — Se consigue sensibilizar las placas para los colores verde y amarillo, mediante el siguiente baño: agua, 200 grs.; amoníaco, 5 grs.; solución de eritrosina al 1 %, 3 grs. Se dejan las placas en este baño durante 2 ó 3 minutos y luego se escurren en la obscuridad.

ENRIQUE. Z. — 1º Para cobrear el hierro, se introducen los objetos de este metal, bien limpios, en una mezcla de 3 volúmenes de agua y 1 volumen de ácido clorhídrico, a la que se le ha agregado un poco de sulfato de cobre. Al cabo de algún tiempo, cuya medida exacta da la práctica, se añade poco a poco una solución concentrada de sulfato ferroso, repitiendo las adiciones hasta que la capa de cobre depositada sobre el hierro sea bastante fuerte. Entonces se sumergen los objetos cobreados en una lejía de sosa cáustica y se lavan. Finalmente pueden frotarse, con el pulidor, con un poco de creta. 2º La siguiente fórmula sirve para preparar una buena crema para el calzado negro: cera carnauba, 15 partes; aceite de palma, 15 parte esencia de trementina, 10 partes.

L. ALDERETE, *Tucumán*. — Lamentamos no p der aceptar su colaboración, por cuanto actua mente "LEOPLÁN" no publica obras en verso.

JUAN. — "El jorobado de Notre Dame", Víctor Hugo, fué publicado en el número 79 "LEOPLÁN". Procuraremos complacerle, a medid que lo permita nuestro plan de publicaciones.

EMTUCH ACOSTA. — Por el momento, y debid al exceso de originales, hemos resuelto no acep tar colaboraciones espontáneas.

UN GRUPO DE LECTORES DE "LEOPLÁN", C — Hemos tomado nota de su pedido, raremos complacer tan pronto como la tancias lo permitan.

LECTOR DE "LEOPLÁN". — Para prep para blanquear paredes, de la tonalidad ted desea, se le agrega a la cal, des apagada y decantado el líquido, una can polvo de ocre. Dicha cantidad depende d más o menos intenso que desee dársele

TERESA. — Si desea usted editar sus pida presupuesto a una editorial, indica ximadamente el número de páginas.



A. GARGIULO (Corrientes). — Puede usted combatir los pulgones que comen sus rosales, aplicando a los mismos pulverizaciones. Se preparan de la siguiente manera: agua, un litro; jabón blando, 50 gramos; nicotina, 2 gramos... Esto le dará buenos resultados.

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulan nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

"LEOPLAN"

Anual	$ 14.—
Semestral	„ 7.20

Estos precios rigen para todo el país, América y España.

Imp. Cía. Gral. Fabril Financi Iriarte 2035, Bs. Aires